CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

577-578

julio-agosto 1998

MONOGRÁFICO:

El 98 visto desde América



CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Cuadernos Hispanoamericanos: Avda. Reyes Católicos, 4
28040 Madrid. Teléfs: 91 5838399 - 91 5838400 / 01 / 02
Fax: 91 5838310 / 11 / 13

Imprime: Gráficas VARONA
Polígono «El Montalvo», parcela 49 - 37008 Salamanca

Depósito Legal: M. 3875/1958 - ISSN: 1131-6438 - NIPO: 028-98-001-6

577/578 ÍNDICE

EL 98 VISTO DESDE AMÉRICA

Desde el continente

Estados Unidos y el Caribe

Repercusiones literarias

Desde el continente



El presidente Mac Kinley, caricatura del semanario *El Quijote* de Madrid

Las ideas-fuerza

Hugo E. Biagini

El paso del tiempo

Una centuria atrás, a fines del siglo XIX, escaseaban las reservas metodológicas para juzgar los acontecimientos contemporáneos y las creencias o procesos en gestación e insuficientemente decantados. En esa época, no se cuestionaba a fondo, como hitos meramente convencionales, la misma idea de siglo y su proclamada finalización. Tampoco se evidenciaban excesivos pruritos para predecir el futuro ni para dejar librado dichos pronunciamientos a las generaciones ulteriores, debido quizá al alto grado de certidumbre que aún subsistía en cuanto a la marcha de la historia y al destino eventual del hombre.

Una visión cuasi idílica efectuaba la apoteosis del presente, de las conquistas y maravillas de la centuria. El universo entero estaba encaminado hacia un desenvolvimiento gradual, permanente y armonioso. Es la victoria del espíritu analítico proveniente del siglo XVIII pero que se torna más constructivo por el giro impreso al desarrollo científico y a la experimentación, los cuales dan lugar a verdaderos prodigios: el vapor, la electricidad, el teléfono, las vacunas, la fotografía, la radiología. Al despegue de nuevas disciplinas como la termodinámica o la bacteriología se añade la consolidación de la física y la biología. Todo parece sujeto a inexorables determinaciones naturales, incluso las artes y las mismas humanidades. Bajo esa óptica no sólo se refuerzan las posturas agnósticas y materialistas sino también aquellas que optan por otras vías suprasensibles, como los partidarios del espiritismo, amparados en las revelaciones sobre el magnetismo, los fluidos y los fenómenos hipnóticos. En suma: «la ciencia es la gloria, la fuerza y la alegría del siglo XIX (...) ha descifrado los enigmas (...) ha explorado todos los campos» (Becher). Por otra parte, la instrucción obligatoria, el maquinismo y la aplicación de las ciencias se encargaron de eliminar todas las calamidades y opresiones, desde la pobreza y la ignorancia hasta las clases y las fronteras. A la luz de los actuales planteos en torno a

la informática y la globalización, tales postulados tecnocráticos adquieren un sugestivo aire de familia. Según aducía el transterrado Francisco Grandmontagne, la rapidez locomotriz y contemplativa del tren y el cinematógrafo permite respirar el aire de todos los pueblos e impregnarse de lo universal:

> Sobre los trasatlánticos y los rieles de los ferrocarriles, espoleadas por la penuria y aguijadas por la ilusión, han circulado peregrinaciones emigratorias, vertiéndose unos pueblos en otros, imponiendo a la tradición la fecunda ley del olvido. El hecho palpitante, chorreando vida, ha suplantado al hecho histórico (...).

El periódico, el libro, el telégrafo –servidores de la inteligencia– reflejan el ímpetu propagador de las ideas.

También se hablaba del siglo de la burguesía liberal, cuyo dinero ha motorizado las mejores empresas, el comercio, la industria y la colonización de los bárbaros. El burgués aparece entonces como un tipo medio inevitable, «no siempre se puede ser héroe, y no hay, quizá, ningún hombre que no haya tenido al fin de cada día su momento de burgués, como su cuarto de hora de *badaud*» (Becher). Junto a los adelantos señalados, no dejaba de apostarse, aunque en menor proporción, al avance moral y al reinado del bien, los cuales han de cumplimentarse durante el siglo XX, cuando se abra una nueva era gracias a otras expresiones decimonónicas emergentes, como los ideales izquierdistas, el movimiento feminista, la liberación de los esclavos, la secularización de las costumbres, la independencia de América, la unificación de los Estados europeos, etc. En efecto, el siglo XX reviste para dicha conceptuación caracteres más fabulosos aún, en tanto última síntesis suprema que marque la hora del Amor y los desheredados, cuando el combate por la existencia sólo llegue a constituir una vergüenza antigua. En él se comprenderán definitivamente las ventajas de la paz sobre la guerra, del sistema republicano sobre las monarquías, del grave perjuicio que encierran la intolerancia y el lucro ilimitado.

Muy esquemáticamente, para la otra versión, el mundo seguía siendo un gran hospital. Por un lado, los tradicionalistas, enemigos del siglo XIX y la modernidad, consideran que el misterio, las verdades absolutas y la salvación resultan inaccesibles a la ciencia. Por otro, comienzan a perfilarse ciertas vertientes escépticas o pesimistas, como las de Schopenhauer y Nietzsche, para quienes apenas si se observan ligeros cambios en la historia y hasta el progreso representa una falsedad o una noción superficial, porque el presente no siempre supera al pasado y la decadencia puede

alcanzar dimensiones irreversibles. Asimismo, se objeta el rumbo distorsionante que tomaba la industrialización, el auge de regímenes oligárquicos, el individualismo feroz, el caudillismo y el militarismo, la ética gladiatoria de la supervivencia y las prácticas imperiales. Uno de los textos más críticos en esa dirección, *Estudios Sociales*, pertenece al pensador uruguayo Víctor Arreguine, para el cual se ha exagerado la importancia del siglo XIX al pretender rechazarse todo lo anterior como inficionado por el oscurantismo. Por lo contrario, se trata de un siglo bárbaro, de iniquidad, mentiras y procederes antihumanos:

> Francia misma, la teorizadora del derecho, de la belleza, de la moral, cometiendo injusticias sin nombre; el oro, ideal íntimo de cada ser: «gana dinero, hijo mío, si puedes honradamente, y si no puedes, gana dinero» (...) no es justo que mientras existen en el mundo personas con 400 leguas de campo, o con 600.000.000 de dólares, mate en la India el hambre millones de semejantes en un año (...). El robo, ese juego de azar, delito cuando lo practica el individuo, se da a sí propio el renombre de conquista y hasta de derecho cuando lo cometen naciones; las religiones afirman que el hombre que mata a su semejante, perpetra el mayor de los crímenes. Y el pueblo que extermina a otro pueblo va acompañado de oficios religiosos (...). El mismo poder moral de la cristiandad, ¿no echaba bendiciones a los españoles cuando iban a pelear contra Cuba, y no evitaba bendecirlos cuando iban a batirse con alguien más fuerte y no católico?

Una época en la cual predomina la violencia junto con la moral del temor y el castigo. En el siglo más sistemáticamente guerrero de todos, se han invertido enormes caudales en la técnica del exterminio para arrasar naciones enteras y se le ha asignado a cualquier cultura presuntamente superior el derecho de hundir a otra menos avanzada, aunque ésta última se encontrara en pleno desarrollo. Si bien se refuta el argumento *ad baculum*, que justifica el avasallamiento de los más débiles, la irresponsabilidad en el manejo delictuoso de armamentos también compete a los pueblos que se nutren de ilusiones patrióticas y alientan el mito del Estado.

Hasta un científico connotado, Eduardo Holmberg, coincidía en denunciar los atropellos cometidos durante el siglo pasado; un siglo esencialmente utilitario, desprovisto de inquietudes filosóficas, en el cual se ensayaron sin éxito las más diversas formas de gobierno y tentativas religiosas:

> La Humanidad pasa actualmente por un período crítico, violentísimo, porque todas las fuerzas inteligentes, unidas a las fuerzas brutas, se han acumulado, se han aglomerado en este momento histórico, que podemos llamar

> la aurora del siglo XX, pero de un modo ciego, porque se han aglomerado sin ideal (...) por todas partes el fierro, el noble fierro que marcó la prístina etapa del mayor progreso, se halla colocado al servicio de la crueldad y de la matanza; y el cerebro, esa nobilísima pasta encerrada en el cráneo, y que llegó un día en sus fulguraciones sublimes hasta crear un Dios para el consuelo y la esperanza, e inventar las matemáticas que son la encarnación del Infinito, torturándose para inventar nuevas crueldades, nuevas cadenas y nuevas hipocresías.

A diferencia del sentir hegemónico de la época, Holmberg desestima la relevancia de los notables en la transformación histórica y reivindica el papel creador de los sectores desposeídos.

Raza, civilización y moralidad

Según Robert Nisbet, antes de concluir el siglo XIX, millones de occidentales creían que el progreso, asociado con el poderío, implicaba un alto contenido etnocéntrico, mientras que influyentes ideólogos habían trazado una estrecha identificación entre el primer término y las características raciales, a las cuales les imputaban los triunfos y los fracasos en el acceso de la humanidad hacia formas más perfeccionadas. En esas concepciones, pretendidamente científicas, la raza aria, en su variante germánica y anglosajona, denota una franca superioridad tanto física como mental.

Dicha estimativa, acompañada por la potencia arrolladora que trasuntaban las naciones imbuidas de tales atributos, produjo una abundante bibliografía justificatoria que no dejó de manifestarse hasta en los países más afectados por ese estereotipo discriminatorio. Así, durante la década de 1890 no faltaron en América Latina –un continente postrado por la mezcla con raleas subalternas– quienes veían en los Estados Unidos a una hermana mayor, adalid de las libertades civiles y religiosas, vanguardia de la civilización moderna, la ciencia, la industria y la educación:

> ¡Yérguete justa y libra al oprimido!
> ¿No eres la libertad?
> ¡Y aclamen tus hazañas esta gloria,
> Madre de Lincoln, Washington y Grant,
> Hija robusta de Hércules y América!
> ¿Qué idea americana no te aplaude?
> ¿Qué americano pecho no se ensancha?
> ¡Oh, si hay alguno que tu nombre insulte
> Habrá nacido para ser esclavo
> Mas yo te grito: ¡Hurra!
> ¡Hurra! Que airada a castigar te aprestas
> La avaricia despótica de España!
>
> (Guillermo Stock, «A la República Norteamericana»)

En una tesitura similar, tras la fulminante victoria norteamericana, se publican hasta en la misma España diversas obras que exaltan las cualidades anglosajonas y de los países septentrionales frente a las culturas restantes. Entre esas piezas antológicas se halla un libro del ensayista León Balzagette, *El problema del porvenir latino*, publicado en la Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales, orientada por una tónica institucionista pero que sin embargo ya había editado otros trabajos similares al del autor francés. Las propuestas de Balzagette, bajo supuestos organicistas, plantean la necesidad de regenerar la idiosincrasia latina, el genio nativo, sumido en una corrupción racial que le obstaculiza el ingreso en la modernidad. Entre los principales lastres en cuestión se encuentra el apego a la tradición romana y a la raigambre asiática, lo cual configura una auténtica patología con los siguientes rasgos caracterológicos: verbalismo e inacción; misticismo, sentimentalismo y ensoñación; brutalidad y afeminamiento. Un estilo de vida regido por las apariencias, las formalidades y la rutina le impide al latino captar la realidad y modificarla. A ello se le añaden diversas particularidades: la majestuosidad de los italianos, la infatuación ibérica y el chovinismo francés. Incapaces de adaptarse al régimen democrático y aferrados a una religión infantil como el catolicismo, los pueblos latinos, de contextura braquicefálica, representan el factor antieuropeo. En cambio, los pueblos nórdicos, arios puros, denotan una notoria supremacía biológica porque responden al tipo de dolicocéfalo rubio, son sanos y robustos, resueltos y emprendedores, inteligentes y científicos. El siglo XIX constituye una edad maravillosa, porque en él se ha gestado la civilización occidental y, con la decadencia latina, se ha sellado la derrota del espíritu oriental en el Viejo Continente.

Para la distopía espartana de Balzagette, sólo una terapia muy intensiva permitirá reducir la extrema gravedad de los síntomas y eliminar el veneno mediante una laboriosa creación *ex novo* pero alejada de la vía jacobinista. Se partirá fundamentalmente de la reconstitución corporal de una raza exangüe y degenerada, educando a los niños con los mismos recaudos que se adoptan en la cría de caballos y perros cotizados. Las madres serán vigiladas por comités médicos y se prohibirá el matrimonio de quienes ignoren la puericultura. Los establecimientos instructivos se instalarán fuera de las ciudades, siendo los principales medios pedagógicos el aire libre, la gimnasia y el agua fría para aumentar las resistencias. Gran importancia revestirá la hidroterapia y la prohibición del alcohol, se apelará a la selección artificial, inhibiéndose la reproducción de los retardados, aislando a los discapacitados y fomentándoles toda clase de vicios para aniquilarlos rápidamente. Sólo se alienta la unión de personas antropológicamente superiores

para que engendren un pueblo nuevo sin sujetos pusilánimes ni neurasténicos, esmirriados o deformes. También se prevé la reforma mental, mediante una enseñanza adogmática a cargo del Estado, basada en conocimientos concretos, en el aprendizaje no de ideas sino de hechos, con un máximo de vitalismo y cientificidad. Un plantel de eugénicos se enviará a países más adelantados donde vivirán en distintos hogares para integrarlos a una sociedad muy diferente y para lavar el cerebro latino de las falsedades que le oprimen. Junto con la refundición física y mental, se preconiza por último la purificación religiosa para extirpar el sólido resabio del catolicismo, cuyo culto será interdicto, expropiándose los edificios de una Iglesia que durante muchos siglos ha contrariado el interés comunal para reemplazarlos por la Casa del Pueblo.

Según Balzagette, todo ello constituye la única salida beneficiosa para deslatinizar, debiendo obviarse cualquier reclamo de libertad cuando ella es utilizada con fines nocivos. No obstante, el latino carece en ese esquema de suficiente capacidad como para salvarse solo, siendo indispensable que se lo dirija y se lo obligue. Nos movemos dentro del más dilatado spencerismo social donde, por una férrea ley de la supervivencia, los inservibles deben ser eliminados, así como las naciones anacrónicas tendrán que someterse a las más adelantadas, como es el caso de la formación social inglesa que encarna a la civilización industrial con su empuje irresistible: «Desde el fenicio al americano del Norte, desde el galo al boer, todos los grandes pueblos del mundo son y serán sucesivamente beneficiarios y víctimas de esta ley» (p. 182). Consiste en una «verdad cósmica» que para que unos países nazcan y se expandan es preciso que otros se reduzcan y desaparezcan; al avance de los unos corresponde fatalmente en el universo el descenso de los otros. La inferioridad de un pueblo se determina por su ineptitud para explotar los recursos que la naturaleza le ha proporcionado generosamente, verificándose además un abismo insalvable entre las élites y la masa.

Otros enfoques tienden a rechazar la sustentación teórica de tales aseveraciones, relativizando las diferencias raciales y la creencia en el progreso como la victoria de los más fuertes. Con ello se replantea el concepto de civilización y la misma idea de superioridad que la alimentaba. Por una parte, se trata de establecer varias distinciones:

- entre atraso –un estado con posibilidades de ascenso o mejora– e inferioridad, como condición intrínseca que imposibilita elevarse;
- entre desarrollo cerebral –que depende de la configuración biológica– y desenvolvimiento económico y político, fundado en las aptitudes humanas;

- entre verdades científicas –que apuntan al orden físico– y verdades sociales, muchos más indeterminadas.

Si la naturaleza cabe ser homologada con la fuerza y la puja por la existencia, la civilización supone en cambio proteger a los desamparados. Para juzgar el grado civilizatorio de una colectividad habrá que tener en cuenta al hombre interior. Así en pueblos considerados bárbaros o salvajes, como los cafres, cabe apreciar nociones y sentimientos que sobrepasan su estado material. Pueden poseerse muchos productos industriales y emplearselos en un sentido perjudicial. La puja de todos contra todos y el triunfo del más agresivo resulta equiparable con la máxima anestesia ética. La moralidad no se halla reñida con ninguna raza ni época en particular ni tampoco es patrimonio indisputable de una única cultura:

> Se ha exagerado más de lo debido la tendencia a mentir en el salvaje. Ella, si en parte es cierta, depende de lo mucho que a su vez han sido engañados por las «razas superiores» y del temor de que se los interrogue con el fin de perjudicarlos. La civilización, en una sola de sus fases, la mercantil, miente más que todos los salvajes del mundo (Arreguine, *Estudios*, 48).
>
> Los medios de destruirse los seres humanos progresan bastante, y convenimos en llamar dato de civilización al cierre automático de la recámara de una pieza de artillería o al invento de un nuevo explosivo bélico, confundiendo así el simple desenvolvimiento de una actividad con la idea de civilización, cuyo significado deberíamos dejar para expresar progresos morales con preferencia a estos, que si dan el poder de subyugar a los débiles, a dominar al mundo y de obtener provechos, no encarnan ideas de justicia, de cordial benevolencia, de piedad, de fraternidad humana, de derecho, ni de perfección, en definitiva las únicas que pueden hacernos amar la civilización de nuestros días; casi las únicas capaces de superiorizar al hombre, desprendiéndolo de su pasado miserable, y acercarlo a la paz universal, a la tolerancia, al dominio de sí mismo, a un estado, en fin, por el cual han suspirado los moralistas sanos de todos los tiempos, desde Budha hasta Jesús, desde Jesús a León Tolstoi. (Arreguine, *En qué consiste*, 47-48).

Más allá de esos replanteos mediatizadores y manteniéndose en mayor o menor medida la apelación a las razas, no dejaron de señalarse importantes desemejanzas entre el componente anglosajón y el elemento latino, pero ahora resaltando sensiblemente las virtudes de este último. La mentalidad inglesa refleja una tónica inescrupulosa y pseudohumanitaria, pues se ha volcado como nadie a la carrera belicista y colonialista. A diferencia del francés, los ingleses no se baten por los derechos universales sino que ac-

túan en función de una causa inmediata y circunscripta; entre ellos serían inviables figuras como las de Bolívar o Garibaldi. Tampoco se convalida la educación inglesa, a la cual se le podía adjudicar el primado anglosajón en el mundo: «Educar hombres como se educan caballos de carrera, para la eficacia individual en la lucha por la vida, cuidando en primer término del éxito (...) parece ciertamente muy utilitario y muy práctico. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que se corre el peligro de acercar el hombre a la fiera, dando preferencia sin limitaciones a las aptitudes de la *struggle for life*, y que el día que la totalidad de los humanos las hubiera alcanzado en su máximum, la lucha no por eso sería más favorable para cada cual. En cambio la concurrencia sería más activa y no imposible la disolución de los principales vínculos de confraternidad entre los hombres, por un exceso de individualismo, es decir de egoísmo» (*ibid.*, 92).

Tales apreciaciones fueron también especialmente dirigidas a los Estados Unidos, ese coloso que para diversos intelectuales de nuestra América aparecía como una plutocracia expoliadora, inculta y genocida, que imponía una política despreciable en el fin de siglo. Los yanquis representaban una amenaza para la civilización, por tratarse de unos plebeyos e impíos que conquistarían el mundo guiados por su única religión nacional –el culto al dólar– y con una única legalidad: la voz de los cañones.

Contrario sensu, la raza latina exhibe un talante solidario y altruista, magnánimo y justiciero. Es una raza solar, creadora de naciones, descubridora de verdades, hacedora de las grandes innovaciones en arte, ciencia y filosofía. La misma avanza en una espiral interminable y sólo padece un eclipse momentáneo.

Dentro del exaltado espectro latino, se reservaba un espacio saliente a la alicaída «raza» ibérica, como signo de nobleza, honradez, hidalguía y generosidad. Todo ello se sostenía más allá de los factores regresivos e inherentes que trataban la evolución de España, cuya dilucidación era objeto de múltiples indagaciones, y más allá de la eludida responsabilidad de las autoridades peninsulares en el manejo de los asuntos exteriores, la corrupción y el atraso internos. Tales filiaciones negativas, en vez de impedir, incentivaban los planteamientos de una alianza táctica de todos los integrantes de la mentada latinidad. Además de tenerse en cuenta una alternativa largamente desestimada, la creación de una confederación del centro y el sur del continente americano que hiciera frente al temible peligro yanqui, surgieron entonces posturas que favorecían el íntimo acercamiento de España con sus antiguas colonias –a partir de simbologías míticas como la de 1898– e inducían a propiciar una liga hispanista para combatir al invasor.

En relación a la contienda bélica entre Estados Unidos y España, Alberto del Solar compuso un largo y documentado alegato contra la doctrina Monroe, a la cual conceptuaba como una simple fórmula acomodaticia al servicio del proclamado destino manifiesto yanqui. Ese militar y hombre de letras chileno trazó un firme contraste entre ambos países. España «descubrió mundos, civilizó razas, a quienes dio su sangre, su religión, su ingenio, sus leyes, y al transmitirles, así, parte de su propia vida, debilitó sus fuerzas y se consumió a sí misma». En cambio, los norteamericanos, que miraban a sus vecinos del sur como semisalvajes, «después de recibir de aquélla a quien hiere hoy, el beneficio de la existencia en el suelo donde mora, vive allí destinado a desarrollarse a expensas de todo lo que le circunda» (255-256).

Sin embargo, comenzaron a vislumbrarse otras postulaciones que, excediendo los lazos consanguíneos, acentuaban nuestra especificidad cultural y la posibilidad de producir una nueva raza, fruto de la fusión de todas. Gracias a ese conglomerado humano podría cristalizar el viejo anhelo de neutralizar las persecuciones, la violencia, la injusticia y el miedo. Se reivindica aquí la utopía americana que permitiría tanto abolir los estrechos patriotismos como facilitar el florecimiento de la libertad y la paz universal, supeditando los conflictos internacionales a la razón y no a la espada de los generales.

Del buen burgués a la bohemia juvenil

En los umbrales del siglo XX puede constatarse una crisis cultural de modelos y la erección de nuevos paradigmas, sin que dicha crisis llegue a afectar profundamente la formulación de enunciados omnicomprensivos sobre el mundo y la existencia. Así, dentro del terreno especulativo, se asiste al enfrentamiento de quienes oscilan entre el materialismo y el espiritualismo, el escepticismo y la metafísica, el cientificismo y el esteticismo, el racionalismo y el emotivismo, el realismo y el voluntarismo, el positivismo y el esoterismo, el hedonismo y el agonismo. Mas ligadas a los problemas pragmáticos, se encuentran las posiciones que optan por salidas elitistas o populistas, radicalizadas o reaccionarias, dandistas o redentoristas, cosmopolitas o nacionalistas, europeístas o americanistas, sionistas o antisemitas, hispánicas o afrancesadas.

El movimiento modernista, una de las principales expresiones culturales por aquel entonces, condensa en sí mismo muchas de esas pautas doctrinarias e ideológicas. Más que una escuela orgánica, se trata de una modalidad

que se traduce en diversos ámbitos vitales y se asocia con la fiebre emancipadora finisecular. Aunque las corrientes modernistas profesaron ciertas inclinaciones sincréticas hacia el exotismo, el primitivismo y el escapismo, cabe reconocer en ellas un acendrado americanismo que excede las dimensiones aldeanas y folclóricas para remontarse al plano de la universalidad.

Los jóvenes modernistas y utopistas de la generación de 1900 trasuntan la crisis que se produce en las filas del orden burgués y el espíritu positivo. Ello se refleja en un discurso contestatario e iconoclasta que apunta a la renovación de la cultura o a la instauración de una sociedad plena y transparente. Soñaban con un hombre y un mundo nuevos, con una nacionalidad ampliada que fuese el testimonio de un estado de conciencia superior al de los instintos territoriales, donde se revalorizara el papel de la belleza, lo único y extraño. De allí que hayan sido despreciados por considerárselos apátridas y descastados, neuróticos y bohemios.

La elevación del artista a máximo hacedor de la realidad y a dador de su sentido provocó la reacción de autores positivistas como Max Nordau, quien, además de enjuiciar como degeneradas a las costumbres finiseculares, descalificó como rayanas en la locura a casi todas las expresiones literarias, políticas y filosóficas de la época, sin excluir el krausismo –según testimonia Gómez Carrillo en *Almas y cerebros*, donde relata una entrevista con el propio Nordau. El mismo Darío, en sus semblanzas sobre *Los raros*, también se refirió a Nordau y a su evaluación de las variantes estéticas contemporáneas como formas de descomposición intelectual y degradación espiritual que, por priorizar los resortes emotivos, suponen una conducta atávica y un atentado contra el mejoramiento de la raza. Concomitantemente, se encuentran los embates, librados a ambos márgenes del Atlántico, contra la literatura y el arte en tanto ocupaciones pueriles, de perezosos e incapaces, condenadas a desaparecer como la versificación y las agitaciones revolucionarias.

Entre las obras más sugerentes que transmiten el enfoque latinoamericano sobre la vida bohemia, el ambiente parisino y la situación cultural de España durante el período acotado se hallan las impresiones de quienes tuvieron ocasión de experimentar de cerca dichos fenómenos singulares. Un ejemplo típico lo brinda el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, el cual ha retratado con simpatía al prototipo del bohemio, como al joven, a menudo estudiante, que vive desarregladamente, en sórdidas bohardillas y cafetines, con escaso dinero pero con muchas ilusiones, disfrutando de plena libertad y rodeado por un gran compañerismo. Además de sus amigos fraternos, los bohemios aparecen afectivamente unidos con las grisetas, esas musas instintivamente literarias en la calle y en el lecho

que, en el caso de las *cocottes*, ofrecen belleza y sensibilidad como los artistas. Tales personajes femeninos han huido de las jaulas paternas en brazos de estudiantes, con los cuales comparten el anatema estético hacia la burguesía, a la que sólo le envidian su facilidad para alimentarse diariamente. Los bohemios, que llegan a constituir una clase en sí misma, se cuentan por legiones entre las huestes famélicas del estudiantado y de quienes escriben o pintan sin poder editar sus obras ni vender sus cuadros.

El enfrentamiento del bohemio con el burgués debe sumarse y sopesarse junto con las críticas al sistema capitalista que, por distintos motivos, venían sustentando tanto la izquierda como la derecha. Imágenes equivalentes harían asimilar la situación de esos sectores bohemios a los del proletariado, condicionando una nueva ideología, el juvenilismo, según la cual corresponde a los jóvenes asumir los problemas sociales y ejercer un cambio de estructuras que conduzca al establecimiento de relaciones humanitarias.

En tal sentido, pueden evocarse aquí dos significativos episodios epocales. Por una parte, la carta a la juventud, a los estudiantes del Barrio Latino, que Emilio Zola publica a fines de 1897, para que repudien el *affaire* Dreyfus, como poco después lo harían también los intelectuales que atacan ese episodio de flagrante persecución racial y firman un manifiesto que será como la piedra fundamental de la *intelligentsia* combativa. A los primeros les recuerda Zola el clásico amor juvenil por la libertad; su sublevación contra la fuerza bruta, los poderosos y la injusticia; su rebeldía a favor de los humildes, los abandonados y los pueblos oprimidos; su indiferencia hacia el acuerdo entre políticos anquilosados y hacia la opinión del periodismo venal. También los exhorta a ser los constructores de la ciudad perfecta, en la cual puedan hacerse reales todas las esperanzas:

> ¡Oh juventud, juventud! Te suplico, sueña en la gran tarea que te espera. Tú eres el artesano futuro, tu vas a arrojar los cimientos de este siglo próximo, que según nuestra profunda fe, resolverá los problemas de la verdad y la equidad, planteadas por el siglo que termina. Nosotros, los viejos, los mayores, te dejamos el formidable aporte de nuestra investigación, muchas contradicciones y oscuridades quizá, pero con seguridad el esfuerzo más apasionado que jamás siglo alguno haya hecho hacia la luz; los documentos más honestos y los más sólidos, los fundamentos mismos de ese vasto edificio de la ciencia que tú debes continuar (...).

Simultáneamente, hacia la misma fecha, los estudiantes de Guatemala inauguran una valerosa tradición de resistencia contra las dictaduras y el imperialismo, mediante la llamada huelga de Dolores y su vocero periódi-

co *No nos tientes*, cuyas modalidades se han prolongado de una manera u otra hasta nuestros propios días.

El reconocimiento de la bohemia y de los nuevos valores en juego produjo un subido desdén de la vanguardia intelectual latinoamericana hacia las rígidas actitudes hispanocéntricas. Gómez Carrillo se mofa de distintos personajes españoles que, reacios a toda innovación, pretenden atribuir una preponderancia absoluta a su propia cultura, mientras se pavonean de la virilidad ibérica frente al pueblo francés, tan corrompido por la falta de parámetros éticos y religiosos que el mismo fin de siglo podía hacérselo coincidir apocalípticamente con el fin de la propia estirpe gala.

Entre los que ostentan esa postura maniquea, puede citarse a Juan Valera, quien, entre 1896 y 1899, aplaude el florecimiento de la raza ibérica y censura a los «*refinados* hispanoamericanos», cercanos al modernismo, por distintas motivaciones: pecar de galomanía, celebrar las extravagancias culturales parisinas, idealizar a poetas como Verlaine u otorgarle un excesivo relieve a autores como Poe e Ibsen; adherir a tendencias fatalistas y ateas, a «doctrinas contradictorias y disparatadas» como las de Renan, Taine o Nietzsche; olvidarse de la casta española y empeñarse en hablar de América latina; no percibir que en Madrid se daban más espectáculos y fiestas que en cualquier otra capital del mundo ni que en las principales ciudades de España existían colegios religiosos donde se educa a la juventud más lozana. Pese al suceso que tendría el estreno de *La bohème* en Madrid, durante la primavera de 1898, Valera pasa por alto ese acontecimiento y llega a objetar la incorporación al castellano de la palabra bohemios.

Si Francia representó para un líder como Rubén Darío la «Patria universal», París fue para él y tantos otros el epicentro del arte y la ensoñación. Gómez Carrillo ha interpretado el duro atractivo que la misma encerraba para un escritor sin recursos:

> ¿Que la vida del literato joven y pobre era muy triste? Sí; era muy triste, tristísima, desgarradora... ¿Que París, más que una ciudad era una vorágine que devoraba las más fuertes complexiones y que enloquecía los más robustos cerebros? (...)
>
> Lo sabía y no lo podía remediar. Exaltado por la corriente vertiginosa de la literatura, vivía sufriendo en su París miserable, pero vivía. Fuera de París, ni siquiera habría vivido; se habría agostado, habría echado de menos hasta el dolor, hasta el hambre.
>
> No habría podido, materialmente no habría podido vivir lejos del boulevard. Estaba loco y París era su manicomio. Después de París, sólo una ciudad parecíale habitable: la inmensa, la obscura, la atrayente ciudad del suicidio (*Bohemia sentimental*, 12-13).

Un clima ideal para ejercer sus ideas lo va a descubrir el propio Darío en el llamado París americano, la ciudad de Buenos Aires que, a fines de siglo, constituía la principal capital del hemisferio sur, por su crecimiento económico y su receptividad sociocultural. Dentro del fascinante ámbito porteño, Darío se incorpora al grupo del Ateneo, donde, con el elemento más juvenil, procedente de distintos países latinoamericanos y europeos, alborotó la atmósfera «con proclamaciones de libertad mental» frente al «anquilosamiento académico» y «al dogmatismo hispano». (Darío, *Autobiografía*, 151). Como lo resume más tarde el mismo Darío: «Y escribimos canciones bellas / de libertad y de lirismo / y nos coronamos de estrellas / y nos salvamos del abismo». En la cervecería Aues's Keller, el poeta nicaragüense redacta casi todos los pasajes de *Prosas Profanas* y su famoso «Responso a Verlaine»; en esas mesas en las cuales

> Se mezclaban todas las clases y las razas
> y bullía una Babel de idiomas
> entre el ruido de platos y de tazas
> sobre las oscuras mesas de roble
> (el vaso es silencioso, pues tiene sangre noble).
> (Ernesto Palacio, en L. Galtier, *Carlos de Soussens...*, 51).

Ya asentando en el Plata, Darío le sale al cruce al antifrancesismo de los puristas españoles como Unamuno: «Con París, que tanto preocupa al señor de Unamuno, tenemos las más frecuentes y mejores relaciones. Las últimas obras de Daudet y de Zola han sido publicadas por *La Nación* al mismo tiempo que aparecían en París (...). Como somos fáciles para el viaje y podemos viajar, París recibe nuestras frecuentes visitas y nos quita el dinero encantadoramente. Y así, siendo como somos un pueblo industrioso, bien puede haber quien, en ese minúsculo grupo, procure en el centro de tal pueblo adorar la belleza a través de los cristales de su capricho» (*Autobiografía*, 175).

La declaración de propósitos que formuló Darío junto con Ricardo Jaimes Freyre, como directores de la *Revista de América* (1894), puede tomarse como una ilustrativa plataforma principista de los planteles modernistas. Con esa publicación sus fundadores intentaron:

> Ser el órgano de la generación nueva que en América profesa el culto del arte puro, y desea y busca la perfección ideal, ser el vínculo que haga una y fuerte idea Americana en la universal comunión artística (...). Levantar oficialmente la bandera de la peregrinación estética que hoy hace con visible esfuerzo la juventud de la América Latina, a los Santos Lugares del

> Arte, y a los desconocidos orientes del ensueño (...). Luchar porque prevalezca el amor y la divina belleza, tan combatido hoy por invasoras tendencias utilitarias. Servir en el Nuevo Mundo y en la ciudad más grande y práctica de la América Latina, a la aristocracia intelectual de las repúblicas de lengua española (...).

Pese a los avances culturales que reportaron tales objetivos, teñidos de esteticismo, a veces se adoptó un cariz elitista que alejaría al intelectual de la gente y la cosa pública, como puede desprenderse, *v. gr.*, de la lectura de obras como *El Pensamiento de América* de Luis Berisso. Si bien este último trabajó mucho para que se relacionara entre sí la joven intelectualidad hispanoamericana y su libro contribuyó bastante para dicha finalidad, en él se trasluce un inveterado menosprecio hacia el hombre común, hacia las «plebeyerías republicanas» y hacia la política, visualizada como «rémora de los pueblos».

* * *

Un balance tentativo sobre la ideología dominante hacia una centuria atrás, de cara al nuevo siglo XX, podría inducir a extraer algunos parangones con la actualidad. Así habría que referirse a las postulaciones individualistas que exaltaban, como símbolo del progreso, el evangelio de la fortuna y el éxito económico, los países y razas privilegiadas, el acceso al mercado mundial, el fin de las revoluciones y los grandes conflictos, el abandonar a los indigentes e incapaces, etc. Las argumentaciones justificatorias se basaban en esquemas socialdarwinistas y tecnocráticos. Por otro lado, se hallan las impugnaciones de quienes se identificaban con el problema social y señalaban que las grandes disparidades eran convalidadas mediante premisas supuestamente científicas pero que en el fondo ocultaban la lógica inhumana del pez más grande. Se denunciaba el caciquismo político, los negociados y la corruptela, exigiéndose medidas reparadoras para el vasto conglomerado humano que quedaba al margen del progreso o era eliminado en la pugna inexorable por sobrevivir. La civilización más avanzada debía implicar el amparo a los débiles. La democracia no podía ser equiparada con la libre empresa, con la pretendida armonía entre el interés privado y el bienestar común, porque la concentración del poder mundial e intranacional transforma en una fábula impresentable la hipotética convivencia del zorro con las gallinas, del lobo con las ovejas. Con su inconformismo, la juventud bohemia y modernista provocó una relevante aportación a la causa del pensamiento alternativo.

Bibliografía sumaria

ARREGUINE, Víctor: *En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones*, Buenos Aires, *La Enseñanza Argentina*, c. 1900.

ARREGUINE, Víctor: *Estudios Sociales*, 2da. edic., Buenos Aires, *La Semana Médica*, 1907.

BALZAGETTE, León: *El problema del porvenir latino*, Madrid, Fernando Fe, 1904.

BARNAYA, José: *Historia de la huelga de Dolores*, Guatemala, Universidad de San Carlos, 1987.

BARÓN FERNÁNDEZ, José: *La guerra hispano-norteamericana de 1898*, La Coruña, Ediciós do Castro, 1993.

BARRANTES DE BERMEJO, Ana C.: *Buscando las raíces del modernismo en Costa Rica*, Heredia, EUNA, 1994.

BECHER, Emilio: «El siglo XX», *Constancia*, enero 1901.

BERGALLI, R. y MARÍ, E., (coords.), *Historia ideológica del control social*, Barcelona, PPU, 1989.

BERISSO, Luis: *El pensamiento de América*, Buenos Aires, Lajouane, 1898.

CASTILLO, Homero: (comp.), *Estudios críticos sobre el modernismo*, Madrid, Gredos, 1974.

DARÍO, Rubén: *Autobiografía*, San Salvador, DPG, 1962.

DARÍO, Rubén: *Los raros*, Barcelona, Maucci, 1905.

FRANCOS RODRÍGUEZ, José: *El año de la derrota. 1898*, Madrid, CIAP, 1930.

GALTIER, Lysandro: *Carlos de Soussens y la bohemia porteña*, Buenos Aires, ECA, 1973.

GÓMEZ CARRILLO, Enrique: *Bohemia sentimental*, París, Librería Americana, 1902.

GÓMEZ CARRILLO, Enrique: *Treinta años de mi vida*, 3 vols., Buenos Aires, Casa Vaccaro, s. d.

GRANDMONTAGNE, Francisco: «La agonía del siglo», *Caras y Caretas*, enero 6, 1900.

HOLMBERG, Eduardo: «De siglo a siglo», *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 52, 1901.

NISBET, Robert: *History of the Idea of Progress*, New York, Basic Books, 1980.

QUIJADA, Mónica: «Latinos y anglosajones. El 98 en el fin de siglo sudamericano», *Hispania*, 196, 1997.

SCHORSKE, Carl: *Viena Fin de Siècle*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981.

SOLAR, Alberto del: «La doctrina de Monroe y la América Latina», en *Obras Completas*, tomo 6, París, Garnier, 1911.

STOCK, Guillermo: «A la República Norteamericana», *La Quincena*, 6, 1898.

TAMINI, Luis: «La Liga Neo-Latina», *ibid*, 7, 1899.

VALERA, Juan: *Ecos argentinos*, Buenos Aires, Emecé, 1943.

ZOLA, Emilio, *Yo acuso*, Buenos Aires, Leviatán, 1983.

Visión mexicana del 98

Salvador E. Morales Pérez

En la política exterior de México, desde el extremo de su independencia, las ambiciones de Estados Unidos acerca de la isla de Cuba tuvieron un lugar de suma importancia. La morfología geográfica del litoral oriental de lo que fue la Nueva España, donde se hallan los principales puertos del país, podría ser bloqueada fácilmente por quienes dominasen los estrechos de la Florida y de Yucatán. De ahí la expresión cargada de significación geopolítica de que la isla de Cuba era la «llave del Golfo». Cuando a comienzos del siglo XIX Estados Unidos se apoderó de la península floridana, un elemento más vino a incidir en el espacio compartido por México y Cuba. Junto al «espacio geográfico» que enlaza a Cuba con México, integrado al trasfondo natural, está el espacio histórico, tejido durante siglos de relaciones navieras, mercantiles, humanas, culturales, etc.

La tendencia expansionista de la república angloamericana, revelada prematuramente, no sólo fue un foco de preocupaciones para los operadores de la política exterior de la flamante república mexicana, sino un punto de partida para la elaboración de una concepción acerca de los destinos de Cuba.

En estado de conflictividad con España hasta el acuerdo de 1836, la primera opción que se planteó al nuevo estado mexicano fue llevar la guerra a la isla, contribuir a su independencia y en caso de que los cubanos lo quisiesen (los cubanos blancos poseedores, naturalmente) anexar, más bien unir, la isla a la república mexicana. La obra de Luis Chávez Orozco es bien ilustrativa de las intrigas europeas y estadounidenses que suscita el proyecto defensivo del México postcolonial. Sumido en sus dificultades internas por la construcción de un estado nacional republicano, perdido el impulso independentista, México tuvo que conformarse en ser una pieza de la política de pesos y contrapesos de las potencias mayores en el área del Caribe. Potencias que incidían, influían y minaban en su proyecto los dramáticos reacomodos internos de la incipiente nacionalidad mexicana en gestación. Paralelamente, los trastornos en las relaciones con el vecino

americano angloparlante fueron creciendo y multiplicándose, lo cual dio origen a choques de diverso orden, llegando a la guerra traumática y mutiladora de 1848 que incidiría notablemente en la formulación de una mentalidad geopolítica teñida de un fuerte temor fatalista. Ciertamente, la vulnerable frontera se extendió inmensamente desde el golfo de México hasta el Pacífico. Estados Unidos vino a ser el adversario potencial más importante para la república de México, pero también el socio comercial más relevante. De ahí que la preocupación por el flanco estratégico caribeño aumentase considerablemente.

La correlación de fuerzas gravitantes en el espacio cubano-mexicano, trazada esquemáticamente, constituye un escenario general básico para acercarse al reflejo de las guerras independentistas de Cuba en las representaciones políticas de las clases dominantes en el México decimonónico; pero también, tomar en consideración la imagen de los esfuerzos patrióticos cubanos y la significación de una Cuba independiente para la sociedad civil mexicana. Sin ese fondo alternativo de simpatías ideopolíticas y culturales no se puede apreciar totalmente la resultante, como contrapeso a las conveniencias económicas y de Estado. Ante este conjunto de elementos condicionadores para los gobiernos mexicanos se abrieron tres opciones visibles a lo largo del siglo XIX: 1) Apoyar la lucha de los cubanos por su independencia. 2) Propiciar, fomentar y llevar a cabo la anexión de Cuba a la República Mexicana con la aquiescencia de los cubanos. 3) Aprovechar el *status quo* colonial en Cuba en beneficio de un balance de fuerzas en el Caribe que contrarrestase la presión de Estados Unidos en el Caribe.

Los partidarios de una Cuba independiente siempre fueron mayoría fuera de las obligaciones de gobierno, a excepción de los primeros tiempos en que el propio presidente Guadalupe Victoria fue impulsor de trabajos conspiratorios de los exiliados cubanos. El caso de Benito Juárez, de indudable identificación con los patriotas cubanos, tiene rasgos diferentes y estuvo rodeado de condiciones que atenuaron sus inclinaciones en esa dirección. Así, la autorización presidencial de abrir los puertos mexicanos a las embarcaciones de los independentistas de la isla no llegó a constituirse en un factor de cooperación real. La alternativa anexionista se movió en tres ocasiones. Una de manera opcional en los proyectos de Lucas Alamán y Antonio López de Santa Anna; otras, durante la primera guerra de liberación cubana, 1868-78, de modo periodístico y de poca importancia práctica, y finalmente durante el período de 1895-98, de manera oficiosa y públicamente fundamentada.

La mayor parte de los gobiernos desde 1836 en adelante respetaron el *status* colonial de la isla como lo más conveniente para el equilibrio de pode-

res en el área de seguridad mexicana. En la sociedad mexicana no tenía partidarios la apropiación, por cualquiera de las formas de subordinación al uso, del territorio de Cuba por parte de Estados Unidos. En este aspecto, salvo algún caso raro que pueda aparecer, había unanimidad en todo el espectro político social del país. Al estallar el 24 de febrero de 1895 la insurrección armada preparada por José Martí y el Partido Revolucionario Cubano la coyuntura histórica del espacio estudiado había asumido el conjunto de caracteres específicos que le daban al conflicto actuante y a las latentes nuevas, perspectivas para replantear las tácticas y estrategias a seguir en el campo de las relaciones internacionales.

Yendo esta vez de lo general a lo particular en el espacio geohistórico que involucra al oriente americano, el Caribe y el Golfo de México y a una parte más occidental de Europa, tenemos ante nosotros el escenario de una nueva etapa de globalización dinamizada por el desarrollo del capitalismo industrial. Nuevas tecnologías en el terreno de la producción fabril y agrícola, en las comunicaciones y en el transporte, nuevos hábitos de consumo y de disciplina laboral y social, y nuevas y más intensas manifestaciones de la lucha social, no sólo contribuían a reedificar los espacios sino a darles contenidos cargados de perspectivas inéditas para la historia universal en conformación. Dentro de ese cuadro general se desarrolla el proceso de «modernización» y de refuncionalización de los vínculos de dependencia entre los centros industriales y la periferia suministradora de materias primas y consumidora de productos manufacturados. Es un momento de tensiones, de feroz competencia mercantil, de pugnas por territorios de influencia, abastecimiento y consumo, de proyección de bloques, de auge en los precios de los productos primarios, de debates entre proteccionismo y librecambio, entre el patrón oro y el de plata (bimetalismo), es momento de fortalecimientos nacionales y de emergencia imperialista, pero también escenario de nuevos sujetos sociales que reclaman mejores condiciones de existencia, igualdad, libertades: trabajadores, mujeres, pueblos en formación, etc.

En ese macroescenario los sujetos históricos que convergen al calor de la lucha cubana por la independencia atraviesan por encontradizas circunstancias:

— **Cuba**: Está en una fase más avanzada en el proceso de integración nacional; la democratización del país es una tendencia irreversible; los negros y los mulatos pelean por la igualdad de derechos; los trabajadores se organizan y los hacendados azucareros, después de una ligera modernización de su planta productiva, tienen puesto el ojo económico en Estados Unidos, principal consumidor del azúcar y el tabaco; la condición colonial

se ha hecho cada vez más onerosa y el juego partidista colonial autorizado no basta para un pueblo que ha ido adquiriendo conciencia de sí y para sí; el proyecto de liberación nacional ha pasado a manos de la intelectualidad criolla más avanzada, sectores profesionales y pequeña burguesía y sobre todo a los obreros y grupos rurales, y está dotado de un sentido democrático jacobino e igualitario de expresas funciones respecto a un equilibrio continental antiimperialista.

— **España**: Atraviesa por un proceso modernizador deformado por el proteccionismo, la carencia de capitales propios y una dependencia sin perspectivas de los frutos coloniales; está aferrada a una fórmula conservadora que no logra atajar por completo la erupción de fuerzas político-sociales renovadoras; se encuentra aislada en el contexto europeo y pierde terreno en el comercio mundial; debe enfrentar a los nacionalismos internos y la retrógrada influencia de un clero ultramontano; en fin, se desliza hacia la fase de potencia en declive, en contraposición con actitudes propias de una influencia internacional real mayor. Para los políticos españoles el futuro de las relaciones con Cuba no tiene más porvenir que la defensa acérrima de una condición colonial agobiadora.

— **México**: Enfrascado en una estimulante modernización superficial, alentada y dependiente de las perspectivas de comercio con el vecino del norte; favorecida por el enlace ferroviario pero en desventaja en los intercambios, por la política arancelaria de Estados Unidos; aunque fía su sostenimiento en una producción argentífera en clara decadencia desde 1873, ha ampliado el surtido hacia los centros industriales con café, henequén, tabaco, azúcar, algo de oro, caucho, que hacían de su oferta la más diversificada del mercado latinoamericano; en su funcionamiento político interno se ha desplazado hacia el conservadurismo y formas caudillistas que restringen el juego democrático, en cuyo seno han encontrado buena acogida e influjo los empresarios hispanomexicanos que defienden el *status* colonial de la isla de Cuba y han perdido terreno los elementos más críticos de los Estados Unidos.

— **Estados Unidos**: Afronta las secuelas de la revolución industrial en medio de una onda media depresiva y fuertes convulsiones cíclicas que originan violentas manifestaciones sociales. Urgidos de mercados para la superproducción, y de materias primas fluidas y a bajo costo, forzaba el desplazamiento de sus rivales europeos en el continente americano. Sus miras expansionistas se traducían en una doble opción: por un lado el proyecto panamericanista de anticipado carácter neocolonial y del otro una carrera descocada por territorios estratégicos en el Caribe, Centroamérica y en el Pacífico, para lo cual se preparó un poderío naval inusitado.

En esos macrocontextos estalló la guerra cubana por la independencia.

El movimiento insurreccional cubano de 1895 a 1898 no obtuvo de las repúblicas latinoamericanas el apoyo diplomático que era de esperar. Si algunos políticos con poder, como Porfirio Díaz, contribuyeron, fue a título personal, pues como gobernantes no hicieron nada de ayuda material ni siquiera moral. Coincidimos con la explicación general de que la consolidación de la oligarquía dependiente en los instrumentos de poder político y social selló definitivamente el aliento bolivariano de solidaridad latinoamericanista. Los intereses pesaron más que los principios doctrinales del liberalismo revolucionario. Desde luego, no nos referimos a los grandes intereses nacionales, bien claros a pesar de algunos contornos difusos, en las obras de pensadores responsables como Francisco Bilbao, Ramón E. Betances, Antenor Firmin, José Martí, entre algunos muy destacados, que veían la viabilidad de un proyecto sin dependencias onerosas en un gobierno popular, verdaderamente democrático.

La política exterior de las oligarquías fue un claro reflejo de estados represivos, de políticas domésticas asentadas en economías dependientes de los mercados extranjeros, ensimismadas en la efímera y elitista prosperidad de los enclaves exportadores, estimuladas por las innovaciones tecnológicas de fines del siglo XIX. Ese punto de partida no puede obviarse en ningún análisis histórico de las disputas por los espacios clave como el cubano, a fines del siglo pasado.

Ese bloque de intereses económicos y políticos que hegemonizaba la sociedad colonial cubana, tenía fuertes vínculos e identidades con los de las agrupaciones hispanas en América, aunque habría de advertir en ellas diferentes niveles de incidencia en cada república. En México se le reconoce un vigor e influencia creciente durante el régimen porfiriano. De esta manera una red de conveniencia e identidades nacionales, ideológicas, religiosas y culturales –a contrapelo de la pluralidad «nacionalista» emergente en las últimas décadas del XIX español– ejercía una significativa presión en provecho de un dominio colonial roído de vetustez e inoperancia a los efectos de una modernización acelerada en los centros hegemónicos del capital mundial. Esa influencia se entrelazó a otras circunstancias que mediaron en la política cubana de México.

Nuestro estudio de los contextos y acontecimientos que vinculan el proceso independentista cubano con un período específico de la historia del México moderno, nos ha llevado a un análisis pormenorizado de las variables históricas que condicionaron la postura oficial. En la explicación de la neutralidad ostentada por la política exterior del porfiriato se ha puesto mucho énfasis en los problemas relativos a la seguridad, partiendo, como

entonces, de un enfoque acentuadamente geopolítico. Es decir, Cuba vista como un problema de seguridad nacional, que pretextaría la neutralidad positiva a la dominación de España en Cuba y a su presencia en la llave del golfo mexicano como un factor contrarrestante del poder creciente de Estados Unidos, a partir del mismo supuesto antiguo de que el poder español podía poner un dique a la expansión norteamericana hacia el sur. No obstante, no son pocos quienes han reparado e insistido en señalar la contradictoriedad entre los temores de una anexión, el clamor contra las expansiones políticas, que enardecían los ánimos periodísticos, con el allanamiento de obstáculos a la expansión de los intereses empresariales y financieros de Estados Unidos por todo el cuerpo productivo de la economía mexicana.

La casi totalidad de los analistas de las relaciones mexicano-estadounidenses coinciden en señalar que durante las últimas décadas del siglo XIX, se desplegó «la aplicación de un liberalismo económico que otorgaba generosas concesiones». Aunque se reconoce que los gobiernos mexicanos se empeñaron en proteger la soberanía nacional, fue a todas luces evidente que la apertura económica ensanchaba la influencia extranjera en los instrumentos del poder político. Mal podían las declaraciones, las protestas y la retórica nacionalista contrabalancear el impacto político que las líneas férreas, la dependencia comercial y el auge inversionista generaron en la sociedad dominante mexicana. En todo caso la proyección de Díaz con respecto a Estados Unidos pudiera calificarse de *nacionalismo ambiguo*, muy diferente del *nacionalismo radical* que asumió José Manuel Balmaceda en su intento de chilenizar la producción salitrera. La ambigüedad del nacionalismo porfiriano está dada por un celo auténtico respecto a cualquier asomo de ofensa a la soberanía mexicana, una vigilancia y denuncia sistemática de la anexión territorial, pero también por una apertura tan amplia, desregulada y vital a los capitales de Estados Unidos, que propiciaba una real e incontestable *anexión económica*.

En mi observación de las relaciones mexicano-estadounidenses como factor de explicación a la conducta porfiriana de no crear oposición en ninguna cosa que pudiese irritar a Estados Unidos, particularmente en su ambicioso proyecto acerca de Cuba, que consideraban frecuentemente fatal, hay otros elementos que no son sólo el temor a su expansionismo. Es el temor a la aquiescencia yanqui con respecto a los opositores de Díaz en el otro margen fronterizo. Si algo se puede observar reiteradamente en los despachos diplomáticos de Romero, son los esfuerzos por controlar los movimientos y actividades oposicionistas, maquiavélicamente tolerados por las autoridades yanquis. Esa espada podía agitarse como medio de presión en cualquier momento que se pusiera alguna negociación difícil sobre

la mesa. Esto me ha llevado a creer que la insistencia de Díaz y su camarilla en difundir una imagen positiva de sus mandatos sucesivos estaba más dirigida a una disuasión ideológica respecto a cualquier medida negativa que a un culto megalomaníaco de su personalidad. De ahí he tomado en consideración que junto a los temores fundamentados en la mutilación y el anexionismo exhibidos epilépticamente por la prensa y algunas figurillas de la política, está la preocupación por la seguridad y perpetuación de un gobierno. El cuidado de no interponerse a los planes de algún grupo de poder con respecto a Cuba, podía obedecer más a la prevalencia del grupo gobernante que a un cálculo de interés nacional auténtico. En cierto modo, creo que este aspecto arroja su poquito de luz dentro de la contradictoriedad de la política exterior de México en esa coyuntura. Aspecto que encaja muy bien con el nacionalismo retórico y con la influencia española en la maquinaria económico-política del porfiriato. Incidencia que ha tomado más fuerza en tiempos recientes, en la explicación de la conducta filohispana observada por la diplomacia mexicana durante el conflicto cubano-español, aunque aún penden en torno a ella problemas de notable interés analítico. Clara E. Lida ha demostrado que los españoles radicados en México, a pesar de la pequeñez relativa en el universo demográfico, entre el 0,1 y 0,3 por ciento del total poblacional mexicano, disfrutaban de un peso cualitativo de significación por su presencia en sectores claves de la economía. Los empresarios hispanos eran fuertes en la industria textil, en los grandes tráficos mercantiles y en el ámbito bancario. ¿Por qué no decir también en la política?

Lo relacionado con el proyecto anexionista de *Cuba mexicana* huele raro si analizamos la multiplicidad de elementos disímiles en su alrededor. Su autor posible, Carlos Américo Lera, cubano de origen, mexicano naturalizado, funcionario diplomático de confianza, cercanísimo a Ignacio Mariscal y también su biógrafo. Ambigüedades en el secretario ante los alegatos inconformes del cónsul en La Habana, supuesta vinculación oficial, aceptación burocrática de la «línea» por el cónsul en La Habana Andrés Clemente Vázquez. Naturaleza geopolítica del proyecto unionista. Defensa paradójica de un periódico liberal al cual suprimen las subvenciones gubernamentales, *La Patria*, de Ireneo Paz, antiguo tuxtepeco y de *El Nacional*, órgano conservador en el goce de las subvenciones oficiales. Adhesión de la prensa angloamericana editada en México: *The Two Republics*, y *The Mexican Herald*. Vinculación de cubanos separatista-anexionistas y antiyanquis. Todo este mejunje nos llena de interrogantes, no ante la fundamentación antiexpansionista que es a todas luces bastante bien argumentada y fundada, sino en los propósitos que dicha campaña desem-

peña en el juego ideológico y político-diplomático. Y es en ese sentido que huele más a finta exploratoria que a un planteamiento opcional en funciones de sondeo.

A mi juicio, en la determinación de la pasividad de la diplomacia mexicana respecto a la revolución cubana hay que buscar comprensión en la doble naturaleza del movimiento organizado por Martí. A Díaz se le dijo por lo claro el carácter antiimperialista que tendría el surgimiento de la república cubana. Por supuesto, esa función de auténtico dique a la expansión de Estados Unidos sólo la podía proporcionar un régimen sociopolítico popular. La oligarquía azucarera y tacabalera no comportaba más que subordinación al mercado estadounidense y lógicamente subordinación política (sin tomar en consideración el inescrupuloso anexionismo potencial de empresarios cubanos y españoles). Por lo tanto, el contenido social de la república cubana en perspectiva, «con todos y para el bien de todos», armada de un ideario fluctuante entre un liberalismo de avanzada, en algunos jefes, jacobino, e ideales socializantes incipientes del núcleo obrero dinamizador, más las pretensiones de igualdad racial del principal soporte humano del ejército libertador, no deben haber sido del agrado de las oligarquías latinoamericanas. Oligarquías, que como la de México, estaban en gradual proceso de conservadurismo, de aristocratización y reaccionarismo procatólico, como parte del proceso de disciplinamiento modernizador. Si a todo ello se une la convulsión en sí, vista con horror por los prohombres, del modelo de estabilidad de América Latina, no es de sorprendernos que las simpatías por la revolución cubana estuviesen en las esferas populares de la sociedad civil. Simpatías amenguadas, coaccionadas, por las políticas de disuasión y desinformación instrumentadas desde los altos niveles del poder, quienes nutridos del miedo a las reclamaciones de los trabajadores, conforman un clima de hostilidad y desconfianza hacia el nuevo sujeto social en escena. El motejo de anarquismo adicionaba sazón a los prejuicios que generaban los usos guerrilleros, el sabotaje a vías férreas y la destrucción de propiedades, como ecos del «imperio de la dinamita» de los anarquistas europeos.

En cuanto respecta al trabajo realizado por los diplomáticos mexicanos en lo referente a los asuntos relativos a una Cuba independiente, hay dos aspectos a destacar. Resulta de notable interés la información acopiada a pesar de su parcialidad, puesto que el contacto con los insurrectos y sus representaciones en el exterior fue muy limitado y pasivo. Esa proporción inversa entre la atención y las iniciativas se reproduce en la gestión diplomática. A pesar del fuerte interés que representaba Cuba para México, el nivel de promoción de él también fue muy bajo, expectante, de aprovecha-

miento de resquicios. Hasta hoy no hemos hallado muchas muestras de emprender acciones salvo los sondeos tímidos de 1896. Esas fueron las únicas instrucciones cautelosas que se adelantaron. Cautela extrema condicionada a mi parecer por las precauciones internas excesivas en acelerada insistencia frente a una perspectiva externa, a largo plazo, de previsión.

Desde luego, muchas cosas no se confían al papel en materia de conversaciones diplomáticas. Y por más indicios que puedan verse entrelíneas o en la correspondencia íntima, como la cursada entre Matías Romero y sus amigos que hemos consultado, lo visto nos aconseja prudencia en nuestras conclusiones. No obstante, es posible observar un sentimiento fatalista con respecto al destino de Cuba, que permea la observación del problema con un sentido acentuadamente geopolítico, en la acepción más primitiva del concepto. Este sesgo parte de una imagen esquemática de las fuerzas en Cuba que eran proclives a la subordinación a Estados Unidos y muy temerosa de aquellos que le podían colocar un valladar que atenuase sus efectos expansionistas, por lo cual las mediaciones prejuiciosas de ideología, de clase, raza y paradigmas culturales ejercieron, a mi ver, una influencia negativa en los círculos dominantes de América Latina. Aunque es bueno aclarar que en esos mismos círculos de poder no había unanimidad y se dividían las opiniones. En México primó la de una neutralidad oficial que se tradujo en los hechos como obstrucción a la independencia de Cuba, como bien observó Ireneo Paz desde *La Patria*:

«Supongamos, sin embargo, que los gobiernos de América, por un acto suprema deferencia hacia España, permitan que ese ejército continúe matando mujeres y niños, sin tener que respetar las leyes de la guerra, ¿cuáles son, en este caso, los deberes de nuestro Gobierno, y cuál es la condición respectiva de los españoles y de los cubanos que se acogen a la hospitalidad de México? En este caso, ya lo hemos dicho, *no hay neutralidad*, pues sólo uno de los contendientes es beligerante: México ignora la insurrección de Cuba. España (el Gobierno, no los particulares), es libre para comprar armamentos y para exportarlos por los puertos de la República, mientras que si tales exportaciones las hicieran los cubanos, se considerarían como contrabando de guerra».

El general Antonio Maceo, tomando en consideración las expectativas paralizantes de la guerra anterior, ilusiones fallidas sobre todo con respecto a un posible reconocimiento por parte de Estados Unidos, dijo a los cubanos que debían confiar más en las armas que en los recursos de la diplomacia. Lo expresado provocó comentarios en ciertos círculos.

Este pensamiento y sentir de quienes estaban en el mando real no fue debidamente apreciado –y quizás ni considerado– por las repúblicas lati-

noamericanas en el diseño de su postura internacional con respecto a Cuba, con la excepción del Ecuador liberal. En su gestión, los diplomáticos de Eloy Alfaro se manejaron con ingenuidad, impericia y precipitación. A pesar de ello, tuvieron la virtud de ponernos al desnudo el poco eco continental que obtuvo una propuesta que no lograba ocultar las segundas intenciones.

México intentó sacarle partido, pero a mi juicio hizo poco por respaldar y quizás hasta precipitó su frustración. La anticipación de Díaz por redefinir la «doctrina Monroe», condicionó al fallido congreso de agosto de 1896, cuando hubiera sido ocasión propicia en bandeja de plata para intentar una solución osada con el apoyo de otras repúblicas hermanas.

Muy distinta también fue la conducta del gobierno dominicano regentado por Ulises Hereaux, *Lilis*, quien supo cubrir las apariencias con España a la vez que ofrecía ayuda secreta a los revolucionarios cubanos.

Al México oficial no faltó información ni ocasión para contemplar una política más acorde con sus propios intereses en el ámbito disputado. Una política que asegurase mayor estabilidad en su flanco caribeño, sin llegar a un rompimiento ni con España ni con Estados Unidos, y eso hubiera podido lograrse, a mi juicio, mediante una acción colectiva que nunca se intentó seriamente.

Al calentarse la primavera de 1898 con el avivamiento de la tensión hispanoyanqui, los diplomáticos en Washington se pusieron más alertas y prolijos en su información acerca del conflicto latente desde la explosión del *Maine*. Sobre todo desde el momento en que el Congreso washingtoniano empezó a discutir las diversas fórmulas de resolución a fin de intervenir en la guerra de Cuba. Matías Romero, con su experiencia, información y casi habitual agudeza, previó la inevitabilidad de la intervención estadounidense.

La representación cubana en Estados Unidos solicitó los buenos oficios de México tardíamente, cuando ya el ultimátum a España era un trámite formal. El 18 de abril solicitaron una entrevista con Romero quien la describe en la nota 1038 del día siguiente:

«En la tarde vinieron a verme los señores Quesada y Díaz Albertini, y el primero me manifestó [el] deseo de que el gobierno de México mediara en la cuestión, a fin de obtener de España el reconocimiento de la independencia de Cuba. Le contesté que me parecía que después del acuerdo aprobado por el Congreso, no era razonable esperar que España abandonara la isla de Cuba y que cualquiera intervención con ese objeto vendría de hecho a apoyar la política agresiva del gobierno de los Estados Unidos, que en mi concepto no podría contar con simpatías entre las repúblicas hispanoamericanas».

De la reunión con los cubanos Romero sacó una interpretación peregrina acerca del disgusto con Estados Unidos por el no reconocimiento del gobierno insurrecto, aspecto que fue seguido minuciosamente en todos sus despachos en torno a las discusiones habidas en la Cámara y el Senado, donde las enmiendas destinadas a garantizar el reconocimiento de los rebeldes en las resoluciones a promulgar fueron desechadas por mayoría.

Tras los debates, donde algunos diputados se fueron a las manos, y las votaciones acerca de cómo llegar a la injerencia en la guerra de los cubanos contra España, Romero veía emerger con fuerza las combinaciones que tendían a condicionar las posibilidades de anexión:

«Entiendo que el propósito de este gobierno en la aprobación de los proyectos expresados en establecer un gobierno en la Isla de Cuba en que figuren en primer término los amigos de la anexión a los Estados Unidos, para que terminada la guerra con España, pueda llevarse a cabo esta medida a solicitud del gobierno de la Isla, haciéndose una cosa semejante a lo que ha pasado con Hawai».

Es de sumo interés la impresión que tenía Romero acerca del papel que venía desempeñando el antiguo general sureño Fitzhugh Lee, como cónsul de Estados Unidos en La Habana, para precipitar el juego bélico; en el mismo despacho que acabo de citar hace un recuento de sus cabildeos y una curiosa comparación:

«Creo también que el general Lee ha venido a precipitar algún tanto los sucesos, pues en sus conversaciones con los hombres públicos de este país ha asegurado que la guerra con España sería un juguete; que el ejército español en Cuba está completamente desorganizado; que se debe a los soldados el haber de diez meses y a los empleados civiles el de dos años; que el ejército está hambriento y desnudo; que los españoles que residen en Cuba y tienen intereses allí en favor de la anexión a los Estados Unidos, como la única manera de obtener garantías, y que el solo hecho de desembarcar un ejército de este país en Cuba desbandará por completo el ejército español. Me parece que en este caso el general Lee está sufriendo de alucinaciones semejantes a las de M. de Saligny cuando aconsejó a su gobierno la intervención francesa en México y aseguró que no encontraría resistencia ninguna en nuestro país».

Cuando la guerra de intervención parecía inevitable, lógicamente, se produjo una necesaria evaluación de las fuerzas que habrían de enfrentarse. A simple vista se reconocía la superioridad militar de Estados Unidos, en pleno ascenso de innovaciones. Sin embargo, los funcionarios mexicanos parecen haber estado lejos de hacer una apreciación correcta del poder hispano. Cuando el mañoso cónsul estadounidense Lee, y otros

radicados en Cuba con excepción de Mc Garr, que había estado en el puerto de Cienfuegos, pintaban un cuadro lastimoso de la situación de las autoridades coloniales, se inclinaron a desestimar esos informes por tendenciosos. Sí tuvieron razón en suponer la tendenciosidad, pero se embaucaron al dudar del fondo de autenticidad de los mismos. La nota número 1039 de abril 19 de 1898, cuando ya las hostilidades estaban a punto de estallar, es demostrativa de una serie de datos y posibilidades de dudosa veracidad:

«Entre los altos funcionarios de este gobierno prevalece la idea de que España no opondrá resistencia seria a la fuerza que envíen a Cuba los Estados Unidos. Se cree que el ejército español que hay ahora en la isla, está completamente desmoralizado y que, o depondrá las armas al desembarcar las fuerzas de los Estados Unidos, o hará una débil resistencia, tan solo por cubrir las apariencias. Se cree también que las fortificaciones españolas en La Habana, y especialmente las del castillo del Morro y la Cabaña son antiguas y serán destruidas en pocas horas por los buques de guerra de los Estados Unidos, pues se dice que no tienen piezas de calibre de gran alcance que puedan hacer daño a los buques de este país. Se cree igualmente que España aceptará la guerra simplemente por evitar que sea destronada la dinastía actual, y que después de la primera batalla en que se cree será derrotada, solicitará la cooperación de las naciones europeas para hacer la paz con los Estados Unidos, bajo la base del abandono de Cuba y Puerto Rico. Se cree además que si España no procediere así, las naciones europeas y principalmente Inglaterra, que se perjudicarían grandemente con la prolongación de la guerra, obligarán a España a aceptar la paz, por lo cual se espera que la guerra sea de muy corta duración y que impondrá muy pocos sacrificios a los Estados Unidos. Se cree, por último, que la mayoría de los habitantes en Cuba, y principalmente los españoles acomodados, están en favor de la anexión de la isla a los Estados Unidos, como la mejor manera de obtener garantías para sus propiedades y que se levantarán en masa en favor de la anexión, cooperando así al pronto término de la guerra».

Romero insistió en que los cónsules yanquis, especialmente Lee, se distinguían por acoger informaciones y opiniones contrarias a la dominación española. También las atribuía a la visita fugaz de una comisión de senadores preparada por el *New York Journal*, propiedad de Randolph Hearst, tan conocido por su sensacionalismo, y que apenas estuvieron horas en la isla. Daba más crédito a los reportes de Thomas R. Dawley quien estuvo varios meses en la isla como corresponsal del *Harper's Weekly*. A poco de empezar la guerra y recibirse información de los duelos artilleros entre los

barcos yanquis y la batería costera española en Matanzas y los combates navales en la bahía de Manila, Romero tendría que reconocer que las cosas no sucedían como esperó y desde luego algo semejante debe haber pasado entre los funcionarios de relaciones exteriores de México.

«Si los informes contenidos en esa parte son exactos, como supongo que lo serán, y si esa batalla (Manila) se debe tomar como el preludio de lo que pasará durante la guerra, causará una gran decepción a todos los que esperábamos que España hiciera una resistencia seria, aunque al fin tuviera que sucumbir a la superioridad de la fuerza y elementos de este país».

El alboroto expansionista que se desató al comenzar la guerra entre Estados Unidos y España, sobre todo bajo la euforia de la fácil victoria de Dewey en Manila, creía Romero que era suficiente para afianzar su pronóstico acerca de que el resultado final vendría a ser la anexión de Cuba a Estados Unidos. Las miras anexionistas hacia Puerto Rico llamaron también la atención del ministro mexicano en Washington. Aunque quizás aún no estuviera clara la forma de conservar la isla borinqueña, se valoraba la ventajosa posición en el mar antillano, tanto por la cercanía a Cuba como a Estados Unidos. Esta apreciación ya evidentísima iba acompañada del rumor de que España había hecho llegar al conocimiento del gobierno de Estados Unidos la disposición de reconocer la independencia de Cuba y otorgarle estaciones navales en Filipinas y Puerto Rico. El presidente –se decía– no aceptaría condiciones que no comprendieran la retirada total de España de América y Filipinas.

«Se me asegura que el presidente no ha decidido respecto de las islas Filipinas, si las anexa a Estados Unidos o favorece su independencia; pero sí parece que no está inclinado a devolverlas a España. Es seguro que la presión que ejercen los amigos del sistema imperialista será tal que aunque el presidente lo deseare, no podrá devolver esas islas a España, si llega a ocuparlas...».

La imagen definida en los salones diplomáticos parecía garantizar la aquiescente neutralidad de las potencias europeas. Alemania no estorbaba las operaciones militares y navales contra España y los británicos adoptaban una postura más cercana a Estados Unidos. Vale la pena recordar que estaban enfrascados en una disputa territorial con Venezuela en la cual Estados Unidos fungiría como árbitro. Esta posición favorable a la república angloamericana incluía fácilmente el derecho de imponer condiciones a España a su antojo cuando se negociara la paz. Condiciones que fueron duras, vistas desde el ángulo español, que se las buscó por su terquedad anticubana, y de rebote lesionaron enormemente las expectativas de los patriotas cubanos, filipinos y puertorriqueños.

Para Francisco de Icaza, quien sustituyera a Riva Palacio en la representación mexicana en Madrid, la política de España había sido de «resistencia pasiva» recibiendo los impulsos de afuera, sea de la manigua insurrecta o de las presiones de Estados Unidos. A su juicio la opinión pública de la península estaba cansada de la guerra y se hallaba «dispuesta a las mayores transacciones» pero la intromisión de Estados Unidos produjo una reacción que complicaba cualquier concesión que se hiciera. En ello habían intervenido no poco los engaños políticos por intermedio de la prensa alborotadora. Del mismo modo, se tenía la seguridad de que las potencias europeas no pondrían sus armas en favor de España en la inminente guerra con Estados Unidos. Esa certeza, en conocimiento de ese último país, debilitaba *a priori* cualquier indicación amistosa para prevenir el conflicto.

El gobierno de México adoptó las medidas correspondientes entre el 26 y 27 de abril. El secretario de gobernación dirigió una circular a todos los gobernadores advirtiéndoles que la política de estricta neutralidad era ratificada ante el «lamentable conflicto» entre dos países considerados amigos. Como era de esperar, la principal reacción de la sociedad mexicana con respecto a la intervención estadounidense en la guerra independentista de Cuba, se concentró en los periódicos. Los periódicos oficialistas lo hicieron con suma cautela en contraposición con la exaltación y sistematicidad con que se proyectó la prensa conservadora, católica y filohispana. Precisamente, a ésta deseamos hacer referencia. A pesar de que Cosío Villegas descalificase el antiyanquismo de esta franja político-ideológica no cabe extrañeza de que su discurso haya podido calar con más hondura en la cultura política mexicana que el discurso procedente de las filas liberales rayano en lo blandílocuo. A diferencia de publicaciones más o menos favorables a la causa independentista y preocupadas por los aires expansionistas del norte, como *El Diario del Hogar, El Hijo del Ahuizote, El Continente Americano* y otros, la prensa conservadora concentró su atención en la crítica furiosa a Estados Unidos, a sus prácticas y políticas, instituciones y proyectos, que si bien fueron acentuados en señal de adhesión a España, no dejaron de aportar un significativo discurso cuestionador del progreso material, la modernización y la expansión imperialista, como podrá verse en las muestras que tomamos de ejemplo.

El Tiempo, en vísperas de convertirse en *El Tiempo Ilustrado*, no sólo era un periódico católico sino hispanófilo como correspondía a tal ortodoxia religiosa de procedencia europea. De ahí su discurso en honor a los ancestros hispanos y su labor mitificadora del aporte colonizador como gloria civilizadora. De suma elocuencia proespañola fue la reproducción de la oración fúnebre pronunciada por el cura Zacarías Martínez Núñez en loor

de Felipe II en El Escorial, el 13 de septiembre de 1898. La extensa apología al gotoso y oscurantista monarca venía a ser la apología al consolidador del imperio español e instrumento eficiente de la imposición ecuménica de la religión católica en su variante más atrabiliaria: «el más grande entre los reyes, martillo de las herejías, brazo de la cristiandad...».

Detrás de la retórica teológica bulle, junto a la defensa del sojuzgamiento colonial y las bondades de la Inquisición, el dolor sordo e inconsciente del poder perdido y la rabia ahogada por la desdicha presente. Un discurso hecho para españoles: recuento de triunfos y hazañas de dudosa autenticidad, exaltación militar y evangelizadora, construcción de una historia sesgada y tendenciosa, acusadora y sentenciante. El cura Zacarías lleva toda su agua en favor del conservadurismo y contra el liberalismo («factores de las libertades modernas», que «constituyen la mayor de las tiranías»), cuestiona el concepto material del progreso y resuella por la pérdida de las últimas colonias. Y es en los párrafos finales en que se desnuda la esencia política de su honra fúnebre:

«Pero, señores, no quiero terminar esta oración fúnebre, que podría calificarse también 'Oración fúnebre de España' sin hablaros de lo que algunos llamarán error político de Felipe II respecto de las colonias: ¿Sabéis cuál es? Es el error de toda nuestra patria: el haber conquistado América y Filipinas, redimiendo a las personas sin matar la raza, siguiendo el sistema contrario de Inglaterra con la raza tasmania y al de los Estados Unidos con los indios aborígenes de la América del norte y con los pieles-rojas, de los cuales sólo quedan ya cuatro o cinco tribus insignificantes; el haber roto, como no lo hacen Inglaterra ni Holanda, las cadenas de la esclavitud, derramando la luz de lo alto en las inteligencias extraviadas, despertando del sueño de la muerte a los pueblos errantes y perdidos, dándoles nuestra sangre, religión y lengua, realizando el plan de Dios, del padre cariñoso que supo dictar las 'Leyes de Indias', civilizando en el cabal sentido de la palabra...».

Concepción providencialista de la historia, manejada dolosamente, que comporta un riesgo que a duras penas acepta:

«No se me oculta que por esos caminos se llega a la independencia de las colonias; pero así como algunas vivieron pacífica y felizmente por espacio de tres siglos a la sombra de la Cruz, más tiempo hubieran continuado de esa manera si las miasmas de la impiedad y de la corrupción administrativa, más terribles que los del cólera, no hubieran asolado a aquellas hermosísimas comarcas. De todos modos si ese sistema de colonizar es un error, creo que debe abrazarse con él toda alma honrada ¡Bendito sea el error!».

A su juicio, la consideración religiosa ya no domina, sino la del hecho por la fuerza material y bruta; se mata y esclaviza por codicia y egoísmo, por

ambiciones y mercados, para tener instrumentos de diplomacia. El retrato abstracto le va como anillo al dedo a la reciente injerencia de Estados Unidos y los trasfondos que la motivaron:

«Hoy se conquistan territorios, no para redimir a las personas, sino para llevar las hermosas pieles de sus animales a los mercados públicos; para extraer las primeras materias de las sedas, de los colores y perfumes del taller, de la fábrica y del tocador; para extraer de las minas las sustancias con que se forjan espadas y puñales o grandes acorazados y formidables cañones, que constituyen trono con que la diosa Materia rueda por el mundo aplastando cruentamente a infelices muchedumbres».

Suelta entonces una filípica teológico/conservadora contra el concepto de progreso materialista y utilitario que enarbola el capitalismo moderno en su énfasis estadounidense, que nos excusamos de citar en este momento a pesar de su notable interés, dada su extensión y para no alejarnos del tema.

De los días en que la corona española se inclinaba derrotada ignominiosamente por el puntillazo con que la artillería yanqui remataba su dominio agonizante a causa de la lucha cubana por la independencia, son los versos de Carolina Coronado, publicados en *Mitra* (el 11 de agosto de 1898), el periódico de la derecha católica de Ciudad México. La poetisa da rienda suelta –entre airada y pesarosa– a las ideas y sentimientos que le ha despertado el desborde yanqui, no sólo en las Antillas. El cuestionamiento rimado de que damos cuenta revela una inquietud política por el fondo y las formas adoptados por Estados Unidos (a los cuales nunca se menciona específicamente) en su estallido invasor.

¿Acaso los marinos españoles
arriaron la bandera en sus manos?
Antes de hacerlo así, les sobran bríos
para hacerla volar con los pañoles.
¿La creéis humillada y abatida
y pretendéis ¡osados! mancillarla?
¡Pues allí la tenéis! id a tocarla
y la hallaréis con la victoria erguida.
Al fin los vicios del caduco imperio,
la ambición de los Césares insana
ha logrado invadir nuestro hemisferio.
Comprendo su dolor, querida hermana;
Tú, que desciendes del ilustre anciano
honra de la familia ciudadana.
Comprendo que tu espíritu cristiano
se espante del error y la injusticia
que hoy arrastra al pueblo americano.
No es por humildad, es por codicia
por lo que rompe a las sangrientas leyes
fundador en favor de la justicia.
Si el yugo sacudió de injustos reyes
fue para dar ejemplo al viejo mundo
con las virtudes de sus nuevos reyes
para que hallase manantial fecundo
en su labor, la sociedad tranquila,
de paz con su gobierno sin segundo.
Mas convertís a Washington en Sila,
y al pacífico pueblo ciudadano
cual en Europa intrusos Napoleones.
Y a Inglaterra decir: «Somos iguales,
llevamos ya corona en la cabeza
aunque súbditos fuimos desleales.

La República ha sido una flaqueza.
Entramos en la edad adolescente
y queremos mayor alteza».
Y para eso ¡oh dolor! sangre inocente
a esta bandera que valor reboza,
acrecentan su bélica porfía
un Bailén, un Lepanto y un Pavía;
un Lérida, un Madrid y un Zaragoza.
En sanguinario ejército de Atila.
¡Ay! ¡Quién dijera a tu leal hermano
que su bandera injuriaría el fuero
del generoso pueblo castellano!...
Pero no venció a España el caballero,
el barco por el arte acorazado
es hoy el adalid, es el guerrero.
Evocaciones del infierno airado
salen al mar y reventando en llama,
sepultan al ejército abrasado;
y *Lucifer* y vencedor se aclama,
porque él es quien alcanza la victoria
y de gran paladín logra la fama.
En negra piedra escribirá la historia
la fundación de vuestro nuevo imperio
y el fin de su grandeza transitoria.
A España tienen hoy en cautiverio:
mas lo que harán del nuevo poderío
es para la República un misterio.
Arrastrada por loco desvarío
quiere emular de Europa los blasones
y remedar su antiguo señorío.
Quieren tener marqueses y barones
y duques y sus príncipes reales,
ha enrojecido el mar de las Antillas
y el remoto archipiélago de Oriente...
Y aún amenazan arrasar las villas
de Iberia, por mostrar a las naciones
de su infernal obús las maravillas
cubierta con los fúnebres crespones,
si vienen, los veré del Oceano
a la orilla, sin miedo a sus cañones.
Más con horror a su furor insano...

La Voz de México era uno de los principales órganos de prensa del conservadurismo independiente, junto con *El Tiempo* y *El Nacional*. Desde el comienzo de las hostilidades hispano-yanquis, acentuó su postura «antigringa» y no dejó pasar día sin echar un grano al costal ya nutrido de la animadversión a Estados Unidos. Animadversión no siempre visceral, pues entre sus alegatos hay no pocos razonamientos de notable interés. Fue la *Voz de México* quien difundió la modificación de la tesis monroísta, en la «doctrina Mc Kinley» que se vino a redefinir en otorgar «a los Estados Unidos el derecho de intervención, en nombre de la humanidad, de la civilización y de la protección de los intereses americanos, en los asuntos de sus vecinos».

El periódico conservador fue de los que creyó que las acciones de Estados Unidos serían condenadas como en «acto bárbaro» y que España no sólo tendría «la simpatía de todos los pueblos civilizados», entre los cuales colocaba también los del continente. Donde no se equivocaba *La Voz...* era en advertir la simpatía de los «liberales ilustrados» por Estados Unidos, puesto que no se habían pronunciado contra el intervencionismo de la «doctrina Mc Kinley» y contra cuanto tenía ésta de amenazante para el futuro de la relaciones intercontinentales:

«¡Que tiemble México, porque hoy se trata de Cuba, mañana de Yucatán, después, cuando a la muerte del actual jefe de Estado o en cualquier otra

emergencia se perturbe la paz, vendrá el protectorado político para garantizar la tranquilidad y el capital de los ciudadanos americanos, desde Monterrey, que es ya étnica y comercialmente una prolongación de Texas, hasta el Istmo de Tehuantepec que es el presente del mundo; después la absorción y con ella la esclavitud!».

La Voz... tenía más acentos castellanos que mexicanos, pues era de la opinión de una alianza ofensiva y defensiva entre España y las repúblicas hispanoamericanas, que daría tranquilidad a España en las Antillas y habría un equilibrio continental adverso a Estados Unidos. A su vez, España permite a Europa estar presente en el medio del golfo mexicano. Con gran habilidad retórica e ideológica argumentaban que Cuba podría convertirse en manos yanquis en el Gibraltar americano. Los periodistas liberales reaccionaron contra los redactores conservadores acusándolos de que no ayudaban a la buena relación con los norteamericanos.

Naturalmente, esto merece un estudio minucioso. *La Voz de México*, durante los meses de la guerra sostuvo un constante seguimiento, casi diario, de la evolución del conflicto, pero sobre todo una pertinaz argumentación contra la expansión yanqui. En ella se mezclan los razonamientos con la exaltación hispanófila y religiosa, las argumentaciones geopolíticas con las preocupaciones de raza y cultura, la angloxenofobia con un tenor antimodernista. Siempre prudentes con respecto al gobierno directamente, pero cuestionando y presionando la carambola.

No solamente en la derecha católica se había desarrollado esta suerte de pensamiento antiimperialista conservador a partir de posiciones tradicionalistas e intereses materiales amenazados; también en los círculos liberales y en la burocracia gobiernista se harían vaticinios agoreros de la significación de la posible caída de Cuba en la órbita del poder imperialista estadounidense.

El cónsul de México en San Diego, California, Antonio Lomelí, había reportado los preparativos hechos en la costa oeste por Estados Unidos meses antes de la declaración de guerra. Una vez terminada ésta transmitió a la cancillería sus opiniones acerca de la «inmensa significación política» de los resultados obtenidos por Estados Unidos en la guerra a punto de concluirse:

«La nación americana rica, industriosa y trabajadora, era un emblema y una garantía de paz en el mundo: los Estados Unidos de América conquistadores, fuertes en elementos de guerra y ambiciosos de extender su dominio, son de hoy en adelante una amenaza para las naciones débiles y una preocupación para las fuertes.

Después de la absorción de las islas Hawai, Cuba, Puerto Rico y tal vez una parte de las islas Filipinas, de las Carolinas o de las Ladronas, los esfuerzos de este país se dirigirán probablemente a la adquisición y apertura del canal de Nicaragua, para cuya obra necesitarán desmembrar dicha nación pues solo de esa manera se logrará el objeto político y estratégico que los Estados Unidos se proponen al emprenderla. Después... difícil es calcular lo que sucederá, pues al romper este país sus doctrinas y sus tradiciones, entra en una senda desconocida, siendo imposible predecir el rumbo que seguirá en lo porvenir».

No tardó en revelarse un rumbo de dominios del cual no escaparían uno solo de los países latinoamericanos.

Fuentes

— Archivo histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.
— Archivo Nacional de Cuba.
— Hemeroteca Nacional, UNAM, México, D.F.

Bibliografía

AZCUY, Fanny: *El partido revolucionario y la independencia de Cuba*, Molina y Compañía, La Habana, 1930.

BECKER, Jerónimo: *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, Editorial Alcalá, Madrid, 1926, t. III, p. 808.

BERNSTEIN, Harry: *Matías Romero 1837-1898*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 323.

COLLAZO, Enrique: *Cuba independiente*, (1900), 2.ª ed., Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1981, p. 61.

COSÍO VILLEGAS, Daniel: *Historia moderna de México. El porfiriato. Vida política exterior*, Editorial Hermes, México-Buenos Aires, 1963, tomo segundo, pp. 322 y 323.

DÍAZ MARTÍNEZ, Yolanda: «La actividad consular española durante la campaña del 95 en Cuba. Aciertos y fracasos», *Boletín 4-94 Historia militar*, Instituto de Historia de Cuba, La Habana, f. 41 y ss.

ESTRADA, Genaro: *La doctrina de Monroe y el fracaso de una conferencia panamericana en México*, Publicaciones de la SRE, México, 1959, p. 32.

HERRERA CANALES, Inés: «Comercio exterior», *La economía mexicana en la época de Juárez, Sep-Seten-tas,* 236, México, 1976, pp. 143 y 145.

HERRERA FRANYUTTI, Alfonso, «José Martí, Matías Romero y la Comisión Monetaria Internacional Americana de 1891: anécdotas, cartas y hechos desconocidos», *Cuadernos Americanos* 51, mayo-junio, 1995.

HERRERA FRANYUTTI, Alfonso: «José Martí y Porfirio Díaz, 1894». *Cuadernos Americanos,* 27, 2.ª. Epoca, México, D. F., Mayo-junio, 1991, p. 208, ss.

Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales, 1868- 1898, Instituto de Historia de Cuba, La Habana, 1996, p. 481.

Historia de la nación cubana publicada bajo la dirección de Ramiro Guerra, José M. Pérez Cabrera, Juan J. Remos, Emeterio Santovenia, La Habana, 1952, tomo VI, p. 380.

Historia de España, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, volumen VIII. *Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923),* Editorial Labor, Barcelona, 1981, p. 318.

La Revolución del 95 según la correspondencia diplomática del Partido Revolucionario Cubano en New York, Editorial Habanera, La Habana, 1932-1937, tomo I, p. 81.

LE RIVEREND, Julio: «Capítulo I. Antecedentes: siglos XVI-XVIII», *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia,* Centro de Investigación Científica Jorge Tamayo, México, 1982, tomo I, p. 6.

LE RIVEREND, Julio: «Relaciones entre Nueva España y Cuba (1518-1820)», *Revista de Historia de América,* N.° 37/38, México, 1954.

LÓPEZ PORTILLO DE TAMAYO, Marta: *Margarita Maza de Juárez,* Casa de la Cultura en Oaxaca, México, D. F. 1972, p. 26.

LLAVERÍAS, Joaquín y S. SANTONVENIA, Emeterio: *Actas de la Asamblea de Representantes y el Consejo de Gobierno durante la guerra de independencia,* La Habana, 1928, t. I.

MARTÍ, José: *Obras completas,* Editorial Nacional de Cuba, La Habana 1963-65, t. 2, p. 327.

México y España durante la república restaurada, compilación e introducción de Antonia Pi Suñer, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1985.

MIÑO GRIJALVA, Manuel: «Tendencias generales de las relaciones económicas entre México y España», en Clara E. Lida, coordinadora, *Tres aspectos de la presencia española en México durante el porfiriato,* Colegio de México, D. F., 1981, p. 23 y ss.

MORALES, Salvador: *Ideología y luchas revolucionarias de José Martí*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1984, p. 318.

MORALES, Salvador: *La diplomacia mexicana y conflictos chilenos en 1891*, Centro de Investigación Científica Jorge Tamayo, México, D. F. 1996.

MUÑOZ MATA, Laura: «El interés geopolítico de México en el Caribe en la segunda mitad del siglo XIX, *Cuadernos Americanos* 58, nueva época, A; o X, vol. 4, México, julio-agosto, 1996.

QUESADA, Gonzalo de: *Páginas escogidas*, Instituto del Libro, La Habana, 1968, p. 7.

Relaciones diplomáticas México-España 18 (21-1977), Compilación de Luis Miguel Díaz y Jaime G. Martini. Editorial Porrúa, S. A., México, 1977, p. 503.

ROJAS, Rafael: «La política mexicana ante la guerra de independencia de Cuba 1895-1898», *Historia mexicana*, 180, COLMEX, México, D. F., abril-junio, 1996, p. 783 y ss.

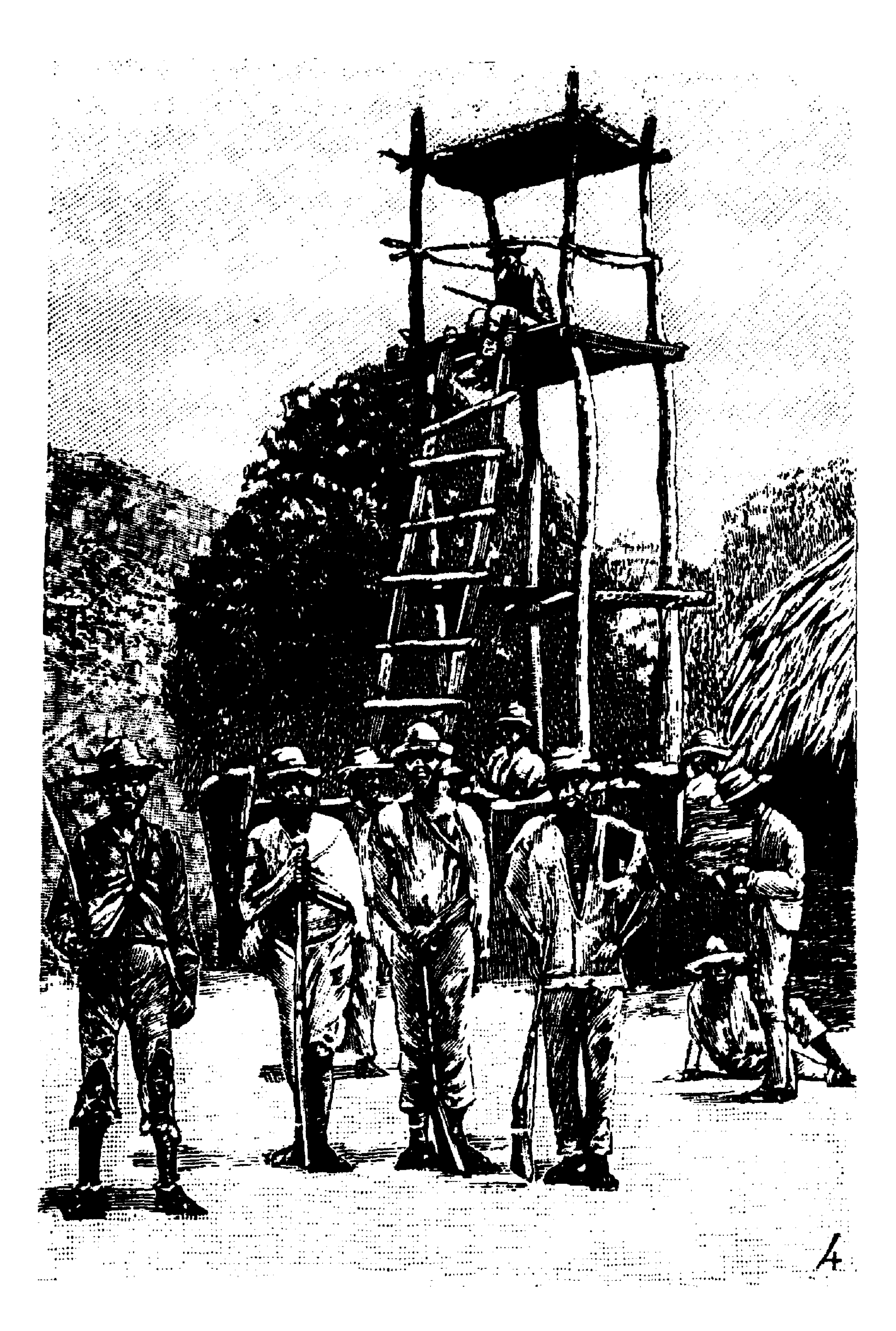
SOUTO MANTECÓN, Matilde: «Los comerciantes españoles en Veracruz: del Imperio colonial a la República», en Clara E. Lida, compiladora, *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, p. 53.

TAMAYO, Jorge, L.: *Benito Juárez: documentos, discursos, correspondencia*, Editorial de Libros de México, México, D. F., 1975, tomo XII, p. 889.

Un esfuerzo de México por la independencia de Cuba, con prólogo de Luis Chávez Orozco, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, Ed. Porrúa, México D. F. pp. XXI y XXII.

URIBE ORTEGA, H. Graciela: *Geografía política, Verdades y Falacias de fin de milenio*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1996.

Un siglo de relaciones internacionales de México (a través de los mensajes presidenciales), prólogo de Genaro Estrada, Editorial Porrúa, México, 1970, p. 196.



Tropas insurrectas en la guerra de Cuba. (*La Ilustración Española*, 1897)

La crisis de 1898 en el horizonte y las relaciones hispano-mexicanas

Agustín Sánchez Andrés

Durante el último tercio del siglo XIX la crisis cubana mediatizó en gran medida las relaciones entre España y América Latina.[1] La cuestión cubana afectó de manera especial a las relaciones hispano-mexicanas, hasta el punto de que, entre 1871 y 1898, este asunto condicionó de manera determinante la acción de la diplomacia española hacia México. El inicio de la gravitación de las relaciones entre ambos países en torno a la cuestión cubana hay que situarlo en el desarrollo de la primera gran crisis colonial entre 1868 y 1878. La incertidumbre que la prolongación de la Guerra de los Diez Años proyectaba sobre el mantenimiento de la soberanía española en Cuba precipitó el restablecimiento de las relaciones entre España y México, que se habían visto interrumpidas tras el derrumbamiento del imperio de Maximiliano en 1867. En este sentido, por una parte, el gobierno español era plenamente consciente de los problemas que un México hostil podía plantear a la conservación de las colonias antillanas; por otra, las instituciones republicanas, recientemente consolidadas en México tras su victoria en la Guerra de Intervención, buscaban la legitimación internacional que les proporcionaría el reconocimiento de las potencias europeas. En este marco, el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países quedó supeditado a la aceptación por el gobierno mexicano de un compromiso explícito de abstenerse de apoyar al movimiento separatista que se desarrollaba en Cuba. El acuerdo fue alcanzado finalmente en 1871, con la firma del protocolo Mariscal-Herreros de Tejada, por el que quedaban restablecidas las relaciones entre ambos países sobre la base de la neutralidad mexicana en los asuntos cubanos: «Respecto á la cuestión de Cuba el gobierno mexicano comprendía que estaba resuelto á cumplir con los deberes que le impone el derecho internacional desde el momento en que renueva sus relaciones de amistad con España [...] que por lo mismo

[1] *Sobre el desarrollo de una política latinoamericana por parte de España como medio de contrapesar la creciente presión de los Estados Unidos sobre las Antillas* vid. Bernabeu, *1984, pp.348-354.*

era claro que hoy podía contar el Gobierno español con una estricta neutralidad de parte de la República en lo tocante á la insurrección de la expresada colonia: neutralidad que se llevará adelante de conformidad con las leyes y en cuanto dependiese de la acción del Gobierno».[2]

El final de la Guerra de los Diez Años no modificó los factores que durante la misma habían condicionado las relaciones hispano-mexicanas. La precariedad de la posición española en las Antillas, tras el cierre en falso del conflicto colonial por el Convenio del Zanjón en 1878, incrementó el interés de Madrid por impedir que los separatistas cubanos llegaran a contar con el respaldo de un México hostil a España.[3] Este objetivo acabó transcendiendo el carácter coyuntural que había revestido durante el conflicto colonial para convertirse en el centro de gravedad de la política española hacia México que, en última instancia, pasó a girar en torno a motivaciones de índole geopolítica, dirigidas a conseguir que este Estado observara una actitud de no injerencia hacia el problema cubano.

Los gobiernos que se sucedieron en México entre 1871 y 1876 cumplieron este compromiso y se abstuvieron de respaldar a los independentistas cubanos que, pese a todo, gozaron en este país de cierta libertad de movimientos y prensa. Sin embargo, a lo largo del último cuarto del siglo XIX se produjo una creciente convergencia entre los intereses geopolíticos de España y México en el Caribe. Dicha convergencia obedeció, en gran medida, a la convicción por parte de la diplomacia porfirista de que un desenlace de la crisis cubana negativo para la antigua metrópoli, supondría el inevitable desplazamiento de la influencia española en el Caribe por la norteamericana. Esta posibilidad, contraria a los intereses de México, llevó al régimen de Díaz a colaborar activamente con España con motivo de la crisis cubana y acabó conduciendo a la diplomacia mexicana a tantear escenarios alternativos a un cada vez más inevitable conflicto hispano-norteamericano, cuando se puso de manifiesto la incapacidad de España para resolver por sí misma la crisis colonial.

[2] *Protocolo Mariscal-Herreros de Tejada de 22 de junio de 1871,* en AHSREM, *leg.LE-1412, f.84. El proceso de negociaciones puede seguirse en Pi Suñer, 1985. pp.31-49.*

[3] *Sobre la creciente organización de las actividades de la colonia cubana en los países vecinos a Cuba a partir de 1878* vid. *Poyo, 1986, pp.484-507.*

1. La cooperación hispano-mexicana durante la crisis cubana (1895-1898)

El Convenio del Zanjón provocó una gran afluencia de refugiados cubanos hacia México e incrementó el riesgo de que este país se convirtiera en una base de operaciones de los independentistas antillanos. Este hecho no pasó desapercibido para la diplomacia española que organizó una extensa red de inteligencia para vigilar las actividades de los exiliados cubanos en México. Desde el primer momento, el régimen porfirista transcendió la actitud pasiva adoptada por los gobiernos de Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada frente a la cuestión cubana y secundó activamente los esfuerzos realizados por la legación española para controlar a los activistas cubanos. Esta colaboración se intensificó a partir de 1882, coincidiendo con la alarma producida en Cuba por las expediciones de Agüero y Bonachea, que llevó a las autoridades españolas a considerar la posibilidad de solicitar el internamiento de los emigrados cubanos.[4] Esta medida no llegó a ser necesaria, pues el gobierno de Díaz incrementó las restricciones impuestas a la actividad de los pequeños centros conspirativos cubanos en México, hasta el punto de que, hacia 1886, éstos habían dejado de representar una amenaza para el dominio español en Cuba.[5]

El estallido de una nueva crisis cubana en 1895 condujo a la diplomacia española a poner en práctica una doble estrategia hacia México. Por una parte, presionó al gobierno mexicano para que impidiera que su país fuera utilizado como base de operaciones por los independentistas cubanos. Por otra, encomendó al representante español, José Brunetti, duque de Arcos, que promoviera la movilización de la influyente colonia española radicada en México, en un intento de instrumentalizar a la misma como grupo de presión frente a las simpatías que la causa cubana despertaba entre gran parte de la opinión pública mexicana.

Respecto al primer punto, la diplomacia española adoptó una posición sumamente reservada en el curso de las gestiones que llevó a cabo ante el gobierno mexicano en relación con la cuestión cubana. En este sentido, las instrucciones trasmitidas por Madrid al duque de Arcos manifestaban que «la acción diplomática debía ser muy escasa y no traspasar nunca un carácter confidencial y oficioso» y le encarecían que «solo por excepción

[4] *Guillermo Crespo, ministro español en México, a Gobierno Superior de Cuba, 21 de julio de 1885,* en AHEEM, *rollo 37, caja 185, leg.1, doc.4.*

[5] *Ministerio de Estado a Joaquín Becerra, ministro español en México, 1 de diciembre de 1896,* en AHEEM, *rollo 37, caja 186, leg.1, doc.5.*

podrá dar carácter oficial á las observaciones que formule, si bien tanteará siempre la cuestión en el terreno oficioso antes de imponer reclamaciones oficiales y escritas.»[6] Esta estrategia se reveló eficaz, pues impidió que una eventual crisis diplomática pudiera poner en peligro la cooperación hispano-mexicana en torno a Cuba. Dicha colaboración provenía del convencimiento por parte de la diplomacia mexicana de que el final de la presencia española en las Antillas implicaría necesariamente un incremento de la influencia de los Estados Unidos en el Caribe. La creciente hegemonía de la potencia americana en esta región, puesta de manifiesto durante la crisis anglovenezolana de 1895, constituía uno de los principales motivos de preocupación de la diplomacia mexicana, como puede deducirse del contenido de los discursos pronunciados por Díaz durante la apertura de las sesiones del Cuerpo Legislativo entre 1895 y 1898: «Juzga el Presidente que la doctrina Monroe niega el derecho á las potencias de Europa á colonizar nuevas tierras en el continente americano, pero niega también de igual modo a los Estados Unidos la facultad que á si propios se atribuyen de ejercer el protectorado de las naciones americanas contra los Estados de Europa».[7]

En este marco, las autoridades mexicanas colaboraron estrechamente con las españolas para evitar que en su territorio se desarrollaran actividades encaminadas a la desestabilización de las colonias españolas en el Caribe. Dicha colaboración no respondía al tratado de extradición firmado por ambos países en noviembre de 1881, puesto que éste excluía de su ámbito de acción a los delitos políticos sin excepción alguna.[8] Sin embargo, en el caso de los separatistas cubanos este extremo nunca fue necesario pues, por un lado, ya estaba contemplado en la parte dispositiva secreta del tratado firmado por ambas naciones en 1836, que mantuvo su vigencia a lo largo de todo el periodo y, por otro, el gobierno mexicano siempre mostró su disposición a aplicar discretamente lo pactado a través del uso discrecional del artículo 33 de la Constitución.[9] Si bien la administración porfirista hizo un uso limitado de dicha prerrogativa, pues sólo conocemos dos casos de activistas cubanos deportados a lo largo de todo el período, la amenaza implícita de su posible utilización tuvo un efecto intimidador sobre la colonia

[6] *Ministerio de Estado a duque de Arcos, 7 de diciembre de 1896,* en AHEEM, *rollo 40, caja 221, leg.1, doc.14.*

[7] *Duque de Arcos a Ministerio de Estado, 7 de abril de 1897,* en AMAE, *leg.1657.*

[8] *Sobre las negociaciones* vid. AHEEM, *rollo 37, caja 181, leg.1. El texto del Tratado de Extradición de 17 de noviembre de 1881 puede consultarse en Díaz, 1977, pp.195-205.*

[9] *Ministerio de Estado al duque de Arcos, 6 de junio de 1896,* en AHEEM, *rollo 41, caja 228, leg.1, doc.12.*

cubana en México. Paralelamente, las autoridades mexicanas sometieron a estrecha vigilancia las actividades de los independentistas cubanos en este país, en ocasiones aprovechando los fondos proporcionados para ello por la legación española en México. Dichas actividades solo fueron toleradas mientras no afectaron al orden público o a los compromisos contraídos con España en torno a la cuestión cubana. El interés del gobierno mexicano por evitar la desestabilización de Cuba desde su territorio llevó a la Secretaría de Gobernación a establecer con la legación española en México mecanismos mixtos de cooperación en materia de seguridad. En este sentido, la representación diplomática española en México fue autorizada para subvencionar determinadas operaciones de la policía del Distrito Federal, cuyos agentes, infiltrados en los círculos de exiliados cubanos de la capital, informaban de las actividades de los separatistas cubanos directamente al representante español.[10]

La actitud del gobierno mexicano no respondía exclusivamente al interés por evitar la sustitución de la influencia española en Cuba por la norteamericana, sino que también nacía del temor de las autoridades porfiristas a un posible contagio revolucionario, derivado de la dimensión social adquirida por el conflicto colonial en Cuba. Esta actitud se acentuó a raíz de una nueva y masiva afluencia de refugiados cubanos a México a partir del verano de 1895, lo que llevó al cónsul mexicano en La Habana, Andrés Clemente Vázquez, a alertar a sus superiores sobre el peligro que los refugiados representaban para la estabilidad del país: «México, por sus antiguas costumbres revolucionarias, ¿no está expuesto á que los anarquistas de aquí pretendan ensayar allá ese nuevo modo de pelear, introducido por Máximo Gómez, quemando pueblos y cañaverales y volando los puentes con la dinamita? A la hora del «sálvese quien pueda» ¿no es probable que busquen nuestras costas los derrotados, los viciosos, los vagabundos, y hasta los más empedernidos criminales? ¿No es sociológicamente cierto que el hombre, ser eminentemente imitativo, se contagia siempre con lo que vé, con lo que escucha ó con lo que siente?»[11]

Todo ello condujo a la administración mexicana a extremar las medidas de control aduanero, vigilar los embarques de armas, reprimir las manifestaciones favorables a los independentistas e, incluso, limitar la libertad de acción de determinados medios de comunicación cuando éstos traspasaron ciertos límites en sus ataques a España.

[10] *Duque de Arcos a Ministerio de Estado, 4 de marzo de 1895,* en AHEEM, *rollo 40, caja 222, leg.1, doc.4.*

[11] *Vázquez a Secretaría de Relaciones Exteriores, 4 de enero de 1896,* en AHSREM, *leg.LE-532, f.77.*

La diplomacia española obtuvo un éxito similar en la movilización de la colonia española radicada en México. Las gestiones efectuadas por el duque de Arcos tuvieron como resultado la multiplicación de las juntas patrióticas españolas en la totalidad del territorio mexicano y la recaudación de cuantiosas sumas para contribuir al esfuerzo bélico español en Cuba. El envío de cientos de mulas a esta isla y el ofrecimiento a la marina española de un torpedero, para cuya construcción la colonia española propuso reacuñar en España la plata mexicana recaudada con este fin, constituyeron los resultados más llamativos de esta campaña.[12]

El gobierno de Díaz no solo autorizó dichas actividades, sino que, considerando la crisis cubana como un asunto interno de España, prohibió a los activistas cubanos la realización de actos similares obligando a los mismos a trabajar en la clandestinidad.[13] Ello ponía de manifiesto una vez más el alineamiento del gobierno mexicano con España durante la crisis colonial, manifestado públicamente por el propio Díaz al brindar «por el triunfo de los que en Cuba pelean contra los rebeldes», en el curso de un banquete organizado por la influyente colonia asturiana de México con motivo de la festividad de la Virgen de Covadonga, actitud refrendada por su secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, quien comunicó reservadamente a Madrid «su seguridad y fe absolutas en el triunfo de las armas españolas».[14]

2. Los intentos de mediación de la diplomacia mexicana (1896-1897)

El temor que despertaba la posibilidad de que Cuba llegara a caer bajo el dominio directo de los Estados Unidos o a que se produjera una eventual extensión a México de las convulsiones sociales que azotaban a la colonia española, condicionaron la política mexicana hacia la crisis colonial de 1895-1898. En este marco, el régimen porfirista se mostró favorable, desde un principio, al mantenimiento del dominio español en Cuba y, en conse-

[12] *Duque de Arcos a Gobierno Superior de Cuba, 9 de octubre de 1895,* en AHEEM, *rollo 40, caja 222, leg.1, doc.9. Duque de Arcos a Presidencia de Gobierno, 29 de octubre de 1895,* en AHEEM, *rollo 40, caja 223, leg.23, doc.2.*

[13] *Resolución del Poder Ejecutivo de 8 de noviembre de 1895,* en AGAE, Sección de Asuntos Exteriores, *leg.228.*

[14] *Sobre la actitud de Díaz vid. Duque de Arcos a Ministerio de Estado, 10 de octubre de 1895,* en AMAE, *leg.H-1657. Sobre las declaraciones de Mariscal, vid. duque de Arcos a Ministerio de Estado, 15 de noviembre de 1895,* en AHEEM, *rollo 40, caja 222, leg.1, doc.15.*

cuencia, no solo se negó a reconocer la beligerancia de los cubanos o a enviar un barco de guerra a La Habana, pese a las reiteradas peticiones realizadas en ese sentido por el cónsul mexicano en esta ciudad, sino que, como vimos, colaboró activamente con la legación española para impedir cualquier intento de desestabilización de la isla desde sus costas.[15]

Esta política respondía, en gran medida, a la firme convicción por parte de la diplomacia mexicana acerca de la inviabilidad de Cuba como Estado independiente y a la certeza de que el desplazamiento del dominio español sobre la isla daría paso necesariamente al norteamericano, extremo que constituía el peor escenario posible para los intereses de México en el Caribe. Sin embargo, conforme se fue poniendo de manifiesto la incapacidad de las autoridades españolas para imponer una solución militar a la nueva crisis colonial, se incrementó el temor de la diplomacia mexicana a que el tambaleante régimen colonial español en Cuba acabara siendo sustituido por un protectorado norteamericano sobre la colonia. Estos temores fueron compartidos desde los primeros días de la crisis cubana por el ministro mexicano en Washington, Matías Romero, así como por el cónsul general en La Habana, como puede deducirse de su correspondencia con la Secretaría de Relaciones Exteriores: «La anexión de las islas Sandwich á la Unión americana ha dejado entrever la posibilidad de que le suceda otro tanto á Cuba en un porvenir nada remoto. Sé que en un almuerzo privado se le preguntó á Mr.Lee por un amigo íntimo suyo, si se trabajaba mucho por el Gobierno de Mac Kinley en favor de la autonomía de la isla, y que él contestó riéndose: Trabajamos en pro de la anexión.»[16]

Ello llevó a la diplomacia mexicana a plantear la posibilidad de promover una serie de escenarios alternativos a la probable anexión de Cuba a los Estados Unidos. En primer lugar, el régimen de Díaz consideró la posibilidad de llevar a cabo una mediación entre Madrid y los separatistas cubanos, que garantizara el mantenimiento de la soberanía española en la colonia sobre la base de la concesión de una plena autonomía a la misma. Ello se tradujo en un ofrecimiento de mediación al gobierno español, realizado de manera oficiosa por el ministro mexicano en Madrid, Vicente Riva Palacio, en marzo de 1896, y reproducido por el propio Mariscal al duque de

[15] *Sobre el fracaso de las gestiones de la Junta de Nueva York para conseguir el reconocimiento de la beligerancia* vid. *duque de Arcos a Ministerio de Estado, 7 de septiembre de 1897,* en AHEEM, *rollo 41, caja 231, leg.1, doc.13. Sobre la negativa del gobierno mexicano a enviar un buque de guerra a La Habana, vid. Vázquez a Secretaría de Relaciones Exteriores, 13 de enero de 1898,* en AHSREM, *LE-526, f.105.*

[16] *Vázquez a Secretaría de Relaciones Exteriores, 21 de junio de 1897,* en AHSREM, *leg.LE-525, f.104.*

Arcos, ministro español en México, en enero de 1897.[17] La oferta de mediación realizada por el régimen porfirista fue rechazada por el gobierno de Madrid, que se limitó a señalar en una seca nota que «los asuntos de Cuba son exclusivamente de orden interior y como tales solo competen á la exclusiva resolución de España, siendo por lo tanto inaceptable toda intervención porque sería una ingerencia extraña en aquello que nos es propio y privativo».[18] Tampoco las gestiones mediadoras de la diplomacia mexicana encontraron eco en la Junta Revolucionaria de Nueva York, que envió a México a Gonzalo de Quesada para tratar de obtener infructuosamente el reconocimiento de la beligerancia cubana en mayo de 1896.[19] Fracasado este intento, los esfuerzos de los separatistas cubanos hacia México se dirigieron a intentar obtener de Díaz en noviembre de 1896, agosto de 1897 y marzo de 1898 que promoviera una mediación mexicana o latinoamericana en el conflicto, con el único objeto de facilitar a España una salida airosa de Cuba y evitar el creciente riesgo de una intervención norteamericana en esta isla que condujera a la temida anexión de la misma por los Estados Unidos.[20]

Fracasada la opción de una mediación directa con España, la diplomacia mexicana adoptó una estrategia alternativa dirigida a conseguir que los Estados Unidos aceptaran consensuar su política hacia la cuestión cubana, bien con México, bien con el conjunto de las naciones latinoamericanas. Esta estrategia comenzó a ser puesta en práctica desde junio de 1896, momento en que se encomendó a Romero que manifestara a Washington la disposición del gobierno mexicano a participar en una mediación conjunta: «Es muy conveniente que busque Vd una ocasión próxima para manifestar al secretario de Estado (...) que el Gobierno mexicano deseando vivamente el restablecimiento de la paz y el orden público en la isla de Cuba, se consi-

[17] *Ministerio de Estado a duque de Arcos, 7 de febrero de 1897,* en AHEEM, *rollo 41, caja 230, leg.1, doc.4. Vázquez a Secretaría de Relaciones Exteriores, 18 de marzo de 1896,* en AHSREM, *leg.LE-519, f.1. Sobre las negociaciones de Riva Palacio en Madrid vid. también La Unión Constitucional, 17 de marzo de 1896.*

[18] *Ministerio de Estado a Duque de Arcos, 17 de febrero de 1897,* en AHEEM, *rollo 41, caja 230, leg.1, doc.4.*

[19] *Sobre un intento previo realizado por los revolucionarios cubanos en 1895* vid. *Duque de Arcos a Ministerio de Estado, 10 de octubre de 1895, en AMAE, leg.1657. Sobre la misión de Quesada en México en mayo de 1896* vid. Santovenia, *1956, pp.231-232.*

[20] *Romero a Secretaría de Relaciones Exteriores, 17 de noviembre de 1896,* en AHSREM, *Leg.LE-528, ff.225-231. Romero a Secretaría de Relaciones Exteriores, 16 y 21 de agosto de 1897 y 25 de marzo y 11 de abril de 1898,* en AHSREM, *leg.LE-1335, ff.28-33 y 42-49. No creemos que las gestiones realizadas por Quesada en mayo y noviembre de 1896 y agosto de 1897, no en septiembre de 1896 como afirma Rojas, tuvieran como objetivo la consecución de una mediación mexicana en torno a la concesión de la autonomía a la isla, si bien es cierto que Romero informó a Mariscal de tal posibilidad. Rojas, 1996, p.793.*

dera, por lo dicho, con título bastante justificado para contribuir al logro de estos importantes fines, y que le sería especialmente satisfactorio unir su acción á la del Gobierno de los Estados Unidos y de otras potencias que se decidan á entablar negociaciones cerca del Gobierno de España para la terminación de la guerra cruel que aflige á la vecina Antilla».[21]

Tampoco estas gestiones tuvieron éxito. A lo largo de 1896 la política de los Estados Unidos hacia Cuba fue haciéndose cada vez más agresiva. El progresivo predominio de las posiciones más intervencionistas dentro de la administración norteamericana provocó la desconfianza de Washington hacia las intenciones del gobierno de México en la crisis cubana. Máxime, cuando el reconocimiento de la beligerancia de los separatistas cubanos por la Cámara de Representantes, en marzo de 1896, coincidió con el simultáneo desarrollo de una campaña de prensa en los Estados Unidos y México, en la que se proponía la anexión de Cuba a México como una posible alternativa al inminente conflicto hispano-norteamericano.[22]

La incorporación de Cuba a la República Mexicana era un viejo proyecto de determinados sectores intelectuales y políticos mexicanos, reactivado con ocasión del estallido de la crisis colonial en 1895.[23] El proyecto estaba auspiciado de forma extraoficial por el secretario particular de Mariscal, el mexicano de origen cubano Carlos Américo Lera y, si bien era contemplado con benevolencia por el gobierno mexicano, que veía con agrado la difusión del mismo en los Estados Unidos y Cuba, su concreción no llegó a constituir nunca un objetivo real de la diplomacia porfirista. Este extremo puede deducirse tanto del análisis de la correspondencia cruzada por Mariscal con los representantes mexicanos en Madrid, Washington y La Habana entre 1895 y 1897, como del alejamiento de Lera de los centros de toma de decisiones de la Secretaría de Relaciones Exteriores mediante su traslado a la legación en Guatemala en septiembre de 1896, ante el regocijo del ministro español en México.[24]

La negativa de los distintos actores implicados en la crisis cubana a aceptar los intentos de mediación de distinto signo efectuados por la diplomacia porfirista entre 1896 y 1897, llevó al gobierno mexicano a resignarse finalmente a una inminente intervención norteamericana en Cuba. En este sentido, el ministro mexicano en Washington rechazó las últimas gestiones

[21] *Secretaría de relaciones Exteriores a Romero, en* AHSREM, *leg.LE-1335, f.23.*
[22] *Romero a Secretaría de Relaciones Exteriores, 1 de mayo de 1896, en* AHSREM, *leg.LE-1355, f.19.*
[23] *Rojas, 1996, pp.794-803. Sobre el proyecto* vid. *Lera, 1896.*
[24] *Duque de Arcos a legación de España en Guatemala, 20 de septiembre de 1896, en* AHEEM, *rollo 41, caja 228, leg.15, ff.123-128.*

llevadas a cabo por los separatistas cubanos para que México promoviera una mediación latinoamericana entre los Estados Unidos y España que evitara el riesgo de una anexión de Cuba por la potencia americana.[25] Ello ponía de manifiesto que, a comienzos de 1898, la diplomacia mexicana había llegado al convencimiento de la inviabilidad de cualquier proyecto de mediación entre las partes implicadas, como indicaba Romero a la Junta de Nueva York, señalando que «el Gobierno español tal vez prefería terminar la cuestión por medio de una guerra con los Estados Unidos, aún cuando estuviera convencido de que el resultado le sería desfavorable, que por medio de reconocer la independencia de Cuba».[26]

3. Las relaciones entre España y México durante la guerra hispano-norteamericana

Pocos meses antes de la guerra hispano-norteamericana, la diplomacia española modificó su actitud hacia el que había sido uno de los principios rectores de la política española hacia México desde 1876: la no intervención en los asuntos internos de este país. El interés que ofrecía una hipotética alianza con México ante el inminente conflicto con los Estados Unidos provocó la sustitución del prudente duque de Arcos por el marqués de Bendaña. El nuevo ministro español en México traía la misión de promover la creación de un sentimiento favorable a dicha alianza entre un sector de la clase política y la opinión pública mexicanas.[27] En la práctica, el desarrollo de dicho proyecto suponía un arriesgado retorno a la diplomacia intervencionista que había caracterizado la política española hacia México con anterioridad a la década de 1870.

No obstante, el marqués de Bendaña no tuvo tiempo para llevar a la práctica las nuevas instrucciones de Madrid. Pocos días después de la presentación de sus cartas credenciales, el estallido de la guerra hispano-norteamericana resolvió al régimen de Díaz a adoptar una actitud de estricta neutralidad, dado que sus intereses, si bien eran contrarios a la extensión de la influencia norteamericana en las Antillas, excluían la posibilidad de un enfrentamiento abierto con la vecina potencia. En este sentido, el gobierno

[25] *Secretaría de Relaciones Exteriores a Romero, 30 de marzo de 1898, en* AHSREM, *leg.LE-1335, ff.45.*
[26] *Romero a Secretaría de Relaciones Exteriores, 25 de marzo de 1896, en* AHSREM, *leg.LE-1335, f.46.*
[27] *Bendaña a Ministerio de Estado, 12 de febrero de 1898, en* AHEEM, *rollo 41, caja 235, leg.1, desp.2.*

mexicano ordenó a los gobernadores de los estados fronterizos y costeros mantener una posición neutral durante todo el conflicto, consciente de que de esta manera favorecía, en la medida de sus limitadas posibilidades, a la potencia más débil y lejana al escenario del conflicto.[28] En este marco, si bien el temor a la reacción de los Estados Unidos frustró cualquier apoyo directo de las autoridades mexicanas al gobierno español, el régimen porfirista toleró en la medida en que le fue posible las actividades encubiertas de los agentes españoles en México. Un ejemplo paradigmático de dicha actitud fue la permisividad mostrada por el gobierno mexicano hacia la labor desarrollada a lo largo de todo el conflicto, de forma apenas encubierta, por una comisión militar enviada a México por el general Blanco, gobernador de Cuba, con el objeto de organizar el abastecimiento a gran escala de la isla de Cuba, burlando el bloqueo norteamericano de la misma.[29] En este caso, como en aquellos otros en que las actividades de los agentes españoles no supusieron una abierta vulneración de la neutralidad mexicana, el régimen porfirista adoptó una política permisiva, limitándose a contestar a las ocasionales protestas de Washington que desconocía dichas actividades e, incluso, negando su existencia. De esta manera, en mayo de 1898, cuando los comerciantes españoles de Acapulco consiguieron bloquear el abastecimiento de carbón del barco de guerra norteamericano *Alert*, el gobierno de Díaz se limitó a ordenar a los almacenes gubernamentales existentes en esta ciudad que facilitaran al *Alert* el carbón necesario para que pudiera retornar a territorio estadounidense, pero, pese a las pretensiones de la legación estadounidense, no adoptó ninguna medida contra los comerciantes acaparadores que impidiera la repetición de dichos incidentes.[30]

La actitud amistosa del gobierno mexicano llevó al Ministerio de Estado a encomendar al representante español que «tratara de producir complicaciones en la frontera, que pudieran dificultar la acción de Estados Unidos contra nosotros», recomendándole que obrase con reserva y utilizase para este propósito a los españoles residentes en México.[31] Con ello, el gobierno de Madrid pretendía exacerbar y explotar en su propio beneficio las dificultades que México y los Estados Unidos experimentaban en torno a diversas cuestiones fronterizas que, desde 1876, habían enturbiado las rela-

[28] *Gilmore, 1963, p.513.*
[29] *Sobre las actividades de dicha comisión en México* vid. AGAE, *Sección Asuntos Exteriores, leg.237.*
[30] *Gilmore, 1963, p.514.*
[31] *Carta personal de Bendaña al duque de Almodóvar, ministro de Estado, 2 de junio de 1898, en* AGAE, *Sección de Asuntos Exteriores, leg.235.*

ciones entre ambos países.[32] Como consecuencia de dichas instrucciones el marqués de Bendaña inició una campaña de agitación que llevó a un grupo de españoles, dirigidos por el acaudalado Joaquín Martí, a organizar una partida armada en el rancho Las Tortillas, cerca de la frontera entre Tamaulipas y Texas, con el objeto de realizar incursiones en territorio norteamericano. En este caso, el temor a que dichas actividades pudiesen desembocar en una crisis diplomática con los Estados Unidos movió al régimen porfirista a ordenar la rápida desarticulación de este grupo, indicando los límites de la tolerancia que estaba dispuesto a mostrar hacia las actividades de los agentes españoles en su territorio. Sin embargo, pese a la celeridad con la que actuó el gobernador de Tamaulipas, alertado por el representante norteamericano, Powell Clayton, las actividades de este grupo tuvieron un éxito relativo al provocar una psicosis colectiva de invasión en una gran parte del sudoeste de los Estados Unidos.[33]

La fiebre nacionalista que se apoderó de la colonia española en México y la percepción por los estadounidenses residentes en este país de las simpatías que España despertaba entre los sectores más influyentes de la sociedad mexicana justificaban en parte dichos temores.[34] En este sentido, en septiembre de 1895 se constituía bajo la dirección del Casino Español de México una junta patriótica española, con el objetivo inicial de recaudar fondos para premiar los actos heroicos que tuvieran lugar en el seno del ejército colonial.[35] Poco después, dicha junta proponía al resto de los españoles emigrados a América el establecimiento de una contribución voluntaria que fuera destinada a la construcción de una escuadra de guerra.[36] El entusiasmo mostrado por la influyente colonia española en México llevó al marqués de Bendaña a plantear la posibilidad de ir más allá de las instrucciones recibidas de Madrid. En este sentido, con el apoyo del general Blanco, concibió el quimérico proyecto de provocar un levantamiento de la población mexicana de Texas que empujara a México a un conflicto con los Estados Unidos: «Me dice el general Blanco que deja á lo que yo decida el que un cuerpo de españoles, unidos á fuerzas mejicanas de sus más intrépidos soldados, los llamados rura-

[32] *Gregg, 1937, pp.180-181.*

[33] *Gilmore, 1963, pp.514-515.*

[34] *Rippy, 1922, pp.404-406.*

[35] *Actas del Casino Español de México, 23 de septiembre de 1895, en* BACE, *Actas 1895-1900, f.2*

[36] *Circular de la Junta Patriótica Española de México, 16 de marzo de 1896, en* AMAE, *leg.H-2734. El proyecto original partió de la colonia española de Yucatán, vid. viceconsulado de Mérida a duque de Arcos, 18 de noviembre de 1895, en* AHEEM, *rollo 40, caja 225, leg.6, doc.11. Sobre la intensa relación que se estableció con este motivo entre las colonias españolas de Colombia, Venezuela y la República Dominicana* vid. AMAE, *leg.H-2892.*

les, hicieran una sublevación en Texas, apoyando á los mejicanos que tan vejados se ven allí por sus conquistadores».[37]

El proyecto concebido por el representante español fue presentado para su estudio a la Dirección General de Política del Ministerio de Estado, que acertadamente consideró que la ejecución del mismo resultaba problemática y planteaba serios peligros para el mantenimiento de las buenas relaciones con México. Ello determinó que el gobierno de Madrid desestimara finalmente los desmesurados proyectos de Bendaña.[38]

La rápida resolución de la guerra hispano-norteamericana y el final de la presencia española en las Antillas pusieron fin a la gravitación de las relaciones hispanomexicanas en torno a Cuba, derivada, como vimos, de la convergencia que se produjo durante el último cuarto del siglo XIX entre los intereses geopolíticos de España y México en el Caribe. Dicha convergencia explicaría que ambos Estados mantuvieran una perfecta sintonía en torno al que, sin duda, fue el mayor problema de la diplomacia española durante la segunda mitad del siglo XIX: la cuestión de Cuba.

Fuentes

Archivo histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México (ASHREM)
Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE)
Archivo general de la Administración española (AGAE)
Archivo histórico de la Embajada de España en México. Colección de Microfilme del Colegio de México (AHEEM)
Biblioteca-Archivo del Casino Español de México (BACE)

Bibliografía

BERNABEU, S. (1984): «El IV Centenario del Descubrimiento de América en la coyuntura finisecular (1880-1893)», en *Revista de Indias*, XLIV, 174 (julio-diciembre), pp.346-366.

DÍAZ, L.M. comp.(1977): *Relaciones Diplomáticas México-España (1821-1977)*, México, Porrúa.

[37] *Carta privada de Bendaña al duque de Almodóvar, ministro de Estado, 2 de junio de 1898, en* AGAE, *Sección Asuntos Exteriores, leg.235.*

[38] *Ministerio de Estado a Bendaña, 4 de mayo de 1898, en* AGAE, *Sección Asuntos Exteriores, leg.235.*

PI SUÑER, A. comp.(1985): *México y España durante la República Restaurada*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores.

GILMORE, N.R. (1963): «México and the Spanish-American War», en *Hispanic American Historical Review*, XLIII, 4 (noviembre), pp.510-525.

GREGG, R.D. (1937): *The influence of border problems on relations between the United States and México, 1876-1910*, Baltimore, The John Hopkins Press.

SANTOVENIA, E.S. (1956): *Armonías y conflictos en torno a México*, México, Fondo de Cultura Económica.

RIPPY, F.J. (1922): «Pan-Hispanic Propaganda in Hispanic America», en *Political Science Quarterly*, XXXVII, pp.389-414.

ROJAS, R. (1996): «La política mexicana ante la guerra de Cuba (1895-1898)», en *Historia Mexicana*, XLV, 4 (abril-junio), pp.783-805.

Los grupos políticos mexicanos ante la guerra hispano-norteamericana

Juan Carlos Quiroz

Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.
Rubén Darío

Política interna y grupos políticos en el porfiriato

En el año de 1898 Porfirio Díaz se encontraba en la mitad de su quinto período presidencial, cumplía veintidós años como gobernante de México y, por lo menos desde 1888, había conquistado el poder incontrastable. La década final del siglo XIX es un largo período de calma chicha, apenas turbado por las impertinencias de algunos periodistas que se preguntaban en público por la necesaria muerte del dictador y por los problemas que acarrearía la sucesión. Por tal motivo, en este mismo periodo se plantea de cuando en cuando la necesidad de preparar «hombres nuevos que se encarguen del gobierno el día de mañana». En 1897, por ejemplo, *El Correo Español* aconseja al presidente que comience a preparar a su sucesor, argumentando que si México es incapaz de producir un buen heredero de Díaz, se perderían irremediablemente la paz y el progreso alcanzados. El planteamiento de este problema, aunque tibio, hace que la opinión pública olvide por un tiempo «la guerra cubana y el sacudimiento volcánico de Creta».[1]

Para acotar la incertidumbre de la sucesión, se aconsejan cambios constitucionales, como la creación de una vicepresidencia cuyo titular sea elegido junto con el presidente, y se sugiere a Díaz la idea de experimentar un gobierno de transición. Según esta última idea, el secretario de Hacienda, José Ives Limantour, se haría cargo de la presidencia, apoyado por Bernardo Reyes como ministro de Guerra. De estos dos proyectos, Díaz sólo aceptó el nombramiento de un vicepresidente, a quien él mismo designó mediante una Convención Nacional Liberal *ad hoc*.

Aunque en 1898 Porfirio Díaz posee el control total de la política, por debajo de él se agitan varias facciones y grupos en competencia. La princi-

[1] *Daniel Cosío Villegas,* Historia Moderna de México, el Porfiriato, vida política interior, *segunda parte, Tomo X, México, ed. Hermes, 1972, p. 342.*

como los conservadores son los derrotados de las luchas del siglo XIX, la élite política se identifica en su mayoría con el credo liberal. Esta élite se encuentra profundamente dividida, aunque los distintos grupos no se atrevan todavía a declarar abiertamente su lucha por el poder. Las pugnas se encaminan más bien a congraciarse con el dictador, para tener su apoyo o la apariencia de éste en el momento decisivo. Es precisamente este combate por asegurarse la gracia de Díaz para la sucesión el que divide a las facciones.

Los primeros en aparecer como grupo son los llamados *científicos.* Durante la Convención Nacional Liberal de 1892 y durante el debate por la reforma constitucional de 1893, surgió un grupo de individuos, educados e influyentes, que defendió un programa que pretendía limitar el poder omnímodo de Díaz, así como asegurar que sus sucesores fueran solamente la Constitución y las Leyes. De acuerdo con Daniel Cosío Villegas, este grupo estaba formado por los primeros tecnócratas del país, convencidos de que la nación debía ser guiada por una élite apolítica con orientación científica.[2] A seis hombres identificados como *científicos* principales, Justo Sierra, Rosendo Pineda, Francisco Bulnes, Pablo Macedo, Joaquín Casasús y José Ives Limantour, «virtualmente siempre se les ha considerado como el núcleo del grupo».[3]

Los ataques contra los *científicos* los presentaban sin embargo como una banda de «estafadores públicos». Sus enemigos los acusaban de «proteger a empresas extranjeras que actuaban en forma deshonesta y cuyo propósito era saquear al pueblo mexicano»; de ser, sobre todo, intermediarios de los norteamericanos y de sus compañías. De acuerdo con Francisco Bulnes, la pugna entre las distintas facciones era favorecida por el dictador, pues de esta manera él creía inspirar en la sociedad la sensación de que su mediación era imprescindible para mantener la paz interna.[4]

Bien pronto aparecieron otros grupos interesados en la sucesión. Sus miembros cambiaban constantemente, sobre todo cuando sus líderes perdían el favor presidencial, como en los casos de Joaquín Baranda y Bernardo Reyes en 1902. El principal grupo enemigo de los *científicos* era el de los partidarios del general Bernardo Reyes. Aunque por contraste se declaraban nacionalistas y patriotas, al igual que los *científicos* brindaban su lealtad incondicional a Porfirio Díaz. Entre los *reyistas* sobresalen

[2] Ibid., *pp. 840-862,* passim.
[3] *Charles Hale,* La transformación del Liberalismo en México a fines del siglo XIX, *México, Vuelta, 1991, p. 210.*
[4] *Véase:*Toda la verdad acerca de la Revolución Mexicana, *México, Libromex, 1977, p. 98 y* passim.

Rodolfo Reyes, Teodoro Dehesa y José López Portillo y Rojas.[5] También surgieron grupos que apoyaban a Ignacio Mariscal, ministro de Relaciones Exteriores, y a Ramón Corral, ministro del Interior y vicepresidente desde 1904.

Estos grupos interesados en la sucesión pertenecen al círculo íntimo de Díaz, pero no son los únicos. Al margen de los empleos públicos permanecen los católicos y los conservadores, que mantienen sus trincheras en periódicos como *El Nacional*, *El Tiempo* o *La Patria*. En el otro extremo se encuentran los «liberales puros», que mantienen una postura crítica del régimen de Porfirio Díaz y, por lo tanto, también están al margen del presupuesto. Entre estos últimos se encuentran los editores de *El Monitor Republicano*, desaparecido en 1896, Vicente García Torres, Enrique Chavarri y Enrique Mendoza y Vizcaino. Además de Don Filomeno Mata, editor de *El Diario del Hogar*.

Existe también un grupo intermedio entre la élite política y los marginados del sistema; son los antiguos miembros del periódico *La Libertad* que no se unieron a los *científicos* en el momento de pedir límites al poder presidencial: Francisco Cosmes, Carlos de Olaguibel y Arista y Telésforo García.

Posición internacional ante Estados Unidos y su expansionismo en el Caribe

Antes de que los Estados Unidos saltaran a la posición de potencia mundial en 1898, muchos mexicanos acariciaban el sueño de que México se convirtiera en el poder dominante en el Caribe y América Central.[6] Más modestamente, Justo Sierra señalaba que el Caribe era «nuestro canal de salida al mundo europeo»; es decir, el único contacto con poderes capaces de equilibrar la creciente influencia norteamericana en México. De ahí la importancia de que Cuba se mantuviera independiente o que al menos permaneciera como territorio español.[7]

A estos dos sentimientos obedeció la campaña por una Cuba mexicana, que sostuvieron *El Nacional* y el clerical *La Patria*, entre agosto de 1895 y fines de 1897. Este proyecto consistía en que México negociara con Espa-

[5] *Véase el libro de François-Xavier Guerra,* México. Del Antiguo Régimen a la Revolución, México, Fondo de Cultura Económica, *1988, pp. 59-125. Para un análisis de las divisiones en el porfiriato por generación y sectores sociales.*

[6] *Véase: John Deger,* Porfirian Foreign Policy, *USA, Indiana University Press, 1979, p. 211.*

[7] Obras Completas, *México, UNAM, tomo VII, 1977, p. 91.*

ña la anexión de Cuba, mediante la realización de un plebiscito entre los cubanos, pagando al gobierno español una indemnización y garantizándole unas relaciones comerciales ventajosas. De acuerdo con *El Nacional*, este proyecto beneficiaría a las economías de Cuba, México y España; pero sobre todo salvaría a una nación latina de ser absorbida por una sociedad anglosajona que, por si la diferencia de raza no bastara, era en su mayoría protestante.[8]

Quizá por estos nuevos intereses estratégicos, a pesar de que México había favorecido en varias ocasiones la idea de independizar a Cuba,[9] durante los años anteriores a 1898 hubo escaso apoyo a este esfuerzo. La cancillería mexicana y Díaz vieron el conflicto siempre como una cuestión de política interna, aunque fuera ya evidente la descarada intervención norteamericana. Por otro lado, Francisco Bulnes fue la única voz pública que manifestó su apoyo a los rebeldes cubanos. Durante 1897, Bulnes atacó en la Cámara de Diputados la política colonial española y comparó la lucha cubana con la guerra de independencia de México en 1810. La respuesta estuvo a cargo de Francisco G. Cosmes y Carlos de Olaguibel y Arista, quienes, después de defender la política colonial española y la herencia hispana en América, le lanzaron a Bulnes el guante de que el movimiento cubano guardaba más semejanzas con «la infamia de Texas».[10] Estaba claro que, aunque se deseara ver independiente a toda América, pesaba más en los ánimos el temor al expansionismo estadounidense que, apoderándose del Caribe, le cerraba los caminos de la «civilización» a México.

Este temor al corolario imperialista de la doctrina Monroe creaba una coincidencia de intereses entre México y España. El embajador español Guillermo Crespo señaló por ejemplo que «el crecimiento espectacular de Estados Unidos y su influencia cada vez mayor en México, significarían un golpe desastroso para la dominación española en Cuba».[11] Sin embargo, Díaz toma el asunto con cautela, sabe que México es un país débil y que debe defender sus intereses con inteligencia más que con fuerza. «El marcado interés de Estados Unidos en la cuestión cubana limitaba el margen

[8] *Véase: Charmion Shelby, «Mexico and the Spanish-American War: Some Contemporary Expressions of Opinion»,* en *Cotner and Castañeda,* Essays in Mexican History, *Texas University Press, p. 224. También Angel Gurria,* Prensa Nacional y Política Exterior. Tres Episodios Porfirianos, *mimeo., 1997, pp. 44 y ss.*

[9] *Véase Luis Chávez Orozco,* Un esfuerzo de México por la independencia de Cuba, *México, Archivo Histórico Diplomático, n. 32, Porrúa, 1971,* passim.

[10] *Citado* en *J. Fred Rippy, «Pan-Hispanic Propaganda in Hispanic America», en Political Science Quarterly, v. XXXVII, n. 3, p. 405. Véase también Shelby, op. cit., p. 221.*

[11] *Cosio Villegas,* Historia Moderna de México. Vida política exterior, *tomo VI, México, Hermes, 1963, p. 596.*

de maniobra del gobierno de Díaz y la resistencia que éste hacía al predominio estadounidense sólo podía adoptar la forma de una tímida identificación con España».[12]

Es por esta causa que México no puede mover con libertad sus cartas frente a la creciente intervención norteamericana en Cuba. La respuesta de la política exterior mexicana es mantener la neutralidad frente a los dos beligerantes; aunque tampoco es servil hacia los Estados Unidos, pues constantemente utiliza el argumento nacionalista para mantener su política independiente.

De la definición de los intereses nacionales a la toma de partido

Las reacciones de la prensa, los debates del Congreso, los discursos de quienes, como Roque Saénz Peña, en aquel pronunciado en el teatro Victoria de Buenos Aires el 2 de mayo de 1898, denunciaban la impostura de la intervención humanitaria de Mc Kinley, son legión. Pero no hay que admirarse de la extraordinaria atención que se dedica a este conflicto en México. Varias condiciones explican este hecho: aún vivía el recuerdo de la guerra contra Estados Unidos en 1847 y los problemas fronterizos entre ambos Estados mantenían abierta la herida; el temor de las élites a la conquista pacífica de México mediante el binomio transferencia de capitales y extensión del evangelio protestante; además de la existencia de una importante colonia española, dueña del comercio al por menor y de publicaciones relevantes.

Mientras el general Díaz se mantiene neutral, las distintas facciones sobre las que gobierna se dividen. Los grupos y los individuos se descubren hispanófilos, simpatizantes de la causa cubana o proyankies. Por ejemplo, es significativo que la embajada española vigile a Justo Sierra como sospechoso de animar la independencia de Cuba, pues había tenido contacto con la comisión de Gonzalo de Quezada, de la Junta de Nueva York, para que México reconociera la beligerancia de los cubanos,[13] al tiempo que Riva Palacio censura en una carta dirigida a Díaz a un miembro del gabinete que ha publicado un artículo criticando la campaña contrainsurgente del general Martínez Campos.[14]

[12] *Rafael Rojas, «La política mexicana ante la Guerra de independencia de Cuba (1895-1898)»,* en Historia Mexicana, *v. 45, n. 4, p. 784.*
[13] Archivo Histórico de la Embajada de España en México, *Rollo 41, legajo 1, doc. 13. Duque de Arcos al Ministerio de Asuntos Exteriores, 7/09/1897.*
[14] *Véase: Cosio Villegas,* op. cit., *tomo X, p. 510.*

Desde mucho tiempo antes de la guerra, en México pocos dudan de que la intervención norteamericana no termine con la anexión de Cuba. Así lo sospecha Matías Romero, el decano del cuerpo diplomático en Washington, así como Justo Sierra. En 1899, recordando su encuentro con José Martí unos años antes, escribe: «[siempre] he creído fatal la absorción de la isla por los Estados Unidos».[15]

Cuando se hace inminente la guerra, aparecen en público las expresiones de simpatía hacia los beligerantes, la franca toma de partido que se topa con la neutralidad oficial y oficiosa del régimen de Díaz. Estas expresiones poseen relaciones importantes con otros dos aspectos generales: la relación entre México y los Estados Unidos, la interpretación histórica de la sencilla previsión del difícil destino de ser vecinos, y la construcción de un nuevo discurso nacionalista que cambia la vieja idea criolla de nación, por una visión cada vez más mestiza, así como más crítica de la herencia española.

La guerra llevó a los grupos políticos a reflexionar sobre el lugar que correspondía a México frente al mundo y en su difícil vecindad con los Estados Unidos. Lejos de la autocompasión –expresada en la frase atribuida a Díaz: «pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos»–, los principales grupos mexicanos se lanzaron a buscar el secreto de nuestra debilidad. Las respuestas fueron variadas y se pretendía dar con distintas causas a la vez: la raza, la herencia indígena, la herencia española, el olvido de ésta, la vecindad con los Estados Unidos y aun los vicios de una república construida sobre ideas ajenas al verdadero ser de los naturales. Esta polémica revivió la vieja discusión sobre la identidad nacional.

El componente español de la nacionalidad mexicana era especialmente debatido sobre todo alrededor de figuras clave, como por ejemplo Hernán Cortés. Aunque, desde que Vicente Riva Palacio publicó *México a través de los siglos*, se aceptaba casi como un punto de equilibrio la mezcla de raíces indígenas y españolas como origen del carácter mexicano, durante el régimen de Profirio Díaz, cuando la idea del progreso y el crecimiento económico es para los mexicanos la promesa del futuro, son los Estados Unidos el más importante motivo para la reflexión sobre el tema de la identidad. Una parte de la élite intelectual «iba a sentirse hechizada por el progreso material en ese país y vería con benevolencia el influjo de Estados Unidos en todos los terrenos.»[16] La otra parte era más cauta: para Justo Sierra, por ejemplo, los Estados Unidos representaban tres peligros diferentes: el legal, el económico y el cultural. Para él, «si México imitaba cie-

[15] *Sierra*, op. cit., p. 135.
[16] *Charles Hale*, op. cit., p. 32.

gamente las instituciones y los valores norteamericanos, sacrificaría su integridad cultural». Por esta razón, buscó en el liberalismo conservador de España y Francia una inspiración para México que le permitiera conservar el espíritu cristiano, latino y mestizo de su nacionalidad.[17]

En un principio, la guerra originó comentarios que permiten observar prejuicios y fobias. Francisco G. Cosmes, conspicuo hispanófilo y compañero de Sierra en el diario *La Libertad*, creía que esta guerra era tan sólo el enfrentamiento de dos razas, la anglosajona y la latina, que se disputaban la hegemonía sobre el continente americano. Sin embargo, en la guerra también vió una oprtunidad de revancha histórica: «Allá muy en el fondo de nuestros corazones de mexicanos, de hijos de los vencidos de Churubusco y del Molino del Rey, palpitaba muy vivo el deseo de que las armas españolas pusiesen un valladar insuperable al coloso anglo-sajón».[18] Sólo el triunfo español daría a México el tiempo necesario para desarrollar sus recursos y convertirse en una nación capaz de defender por sí misma su existencia.

Frente a los éxitos bélicos de este ente político tan contrario a cuanto tenían por admirable estos hispanistas, algunos veían la necesidad de «conservar incólume la herencia española que recibieron con el ser». El mismo Cosmes alertaba sobre el peligro del sajonismo, un peligro que no se circunscribía al aspecto militar, sino que sobre todo era una amenaza a la identidad nacional: el catolicismo, el idioma –en aquellos momentos Rubén Darío se preguntaba «¿tantos millones de hombres hablaremos inglés?»– y todas las tradiciones que hacían de México un país castellano en América. La idea de identidad nacional presente en Cosmes era la de un criollo: «Ahora es cuando deben los pueblos americanos que reconocen un origen latino fomentar y cultivar con más empeño los caracteres de diferenciación propia que constituyen su independencia nacional; y ya que España, vencida, no puede darles el apoyo de sus armas, que al menos busquen, en la conservación de tradiciones ibéricas, el apoyo moral que fortalezca su ser genuino».[19]

Del lado de los hispanistas hay que señalar también a Carlos Pereyra, que es el expositor más consistente de la herencia española en América. Para él, Estados Unidos carece del brillo que tiene a ojos de algunos liberales, no encuentra la grandeza de su historia ni motivos de admiración en su cons-

[17] *Citado en* Ibid., *p. 214.*
[18] *En el prólogo a Enrique Mendoza y Vizcaino,* Historia de la Guerra Hispano-Americana, *México, imp. de A. Barral, 3a. Ed., 1902, p. iv.*
[19] Ibid., *p. vii.*

titución o en sus instituciones. Por el contrario, los define como el imperio absoluto de la plutocracia, con sus instituciones entregadas a políticos profesionales que «dentro de las verbosidades llamadas declaraciones de principios, para engañar a la clientela, no conocen otra norma de acción que las normas de la depredación».[20] México, añade, debe buscar la influencia europea para desarrollarse, pues si algo debe a los Estados Unidos es «la segregación de una gran parte de su territorio y los estímulos a la barbarie que han inundado de sangre la porción no conquistada».[21]

En el bando opuesto, la postura antihispanista de Bulnes es, pese a todo, un límite más que una tendencia. Igual que su yanquifilia, más bien superficial, está orientada al intento de comprender las causas particulares del atraso mexicano. Dentro del marco general de su pensamiento, el positivismo, encuentra un estímulo para buscar las reglas sociológicas que hacen de México un caso particular; sus odios y amores nacen más bien del contraste entre las dos naciones a quienes dedica sus pasiones. Igual que Ignacio Ramírez, *el Nigromante*, en respuesta a Emilio Castelar, Bulnes reconoce los méritos de España, pero no se hace ilusiones: «El último pueblo a quien desearían parecerse las demás naciones de la tierra es al pueblo español».[22]

El antihispanismo de Bulnes recuerda mucho las posturas del liberalismo *puro*; es decir, de aquellos liberales que hicieron la Guerra de Reforma, que lucharon por la separación de la Iglesia y del Estado y que desbarataron las corporaciones a mediados del siglo XIX. Aunque Bulnes reconocía la influencia civilizadora de España, ya que introdujo en América animales, cultivos y técnicas mineras indispensables para la civilización de un pueblo, también era intransigente con su «obra negra»: la Colonia, dice Bulnes, introdujo «hordas de voraces y lujuriosos frailes», el uso del aguardiente, las Leyes de Indias, la creencia en los milagros y sobre todo, «una religión cargada de odio contra el progreso [y un] patriotismo cargado de odio contra la verdad».[23]

[20] El mito de Monroe, *Buenos Aires, Jorge Alvarez Ed., 1969, p. 176.*
[21] Ibid., *p. 63.*
[22] *Citado por Carlos Monsiváis, en* «La cultura norteamericana en México», *s.p., p. 459.*
[23] *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos, México, imprenta de M. Nava, 1899, p. 25.*

Los saldos de la guerra

Para las sucesivas generaciones de mexicanos decimonónicos, los Estados Unidos fueron alternativamente el enemigo natural, la amenaza de destrucción, la fuente de todos sus males, la amenaza del imperialismo depredador; o bien, el paradigma republicano y los representantes de la modernidad tecnológica. Dos hechos alimentaban los miedos: las amenazas, reales e imaginarias a la integridad territorial de México y la abierta ambición sobre Cuba.[24] La primera tiene su origen en las previsiones que en 1808 hace desde Washington el embajador español, Luis de Onís, acerca de la inminente pérdida de los territorios del Norte de la Nueva España de persistir escasamente poblados. Pero sobre todo, en la anexión de Texas y en la guerra de 1847, con la consiguiente pérdida de California, Arizona y Nuevo México. La ambición sobre Cuba, por su parte, era conocida desde la presidencia de Jefferson.

El resultado de la guerra, quizá porque se esperaba que el designio del presidente Mc Kinley era sólo la conquista de Cuba, superó las expectativas de los más pesimistas. La renuncia de España a su soberanía en Cuba abrió un período de espera y confusión sobre el estatuto de la isla. Pero lo que más sorprendió a los diferentes grupos mexicanos fue «la cesión a los Estados Unidos de la isla de Puerto Rico y de las otras que tenía España en las Indias Occidentales, y de la de Guam en el grupo de las Marianas, y la venta de las Filipinas por veinte millones de dólares».[25] Este hecho convertía a los Estados Unidos, que poseían una Constitución que los liberales mexicanos admiraban precisamente por libérrima, en una «democracia con vasallos como la democracia ateniense hace veinticuatro siglos», espectáculo tan curioso que Justo Sierra clamaba a Dios permitirle ver o verlo venir.[26]

Por su parte, Enrique Mendoza y Vizcaino escribía que «se había meditado con anticipación, muy á la sordina, dar un golpe seguro sobre las posesiones españolas en la Oceanía, que nadie se hubiera esperado jamás, puesto que el motivo que tuvo esa nación para emprender la guerra, fué *darle la libertad á* Cuba».[27] Y algunos años más tarde, José López Portillo y Rojas explicaba esta perfidia yanky, asegurando que los Estados Unidos no habían tenido ningun motivo legítimo que invocar para «tomar parte en una

[24] *Véase una amplia lista de factores de conflicto* en: *Karl M. Schmitt,* Mexico and the United States, 1821-1973: Conflict and Coexistence, *New York, John Wiley Inc., 1974, p. 44.*

[25] *Pereyra,* op. cit., *p. 217.*

[26] Op. cit., *p. 28.*

[27] Op. cit., *p. 101.*

cuestión intestina, ventilada entre una nación soberana y una provincia ó dependencia suya. Se introdujo en el debate porque le plugo, porque le convenía, porque era fuerte».[28]

Si los mexicanos habían conocido ya el lado depredador del destino manifiesto, al contemplar cómo los Estados Unidos se convierten en unos meses en potencia extracontinental, el único espejo que encuentran para darle sentido a este evento es la aventura colonial de Europa en África y asia.

El colonialismo europeo en África y en Asia da a los mexicanos una idea de lo que pueden esperar de los Estados Unidos. La doctrina Monroe no es un alarde hecho en el pasado, sino la amenaza de un futuro posible. El colonialismo, finalmente, es visto como un saldo ineludible de la guerra hispano-norteamericana. A partir de abril de 1899, Justo Sierra publica en *El Mundo* una serie de artículos destinados a comentar los sucesos internacionales. Entre los temas más recurrentes se encuentran el desastre español, la guerra de pacificación del archipiélago filipino, la rebelión bóxer, la explotación de China, la guerra del Transvaal y el asunto Dreyfus. «Los asuntos de mayor gravedad, dice Sierra, para Europa y los Estados Unidos angloamericanos, no suelen, como antaño, dejar ver sus puntos negros en las fronteras de Alemania o de Turquía, o en las súbitas y tumultuosas emociones de las multitudes francesas o en las protestas autonómicas de Irlanda o en la sorda y reñida batalla entre el emperador Guillermo II y el socialismo que crece andando como el gigante de la fábula[...}. Ahora aparecen y se multiplican en horizontes más lejanos, en el Africa intertropical, en las costas ventrudas del imperio Chino, en una isla de la Polinesia perdida en la inmensidad del océano. Este fenómeno deriva fatalmente de la aspérrima competencia que existe entre las grandes potencias de la civilización por crearse vastos imperios coloniales, es decir, mercados obligatorios para sus industrias pletóricas y sus comercios que tienden a localizarse y encasillarse entre muros formidables de tarifas».[29]

En *El Porvenir de las naciones hispanoamericanas*, Francisco Bulnes prevé la difícil competencia que enfrentarán los países hispanoamericanos como resultado del colonialismo. Según su análisis, el consumo estadounidense de café, azúcar y caucho mantenía la prosperidad de toda la América tropical; sin embargo, con los territorios conquistados en la guerra, Bulnes pronosticaba que antes de 1910 los Estados Unidos producirían «en su propio territorio» todo lo que antes compraban en el mercado americano. Además, la explotación de África, India y Oceanía, cancelaría la demanda

[28] La doctrina Monroe, *México, Imp. de I. Escalante, 1912, pp. 46 y s.*
[29] *Sierra,* op. cit., *p. 15.*

europea de los productos americanos.[30] Su estudio preveía la miseria, la guerra civil y la barbarie en las naciones hispanoamericanas que carecían de elementos físicos para desarrollarse, excluyendo únicamente a Argentina, Brasil, Chile y México. Para Cuba independiente auguraba la economía agrícola de subsistencia y el colapso de la exportación de azúcar, a menos que se la anexaran los Estados Unidos.

Frente a tan desolador panorama, Telésforo García, presidente del Casino Español, alertaba sobre la importancia de la seguridad nacional en un país débil como México, «llamado a desenvolverse al lado y en íntimo contacto de otro país poderoso y absorbente, [debe despertar] un vigoroso sentimiento de defensa, generador de unión íntima sin trabas ni condiciones».[31]

La consecuencia extrema del planteamiento de la seguridad nacional, en conjunción con el ideal hispanista, significaba que la América latina debía seguir la política de la paz armada e iniciar los preparativos para la guerra. Como eco de los consejos del escritor César Zumeta y del presidente Julio Roca de Argentina, *El Diario del Hogar* recomendaba a Díaz llamar a todos los gobiernos latinoamericanos para unirse en una alianza que formara un frente común contra el expansionismo norteamericano.[32] Francisco Bulnes señaló un inconveniente de esta política: el alto costo de una economía para la guerra, que parecía llevar a Francia a la ruina, y que las naciones latinoamericanas no podían permitirse porque sus economías dependían de productos tropicales a los que las conquistas europeas y norteamericanas les cerraban el mercado. Aunque también pensaba que el único peligro para las naciones de este hemisferio son los Estados Unidos, Bulnes no creía que éste fuera inminente pues la nación del Norte no tenía necesidad de tierras ni exceso de población. Finalmente, Bulnes criticaba duramente la idea de una solidaridad latina: «Los Estados Unidos o cualquier otra potencia europea que decidiera conquistar la América latina lo haría parcialmente, es decir, comiendo en regla bocado por bocado, o sea nación por nación, y ¿qué harían entonces las demás naciones hipanoamericanas? Exactamente lo mismo que hicieron en las guerras de México contra los Estados Unidos y Francia, lo mismo que hicieron en la guerra de independencia de Cuba: se callarían, guardando compostura en el terreno oficial, y a lo más, en las comarcas desoladas de lo privado colocarían de guardia sus simpatías. En suma, tendría la nación atacada lo que España en

[30] *Bulnes,* El porvenir..., op. cit., *p. 353 y* passim.
[31] En: «Don Gabino Barreda y la integración de la nacionalidad mexicana», *Discurso leído en la reunión de la Sociedad Positivista, 19 de febrero de 1901.*
[32] El Diario del Hogar, *abril 19, 1898.*

su guerra con los Estados Unidos, simpatías, sobre todo, de sus numerosos acreedores, que no querían verla arruinada, pero ni un soldado, ni un peso, ni una intervención diplomática belicosa».[33]

Conclusiones

La guerra de independencia cubana, iniciada en febrero de 1895, y la guerra hipano-norteamericana, declarada en abril de 1898, mostró que los distintos grupos políticos, las facciones liberales, los conservadores, los funcionarios, los católicos, no actuaban conforme a una disciplina de partido. Más bien se dividen entre los vicarios del interés nacional en el Caribe, entre hispanófilos los más, pronorteamericanos los menos y algunos pocos partidarios de la independencia de Cuba. La política exterior es un campo ideal para pasar como patriota o nacionalista, sin que las opiniones comprometan los intereses adquiridos en la política interna.

La guerra también muestra en la mayoría de los grupos políticos un acusado sentimiento nacionalista. El nacionalismo y la carencia de disciplina de grupo son evidentes al analizar a los *científicos*. Este grupo carece de una postura unitaria y sus dos mejores exponentes, Sierra y Bulnes, presentan opiniones discordantes, aunque en ambos es reconocible la primacía de los intereses nacionales. Por otro lado, debe abandonarse el tópico que presenta a los científicos como intermediarios de los intereses estadounidenses, pues no es más que una distorsión hecha por las facciones contrarias.

La guerra también despertó el debate sobre la legitimidad que debía otorgarse a la Doctrina Monroe que, unido al de la congruencia entre las prédicas y las intenciones de los Estados Unidos respecto a México y Latinoamérica, se convirtieron en un tema de largo aliento, determinando finalmente la política exterior del régimen postrevolucionario: la reivindicación de los principios de la no intervención y de la autodeterminación de los pueblos.

Finalmente, la guerra y la doctrina Monroe también marcaron en buena medida el análisis que las sucesivas generaciones de mexicanos hicieron de los Estados Unidos. A la luz de la guerra, la doctrina Monroe no era, según José López Portillo y Rojas, «más que un reto lanzado á Europa y una invasión arbitraria de la soberanía de los Estados latinoamericanos».[34] Un reto,

[33] *Bulnes,* El porvenir..., op. cit., *p. 170.*
[34] Op. cit., *p. 36.*

además, lanzado cuando el presidente Monroe sabía que no debía temer que alguno de los Estados europeos recogiera el guante; los Estados Unidos se envalentonaban porque eran «los únicos fuertes en un grupo de naciones débiles, los fuertes [vivían] muy lejos y la distancia [los hacía] invulnerables».[35]

Bibliografía

BULNES, Francisco, *Toda la verdad acerca de la Revolución Mexicana,* México, Libromex, 1977.

— *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*, México, imprenta de M. Nava, 1899.

COSÍO VILLEGAS, Daniel, *Historia Moderna de México, el Porfiriato, vida política interior,* segunda parte, Tomo X, México, ed. Hermes, 1972.

— *Historia Moderna de México, el Porfiriato, vida política exterior,* segunda parte, Tomo VI, México, ed. Hermes, 1963.

COTNER, William, y Jorge CASTAÑEDA, *Essays in Mexican History*, Texas University Press.

CHÁVEZ OROZCO, Luis, *Un esfuerzo de México por la independencia de Cuba*, México, Archivo Histórico Diplomático, n. 32, Porrúa, 1971.

DEGER, John, *Porfirian Foreign Policy and Mexican Nationalism; a study of cooperation and conflict in Mexican and American Relations*, USA, Indiana University Press, 1979.

GARCÍA, Telésforo, «Don Gabino Barreda y la integración de la nacionalidad mexicana», Discurso leído en la reunión de la Sociedad Positivista, 19 de febrero de 1901.

GUERRA, François-Xavier, *México. Del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

GURRÍA, Ángel, *Prensa Nacional y Política Exterior. Tres Episodios Porfirianos,* mimeo., 1997.

HALE, Charles, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991.

LÓPEZ PORTILLO y ROJAS, José, *La doctrina Monroe; su verdadero sentido, los orígenes, su somnolencia, su desarrollo, su valor según el derecho constitucional norteamericano, su valor en el derecho internacional. Méjico no debe admitirla*, México, Imp. de I. Escalante, 1912, pp. 46 y s.

[35] *Pereyra,* op. cit., *p. 168.*

MENDOZA y VIZCAINO, Enrique, *Historia de la Guerra Hispano-Americana,* México, imp. de A. Barral, 3a. Ed., 1902, p. iv.
MONSIVÁIS, Carlos, «La cultura norteamericana en México», s.p.
PEREYRA, Carlos, *El mito de Monroe,* Buenos Aires, Jorge Alvarez Ed., 1969.
RIPPY, Fred, «Pan-Hispanic Propaganda in Hispanic America», en *Political Science Quarterly*, v. XXXVII, n. 3.
ROJAS, Rafael, «La política mexicana ante la Guerra de independencia de Cuba (1895-1898)», en *Historia Mexicana,* v. 45, n. 4.
SCHMITT, Karl M., *Mexico and the United States, 1821-1973: Conflict and Coexistence*, New York, John Wiley Inc., 1974, p. 44.
SIERRA, Justo, *Obras Completas*, México, UNAM, tomo VII, 1977.

Periódicos

El Diario del Hogar.

La colonia española de México frente a la guerra hispano-norteamericana

Sara Ortelli

Introducción

La mayor parte de la bibliografía que analiza el proceso de migración y establecimiento de españoles en México durante los siglos XIX y XX está dedicada a la investigación de los aspectos demográficos y socioeconómicos de la comunidad migrante y a su inserción económica en el país receptor, durante el período comprendido entre el porfiriato y mediados del siglo XX. Frente a esta situación se evidencia una carencia de trabajos que aborden la temática de las prácticas políticas y las adscripciones y manifestaciones ideológicas que desarrolló dicha comunidad.

En tal sentido, el objetivo de este trabajo es analizar las acciones prácticas y las posiciones ideológicas de la colonia española de México frente al conflicto conocido como guerra hispano-norteamericana, que se desarrolló entre los años 1895 y 1898. Las fuentes utilizadas son la prensa –diarios españoles editados en México-, los libros de actas de las reuniones de las Junta Directiva del Casino Español y documentos del Archivo Histórico de la Embajada de España en México.

1. Las características generales de la colonia española de México a fines del siglo XIX

Al analizar las fluctuaciones en las cifras de inmigrantes españoles en México, Lida identifica varias etapas. La primera corresponde al período comprendido entre 1837 y 1877, dentro del cual diferencia dos subperíodos: un arribo promedio de 100 españoles por año entre 1837 y 1857 y una reducción del 50% en dicha cifra entre 1857 y 1877.[1] Esta tendencia negativa se recuperó después de la caída de Maximiliano, básicamente, por dos motivos: el desarrollo de un proceso de reconciliación internacional y de la

[1] *Lida, 1994, p. 29.*

llegada a México de españoles residentes en Cuba, al desatarse la Guerra de los Diez Años (1868-1878).

Una nueva etapa, caracterizada por un cambio de ritmo de la migración, puede ser ubicado en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Durante el porfiriato se produjo un aumento promedio de casi 700 ingresos anuales, lo que contrasta notablemente con las cifras registradas para períodos anteriores. Este incremento de población española en México se combinó con el proceso de aumento de población mexicana, que es una constante significativa desde mediados del siglo XIX. Por lo tanto, en el marco de las cifras de crecimiento poblacional global del país, la proporción de españoles no parece significativa respecto a la población mexicana desde una perspectiva puramente cuantitativa.

Sin embrago, esta situación no se corresponde con el peso cualitativo que tenían los representantes de la colonia. Algunos de sus miembros ocupaban posiciones socioeconómicas importantes, cuestión que es particularmente relevante en el caso de Veracruz, en la medida en que los españoles tuvieron un papel determinante en la conformación de las oligarquías veracruzanas y en el desarrollo económico de la región.[2]

El Censo General de la República Mexicana de 1895 registró un número de 12.859 españoles residentes en el país. Esta cifra representaba el 25.13% del total de extranjeros y el 50.64% de los residentes europeos.[3] La gran mayoría se hallaban asentados en la ciudad de México y en Veracruz, zonas comerciales por excelencia. La capital reunía al núcleo más numeroso –4.124 españoles– y de mayores recursos económicos de la comunidad. El grupo que residía en la capital se dedicaba fundamentalmente al comercio, el transporte y la banca, siguiendo luego en importancia numérica la categoría de los empleados.

Tanto a nivel institucional como personal, la colonia mantenía, en general, muy buenas y estrechas relaciones con el gobierno porfiriano y, en algunos casos, con el propio Díaz.[4] Las buenas relaciones respondían, fundamentalmente, a que la política económica desarrollada durante los años del porfiriato facilitó el enriquecimiento de miembros prominentes de la colonia, en especial, de quienes se dedicaban a actividades comerciales y empresariales. Esto redundaba en que la actitud general del gobierno hacia los inmigrantes españoles fuera positiva.[5]

[2] *Blázquez Domínguez, 1994, p. 139.*
[3] *Illades, 1985, p. 14.*
[4] *Illades, 1991, p. 61.*
[5] *Illades, 1991, pp. 51-52.*

2. La colonia española de México frente a la guerra hispano-norteamericana

En el marco de la denominada guerra hispano-norteamericana puede reconocerse una primera fase del conflicto, que se inicia en 1895 y tiene como eje principal la insurrección cubana y su lucha por independizarse de España. Como corolario de tal conflicto –y en virtud de los intereses que desde hacía mucho tiempo tenía Estados Unidos en la isla, en particular, y en el área del Caribe, en general– en abril de 1898 estalló la guerra entre España y Estados Unidos.

Esta nueva fase del conflicto duró solamente cuatro meses. Los primeros acuerdos para la rendición española se firmaron en Washington en el mes de agosto y culminaron con la firma del Tratado de París en el mes de diciembre, por el cual España reconocía la independencia de Cuba y cedía a Estados Unidos los territorios de Puerto Rico, las Islas Occidentales y la Isla de Guam.[6] Es decir, se produjo una suma de conflictos, en la medida en que a los problemas entre España y Cuba se agregaron los de España y Estados Unidos. Ambas cuestiones aparecen como distintas fases de un proceso o caras de la misma moneda, que desencadenaron, a la vez, una continuidad de acciones, en las que estuvieron involucrados Puerto Rico[7] y Filipinas. Por otra parte, esta situación determinó que España buscara aliados en América Latina y uno de ellos fue el gobierno mexicano, encabezado por Porfirio Díaz.[8]

Desde el inicio del conflicto con Cuba en 1895, la colonia española radicada en México desarrolló acciones, que pueden ser clasificadas para su análisis en acciones prácticas y acciones discursivas. Las últimas tuvieron como medio de expresión, fundamentalmente, diversos órganos de la prensa española editada en México.

2.1. Las acciones prácticas

El 14 de marzo de 1895 *El Correo Español* alaba la iniciativa registrada en España donde se había formado una lista de voluntarios para ir a com-

[6] Ibídem, *p. 23.*

[7] *Como consecuencia de esta crisis, Puerto Rico logró su autonomía de España en 1897, a partir de la lucha encabezada por el Partido Liberal Reformista, pero fue ocupado militarmente por Estados Unidos al año siguiente, con lo que España perdió todas sus posesiones coloniales en América Latina.*

[8] *Illades, 1991, p. 22.*

batir a Cuba. En el mes de junio de 1895 publica la primera nota que comenta la propuesta de abrir una suscripción entre los integrantes de la colonia española de México, para recolectar fondos que serían destinados a la construcción de barcos. En respuesta a tal iniciativa, llegaron a la redacción del diario cartas de lectores apoyando la idea «patriótica» y haciendo votos para que la colonia de México se relacionara con otras colonias en América, con el fin de profundizar la presencia española en el continente y colaborar con la guerra que mantenía España.[9] En principio, se iniciaron relaciones con las colonias de América Central, con el objetivo de intercambiar productos y realizar negocios que contribuyan a «...lograr la honra y el buen nombre del comercio español en el continente americano».[10]

En una reunión del Casino Español realizada en el mes de julio de ese año se propuso suprimir todo tipo de celebraciones –como las fiestas de Covadonga– y que el dinero recaudado para las fiestas se destine a engrosar la suma de recursos con que el gobierno español mantiene la campaña de Cuba.[11]

En respuesta a dichas propuestas, el destacado miembro de la colonia y futuro presidente de la Junta Patriótica de la ciudad de México, Telésforo García, opinó que, frente al empréstito de 600 millones de pesetas que hizo el gobierno español para la causa de la insurrección, la suma que podría recaudarse sería irrisoria. Frente a este proyecto, propuso la organización de un comité encargado de formar un fondo permanente que pudiera destinarse a premiar la heroicidad de los soldados o remediar la situación de los huérfanos, según los casos.[12]

El comerciante Enrique Abad sugirió –ya que la mayor parte de los españoles residentes en México se dedicaban al ramo de abarrotes o artículos de primera necesidad– que el Casino nombrara comisiones de casas fuertes de comercio españolas, para que cada dueño contribuyera mensualmente –hasta que terminara la guerra– con una cantidad de productos alimenticios. Tal iniciativa no sólo conquistaría el aplauso de toda la nación española, sino también de los mexicanos.[13]

El Correo Español –el órgano editorial más importante de la colonia española– aclaraba que la publicación de dichas opiniones era una prueba de imparcialidad, en tanto no estaba de acuerdo con las mismas. Según este

[9] El Correo Español, *21 de junio de 1895.*
[10] El Correo Español, *28 de junio de 1895.*
[11] El Correo Español, *16 de julio de 1895.*
[12] El Correo Español, *16 de julio de 1895.*
[13] El Correo Español, *28 de julio de 1895.*

periódico, los soldados tenían en Cuba los recursos necesarios, ya que el gobierno cubría ampliamente sus necesidades. En total acuerdo con las ideas de Telésforo García, expresaba que las contribuciones serían un grano de arena frente a las necesidades que implicaba una campaña como la de Cuba y sustentaba que esas acciones debían ser aplicables, únicamente, a las familias de los que habían sido víctimas de los campos cubanos.[14]

En agosto de 1895 la prensa alabó una iniciativa emprendida por la colonia española de Veracruz, a instancias del acaudalado comerciante de aquel puerto, Isidro Ochoa, donde se abrió una suscripción para organizar una expedición de hombres españoles, convenientemente armados y equipados, que fuera a luchar a Cuba. En poco tiempo dicha suscripción alcanzó la suma de mil pesos mensuales.[15]

Otro de los proyectos fue presentado por medio de una carta al diario *El Correo Español* por el señor Barea,[16] radicado en el estado de Michoacán, quien pidió que se abriera una suscripción para los compatriotas que desearan alistarse como voluntarios para ir a Cuba, formando pequeñas guerrillas de caballería de doscientas plazas, cuya fuerza dirigiría él mismo. También proponía que la colonia española residente en México facilitara para cada voluntario un caballo, una silla y armas.[17]

Una de las iniciativas más fructíferas fue la de Ricardo Sainz, presidente del Casino Español, quien en la reunión de la Junta Directiva del 22 de septiembre de 1895, propuso convocar a una asamblea de españoles a fin de proceder a nombrar una Junta Patriótica, que se crearía con el encargo especial de recaudar fondos en toda la república, destinados en primer término a premiar a los soldados del ejército en Cuba. Durante dicha reunión se convino que el nombramiento para la candidatura de la Junta Patriótica correspondía a la Junta Directiva, como así también, determinar la aplicación o aplicaciones que se darían a los fondos que se recaudasen.[18] Se formaron Juntas Patrióticas a lo largo y a lo ancho de la república mexicana. Una vez constituidas, su actividad principal fue contribuir con dinero y productos a la causa de la guerra.[19]

Las colonias españolas comenzaron a comunicarse entre sí y a coincidir en una serie de cuestiones, en el centro de las cuales se encontraban las

[14] El Correo Español, *28 de julio de 1898.*
[15] *También se tomó este tipo de iniciativa en Argentina, desde donde se enviaron 800 voluntarios* (El Correo Español, *28 de agosto de 1895).*
[16] *Se trataba de un militar que había participado en la denominada Guerra de los Diez Años.*
[17] El Correo Español, *21 de setiembre de 1895.*
[18] BACE, Libro de Actas y Comunicaciones, *número 4, 22 de setiembre de 1895.*
[19] *Por ejemplo, en octubre de 1895 la Junta de México envió 290 mulas y, más tarde 500 para Cuba y la de Puebla 100 mulas* (El Correo Español, *19 de octubre de 1895).*

ideas acerca de la unidad de la colonia radicada en México y de la necesidad de colaboración material e ideológica a la causa española.

Ignacio Noriega, gerente de los astilleros Vea Murguía de Cádiz y jefe de la Casa Noriega de México, propuso regalar al gobierno de España un cañonero. En efecto, el 28 de enero de 1896 *El Correo Español* publicó que la Junta Patriótica iniciaba el proyecto de dotar a España de barcos de guerra. Dicha iniciativa era una propuesta de la colonia española de Yucatán, secundada por la de San Luis Potosí, puesta a consideración del resto de las colonias españolas. Algunas de las bases de dicha propuesta eran organizar la recaudación de un impuesto voluntario para todos los españoles residentes en América, que sería utilizado en la compra de buques para aumentar la escuadra española.

La idea era lograr el funcionamiento de una Junta Patriótica panamericana, cuya base estaría en México. El importe de las sumas reunidas sería enviado a Madrid. Una vez que en España hubiera fondos suficientes para la construcción de un barco, la comisión de delegados que se nombrara en Madrid, daría los pasos necesarios para lograr dicho objetivo. Durante los primeros meses del año 1896 las actividades de la Junta Patriótica de México estuvieron centradas en las colectas económicas iniciadas por las Juntas de Mérida y San Luis Potosí y en el envío a Cuba de centenares de caballos para el apoyo de las milicias españolas.

En abril de 1896 Facundo Pérez e Ignacio de Gandarillas, miembros prominentes de la sociedad «Unión Mercantil», formada por comerciantes españoles, convocaron a sus pares a una junta en los salones del Casino Español, a la que asistieron varios comerciantes establecidos fuera de la capital. El objetivo era hacer una protesta contra la posición asumida por el Congreso americano, al reconocer la insurrección en Cuba y cortar toda clase de relaciones mercantiles con Estados Unidos.[20] La relativa fuerza de la medida parece reflejarse en la nota aparecida en *Las Novedades*, de Nueva York, comentando que los comerciantes españoles de México y Veracruz, así como los de Argentina y Uruguay, habían acordado no comprar mercaderías de Estados Unidos.[21]

Otra iniciativa proveniente del mismo sector fue la contribución realizada por el grupo de comerciantes y dependientes establecidos en los barrios de la capital mexicana, a los voluntarios de bajos recursos que saldrían para la isla el 4 de julio de 1896.[22]

[20] La Raza Latina, *17 de abril de 1896.*
[21] La Raza Latina, *3 de junio de 1896.*
[22] La Raza Latina, *24 de junio de 1896.*

Las colonias españolas continuaron enviando fondos a Madrid durante el período que duró el conflicto. A principios de 1898 las colonias de México y de otros países de América Latina, enviaron dinero para la construcción de un acorazado.[23] Por otra parte, Antonio Basagoiti, vicepresidente de la Junta Patriótica, ofreció personalmente en Cuba a Valeriano Weyler, capitán general de la isla, doscientas mulas y mil caballos en nombre de la colonia de México.[24] También se registraron iniciativas de colaboración bastante originales, como el caso de Alfredo Argüelles, vecino de Orizaba, quien donó un billete de la Lotería Nacional que, en caso de ser favorecido, sería para la guerra.

En la asamblea de la Junta Patriótica reunida en el Casino Español el 27 de marzo de 1898, Telésforo García opinó que lo más necesario era el envío de víveres a La Habana. Así, se abrió una suscripción extraordinaria con el fin de conseguir todo género de productos alimenticios. Se podían donar alimentos, pero era mejor el dinero, que las Juntas locales de México recolectarían, cada una en su jurisdicción. Los fondos serían remitidos a la Junta de México. La iniciativa recibió adhesiones de la mayor parte de las Juntas Patrióticas de los estados.[25]

2.2. Los debates y posiciones de la colonia española en la prensa

Con los primeros indicios de las actividades separatistas en Cuba, la prensa española editada en México comenzó a definir, a través de notas editoriales y de opinión, una serie de puntos de debate. Uno de los puntos discutidos –que fue incrementando su relevancia durante el desarrollo del conflicto– era la idea de la posición de Estados Unidos frente a la insurgencia cubana, en el marco de sus aspiraciones expansionistas en América Latina. Este punto era particularmente importante en México, donde aún estaba presente la idea de la guerra de 1847, que tuvo como consecuencia la pérdida de gran parte del territorio mexicano y su anexión a Estados Unidos.

Así, desde la prensa española se trataba de concienciar a la sociedad mexicana del peligro que significaría la presencia de una Cuba autónoma o en manos norteamericanas. En tal sentido se apelaba a la tradición cultural

[23] *Durante el primer trimestre de 1898 se constituyó una nueva Junta Patriótica en Michoacán, con residencia en Morelia, que tenía pensado acordar el pago adelantado de los últimos cinco años de la contribución patriótica para fomento de la armada.*

[24] La Raza Latina, *19 de febrero de 1896.*

[25] El Correo Español, *30 de marzo de 1898.*

compartida entre México y España como un reaseguro de las buenas relaciones entre ambos países.[26]

Por otra parte, una nota que aparece en el periódico *La Raza Latina*, hace hincapié en la necesidad de unión entre México y España por el peligro que representaría la presencia norteamericana y la anexión de Cuba para la posición de la península de Yucatán, que había estado vinculada históricamente al comercio con la isla.[27] Meses más tarde, el mismo periódico insistía en que la presencia de España en América significaba una garantía de seguridad para México, en tanto la isla de Cuba era la llave del golfo, una prolongación de Yucatán y un frente para los puertos del Atlántico.[28]

Al lado de este discurso antinorteamericano, aparece el que hace referencia a la falta de madurez de Cuba para poder lograr y mantener su autonomía. Estas ideas se enmarcan en el discurso decimonónico, que suponía sociedades en una marcha evolutiva hacia el progreso. En tal sentido, rescataba a los españoles como único grupo que podía mantener el orden y asegurar el proceso civilizatorio,[29] frente a los indígenas, a los negros y a los criollos.[30]

Sin duda, uno de los discursos más relevantes que se generó desde la prensa a lo largo de todo el período, es el que apelaba a la unidad de la colonia española a través de la construcción de un discurso panhispanista. Desde las páginas de *El Correo Español* se opinaba que España no debía ser atacada políticamente por los españoles residentes en el exterior, ya que la condición de extranjeros hacía que se borraran las diferencias entre las tendencias políticas y que a todos los miembros de la colonia los hermanara la condición de españoles.[31]

Para lograr el objetivo de la unificación, se rescataba la actitud de los españoles en la península, que mantenían su unidad frente al conflicto. Se proponía la aplicación del mismo procedimiento en el seno de la colonia establecida en México, en tanto «...formamos una pequeña patria: nos

[26] El Correo Español, *8 de febrero de 1895.*
[27] La Raza Latina, *18 de marzo de 1896.*
[28] La Raza Latina, *13 de junio de 1896.*
[29] El Correo Español, *9 de marzo de 1895.*
[30] *En tal discurso se inscribe el debate acerca de la población negra de Cuba, que comienza a ser mencionada en la prensa durante los últimos meses del año 1895. La crítica –que se basa en la idea de que gran parte de la población cubana es negra y mulata– desarrolla un discurso racista y discriminatorio, con expresiones como: «El germen de la rebelión quedará exterminado cuando desaparezca de la isla la raza etiópica»* (El Correo Español, *20 de setiembre de 1895). «El elemento negro de la insurrección se ha sobrepuesto al blanco (...) El odio de razas inspira los actos de los insurrectos»* (El Correo Español, *25 de julio de 1895).*
[31] El Correo Español, *20 de abril de 1895.*

entrelazan los vínculos que nacen de la comunidad de interés y nos unen el amor patrio y el dolor del desterrado...».[32]

Todavía a principios del año 1898, uno de los miembros más destacados de la colonia española, Telésforo García, decía que no hay que introducir cuestiones netamente políticas que pudieran perturbar la unión.[33] El periódico bisemanal *El Español* coincidía con las ideas de García, en cuanto a no dejar que la política influyera en las respuestas y actividades de la colonia ante la coyuntura crítica.[34]

Esta actitud había determinado en 1897 un debate con un sector antiautonomista de la colonia española de Cuba, representado por Joaquín Martí y Puig, de Cienfuegos, miembro del Partido Unión Constitucional de Cuba. Martí y Puig no estaba de acuerdo con la posición de García respecto de la conducta a seguir por los españoles residentes en el extranjero y creía que debían involucrarse en los movimientos políticos y en la vida de los partidos de España y de Cuba.[35]

De todas maneras, la colonia española de México llevó casi siempre la voz cantante: mostró una actitud activa frente al conflicto y tomó la iniciativa de llevar a cabo propuestas y proyectos de cooperación con España en varias oportunidades. Esto era reconocido en Madrid, como lo evidencia la nota proveniente de *La Época* que reprodujo a principios de 1896 *La Raza Latina*, mencionando que cada día era más marcado el patriotismo de la colonia de México.[36]

Las propuestas de llevar adelante acciones y objetivos comunes estaba siempre acompañada de un discurso panhispanista y de la apelación a un proceso histórico común entre España y los países de América Latina. La colonia española de México tuvo la iniciativa de realizar un llamamiento a las colonias de todos los países americanos, marcando enfáticamente que «...los horizontes morales tenían la misma extensión que el mundo físico del que antes España había sido reina y señora».[37]

Entre las acciones de carácter ideológico desarrolladas con motivo de la guerra, junto a la construcción de discursos de unificación, se apelaba a la religiosidad y a la celebración de misas a la virgen de Covadonga, pidiendo por el triunfo de las armas españolas.[38] Este fenómeno no era nuevo, ya

[32] El Correo Español, *11 de junio de 1895.*
[33] El Correo Español, *4 de enero de 1898.*
[34] El Español, *9 de enero de 1898.*
[35] El Correo Español, *4 de enero de 1898.*
[36] La Raza Latina, *15 de enero de 1896.*
[37] La Raza Latina, *21 de febrero de 1896.*
[38] El Correo Español, *26 de abril de 1898.*

que, como plantea Illades, ante la necesidad de mantener las raíces culturales y la unidad, los inmigrantes españoles utilizaban las prácticas religiosas como instrumento de cohesión de toda la colonia.[39]

2.3. Las reacciones ante la firma de los tratados de paz

A raíz de la firma de los acuerdos de paz entre España y Estados Unidos efectuada en París, se produjo una escisión de la colonia española de México. Un sector –que tildó al gobierno español de traidor– estaba encabezado por las autoridades y los miembros de la Junta Patriótica y del Casino Español y, ante la derrota, intentaron promover un movimiento carlista. Este fenómeno constituye un buen ejemplo para ver hasta qué punto se exacerbó parte de la colonia española de México ante el conflicto.[40]

El otro sector, representado por la mayor parte de la colonia y a cuyo frente se encontraba el marqués de Bendaña, ministro español en México, estaba a favor de la firma de la paz.[41] Este grupo utilizó como medio de expresión el diario *El Correo Español.* [42] También *El Español* se lamentaba de los desacuerdos surgidos en el seno de la colonia y pregonaba la necesidad de unión y concordia. Este sector opinaba que si la Asociación Patriótica en Madrid no había dirigido protestas, ni formulado cargos contra el gobierno español, tampoco debían asumir una actitud crítica y hostil otros españoles. Aparentemente, este grupo había formulado quejas, pero sin utilizar como medio el envío de telegramas a Madrid, en nombre de todos los españoles residentes en México. Alegaban que cualquier acción en tal sentido podía resultar peligrosa, provocando escisiones profundas en la colectividad.

El Correo Español –y, por lo tanto, el sector más moderado que representaba– manifestaba las tomas de posición por parte de los españoles en el extranjero que rebasaran las cuestiones del honor nacional, podían ser

[39] *Illades, 1991, p. 52.*
[40] *También en otras colonias españolas de América, como en Argentina, estaban presentes estas dos posiciones. Un sector había sostenía una posición antipacifista frente a la firma de los tratados. El otro, proponía que los españoles que vivían lejos de España no debían hacer política. Lo importante era que la colectividad estuviera compacta y unida* (El Correo Español, *18 de setiembre de 1898 y 19 de octubre de 1898).*
[41] *Embajada Española en México-El Colegio de México, rollo 41, legajo 1, documento 16, Ministro Marqués de Bendaña a Ministerio de Estado, 3 de octubre de 1898.*
[42] *«Un grupo respetable de españoles (...) guiados tan sólo por el acendrado patriotismo, tuvieron a bien recomendar a El Correo Español como el intérprete de los sentimientos de la colonia y como el paladín designado para combatir en el terreno de las ideas a los enemigos de la causa española y a los que hicieran causa común con aquélla»,* (El Español, *4 de agosto de 1898).*

utilizadas por algunos sectores de la política española. Estos españoles estaban demasiado lejos para participar y opinar políticamente sobre los sucesos que estaban aconteciendo en España y se aconsejaba que actuaran con seriedad y madurez de sus actos.

Este tipo de abstenciones tenía antecedentes. En mayo de 1896, en la asamblea del Casino, se leyó una nota enviada a los socios, proponiendo que se convocara a una junta de todos los españoles de la capital para protestar por las injurias lanzadas en el Congreso norteamericano contra España. La Junta Directiva del Casino desestimó dicha propuesta. De todas maneras, envió un telegrama al capitán Weyler, en nombre de la colonia española de México, manifestando su indignación ante los insultos que se habían proferido contra la patria y contra su persona en el senado americano.[43]

En los últimos meses de 1898, *El Correo Español* acusó a la colonia española de inactividad frente a la derrota. Luego de las actividades e iniciativas desplegadas para ayudar a España ante el conflicto, había bajado los brazos.[44] De todas maneras, unos meses más tarde comentó que los españoles residentes en México habían enviado a La Habana camisetas de punto, camisas de franela y fajas, para que hicieran frente al cambio de temperatura los soldados repatriados a España.

Conclusiones

La posición asumida por la colonia española de México frente a la guerra hispano-norteamericana, fue la de colaborar con España a través de la acción y del discurso. En el primer caso, las acciones más relevantes fueron la recaudación de fondos y el envío de animales y productos alimenticios a Cuba.

Las construcciones discursivas giraron en torno a la necesidad de unidad y confraternidad en el seno de la colonia radicada en México, a partir de un discurso panhispanista. Como parte de dicho discurso se proponía la abstención de participar en cuestiones políticas que fueran más allá del conflicto puntual.

Para profundizar la problemática planteada en este trabajo, habría que abordar de manera exhaustiva el análisis cualitativo de la colonia española de México. En principio, esta comunidad no era homogénea, por lo menos, en dos niveles. Existían desigualdades económico-sociales entre los miem-

[43] BACE, *Libro de Actas y Comunicaciones, núm. 4, 3 de mayo de 1896.*
[44] El Correo Español, *20 de octubre de 1898.*

bros radicados en la ciudad México, como así también, jerarquías entre la colonia capitalina y las ubicadas en el interior del país. En tal sentido, es posible hablar de «colonias».

Si bien ante un conflicto de la magnitud y significado de la guerra hispano-norteamericana se logró consenso para llevar a cabo determinadas acciones –incluso, a nivel panamericano– a lo largo del conflicto se evidenciaron diferencias en las posiciones ideológicas. Es paradigmática la escisión que se produjo con motivo de las firmas de los tratados de paz con Estados Unidos.

Un punto que merece un estudio en detalle para iluminar los mecanismos de funcionamiento y reproducción de la colonia, es el de las redes sociales y políticas en el seno de la colonia. A partir de los datos reseñados, puede observarse que la elite o los miembros económicamente más destacados, integraban las instituciones representativas de la colonia, como el Casino Español. Al mismo tiempo, ese fue el sector que encabezó las filas de la Junta Patriótica.

Estas cuestiones podrían arrojar más luz sobre las relaciones y conflictos en el seno de la colonia de la ciudad de México y de su interacción con las colonias del interior. De todas maneras, en el caso de la guerra con Estados Unidos, aparentemente, la comunicación entre las colonias fue fluida y la participación en las actividades estuvo compartida.

Siglas y referencias

AEEM. Archivo de la Embajada Española en México
BACE. Biblioteca del Archivo del Casino Español, México

BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, Carmen 1994: «Empresarios y financieros en el puerto de Veracruz y Xalapa: 1870-1890», en Clara Lida (comp.), *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza.

COSÍO VILLEGAS, Daniel (coord.) 1960: *Historia Moderna de México: el porfiriato. La vida política exterior*, México, Hermes, I.

MAC GREGOR, Josefina 1992: *México y España, del Porfiriato a la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Secretaría de Gobernación.

ILLADES, Carlos 1985: *México y España durante la Revolución Mexicana*, México, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, Secretaría de Relaciones Exteriores.

ILLADES, Carlos 1991: *Presencia española en la Revolución Mexicana*, México, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto José María Luis Mora.

LIDA, Clara 1991: «La inmigración española en México: un modelo cualitativo», en Alicia Hernández Chávez y Manuel Miño Grijalva (coord.), *Cincuenta años de historia en México*, volumen 1, México, El Colegio de México.

LIDA, Clara y Pilar PACHECO ZAMUDIO 1994: «El perfil de una inmigración: 1821-1939», en Clara Lida (comp.), *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza.

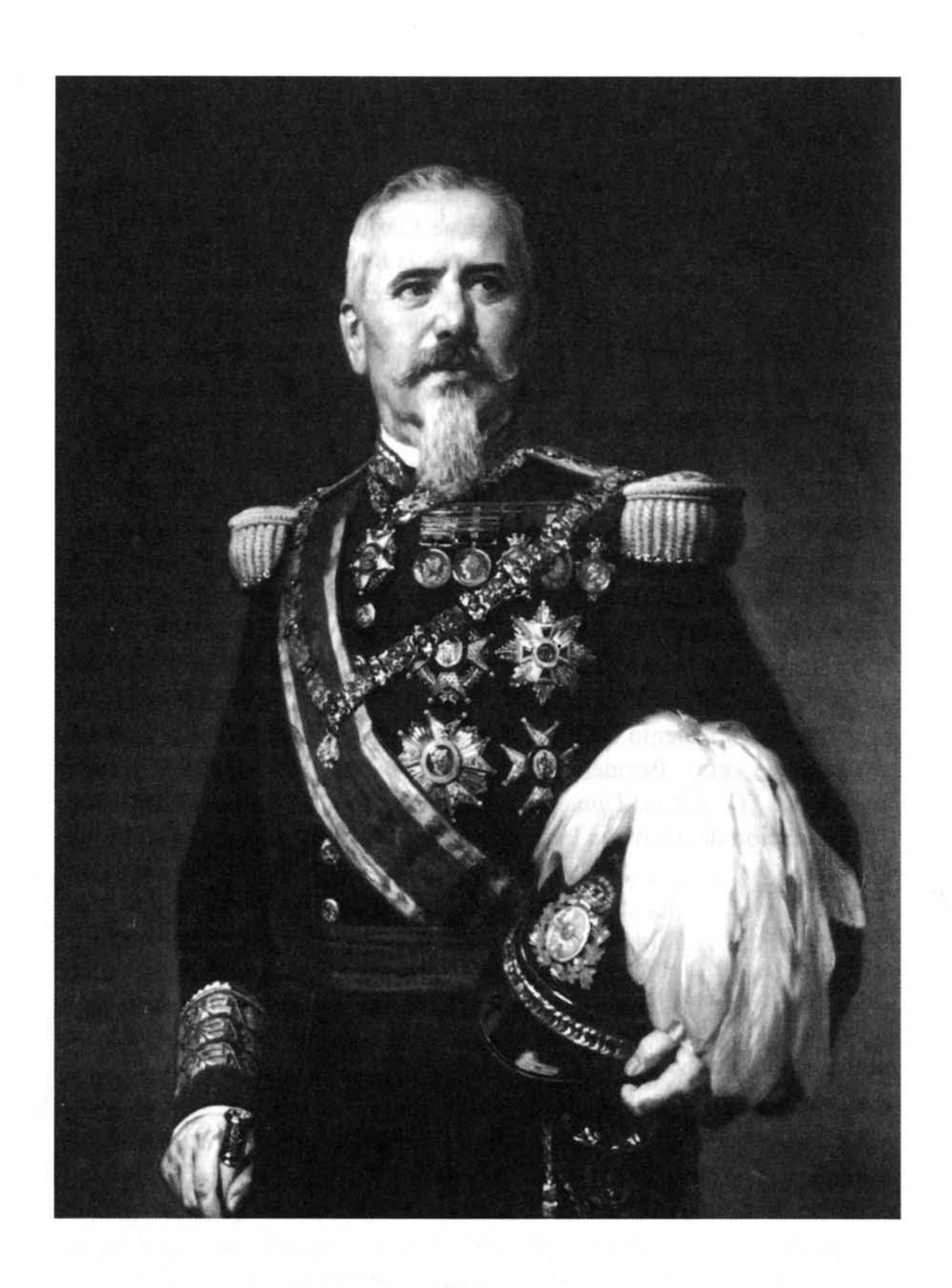
PÉREZ HERRERO, Pedro 1981: «Algunas hipótesis de trabajo sobre la inmigración española a México: los comerciantes», en Clara Lida (coord.), *Tres aspectos de la presencia española en México durante el Porfiriato*, México, El Colegio de México.

ROJAS, Rafael 1996: «La política mexicana ante la guerra de independencia de Cuba (1895-1898)», en *Historia Mexicana*, vol. XLV, núm. 4., México, El Colegio de México.

YÁÑEZ GALLARDO, Carmen 1994: *La emigración española a América (siglos XIX y XX). Dimensión y características cuantitativas*, Gijón, Fundación de Archivos Indianos.

Periódicos

El Correo Español (1895-1898)
El Español (1897-1898)
La Raza Latina (1897-1898)



Federico M. Madrazo: Arsenio Martínez Campos (1889)

El Correo Español

La prensa españolista mexicana y el 98

Raúl Figueroa Esquer

El presente trabajo se centrará en el análisis del diario de la colonia española en México, *El Correo Español* y su actitud durante la guerra de 1898.

a) Las coordenadas internacionales de 1898.

La guerra hispano-cubana-americana está inserta en la época del imperialismo a finales del siglo XIX. El historiador español José María Jover ha señalado las condiciones en las cuales España asistió a la contienda. «España comparece a ella teniendo una metrópoli peninsular y un conjunto de archipiélagos dispersos por todo el mundo: las Baleares y las Canarias; las plazas de soberanía en el norte de África, destinadas a funcionar como islas adosadas al Continente Africano; las islas del Golfo de Guinea; Cuba y Puerto Rico en las Antillas; el inmenso archipiélago de las Filipinas; los tres archipiélagos -Carolinas, Marianas, Palaos- del Océano Pacífico (...) Un conjunto para cuya defensa hubiera sido necesario un poderío económico, un poderío naval y una política de alianzas de que España careció todo el siglo XIX; un conjunto cuya defensa había de resultar literalmente imposible tras los cambios que la política mundial traen consigo los años setenta y ochenta de la pasada centuria.»[1]

En efecto, a partir de 1870, el mundo de las relaciones internacionales va ha sufrir cinco trascendentales cambios: 1. Despegue de las grandes potencias imperialistas. 2. El desarrollo de las competencias entre las viejas y las nuevas potencias industriales. 3. La lucha feroz por los mercados y por el dominio de las rutas. 4. La aparición de un nuevo derecho internacional imbuido de darwinismo político. 5. La frenética carrera hacia un reparto del mundo en beneficio de las grandes potencias del momento: «Gran Bretaña,

[1] *José María Jover,* 1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial. *Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979, p. 4.*

Alemania y los Estados Unidos en primer plano; Francia y Rusia en un plano en cierto modo secundario en virtud de su menos avanzado nivel de industrialización».[2]

Para el objeto del presente artículo cabe preguntarse: ¿Qué papel jugó México durante el 98 español? En primer lugar, lo que resulta obvio es que México ocupaba un lugar muy tangencial en el juego de las grandes potencias de la época. La afirmación anterior, debe de ser matizada porque si bien el gobierno de Porfirio Díaz llevó a cabo una neutralidad estricta durante la conflagración, esto no quiere decir que en México no se siguió con atención el desarrollo de la guerra. Había una variedad de motivos en los que el público mexicano no podía ser neutral. La importancia geoestratégica de la República Mexicana, lo dilatado de sus costas, la proximidad con Cuba y Puerto Rico, la existencia en México de una importante colonia española proclive a la permanencia de España en Cuba, además de la existencia de una opinión pública muy dividida a través de la prensa. En efecto, en los periódicos durante la guerra salieron a la luz los recuerdos que se repiten sin cesar de la guerra de 1847. Todos estos componentes fueron motivos de cierta inquietud no sólo para el gobierno del general Díaz, sino para los círculos políticos y militares de Washington.

b) Las relaciones hispano-mexicanas.

Durante el porfiriato se resolvió uno de los más viejos problemas existentes entre España y México: el representado por la deuda reclamada por España, el cual no fue más un motivo de controversia a partir de 1894. En este año, Pablo Macedo, abogado de gran influencia estuvo en capacidad de canjear en nombre de la mayoría de los tenedores de bonos de la Convención «la ley 22 de julio de 1885, y estar dispuesto, en consecuencia, a canjearlos por los de la deuda interior consolidada en proporción de 100 a 145, cantidad ésta última, que se consideran incluidos el principal y los intereses».[3]

En el ramo del comercio, España era un cliente menor de México, además que «la balanza comercial favorecía ampliamente a España. Durante el porfiriato los envíos españoles llegaron a quintuplicar el precio de las exportaciones mexicanas dirigidas hacia la Península».[4]

[2] Ibidem, *pp. 4-5.*
[3] *Daniel Cosío Villegas,* Historia moderna de México. La vida política exterior. *México-Buenos Aires, Hermes, 1973, pp. 569-570. Apud, Carlos Illades,* Presencia española en la revolución mexicana, 1910-1915. *México, UNAM-Instituto Mora, 1991, p. 18.*
[4] *Illades,* op. cit., *p. 30.*

Un aspecto realmente importante durante el porfiriato lo revistió el incremento de la inmigración española hacia México. De acuerdo al cuadro estadístico que sobre la evolución de la población española nos proporciona Pedro Pérez Herrero, en 1895 había 12.859 españoles en México, para 1900 sumaban 16.302.[5] Tan sólo en los cinco años que van de 1895 a 1900 tuvo un incremento de 3.443 inmigrantes, lo que equivale a más del 50% del incremento registrado en la población española en 1877. Lo anterior nos lleva a asegurar que la inmigración española durante el porfiriato tuvo un incremento constante y sostenido.

c) El diario *El Correo Español.*

Por las cifras anteriores hemos visto cómo creció la población inmigrante española en México durante el porfiriato. Era natural que la colonia española requiriese de un órgano de prensa que la representara en las corrientes de opinión del país en que dicha colonia residía. El fundador de *El Correo Español* fue el licenciado Fernando Luis Juliet de Elizalde, quien además era su editor, propietario y director. El periódico fue fundado en 1889 y duró hasta el 31 de diciembre de 1914. Es decir tuvo veinticinco años de vida editorial. Históricamente estuvo enclavado entre el porfiriato y la primera etapa de la revolución mexicana. Fueron directores de *El Correo*: Ángel Prieto Álvarez, Juan Miguel Saracho, José Sánchez Samoano, Francisco Romero, Luis del Toro, José Artola y luego otra vez su fundador Juliet de Elizalde. En julio de 1891 compró el periódico José Porrúa y Moreno del Villar, con quien *El Correo Español* llegó a su máximo prestigio. Lo dirigió hasta el 16 de octubre de 1911. Su labor periodística fue muy discutida, pues contó con grandes admiradores y detractores. Pero por todos fue conocido como «el primer periodista español que ha tenido México».[6] Analizaremos cuatro actitudes del periódico: la negación de la amenaza estadounidense sobre Cuba; el caso del navío el *Maine*; el «furor bélico» y la neutralidad del gobierno mexicano.

[5] *Pedro Pérez Herrero, «Algunas hipótesis de trabajo sobre la inmigración española a México: los comerciantes»,* Tres aspectos de la presencia española en México durante el porfiriato. *México, El Colegio de México, 1981, p. 109.*

[6] Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México. *6a. ed., México, Porrúa, 1995, p. 969.*

1. La negación de la amenaza estadounidense

En su editorial titulada «Año Nuevo» del 2 de enero de 1898, *El Correo* niega claramente la amenaza estadounidense sobre los restos del imperio español. «La revolución de Filipinas, que empezó en 1896, llega a 1898 en completo estado de agonía, tanto que en muy pocos meses la total pacificación será un hecho. La insurrección de Cuba, que desde 1895 viene distrayendo la atención, entra en 1898 moralmente vencida y materialmente arrinconada, con la antipatía de todas las naciones sobre sí, con el abandono casi completo de los Estados Unidos y con el anatema de todo el mundo».[7] Los editores, en cambio, creen que la autonomía española concedida a Cuba acabaría con las insurrecciones y consolidaría la unión y buen acuerdo entre isleños y peninsulares.

Por otra parte, un colaborador de *El Correo*, T. Gómez San Pedro escribió un artículo contra el mensaje que el presidente McKinley dirigió a las Cámaras de la Unión Americana, donde satiriza el «humanismo yankee» y defiende la política de reconcentración de la población cubana llevada a cabo por el general Valeriano Weyler. «Ahora respecto al decreto de reconcentración que tanto hiere la sensiblería anglosajona, está plenamente justificado con el propósito de reducir en breve plazo el radio de las correrías y depredaciones de los rebeldes, y limitar en lo posible los recursos necesarios a su nómada existencia. En la guerra, y más en las de esta índole, el bien particular se debe supeditar siempre al beneficio procomunal, y el bastardo interés ajeno a la conveniencia propia del deber satisfecho y la justicia cumplida».[8]

También los editores de *El Correo* sostuvieron una polémica contra un artículo escrito por Justo Sierra en el cual señalaba los peligros de una intromisión norteamericana en la cuestión cubana. Si bien guardan miramientos hacia el intelectual mexicano, lo descalifican como «falso profeta».[9] Afirman, con escaso fundamento, que el talón de Aquiles de los Estados Unidos está en el mar, aunque no se atreven a afirmar que España tuviese superioridad en esta materia sobre la Unión Americana.

[7] *«Año Nuevo»,* El Correo Español , *México, 2 de enero de 1898.*

[8] *T. Gómez San Pedro, «Humanismo yankee»,* El Correo Español, *México, 5 de enero de 1898.*

[9] *Sin lugar a dudas Justo Sierra, figura prominente del mundo de las letras y de la administración porfirista, era uno de los mexicanos que mayor interés ponía en los asuntos de España en general. El 18 de agosto de 1897 organizó una velada a través del Concurso Científico Nacional, en honor de don Antonio Cánovas del Castillo, político, escritor e historiador español (1828-1897). En efecto, con motivo del asesinato del político español, Justo Sierra pronunció un discurso necrológico* In Memoriam *«En honor del Excelentísimo señor don Antonio Cánovas del Castillo»,* El Imparcial, *México, 18 de agosto de 1897. Publicado en* Discursos. *Ed. de Manuel Mestre Ghigliazza. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1948, V, 227-236.*

2. El *Maine*

El Correo dio la noticia de la llegada del *Maine* a Cuba. Los editores afirmaban que se trataba de una simple visita de cortesía, y si acaso llevase intenciones hostiles, la actitud de indiferencia de la población habanera había producido que a los Estados Unidos les hubiera salido «el tiro por la culata». «El pueblo español de La Habana se ha connaturalizado ya con la prudencia; ha llegado a comprender todo lo que vale la diplomacia y la hipocresía Y no sólo ha permanecido tranquila la ciudad, sino que ve el barco con perfecta indiferencia, con el más alto desprecio. Sabedores los españoles de lo que pueden y valen, poco les importa que el «Maine» lleve o no lleve buenas intenciones y proceda o no proceda con buena fe. Igual le desdeña de un modo que de otro. Si los Estados Unidos quisieran probar hasta donde llegará nuestra reflexión, ya lo han probado; si se pretendieran saber hasta que punto nos interesaban sus manifestaciones de cariño, el profundo desdén con que se ha acogido al *Maine* se los demostrará elocuentemente, y si fue su intención de crear una situación difícil, buen chasco se ha llevado».[10]

Sin embargo, el 18 de febrero daba la noticia de la explosión del *Maine*. Sobre esta desgracia ocurrida la noche del 15 de febrero, los editores de *El Correo* afirmaban que no se alegraban del accidente. Afirmaban que la causa del siniestro de debía a que el *Maine* llevaba una «gran cantidad de materiales explosivos en sus bodegas, materiales que estarían dedicados a hacernos la guerra si llegara el caso, porque no queremos suponer otra cosa peor todavía».[11] Ahora bien, si el objeto del *Maine* era causar la muerte a los españoles defensores de la soberanía de este país sobre Cuba: «Acatemos los decretos providenciales que volvieron el arma contra el pecho del que la esgrimía». En los días posteriores se publicó en *El Correo* una gran cantidad de informes referentes a la explosión del *Maine*, así como el veredicto de los expertos españoles y norteamericanos. La comisión investigadora española declaró que fue una explosión producida desde el interior del buque, lo que descartaba toda responsabilidad de las autoridades españolas. Sin embargo, lo que no percibió claramente *El Correo* era que lo que el gobierno de los Estados Unidos buscaba era contar con un *casus belli* que justificase la declaración de guerra a España.

[10] *«El tiro por la culata»,* El Correo Español, *30 de enero de 1898.*
[11] *«El Maine»,* El Correo Español, *México, 18 de febrero de 1898.*

3. El «furor bélico»

Francisco Pi y Margall calificó como «infame» a la prensa española durante 1898, puesto que los periódicos peninsulares alentaron de forma irresponsable en España la respuesta belicista popular al desafío norteamericano. La opinión española fue así inducida a error y, según afirma Jesús Pabón, se «produjo un belicismo frívolo, la causa fundamental de la reacción ante el desastre. En el *numantinismo* de una decisión heroica no se hubiera dado la decepción posterior».[12]

Esta misma afirmación realizada sobre la prensa peninsular puede extenderse a la publicada en ultramar. En efecto, *El Correo Español* de distinguió por su actitud belicista contra los Estados Unidos en los meses previos a la declaración de guerra. Ya desde el 14 de enero los editores de *El Correo* sostienen que España cuenta con el apoyo de las grandes potencia europeas y «el aplauso unánime de Europa y de la parte culta de América».[13]

El 9 de febrero celebran la dimisión del embajador español en Washington, Dupuy de Lôme, asegurando que un asunto muy grave provocó esta decisión. «La política norteamericana, en el conflicto de Cuba, fue y sigue siendo una política baja, rastrera e hipócrita, digna sólo de los que no saben hacer otra. Esa política tenía fatalmente que arrastrar al país a una complicación, a una guerra. Colocados ya los Estados Unidos en la pendiente de la más irrespetuosa conculcación de esas leyes internacionales que norman la conducta de unos pueblos para con otros, no pueden ya detenerse; agotada la paciencia de España, su dignidad no puede dejar de manifestarse. Era ya tiempo. Si habíamos de seguir tolerando las intemperancias yankees y sus ridículas amenazas, vale más que de una vez sepamos a que atenernos. España no provocó la guerra, pero la acepta sin temores de ninguna especie porque de su lado va la justicia, factor importantísimo para triunfar. Las simpatías de Europa no le faltarán tampoco, y en caso preciso, ni otra cosa más practica».[14]

A continuación realiza una apología de las guerras en las que en el pasado participó España. Los editores de *El Correo* sostenían que la grandeza española estribaba precisamente en dichos episodios. España fue grande cuando sostenía campañas bélicas en África, en Italia, en los Países Bajos y en América. «Cuando en la actualidad surgieron los dos conflictos en sus

[12] *Vicente Palacio Atard,* La España del siglo XIX, 1808-1898*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, p. 557*

[13] El Correo Español, *México, 14 de enero de 1898.*

[14] El Correo Español, *México, 9 de febrero de 1898.*

provincias de ultramar, levantó, improvisó un gran ejército, equipándolo según las modernas necesidades de la guerra; fortificó sus plazas; lanzó al agua formidables buques, y la nación gastada y pobre tuvo dinero para todo, causando admiración a todas las potencias de Europa.

España misma se asombró del gigantesco esfuerzo que sin sentirlo, puede decirse, había hecho. ¿Qué no hará si la ruptura de relaciones y, por lo tanto, la declaración de guerra se produce con los Estados Unidos? No aventuramos decir que hará mucho más: lo hará todo.

Venga, pues, esa guerra que temen más que nosotros los extraños, si no hay medio digno que nos separe del extremo; venga, pues, con regocijo la recibiremos y con todos los honores que acostumbraba hacerlo el General «No importa».[15]

Los editores de *El Correo* en el editorial del 22 de febrero citan al general y estratega prusiano Helmuth von Moltke, quien en la introducción de la *Historia de la guerra franco-prusiana* afirmó: «Las guerras de nuestros tiempos llaman a las armas a pueblos enteros; apenas haya una familia que no tome parte activa en ellas. El Estado tiene que emplear toda su fuerza financiera y nunca llegará el día de poner fin a las empresas militares». En consecuencia, *El Correo* postula la guerra total contra los Estados Unidos y cree firmemente en que todas las clases españolas prestarán su más decidido apoyo a la empresa contra la Unión Americana. Así como los soldados peninsulares apoyarán la lucha con sus vidas, también la colonia española en México deberá tomar una participación importante en el conflicto cooperando económicamente para ir en ayuda de España. El medio para canalizar dicha ayuda era a través de la Junta Patriótica de México. Pone como ejemplo el papel destacado de la colonia española en la Argentina, quien generosamente reunió los fondos para la construcción de un buque de guerra. Los españoles residentes en México no debían de quedarse atrás.

El 2 de marzo los editores *El Correo* hacen un llamamiento para que España declare la guerra a los Estados Unidos. «En todos los ámbitos de nuestra hermosa nación resuena potente el grito de guerra, que hacía tres años pugnaba por brotar de los nobilísimos pechos españoles. Y ese grito significa el supremo ideal de un pueblo vilmente ultrajado por la perfidia yankee; el que despierta todas las energías patrias; el que lleva en sí el germen de todas las abnegaciones, de todos los heroísmos, de todas las virtudes. Porque es el grito de honor, herido en su mas delicada fibra».[16]

[15] Ibidem.

[16] El Correo Español, *México, 2 de marzo de 1898.*

Una vez que han hecho esta declaración los editores afirman que todo se estaba preparando para dar principio a la contienda. «Los astilleros arrojan al agua poderosas naves de guerra; las fundiciones arrojan de su seno cañones de grueso calibre; las fábricas de armas, fusiles de los sistemas más modernos; los cuarteles llénarse de soldados; los buques mercantes transfórmanse en buques de combate; la escuadra se reúne y empieza a desfilar hacia el punto que servirá de teatro a los acontecimientos; los puertos se erizan de formidables bocas de fuego; los depósitos de pertrechos de guerra se abastecen, y por fin la diplomacia es impotente para ocultar la verdad a las escudriñadoras miradas del pueblo. Vendrá la guerra con todo su fúnebre cortejo de horrores, porque la atmósfera creada por la ambición anglosajona sólo puede disiparse a cañonazos».[17]

En el colmo de la irracionalidad afirman que no es imposible la victoria, mas sin embargo, «si la fatalidad, empero otra cosa nos tiene guardada, nos hundiremos para levantarnos en la Historia, rodeados de la admiración entera de los siglos. ¡Venga la guerra! Antes de humillar nuestra altiva frente, antes de que el mundo nos tilde de cobardes, saldremos rumbo a Lepanto, aunque lleguemos a Trafalgar».[18]

El 22 de abril se alegran de que por fin hayan sido rotas las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos. «Sea enhorabuena».[19]

Consideran que la decisión del senado y el congreso norteamericanos pretenden llevar a cabo una expoliación, «la más infame de todas las que ennegrecen y deshonran las hermosas páginas de la humanidad civilizada. La guerra es inminente, después de tantos esfuerzos puestos en juego por España y por otras naciones europeas para evitarla».[20]

El tono enfático y patriotero de los editores de *El Correo* se muestra patente en los siguientes párrafos:

«Los yankees quieren, ante todo y por encima de todo la posesión de Cuba, no tal vez por lo que en sí represente esa posesión, sino por la gran importancia que entraña este punto estratégico para el desarrollo de las monstruosas ideas que se agitan en el cerebro de la *gran* República, ideas afortunadamente bien claras, gracias al desbordamiento que en estos últimos tiempos ha sufrido la imprudencia de todos esos hombres que dirigen la nave del estado angloamericano; ese desenfreno de la insensata ambición que los domina. Ante la faz del universo entero el yankee se despoja de la

[17] Ibidem.
[18] Ibidem.
[19] El Correo Español, *México, 22 de abril de 1898.*
[20] *«¡España!»,* El Correo Español , *México, 22 de abril de 1898.*

careta despreciable que hasta hoy ocultaba, algo siquiera, sus sentimientos. Ya está en toda su repugnante desnudez, lleno de soberbia, despreciando el juicio que el Tribunal de la historia se dispone a pronunciar. Nada le importa. Tiene muchos millones, y los millones son antes que la honra para ese pueblo que quema el nauseabundo incienso de todas las concupiscencias al pie de los altares levantados al 'Dios Oro'».

«Y ante las aras de ese *dios* sueñan inmolar a otro pueblo, al nuestro, a la nación madre de todo este continente, a una nación que si algún delito se le puede arrojar al rostro es el delito de haber sacado de las tinieblas de la barbarie llevándolos al seno de la civilización, dándoles algo más que la luz de su entendimiento, la sangre de sus venas, mayor número de pueblos que nación alguna de la tierra, desde los más remotos tiempos hasta nuestros días.» [21]

Conjuran a los norteamericanos a poder lograr sus fines. «No lograrán, podemos jurarlo sin temor a jurar en vano. Aún en nuestro pueblo hay bríos suficientes para oponerse a los ridículos Alejandros de América; aun en nuestra Patria querida sobran hijos para lanzarse, con el mismo entusiasmo de siempre, a combatir al enemigo, dispuestos a renovar las altas glorias de aquellos inmortales adalides de todas las grandes epopeyas que se registran en los anales de la hermosa España; aun tenemos el genio de todas las edades, adunando al avance de las costumbres el carácter indómito de nuestros antepasados, aun tenemos lo necesario para medir nuestras fuerzas con otra nación más experimentada en achaques de guerra que la que ahora nos arroja el guante. No tememos una derrota; mejor dicho, pensamos en ella, sin que por eso hallamos dejado de prevenirnos para presentarnos dignamente en el combate».[22]

4. La neutralidad del gobierno mexicano

La línea editorial de *El Correo* siempre cuidó en grado sumo las relaciones a todos los niveles entre las autoridades españolas y el gobierno mexicano. Ponía de relieve las buenas relaciones entre ambos países. Así con motivo del indulto concedido a Luis Hoyos Castro, al único mexicano que se encontraba detenido en las cárceles de Cuba, acusado de infidencia. Resaltaban la clemencia del gobierno español y a través de un ampuloso artículo del cónsul general de México en La Habana, Andrés Clemente

[21] Ibidem.
[22] Ibidem.

Vázquez destacaban las buenas relaciones entre las autoridades mexicanas y españolas de La Habana.[23]

Cuando los españoles residentes en México fueron víctimas de brotes de hispanofobia, los editores de *El Correo* realizaron su defensa en forma comedida y siempre guardando los debidos respetos a las autoridades mexicanas y muy especialmente al general Porfirio Díaz, presidente de la República.[24]

El Correo Español actuó como propagandista de las actividades de la Junta Patriótica de México, como ya hemos visto, y siempre apoyó las actividades de la misma en su labor de recaudación de fondos. Dicha ayuda fue presentada a la opinión pública mexicana en calidad de humanitaria, si bien antes de la declaración de guerra era mostrada como patriótica y belicista,[25] después del desastre de la escuadra española en Santiago quedó de manifiesto su carácter caritativo. El gobierno mexicano, por su parte, no impidió ninguna de las actividades de la Junta Patriótica, si bien esta actitud fue objeto de severas críticas por los periódicos procubanos y pronorteamericanos.

La neutralidad mexicana en la guerra fue difundida por *El Correo Español*, y ante una decisión de la soberanía de este país, únicamente se limitó a transcribir las circulares expedidas por Joaquín Baranda, secretario de Justicia e Instrucción Pública y por Felipe Berriozábal, secretario de Guerra y Marina.[26]

Los editores de *El Correo* alabaron la postura del gobierno de Porfirio Díaz y su firme actitud de que las leyes de neutralidad fuesen respetadas. Ante una supuesta presión norteamericana, dudando de la fuerza de México para mantenerse neutral, así como de la negativa de Porfirio Díaz, quien se resistió en absoluto a conceder a los norteamericanos estaciones carboníferas en Yucatán y Veracruz, *El Correo* se convirtió en el más firme defensor de la posición del gobierno mexicano: «... bien podría suceder que los Estados Unidos se encontrasen, como vulgarmente se dice, con la horma de su zapato. México no se halla hoy, afortunadamente en las tristes condiciones en que se hallaba en el año 47. Lleva el país muchos años de paz, bajo una Administración honrada y prudente. Hay un ejército armado a la moderna y bien organizado, que cuenta con inteligentes ofi-

[23] *«Piedad augusta»,* El Correo Español. *México, 9 de febrero de 1898.*

[24] *«Muera España. Mueran los gachupines»,* El Correo Español, *México, 25 de febrero de 1898.*

[25] *«A nuestros compatriotas. Ahora o nunca»,* El Correo Español, *México, 25 de marzo de 1898.*

[26] *«Neutralidad del gobierno mexicano»,* El Correo Español, *México, 1 de mayo y 3 de mayo de 1898.*

ciales. Su artillería no es despreciable y el espíritu militar de la nación es superior a lo que muchos imaginan. En estas condiciones, la insolencia yankee podría recibir una lección saludable por todos conceptos».[27] Y haciendo causa común de los intereses de España y México, rememoraba viejos agravios: «Los Estados Unidos han tratado siempre de apoderarse por la fuerza de todo lo ajeno que pueda reportarles alguna utilidad. Recordad a Texas y no os olvidéis de lo que pasa en la cuestión de Cuba.»[28] También advertía sobre que México no tenía barcos de guerra y que los Estados Unidos veían a Yucatán, «que serviría admirablemente como base de operaciones contra España. Los Estados Unidos han de codiciar esa península como punto estratégico. Nosotros confiamos en la entereza de los actuales gobernantes mexicanos, tanto como desconfiamos de las intenciones de los Estados Unidos, pero conviene vivir alerta».[29] Los editores de *El Correo* incitan al gobierno mexicano para que, sin abandonar su actitud prudente en la conflagración, transformen su neutralidad estricta en una neutralidad vigilante.

Reflexiones

La neutralidad asumida diplomáticamente por el gobierno de Porfirio Díaz en la guerra hispanoamericana fue un acto de legítima soberanía del gobierno mexicano. Díaz se vio precisado a seguir una política de no intervención en la guerra aun cuando su inclinación hacia los españoles se había dejado ver a través de su política de inmigración, a la cual hace referencia el trabajo de Pedro Pérez Herrero, que ya hemos citado, referente a la colonia española en México durante el porfiriato.

Ahora, con respecto a la neutralidad mexicana en la guerra hispano-cubana-americana de 1898, la primera consideración es que el último cuarto del siglo XIX marcó el inicio de una redistribución colonial a nivel mundial, las grandes potencias imperialistas tendientes al reparto del mundo lucharon por obtener nuevos mercados y por el dominio de rutas comerciales: Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos en primer plano; Francia y Rusia en plano secundario.

En México el año 98 representó un período de intensa actividad diplomática y de gran controversia entre los diferentes grupos sociales y organizaciones políticas que se manifestaron abiertamente a través de la prensa,

[27] *«¿Contra México?»,* El Correo Español, *México, 27 de abril de 1898.*
[28] Ibidem.
[29] Ibidem.

debido a que el conflicto hispano-cubano-americano se desarrollaba en las puertas del Golfo de México.

La neutralidad estricta declarada por Díaz desató una guerra ideológica en la prensa de la época, entre los diversos grupos sociales de México, encabezada por los miembros de las colonias españolas, los grupos intelectuales de la corriente liberal, las logias masónicas, los clubes políticos procubanos, los intelectuales del grupo científico porfirista y los voceros del régimen a través de su prensa oficiosa; principalmente desde abril a septiembre del 98, y de la cual se pueden identificar tres bloques o corrientes de opinión pública con respecto a la guerra.

La opinión proespañola, anticubana y antiimperialista se manifiesta en los periódicos *El Correo Español*, de Luis Juliet de Elizalde; *El Tiempo*, periódico católico de Victoriano Agüeros; *La Voz de México*, de Trinidad Sánchez Santos; *El Universal*, de Alfonso Rodríguez Belaunzarán; *El Globo*, de Carlos Roumagnac, y *El Popular*, de Francisco Montes de Oca, quienes asumieron que la causa española era su causa, y consideraron que los cubanos no podrían organizar un gobierno respetable capaz de restituir la paz y el orden. Opinaban que los Estados Unidos sólo pretendían arrebatarles Cuba. Asimismo, estos periódicos mantuvieron una importante sección cablegráfica e incluyeron la llamada fotografía dibujada que ilustraba las dramáticas escenas de la guerra. Para esta corriente de opinión del lado español, la guerra de Cuba se debía a los elementos de destrucción que los propios norteamericanos había aportado en la contienda.

El Correo Español destaca dentro de la corriente españolista como legítimo representante de la colonia española asentada en México, representante también de la corriente de opinión prevaleciente en la península ibérica y por su mesura y respeto hacia las autoridades mexicanas.

Buenos Aires, 1898
El momento iberoamericano en clave positivista

Daniel Omar de Lucía

Fin de siglo en la capital cultural del Cono Sur

Intentaremos una aproximación a los análisis hechos en círculos positivistas argentinos y de sudamericanos residentes en la Argentina, a fines del siglo XIX, sobre la guerra hispano-norteamericana, entre otras cuestiones vinculadas a la vida política e intelectual de Iberoamérica. El positivismo fue la filosofía de los equipos gubernamentales de las oligarquías iberoamericanas en la segunda mitad del siglo XIX, pero también animó la vida de ámbitos de reflexión autónomos de las situaciones políticas dominantes. En el punto en que las ideas básicas de esta corriente se unían con las estrategias de distintos grupos políticos y sociales hallamos la lectura de los positivistas sobre la crisis del imperio español y sus repercusiones iberoamericanas.

Tradición antihispanista y revisionismo finisecular

El contexto de estos análisis sobre la guerra de 1898, es la revisión iniciada por parte de los intelectuales iberoamericanos de su actitud frente a la búsqueda de modelos políticos y culturales tomados de los países avanzados. Durante las primeras décadas de vida independiente de las repúblicas criollas esta cuestión se solucionaba con la admiración acrítica hacia dos o tres países (Inglaterra, Estados Unidos) junto con la condena del legado español como causa de todos los males del subcontinente (caudillismo, oscurantismo, corrupción). Hacia fines de siglo el antihispanismo rabioso de los liberales criollos dejó paso a una revisión de la imagen de España en función de rescatar aquellos elementos que permitieran consolidar la identidad nacional en el marco de una identidad común iberoamericana (lengua, cultura). En el espacio del positivismo argentino finisecular convivían un antihispanista anglómano como Agustín Alvarez con otras expresiones más interesadas en un rescate parcial del legado cultural espa-

ñol. Poco a poco comienzan a revisarse esquemas de interpretación de la realidad para adaptarlos a los nuevos desafíos a los que las clases dominantes nativas debían responder.

La guerra hispanoamericana y la relación entre países semicoloniales y potencias imperialistas

Efectivamente, hacia fines del siglo XIX puede constatarse una nueva actitud de las clases dominantes iberoamericanas en su forma de entender la relación entre naciones periféricas y centrales, y entre los distintos países del continente. La consolidación de los Estados nacionales permitió la ocupación efectiva del territorio, proceso acompañado de tensiones fronterizas. La incorporación de las distintas economías primarias al mercado mundial en la etapa imperialista, redobló el interés de los gobiernos criollos por conservar cierto espacio de decisión en relación con las metrópolis neocoloniales. En la Argentina la necesidad de consolidar la identidad nacional permitió la formación de una red de aparatos ideológicos donde los cuadros intelectuales del Estado definieron su campo de poder funcional con la hegemonía que el bloque dominante ejercía sobre la sociedad. La historiografía, la geografía, etc., se constituyeron en vehículo de este protonacionalismo liberal con que las oligarquías criollas reforzaron su posición en el Estado-nación y encararon su relación con los otros estados.

En la Argentina una de las expresiones de esta política fueron las revistas de ciencias sociales puestas al servicio de la reivindicación de cuestiones limítrofes y su fundamentación jurídica. *La Revista de Derecho, Historia y Letras* dirigida por el diplomático y canciller de varios gobiernos, Estanislao Zeballos y *La Revista Nacional*, publicada por Adolfo Carranza, director del Museo Histórico Nacional, se inscriben en esta línea. Estas publicaciones se ocuparon durante 1898 de las dos cuestiones internacionales que afectaban a la opinión pública argentina: la guerra hispanoamericana y el conflicto de límites argentino-chileno. La *Revista de Derecho...* publicó dos artículos sobre la resolución de la guerra en Filipinas y las consecuencias del conflicto en las relaciones internacionales. La *Revista Nacional* publicó un artículo por entregas sobre la situación de Cuba durante la emancipación americana y la política de Bolívar para con Cuba, y otro artículo sobre la guerra, del haitiano Eduardo Poujol, donde se advertía del peligro del expansionismo yanqui. El tono de estas colaboraciones era favorable a la independencia definitiva de las colonias españolas y de condena a la intervención estadounidense, asociada a cierta admiración por el

país del Norte. Estas revistas, que reflejaban los puntos de vista de equipos formados por cuadros intelectuales del Estado conservador, trataban de sacar lecciones de la guerra de Cuba para apoyar la estrategia argentina frente a los conflictos limítrofes. Un artículo de Estanislao Zeballos criticaba el fallo de la diplomacia yanqui sobre la Puna de Atacama y describía a EE.UU. como una potencia maquiavélica que ignoraba la soberanía de los países latinoamericanos: «Ignoraban los políticos argentinos cuando pactaron este arbitraje, que la Europa observaba a los Estados Unidos por su conducta en Filipinas, y que los vencedores de Cavite y Manila respondían: «Es cierto que venimos con el único objeto accidental de destruir una escuadra española. Pero ya que ocupamos las islas ¿las conservaremos?» (*RDHYL*).

La crítica de Zeballos al arbitraje norteamericano ponía en duda la idoneidad de los Estados Unidos en este tipo de soluciones diplomáticas, a la luz de la política agresiva que aplicaba en Filipinas y Cuba. El mecanismo de arbitraje presuponía un respeto por la soberanía de los Estados criollos que la guerra de 1898 ponía entre paréntesis. Las naciones latinoamericanas debían afirmar sus derechos ante la aparición de potencias que recurrían a una política agresiva. En el caso argentino esta estrategia eximía de cualquier cuestionamiento a la dependencia con la metrópoli tradicional (Gran Bretaña) que no recurría a la intervención armada para mantener su liderazgo. La estrategia de estos cuadros del Estado nacional se basaba en reafirmar el grado de madurez de las naciones del subcontinente. El esquema positivista de la incorporación plena de las distintas regiones del planeta en el seno de la civilización moderna apoyaba este discurso. Un artículo del chileno P. Alonso, presidente del *Congreso Científico Latinoamericano* (Buenos Aires, 1898), en la *Revista de Derecho...* repetía las diatribas clásicas contra la herencia española en América, elogiaba la sociedad norteamericana y evaluaba en estos términos el progreso del subcontinente: «Han tomado algún vuelo las industrias y el comercio. El conjunto de estos procesos ha hecho mejorar sin duda la sensibilidad general. Con esa fuerza incontrastable de la naturaleza que tiende a la horizontal en las aguas y al orden en las sociedades, nuestros países van entrando en la normalidad, van haciéndose países» (*RDHYL*).

Esta necesidad de recalcar el grado de madurez alcanzado por las naciones latinoamericanas llevó a la revalorización de las raíces culturales hispánicas. Revisionismo que no absolvía a España de sus viejas culpa pero que rescataba los elementos del pasado colonial funcionales a la consolidación de una identidad común. Desde el espacio donde los intelectuales organizaban las culturas del Estado-nación, no se promovía una celebra-

ción de la hispanidad, sino la afirmación de una identidad iberoamericana frente a la América anglosajona. Esta estrategia discursiva la encontramos en un discurso del pedagogo positivista J. A. Zubiaur en Concepción del Uruguay (provincia de Entre Ríos) a comienzos de 1898, al inaugurarse un monumento a los fundadores del Colegio Nacional de esa ciudad. Zubiaur recordó la figura del procer entrerriano Justo José de Urquiza, ligando la tradición educativa liberal de la provincia con la lucha por la consolidación de la nacionalidad y la identidad iberoamericana: «Obra de gran previsión patriótica fue crearla [la escuela] en los álgidos momentos que dominaba la tiranía, y tanto más digna de encomio cuanto que se pretendió convertirla en el foco de calor patriótico y de luz intelectual donde convergiese la juventud privilegiada del virreinato del Río de la Plata, deshecho por el caudillaje receloso, menospreciado por la tiranía ignorante y que el sentimiento latinoamericano, de que es portaestandarte el pueblo argentino, quisiera ver reconstituido para honor de las instituciones republicanas y para salvaguarda del destino de los pueblos que amamantó el león hispano» (LE).

Este novedoso iberoamericanismo estaba orientado, entre otras cosas, a resaltar el rol de los cuadros intelectuales del Estado en la consolidación de la identidad nacional. El *Congreso Científico Latinoamericano*, celebrado en 1898 en Buenos Aires, organizado por la *Sociedad Científica Argentina*, con auspicio del gobierno nacional, expresa esta misma tendencia en las declaraciones que aprobó: «1. Los pueblos americanos de origen español deben unirse, formando una sola confederación, tanto por que *están amenazados en un porvenir cercano*, cuanto porque la unión es un medio de evitar reyertas entre sí por la división del patrimonio. 2. El título del *Congreso científico Latinoamericano* debería ser *científico iberoamericano*». (*Primera reunión del Congreso científico...*; 1900. Primera cursiva mía, segunda cursiva en el original).

En esta declaración convergen los debates en un foro científico con las posiciones de los equipos gubernamentales iberoamericanos. En el mundo finisecular la adopción de modelos tomados de los países centrales se tornaba crítica y selectiva. España aportó los elementos básicos de la identidad nacional e iberoamericana. Los belicosos Estados Unidos podían aportar ideas para mejorar el nivel económico y el sistema político; pero en otro terreno había que mantener distancia de su abrazo de oso y pasar por un filtro muchos rasgos de su sociedad irreproducibles en Latinoamérica. En el primer número de la *Revista de Derecho...*, Estanislao Zeballos expresa este sentimiento: «Las sociedades latino-americanas conservan los caracteres geniales de la raza fundadora. Su índole, moral, enérgica y

hospitalaria, no ha producido sin embargo, los frutos que esperan la libertad política y la libertad civil. La civilización del nuevo mundo es retardada». (*RDHYL*)

Zeballos reconocía los logros de las naciones angloparlantes, pero creía que la cultura de esos países no era garantía de conservación de un fuerte consenso alrededor de las jerarquías tradicionales: «Crecen en estas nuevas sociedades el abandono ó la confusión de las ideas de dios y de moral. Se debilitan en ellas la guía y el amparo de la virtud del patriotismo y de la ley» (*RDHYL*). Preocupaciones que en la conflictiva argentina finisecular expresaban con vehemencia el temor al desorden. Para terminar con la radiografía de este nacionalismo liberal llamaremos la atención sobre los espacios donde convivían hombres de formación positivista con expresiones que preanunciaban la reacción anti-positivista de las primeras décadas del siglo XX. Es el caso de la revista *La Biblioteca* (1896-1898) fundada por Paul Groussac y su continuadora *El Mercurio de América* (1898-1900) donde la difusión de la obra y las posiciones del movimiento modernista se da la mano con análisis políticos y sociales cercanos al universo de ideas del positivismo. *La Biblioteca* publicó a mediados de 1898 dos discursos pronunciados en un mitin de la colectividad española, por Roque Sáenz Peña y Paul Groussac. Eran dos hombres de la primera línea del régimen conservador formados en la atmósfera en que predominaba el pensamiento positivista. Sáenz Peña condenó en nombre del derecho internacional la intervención yanqui, haciendo la salvedad de que apoyaba la independencia de las colonias españolas (*LB*). El discurso de Paul Groussac se inscribe en la misma línea sumando una condena a la sociedad norteamericana como el *summum* del materialismo y la deshumanización. (*LB*). Positivistas o modernistas, devotos del progreso o del orden, los intelectuales liberales coincidían en que la guerra de Cuba cerraba una etapa en las relaciones entre países periféricos y centrales.

España y Estados Unidos: naciones «sentimentales» vs. naciones «científico-industriales»

Existe un conjunto de lecturas sobre la guerra y sus consecuencias pensadas a partir de un esquema distinto del elegido por los cuadros intelectuales del Estado. El positivismo había pregonado que el futuro se dividía entre los países que modernizarían sus estructuras a través del desarrollo científico e industrial, y los que se estancarían en criterios que los condenaban al atraso. La primera de estas opciones traería aparejado un mejora-

miento de los sistemas políticos y un nuevo clima ético en el cual se formarían las nuevas generaciones. A fines del siglo XIX las naciones que más habían desarrollado la industria y la ciencia, eran potencias entregadas a la carrera armamentista y ejecutoras de agresiones colonialistas. Para los positivistas estos fenómenos desaparecerían en un mundo integrado por la ciencia, el comercio y las comunicaciones.

En 1895 el pedagogo positivista correntino José Alfredo Ferreira reflexionaba en las páginas de *La Escuela Positivista*, órgano de los comtianos de la provincia de Corrientes, sobre las tensiones entre Argentina y Chile y lo anacrónico de la solución militar. La política de *Pax armada* de los países europeos representaba un avance respecto a la guerra como único recurso. El desarrollo de estos países los llevaba a un estadio superior. El país que prefiguraba la etapa en que la paz regiría el mundo era Estados Unidos: «Los ejércitos permanentes están demás en un pueblo que tiene dos veces más habitantes tan activos como Francia ó Alemania: corrientes –como la de los más poderosos ríos del mundo– de capital, inmigración, educación y trabajo; sus fábricas y sentimiento nacional pueden hacer una locomotora en veinticuatro horas, como improvisar ejércitos y escuadras; sus presupuestos tienen el mal crónico del *superávit*, que no poco influye en sus cuestiones económicas». (*LEP*).

Para Ferreira, Estados Unidos había avanzado por el camino de la paz porque tenía los medios para ganar una guerra con relativa facilidad. Para muchos intelectuales influidos por estos esquemas en la guerra de 1898 se enfrentaron una nación moderna en el plano científico-industrial y en su sistema político, con una nación estructuralmente atrasada, perpetuadora de un colonialismo anacrónico. El antihispanista Agustín Álvarez encontró en la derrota española la prueba final de la decadencia de la vieja metrópoli y la condena ante el tribunal de la historia del legado cultural que había dejado a las naciones hispanoamericanas. En *Educación Moral* (1901) Álvarez describe a Cuba como un caso terminal de la herencia española (corrupción, atraso, etc.) agravado por lo más dilatado del vínculo: «Doce mil reclutas norteamericanos, que al día siguiente de desembarcar en Santiago se amotinan, concluyen asimismo con una dominación secular sustentada por 150.000 veteranos en las listas de pago, y ese milagro ocurre sólo porque la Perla de las Antillas estaba carcomida por la mentira, la rapacidad y el peculado, como la cepa de apariencias lozanas y con las raíces carcomidas por la filoxera que cualquiera puede desarraigar de un puntapié». (Alvarez, Agustín; 1917)

Un artículo del ingeniero Pedro Ezcurra publicado por la *Revista de Derecho...*, ensayaba una crónica de las acciones bélicas en el mar Caribe

entre la flota española y la norteamericana. Luego de una descripción técnica del enfrentamiento entre las dos escuadras, Ezcurra intenta analizar la mayor capacidad destructiva de la marina norteamericana con una explicación teñida de evolucionismo organicista. El esfuerzo técnico-militar de un país refleja la mayor solidez de una nación y su mayor capacidad para el trabajo que vigoriza todo el organismo de la sociedad: «... y entre las organizaciones de tierra y de mar. Esta última es la que demuestra más la energía de un pueblo, por requerir mayor riqueza pública, que es trabajo acumulado, mayor inteligencia media en el personal, que es civilización, mayor perseverancia en la organización que es energía latente. Un ejército moderno, podría tal vez hoy mismo improvisarse: una escuadra jamás. El numeroso y competente personal técnico que exige el manejo de sus mecanismos, tiene que formarse en escuelas especiales; es pues obra de tiempo y perseverancia» (*RDHYL*)

Estos análisis contraponen una sociedad dinámica, progresista y consolidada contra otra quietista, atrasada y poco sólida. Unos ponen el acento en el progreso material, otros encuentran el eje en el progreso moral que garantiza una sociedad pujante y madura. En una serie de notas firmadas «Un ciudadano» (Carlos N. Vergara) aparecida en *La Educación*, publicación pedagógica de inspiración positivista abierta a expresiones más eclécticas, se contraponía a la Argentina con Chile a partir de los logros desiguales de ambos países en pos de la elevación moral del gobierno y los ciudadanos. El articulista mide la competencia entre los dos países del Cono Sur usando como paralelo el enfrentamiento hispanoamericano: «La República Argentina triunfará en la paz ó en la guerra, porque reaccionará contra sus actuales extravíos y no se dejará ganar por Chile en la tarea moralizadora. Se ha podido ver al pueblo español, el más noble, el más inteligente y el más valeroso, vencido con facilidad por los Estados Unidos, porque olvidó aquél las virtudes severas que el progreso viene exigiendo cada día más a las naciones» (*LE*)

Otra versión de este choque de culturas se la debemos a Juan B. Terán, en un artículo publicado en *El Mercurio de América*. El futuro rector de la Universidad de Tucumán y pensador hispanista y católico, entonces un estudiante, pagó tributo al medio positivista en que se había formado. Para Terán la derrota española era un testimonio contra el nacionalismo chauvinista: «...la guerra actual es el fracaso de un pueblo que realiza idealmente el «patriotismo» y que hoy –ininteligente y supersticiosa, ha dicho Taine– es la obra acabada de celosos egoísmos que en definitiva es la fórmula exegética del patriotismo. De 1471 a 1781 España quemó 32.000 hombres, encarceló 17.000, que murieron en sus mazmorras ó salieron de ella y con-

denó 291.000. Así se ha formado la familia humana más idéntica a sí misma, más patriótica...». (*EMDA*).

Terán comparte la certeza de que la civilización mundial marcha hacia la homogeneización por obra del progreso técnico e intelectual. El triunfo de Estados Unidos en la contienda con España es expresión de esta tendencia: «La uniformidad social, la homogeneidad que es la razón de la paz, según Tarde, están al comienzo y a la conclusión del peregrinaje del Progreso (...). Estados Unidos es la expresión concreta de ese destino histórico y acaba de ser su verbo fulminante y airado». (*EMDA*)

El esquema de la evolución de las sociedades que oponía a las naciones que encarnan el espíritu del progreso y el atraso respectivamente estaba arraigado en toda una generación de intelectuales argentinos formados en un universo de ideas predominantemente positivista. Esta antinomia podía entenderse como moralidad/corrupción, progreso/atraso, tolerancia/fanatismo, etc.; pero en todos los casos trazaba la línea divisoria entre los países portadores de la antorcha del progreso y los que habían dejado de serlo. Hasta tal punto este esquema estaba arraigado que un pensador formado en el universo de ideas positivistas pero que protagonizó una ruptura política e intelectual con esa corriente, como el líder socialista Juan B. Justo; lo reproducía en su análisis de la guerra escrito en 1912: «En la guerra de España y los Estados Unidos hemos asistido al choque de dos mundos no menos distintos. Civilización de abolengo la de España, sin haberse arraigado bastante en Cuba, ignoraba despreciativamente la de los Estados Unidos (...). Una mina hizo volar un buque norteamericano, lleno de gente, tranquilamente anclado en La Habana. Pocos días después los marinos norteamericanos, mientras almorzaban, hundían en Manila los buques de madera del almirante Montejo, y quedaba encerrada la otra escuadra, en Santiago, de donde no había de salir, sino para ser impunemente echada a pique». (Justo, Juan B; 1969)

El otro positivismo

El positivismo latinoamericano incluyó ámbitos de reflexión intelectual autónomos cuyos puntos de vista no eran tributarios de las estrategias desplegadas por los gobiernos oligárquicos. Un grupo interesante fue el animado por la exiliada peruana, residente en Buenos Aires, Margarita Práxedes Muñoz y la revista dirigida por ella durante el año 1898: *La Filosofía Positiva*. Esta médica peruana discípula de Augusto Comte, llegó a la Argentina huyendo de los regímenes autoritarios de su patria de origen.

Junto a ella arribaron también a la Argentina otras dos liberales peruanas, las novelistas Mercedes Cabello de Carbonera y Clorinda Matto de Turner, y el exgobernador de la provincia de Iquitos y difusor de la obra de Comte el coronel José María Madueño. *La Filosofía Positiva* fue portavoz de un positivismo entendido como utopía del progreso indefinido. La interpretación de la guerra de 1898 y sus consecuencias por parte de este grupo se cruza con la mirada de estos exiliados de una república autoritaria y clerical sobre su patria de exilio, país al que consideraban el más avanzado de Iberoamérica aun cuando hicieran un balance crítico de algunos aspectos del orden conservador finisecular (De Lucía, Daniel O.). Los redactores de *La Filosofía...* que por motivos políticos eran susceptibles a los rasgos de la sociedad latinoamericana que juzgaban herencia del coloniaje (clericalismo, caudillismo, militarismo) compartían elementos del antihispanismo decimonónico. No obstante su visión de España se alejaba de las versiones más pedestres. Una carta enviada desde España por el coronel Madueño y publicada en *La Filosofía Positiva* pasa revista a la acción de los grupos librepensadores y republicanos que luchaban contra los gobiernos conservadores de la Restauración. Madueño resaltaba el rol del viejo federalista Pi y Margall en la campaña por de la independencia de Cuba y proponía revisar la imagen de España como ciudadela del oscurantismo: «Hay pues una España de luz y una de sombra; una España liberal y otra retrógrada: la sombra está en minoría pero en el poder y con todos los recursos oficiales y de la fuerza armada, de ahí que España aparezca lo que no es ya, como un baluarte de lo pasado, de todo lo inquisitorial y fanático: aquí como en las colonias también se lucha por la libertad y el triunfo de las nuevas ideas y de las nuevas formas: sólo el trono y el clero asociados con el ejército activo son el obstáculo: cuando éstos sean, como serán, arrollados, España se revelará al mundo tan grande y mejor que en sus más felices tiempos: porque será grande por la libertad y para la libertad y el progreso universal». (*LFP*)

La Filosofía Positiva mostró simpatías por el levantamiento cubano y la intervención americana; a la vez criticó la represión española en Filipinas sin dejar de hacer votos por la resolución pacífica del conflicto. El grupo redactor de esta revista leyó los sucesos de la guerra de Cuba junto con el pico de tensión entre la Argentina y Chile. Sostenedores de un pacifismo doctrinario, mantuvieron una posición intransigente frente a la oleada de chauvinismo que recorrió la ciudad. Los discípulos de Comte junto a los distintos grupos librepensadores, el pequeño Partido Socialista y los círculos anarquistas se manifestaron contra la guerra en una acción común de las fuerzas que cuestionaban, en distinto grado, el régimen conservador. Este

pacifismo posibilitó la colaboración de los positivistas chilenos con sus correligionarios argentinos. Juan Enrique Lagarrigue, inspirador del apostolado positivista de Chile, representaba una tendencia comtiana semejante a la de *La Filosofía Positiva* en Buenos Aires. Lagarrigue realizó una campaña por la devolución de Tacna y Arica al Perú, de la cual *La Revista Nacional* publicó una nota en 1903 como denuncia del expansionismo chileno: «Más aún, que los individuos, las naciones son seres conscientes y responsables, y sus actos envuelven mayor trascendencia. La inmoralidad de un hombre no tiene el alcance de la inmoralidad de un pueblo. El mal ejemplo individual puede arrastrar a varias personas, pero el mal ejemplo nacional pervierte, por decirlo así, a todos los ciudadanos del país, y lleva aún consigo, en cierto modo a los demás países. En verdad, todo pueblo que hubiere sido injusto en sus relaciones con otro pueblo, debiera esforzarse por reparar noblemente su falta». (*RN*)

En su último número de noviembre de 1898, *La Filosofía Positiva* comenzó a publicar un trabajo de Lagarrigue sobre la situación internacional después de la guerra hispanoamericana. Lagarrigue opinaba que la tozudez española al no conceder la independencia de Cuba y los manejos norteamericanos tendientes a anexionar a las excolonias ibéricas eran rémoras de un pasado de barbarie que no se condecía con el actual estado de la civilización humana. El pacifismo positivista condenaba la guerra más como una muestra de falta de madurez de las sociedades que como producto del interés de las clases dominantes. Para Lagarrigue España no comprendió «la ley sociológica ineludible» que llevaba a las colonias a convertirse en naciones independientes; y Estados Unidos «no se ha movido por amor a la Humanidad» al querer perpetuar la ocupación de las excolonias. Para Lagarrigue el mundo marchaba hacia la integración pacífica sin conflictos: «Libre España de sus colonias, en vez de perder, ganaría puesto que así podría consagrar de lleno su energía vital a su regeneración interna, para convertirse en un gran pueblo altruista y cooperar decididamente al triunfo de la virtud y la felicidad, sobre el planeta que habitamos». (*LFP*)

El joven socialista José Ingenieros hizo algunas observaciones al artículo de Lagarrigue en el mismo número de *La Filosofía...* Difusor de un esquema marxistizante de la evolución de las sociedades, proponía completar el análisis de la guerra incluyendo los factores socioeconómicos. El capitalismo era un obstáculo para la integración del mundo. Ingenieros agregaba un elemento más al debate sobre las relaciones internacionales en el fin de siglo: «Noble es, pues combatir la guerra, porque es el más maligno de los cánceres de la sociedad; pero no basta. Es necesario también

constatar sin escrúpulos que la presente organización social es su única causa cuando se produce entre países civilizados». (*LFP*)

Conclusiones

Las lecturas de la guerra hispanoamericana cercanas a los equipos gubernamentales del Estado conservador se basaban en la condena al expansionismo yanqui como una amenaza al sistema de las relaciones internacionales. Esta reserva coexistía con una admiración crítica por la potencia del Norte. La revisión en la búsqueda de modelos llevó al rescate parcial de la herencia hispánica en función de construir una identidad nacional vigorosa en el marco de una identidad común iberoamericana. El trasfondo de estos cambios era la aspiración por el ingreso de pleno derecho de las naciones iberoamericanas en la periferia del mundo civilizado. Esquemas tomados del pensamiento positivista apoyaban el derecho de los Estados semicoloniales al control de su territorio y fundamentaban un orden mundial en el cual las grandes potencias jugarían un papel rector en última instancia. Estas estrategias y debates se sitúan en el medio del proceso de constitución del campo de poder de la inteligencia liberal a partir de su rol directivo en la red de aparatos educativos y culturales. Es en el marco de este proceso donde la discusión en los foros científicos, la historiografía, la geografía, aparece atravesada por estrategias discursivas donde se afirmaban los derechos de la nación a sus límites históricos, justificando su acción diplomática o bélica como *última ratio*.

El grupo que analizaba la guerra a partir del esquema binario (progreso/atraso) estaba integrado por hombres ajenos al aparato del Estado o con una relación periférica con el poder central de la Argentina de los noventa. Para ellos el conflicto entre Estados Unidos y España enfrentó dos civilizaciones que convivían en el mundo finisecular. En esta guerra triunfó una nación situada a la cabeza del desarrollo científico y con un sistema político ejemplar. Del otro lado caía derrotada una nación atrasada y sumida en la intolerancia y el fanatismo. La guerra hispanoamericana convirtió a los Estados Unidos en vanguardia bélica de la civilización «científico-industrial» en la integración «pacífica» del mundo. La menor responsabilidad en la elaboración de políticas concretas explica en parte la actitud más acrítica de los miembros de este grupo hacia los países tradicionalmente tomados como modelos.

El grupo positivista doctrinario compartía la fe en la integración del mundo por la ciencia y las comunicaciones. Pero sus análisis se planteaban

desde la vereda de enfrente de las estrategias políticas y diplomáticas del gobierno conservador. Condenaban por igual el expansionismo norteamericano, el colonialismo español y la integración «pacífica» por métodos bélicos. Esta mirada doctrinaria inspiró un pacifismo intransigente ante el diferendo argentino-chileno. Estos exiliados de una república autoritaria y clerical condenaban muchos elementos de la cultura hispánica pero lograron trazar una nueva imagen de España rescatando la línea liberal que a ambos lados del océano luchó contra el autoritarismo, el clericalismo y el militarismo.

Bibliografía

Artículos de revistas:

La Biblioteca (LB); 1896-1898:
GROUSSAC, Paul: «Por España. Discursos pronunciados en el teatro Victoria el 2 de mayo de 1898», 1898, T II, pp. 227-240.
SÁENZ PEÑA, Roque: «Por España. Discursos...», *Idem* pp. 213-226.

La Educación (LE); 1886-1901:
«Discurso Pronunciado por el Rector del Colegio J. A. Zubiaur», 1 de marzo de 1898 y 15 de marzo de 1898, pp. 10-12.
VERGARA, Carlos N.: «Un ciudadano», 1 de enero de 1900 y 15 de enero de 1900, p. 281-282.

La Escuela Positiva (LEP); 1895-1899:
FERREIRA, J. A.: «Pax Sudamericana», agosto de 1895, pp. 326-327.

La Filosofía Positiva (LFP); 1898:
«La catástrofe del Maine», 15 de febrero de 1898, pp. 30-31.
«España y Estados Unidos», 25 de marzo de 1898, pp. 26-27.
Idem, 28 de abril de 1898, pp. 23-24.
INGENIEROS, José: «Las cuestiones internacionales ante el Positivismo y el Socialismo», pp. 19-25.
LAGARRIGUE, Juan Enrique: «Las cuestiones internacionales», 16 de julio de 1898 y 30 de agosto de 1898, pp. 13-15.
MADUEÑO, José María: «La España moderna», 25 de marzo de 1898, pp. 15-18.

El Mercurio de América (EMDA); 1898-1899:

TERÁN, Juan B.: «Estados Unidos de América», agosto de 1898, pp. 125-130.

Revista de Derecho, Historia y Letras (RDHYL); 1898-1923:

ALONSO, P.: «Situación y futuro de la América Española», 1898, pp. 530-540.

BRYCE, J.: «Nueva Política exterior americana», 1898, pp. 457-474.

CARRIE, Julio: «La cuestión de las Filipinas y la opinión americana», 1899, pp. 98-101.

EZCURRA, Pedro: «Lecciones históricas. El combate naval en Santiago de Cuba», 1899, pp. 375-386.

«La República de Filipinas», 1898, pp. 403-405.

ZEBALLOS, Estanislao: «La Puna. Estudio Diplomático del fallo arbitral», 1899, pp. 457-475 y 638-639.

ZEBALLOS, Estanislao: «Presentación», p. 5-7.

Revista Nacional (RN); 1886-1908:

LAGARRIGUE, Juan Enrique: «La Devolución de Tacna y Arica», 1903, Tomo XXXVI, pp. 112-114.

POUJOL, Eduardo: «El conflicto hispanoamericano y sus consecuencias para las Antillas», diciembre de 1898, pp. 438-459, pp. 460-475.

SUÁREZ, Roberto: «Colombia y Cuba», febrero de 1899, pp. 116-124 y marzo de 1899, 163-170.

Libros de autores positivistas y bibliografía auxiliar

ÁLVAREZ, Agustín: *Educación Moral*, Bs. As., La Cultura Argentina, 1917 (1.ª edición 1901).

BIAGINI, Hugo: *Los intelectuales y políticos españoles en la Argentina en los comienzos de la inmigración masiva*, Bs. As., Ceal, 1995.

BUNGE, Carlos Octavio: *Nuestra América*, Bs. As., Fraterna, 1994 (1.ª edición 1903).

DE LUCÍA, Daniel Omar: «Orden y Progreso. La utopía positivista Iberoamericana en la Argentina finisecular (1895-1902)» (en prensa).

JUSTO, Juan B.: *Teoría y Práctica de la Historia*, Bs. As. Libera, 1969, (1.ª edición 1912).

MENÉNDEZ, M. L. B. de; FERRETI, M. B.; HEREDIA, E. y MACHADO, H. B.: «La opinión pública argentina ante la guerra hispano-cubano-norteamericana. Esquema general», en *IX Jornadas de la Asociación de Estudios Americanos*, Santa Fe, AEA, 1975.

Primera reunión del Congreso Científico Latinoamericano. Buenos Aires 10/20 de abril de 1898: Bs. As., Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1900.

Voluntarios españoles del Río de la Plata en la guerra de Cuba

Ignacio García

I. La despedida a la primera expedición

Buenos Aires, 13 de septiembre de 1895, Dársena Sur. Decenas de millares de personas ocupan los muelles, los andenes, los depósitos de la aduana. A los habituales silbatos de las locomotoras y de los vapores se añaden las voces de los mercaderes que pregonan sus productos: naranjas y limones, cigarrillos y bananas, empanadas y fósforos; de chicuelos que, con los diarios de la tarde bajo el brazo, gritan: «Importantes noticias de España». No es extraño ver, entre las blusas de los obreros, las levitas de los miembros más respetables de la colectividad. Grupos de voluntarios se aproximan, acompañados de familiares, amigos y curiosos entre vítores: «¡Viva España con honra!, ¡Viva Cuba española!, ¡Viva Martínez Campos!».

Es fácil reconocer a los expedicionarios por sus boinas rojas y pañuelos blancos, sus escarapelas, cintas y demás distintivos con los colores rojo y gualdo; y sus paquetes de cigarrillos con envoltorio especial: «A los voluntarios a Cuba, obsequio de Manuel Durán». Lo más notable es que nadie invitó a tal concentración, ni se había realizado preparativo alguno: más bien al contrario. *El Eco de Galicia* cometió el 10 de agosto la imprudencia de sugerir una despedida, «las sociedades con sus orquestas y banderas, el rico con sus presentes y el pobre con sus aplausos»; pero, llamada al orden, se ciñó después como el resto de las publicaciones españolas a la consigna de discreción y silencio emanada de la recién creada Comisión Patriótica.

Con más de una hora de retraso, atraca el vapor *Saturno*, de la compañía Platense, que transportará a los voluntarios al *San Francisco*, fondeado en Montevideo. Los expedicionarios forcejean abriéndose paso: ninguno podría sobrevivir al ridículo de quedarse en tierra. En la explanada del galpón número 1007 se agrupan para el embarque. Se quiere negar la entrada a uno que parece menor de edad; sus padres acuden prestos y entre lágrimas señalan que sí está autorizado a partir. A bordo, unos cantan acompa-

ñándose de guitarras y gaitas. Otros se despiden, desde cubierta o trepando jarcias arriba a los mástiles: por agitar sus boinas, tres de ellos pierden pie y caen al agua. A las cuatro y cuarto, el vapor da la señal de salida. Un redactor les dirige la palabra: «En *El Correo* se escribirán vuestras hazañas[...] No vais a ahogar la libertad de pueblo alguno; vais a defender la integridad de la Patria».

Al soltar amarras, se lanzan desde cubierta palomas mensajeras con los avisos: «13 de septiembre de 1895. Viva el patriotismo. Viva el general Martínez Campos. Viva España». En tierra no queda una cabeza cubierta. Se disparan cohetes. «Un espectáculo conmovedor», titulará *La Nación*. «Imborrable recuerdo» para *El Eco*, su atención fija en «aquellas lágrimas de emoción que caldean las pupilas de los que ven partir seres queridos y que lejos de denotar flaquezas y desalientos, demuestran que a las afecciones del alma sabe sobreponerse el sentimiento de la Patria». Una flotilla de botes y vaporcitos sigue al *Saturno*, que se pierde ya en la rada. A bordo del *Vilariño*, un anciano grita un «Viva España» ahogado en un sollozo: «¡Pobrecitos! ¡Pobrecitos míos!».

En el muelle queda, con el corazón oprimido por el espectáculo presenciado, una multitud que tardará más de dos horas en dispersarse. «Por encima, envolviendo todo, el murmullo, ese ruido misterioso que brota del silencio de las multitudes», describirá *La Nación*. ¿Cuántas personas acudieron a la despedida? Se lee en *El Correo Español*: «No queremos precisar cifras para que no nos tachen de exagerados los eternos censores y detractores de todo lo español... pero sí podemos afirmar que NUNCA SE HA VISTO EN BUENOS AIRES TANTA AGLOMERACIÓN DE GENTE EN UN SITIO DETERMINADO» (con mayúsculas en el original).

Durante toda la noche, no hubo otro tema de conversación. Al día siguiente, *El Correo* desahogaba emociones durante días reprimidas: «¿Habrá quién, después de presenciar este espectáculo, crea que Cuba dejará de ser española?» *El Eco* terminó con estas palabras su artículo de homenaje a los expedicionarios: «¡Que el Dios de las victorias ciña sus sienes con los lauros del triunfo!».

II. La Comisión Patriótica Voluntarios a Cuba

Todo comenzó con la firma en Madrid del Real Decreto de 18 de abril de 1895 que indultaba a prófugos y desertores que se presentasen ante la autoridad competente en el plazo estipulado. *El Correo* lo publicó por primera

vez el 14 de mayo. Tras su lectura, una curiosa discusión se inicia en el diario de la colectividad. El número de desertores, se escribe, es reducido, y los gastos en los que va a incurrir el gobierno español para transportarlos, cuantiosos. ¿Por qué no aprovechar y enviar también a los voluntarios que se pudieran presentar, que serían miles? Hay en la comunidad oficiales, sargentos, cabos y soldados licenciados, algunos de los cuales ya hicieron la campaña anterior en Cuba: que se elija a los mejores. Desde aquí, la discusión toma un curioso sesgo: no sólo estarían estos soldados mejor preparados para la guerra sino que deberían tener más derechos a ir que aquellos que habían incumplido la ley de quintas. Es más: probar que es desertor o prófugo es difícil; básicamente, y careciendo de pruebas documentales, lo es todo aquel que dice serlo. ¿Será más patriótico mentir para ir a Cuba que decir la verdad y quedarse? Unos exaltados de Rosario de Santa Fe llegarán a pedir la creación de un Batallón de Voluntarios del Río de la Plata en el cual no tengan cabida ni desertores ni prófugos. Las páginas de *El Correo* no aprueban esta opción, aunque sí darán a conocer cartas que hablan de formar una unidad orgánica, un batallón o un regimiento, con los voluntarios. En todo caso, lo que el diario sí hizo fue exigir al cónsul que pidiera instrucciones a Madrid respecto a la posible inclusión de voluntarios. La respuesta fue positiva. El ministro de Estado informó a las autoridades españolas en Buenos Aires que el 6 de agosto saldría de La Habana el *San Francisco*. Ese mismo día 6 había ya 300 voluntarios inscritos; el 7, 480; el 14, 640; el 30, 1.500, y 1.700 el 5 de septiembre, cuando el consulado decidió no inscribir a más al ser el número ya excesivo.

Mientras quizás los que menos pudieran dar se preparaban para ofrecer sus vidas, las personas respetables de la colonia comenzaban a preguntarse si no habría llegado ya el momento en que también ellos contribuyeran, siquiera con dinero. ¿Bastaría con un buque? Quizá sería conveniente fletar otro que fuera custodiado por el del Gobierno. ¿Quién pagará los gastos de transporte a aquellos compatriotas del interior que quieren inscribirse, pero carecen de dinero? Son preguntas que se hacen en las páginas de *El Correo* y en los salones del Club Español, la institución de más prestigio. A través del diario, la comisión directiva del club convocó a los presidentes de todas las sociedades a una reunión a celebrarse el 8 de agosto «para tratar lo que debe hacer la colectividad española en vísperas de la partida de numerosos soldados voluntarios para la isla de Cuba», reunión de la que surgió una comisión patriótica. Su primera decisión fue abrir una suscripción que pronto recaudaría 58.000 pesos para responder a necesidades que se imponen: de provincias llegan voluntarios que, sin familiares en la capital y habiéndose gastado sus ahorros en el viaje, han de recurrir a la mendicidad para ganar

comida y techo. A ellos se unen en días sucesivos los de la capital que, ya inscritos, dejan sus trabajos sin saber aún qué día embarcarán.

La prensa argentina, que hasta entonces ha ignorado la explosión patriótica de la colonia española, empieza a mostrar signos de alarma. Protesta el 31 de agosto un lector de *La Nación*: «Mucho es ya que no se [les] discuta el derecho de levantar en nuestras ciudades bandera de enganche, luciendo los expedicionarios sus insignias sin que nadie les diga una palabra, y preparándoles una partida final». Un día antes, *El Diario*, el más *laborante* de lós de la capital al decir de *El Correo*, publicaba informes –pintorescos y extravagantes para el periódico español, y bien pudieran serlo– que indicaban que los partidarios de Cuba libre estaban reclutando contingentes que pretendían deslizar en el *San Francisco* para abortar la expedición una vez en trayecto y hacerse con el gobierno del buque. Crecen los rumores de posibles alteraciones al orden público. El ministro de España aconseja que el *San Francisco* fondee en Montevideo, en lugar de en Buenos Aires.

III. Segunda y tercera expediciones

A esta primera expedición, en la que embarcaron 1.274 voluntarios, contando 133 del Uruguay, siguieron otras dos. En el buque *San Fernando* embarcaron el 10 de septiembre al menos 530 expedicionarios de Argentina y no más de una docena de Uruguay. Sin ser tan multitudinaria, la despedida fue también impresionante. La anécdota más simpática de la tarde: dos bellas muchachas solicitaron pasaje como hermanas de la Caridad, solicitud que, naturalmente, se rechazó. «Muchos voluntarios hubieran enfermado por tener el placer de ser asistidos por tan encantadoras señoritas», sentenció *El Correo*. *El Eco de Galicia* no dejó pasar la ocasión de resaltar el número de participantes gallegos en las expediciones: 882, frente a los 803 de las demás regiones. «Ahora, hagan nuestro país y sus hijos el comentario que quieran», finalizaba su artículo.

La tercera expedición pasó casi inadvertida. Las relaciones entre la colonia y la población argentina se habían vuelto más tensas, recientes todavía los incidentes del 23 de enero de 1896 en que españoles y jóvenes argentinos se liaron a bastonazos en los alrededores de la Avenida de Mayo y a raíz de los cuales Francisco Durán, presidente del Orfeón Español, acabó con muchos otros esposado en comisaría. Ni *El Correo* ni ninguna otra publicación española hicieron mención alguna a la partida de esta expedición antes del embarque. Justo el martes 4 de febrero, aquél informó que

de los 200 voluntarios inscritos en el consulado, sólo 114 habían embarcado el día anterior en el *Ciudad de Cádiz*. El embarque comenzó a las 8 de la mañana, pero a causa de la marea hubo de ser suspendido, esperando el barco en la rada, a donde fue transportado el resto de los voluntarios en vaporcitos que salían sin horario determinado, lo que creó bastante confusión. La expedición viajó primero a España, de donde fueron enviados a Cuba para luchar, según el talante todavía optimista del diario, más contra el clima que contra el enemigo.

Al día siguiente, *El Correo* publicó las listas de los embarcados y, en la misma página, la noticia de una convocatoria que Francisco Durán y otros jóvenes españoles dirigían a todas las sociedades españolas para celebrar una reunión el día 6 en la sede del Orfeón «para contrarrestar los trabajos que llevan a efecto los filibusteros en Buenos Aires». Este es el punto de arranque de una Asociación Patriótica Española que más de siete mil españoles juntados en memorable asamblea en la Plaza Eúskara fundaron el 22 de marzo. Sus fines: «1. Responder al llamamiento de la Patria siempre que necesite el concurso, bien personal, bien intelectual o pecuniario de sus hijos. 2. Salir a la defensa del buen nombre y del honor de España, cuando fuere necesario». El concurso pecuniario lo ofrecieron a través de unas perfectamente orquestadas campañas por las que se recogieron, entre 1896 y 1897, unos 2.190.000 pesos moneda nacional con los que se compró a España el *Río de la Plata*, un crucero acorazado de 1.775 toneladas.

IV. Las cartas de los voluntarios

La colectividad española en Buenos Aires, que había despedido con entusiasmo a los voluntarios y recaudado con celo el dinero necesario para construir el crucero, siguió con extremo interés la evolución del conflicto en Cuba. *El Correo Español* contaba con un servicio telegráfico sofisticado, un corresponsal exclusivo en Cuba, Orts Ramos, y redactores como Enrique Vera y González que acababa de incorporarse a la redacción tras varios años de estancia en la isla. Contaba además con otra información de primera mano: la proporcionada por las cartas que envían los voluntarios, y que el periódico comienza a publicar en febrero de 1896, justo cuando la tercera expedición acababa de abandonar Buenos Aires.

En ellas, los voluntarios se quejan frecuentemente de la inactividad, que combaten juntándose al son de una copla; y de las largas caminatas a la caza de los cobardes mambises que nunca dan la cara: «Esto no es guerra ni Cristo que lo fundó», protesta uno que escribe desde el hospital, tras

haber sido herido en el hombro (20 de junio de 1896). Presumen de heroísmo, informando de cruces y otras distinciones que ellos mismos o conocidos suyos reciben. Así nos enteramos de que el señor Gómez, un vasco de 49 años, fue condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando (21 de junio). Otro cuenta cómo él todavía no la ha recibido: «Tengo tres cruces de mérito militar y voy en busca de la laureada» (18 de octubre). La situación de los rebeldes es tan penosa que se alegran de caer prisioneros porque eso al menos les da derecho a comer. Uno de los voluntarios no resistirá la tentación de preguntarles por qué no se rinden, si pasan tantas calamidades; la respuesta: «Porque e generá Veyle afusila a tos los moreno» (11 de julio). No es ésta opinión que compartan los expedicionarios, en cuya cartas Weyler queda reflejado como enérgico con los intransigentes pero magnánimo con los dispuestos a deponer las armas.

Relatos de combate directo se narran en torno al de Carajícara: uno de los voluntarios, Juan Manuel Martínez, fue el primero en pelear cuerpo a cuerpo en las trincheras enemigas, entre los gritos de los mambises, «¡Al machete! ¡Al machete!», aterradores frente a los sobrios «¡Viva España! ¡Viva Cuba española!» de los soldados. En esa misma carta se hace también recuento de bajas: 120 muertos y 307 heridos entre las huestes «libeltadoras», 127 muertos y 63 heridos entre los «nuestros» (5 de agosto). Otro voluntario que destaca con nombre propio es José Pérez Miguelini, oficial de Bomberos en Buenos Aires, que abandonó una brillante carrera en este cuerpo para pelear en la manigua como simple soldado. Hermano del teniente coronel primer jefe de la Guardia Civil en Puerto Rico, se negó a que lo nombraran oficial aduciendo que había ido a Cuba a ofrecer su sangre por la patria, no a hacer carrera militar, y rechazó ascensos que se le propusieron. En campaña se distinguió por su coraje, que le valió cinco cruces pensionadas (21 de julio). *La Lucha* de La Habana informó más adelante que se había pasado al campo insurrecto en Sagua la Grande, acompañado de treinta y tantos hombres de una guerrilla de la que él era jefe; su crueldad era legendaria, macheteando incluso a los soldados enfermos. El *Courier des États Unis* añadiría más tarde que había sido capturado y sometido a Consejo de Guerra. *El Correo*, que dolorosamente recogió estas informaciones el 24 de septiembre, se negó a darles crédito, considerándolas, como tantas otras, «comedias» de *laborantes*.

Los grandes periódicos bonaerenses no prestaron mayor atención a la actuación de los expedicionarios que partieron del Río de la Plata a excepción de *La Nación* del 18 de octubre de 1896 que reprodujo un escueto telegrama que indicaba que eran tenidos en Cuba como pendencieros e inútiles y que acabaron en grandes números en el hospital o en la cárcel.

A mediados de abril de 1898, la guerra de Cuba se transforma en la guerra cubano-hispano-norteamericana. La colonia, que parecía agotada por la extenuante campaña de la suscripción probarco, saca fuerzas de flaqueza. La Asociación Patriótica lanza el 10 de mayo su consigna: «Es preciso[...] que mandemos a España nuestras riquezas, y si fuera posible, nuestra sangre». Y a España las riquezas se mandan: el 6 de mayo, el primer millón de francos; el 17, el segundo; el 8 de junio, el tercero. Un total de 5.531.250 pesetas, que si se juntan a las 1.843.750 enviadas desde el Uruguay representan aproximadamente el 35 por ciento de todo lo recogido por la Comisión de Suscripción Nacional de Madrid hasta el 18 de junio.

La sangre se ofrece. Tan sólo del interior, y hasta el 23 de abril, más de doscientos habían escrito a *El Correo* pidiendo que se les alistara como voluntarios. En la capital, muchos más, deseosos de alistarse, acudieron a las oficinas de la Patriótica a pedir instrucciones. En un primer momento, la asociación optó por no ocuparse del asunto «porque la publicidad puede ser perjudicial». Más adelante, se limitó a tomar nota de los innumerables ofrecimientos. El 30, *El Correo* insiste en que no hay posibilidad de enviar voluntarios a Cuba y que en esos momentos la manera más patriótica de contribuir al esfuerzo bélico es con donaciones a la Suscripción Nacional. Más de diez mil solicitudes se habían presentado, según comunicación del entonces recién llegado ministro de España, Julio de Arellano y Arróspide, al ministro de Estado el 20 de abril de 1899. La Patriótica ofreció pagar los gastos para su envío. «La respuesta oficial del Ministro Plenipotenciario de Su Majestad, que tengo a la vista, fue que el Gobierno de Su Majestad prefería se entregaran recursos en dinero, no necesitando el contingente de soldados y voluntarios que se ofrecieron».

V. Una espléndida manifestación de patriotismo

«La abnegación con que todos han procedido raya en lo inverosímil y causó aquí [en Buenos Aires] general estupor», había escrito el 1 de febrero Arellano a Madrid. Según el mismo, se trató de una «espléndida manifestación de patriotismo» sin paralelo ni en la misma España ni en el resto de las colonias de emigrantes. No dejó, sin embargo, mayor huella en la historiografía posterior. Ni siquiera la destacan aquellos escasos autores que mencionan la contribución de la emigración en América a la causa española. Así, por ejemplo, cuando José Francos Rodríguez (1931, p. 130) recuerde *El año de la derrota*, no dará más importancia a la aportación de la colonia argentina a la Suscripción Nacional que la que da a la chilena.

Para Joseph Smith, autor de uno de los últimos trabajos sobre la guerra hispano-norteamericana (1994, p. 228), la aportación monetaria de la colonia de México a la causa española destaca por encima de la de Buenos Aires. No sólo la historiografía posterior, ni la misma prensa española del momento le dio importancia. *El Correo* de 10 de julio de 1898 lo registró, con amargura: «Ya no se maravillan los periódicos madrileños de que los españoles en la Argentina envíen millones a la Patria. Están acostumbrados y reciben la noticia con indiferencia. Lo decimos porque, por más que hemos revisado esos periódicos, no encontramos en ellos suelto alguno referente al tercer millón de francos remitido». Por esa misma indiferencia, interesa examinar ahora el patriotismo del que hicieron gala los españoles en el Plata comparándolo con el que se generó en la propia Península.

No fue la guerra de Cuba particularmente apoyada por las clases populares en España. Obviamente, la gente llana consideraba Cuba como parte de España, que merecía defenderse. Dejan constancia de este sentimiento coplillas anónimas, algunas de las cuales, como esta que reproducimos, fueron populares también en el Plata (*A España...*, 1898, p. 138):

> El que diga que Cuba se pierde
> mientras Covadonga
> se venere aquí,
> es un *pillo, traidor, laborante,*
> *canalla, insurrecto,*
> *cobarde, mambí.*

Pero los voluntarios que parten de la Península tienen poco en común con los que fueron del Río de la Plata. Se constituyeron aquellos batallones de voluntarios por iniciativa de los obispados de Oviedo, Valladolid, Córdoba y otras ciudades, pero los soldados que los formaban eran los de las quintas. El dinero con que se los equipó procedía de suscripciones en las que la mayor cantidad era donada por diputaciones y ayuntamientos que previamente habían solicitado autorización del ministerio de Gobernación para consignar en sus presupuestos las cantidades con las que se suscribían. Gran parte del dinero que engrosó las arcas de la Suscripción Nacional tenía la misma procedencia. Como hemos visto, no fue así en el Plata. ¿Qué fuerzas impulsaron el entusiasmo de esos emigrantes?

La prensa porteña creyó ver a estos voluntarios como arrastrados por la fuerza de un arrebato impremeditado. Tal aserción resulta infundada. *El Correo* señala cómo, tanto el cónsul en Buenos Aires como los vicecónsules en provincias pusieron cuantas trabas pudieron al enrolamiento de

los expedicionarios (18 y 25 de octubre de 1895). Se comentó también que muchos de los que se embarcaron eran menores de edad, fácilmente influibles por la propaganda patriótica. Las alarmas fueron mayores en la tercera expedición; el *Ciudad de Cádiz* que la transportó hubo de retrasar su partida cuatro horas hasta localizar a seis menores reclamados por sus padres. *El Correo* contestó la imputación señalando que «la mayor parte [de los expedicionarios] son mayores de edad, y si va algún menor, va con el consentimiento de sus padres» (4 de febrero de 1896). Algunos pudieron enrolarse huyendo de complicadas situaciones laborales o familiares. Hubo cerca de una docena de casos de abandono familiar en la primera expedición, según datos de *El Correo*. Uno de ellos fue el de Antonio Díaz Solera, que abandonaba cinco hijos, anémicos, el mayor de diez años, y esposa a la que faltaban días para dar de nuevo a luz (20 de agosto de 1895).

No fue un arrebato impremeditado lo que llevó a los voluntarios a Cuba, y el huir de situaciones familiares o personales difíciles o la impresionabilidad de carácter de los más jóvenes justificó el embarco de tan sólo una minoría. Tampoco es probable que muchos lo hicieran por acogerse a los beneficios del indulto. En primer lugar, como señala Palazón Ferrando (1995, pp. 46-52), un buen número de los afectados había emigrado precisamente para evitar ser llamados a quintas. En Sudamérica estaban totalmente fuera del alcance represor de la ley española y únicamente se arriesgaban a caer bajo ella si decidían retornar al país mientras estuvieran en edad militar. En todo caso, *El Correo* calculó que sólo el 25 por ciento de los que fueron en la primera expedición eran indultados (25 de octubre de 1895).

Los que no fueron donaron a España su dinero, más que la dádiva de lo superfluo, si no llegó en todos los casos a ser el sacrificio de lo necesario. En números redondos, se recabaron para la causa patriótica más de cuatro millones y medio de pesos moneda nacional, que dividido por los doscientos mil españoles residentes en Argentina suponen una contribución per cápita de 22,5 pesos. Las listas de donantes y las cantidades satisfechas aparecían en la primera página de *El Correo*, lográndose así estimular patriótica emulación entre los residentes a la vez que se aseguraba transparencia en la administración de los fondos. No se registró, sin embargo, ningún caso de alguien al que se acusara, siquiera fuera indirectamente, de no donar. Tan extraordinaria manifestación de amor a la Patria no se produjo tampoco, por lo que se puede deducir de la lectura de la prensa, por presiones o engaños. La única razón que justifica el que se produjera es la misma que los protagonistas dieron: el patriotismo.

Por supuesto que en el Río de la Plata coincidieron una serie de circunstancias tanto de orden interno a la colectividad como de orden externo que hicieron posible la realización de este esfuerzo patriótico. Se contaba, en primer lugar, con una inmigración cuantitativamente importante, con una extensa tradición asociativa y una élite comercial e intelectual de valía. En 1895, la colonia del Plata juntaba el 52 por ciento de todos los españoles residentes en América, el 71,6 si descontamos los que vivían en Cuba y Puerto Rico, entonces «territorio nacional» (Palazón Ferrando, p. 33). Dentro de Argentina, la española era la segunda en volumen, tras la colectividad italiana. En términos absolutos, el número de españoles en Buenos Aires se había duplicado entre 1887 y 1895, aumentando de 39.600 a 80.400; en este último año, el 58,4 por ciento de ellos vivía en el centro de la ciudad (Fernández, 1991, pp. 65-68). La situación específica argentina, que había superado ya las crisis económica y política de principios de los noventa, hizo posible la extracción de tan importantes cantidades de dinero.

Por otro lado, la inserción española en la sociedad argentina no estaba exenta de tensiones, a nivel popular manifestadas en el uso del despectivo que con más frecuencia se les aplica: *gallego*, con connotación de torpeza, atraso, falta de luces. La guerra de Cuba no hará sino exacerbar estas tensiones, al chocar la visión hegemónica argentina de los insurrectos como libertadores de un país americano de la opresión colonial, con la visión hegemónica en la colonia de los insurrectos como simples filibusteros atacando con el apoyo de los antiguos esclavos la integridad territorial de España. Con la atención de la diplomacia argentina en el contencioso fronterizo con Chile, el Poder Ejecutivo se limitó a observar la más estricta neutralidad, haciendo cuanto estuvo en su mano para apaciguar los ánimos levantiscos de los españoles sin coartar totalmente el derecho de reunión consagrado en la Constitución. La colectividad, como todas las emigrantes en todos los países, ya de por sí con tendencia a cerrarse en sí misma y a añorar e idealizar la Patria que tuvo que abandonar, se vio lo suficientemente hostigada como para estimular sus mecanismos de defensa, pero sin que su libertad de actuación quedara coartada. Esta situación, lejos de sofocar su entusiasmo, lo enardeció aún más.

Tales circunstancias hicieron posible el esfuerzo humano y financiero realizado, pero la fuerza desencadenante de todo el proceso no fue otra sino el aludido patriotismo, una ideología patriótica que compartía toda la élite de la colectividad y que hábilmente supo transmitir a la masa de la colonia a través de la prensa y las instituciones.

V. El amor más sagrado, el amor a la patria

Está dividida esta élite entre un sector dominante republicano y otro monárquico, éste a su vez con un ala tradicionalista relativamente fuerte. Todos comparten, sin embargo, un mismo concepto de Patria; no sólo lo comparten sino que se emulan, retándose a ver quién puede levantar más alta la bandera porque, como bien se dijo en el mitin de Rosario de 11 de abril de 1896, «tratándose del bien de la Patria no puede haber entre nosotros rozamientos ni conflictos, a no ser por exceso de celo». Mantienen todos los mismos criterios en cuanto a la importancia que tiene la defensa de la integridad territorial de España, en cuanto a la naturaleza del conflicto cubano y en cuanto al mismo concepto de Patria y la sacralidad que envuelve todo lo relacionado con el amor a la Patria, al que el amor a la familia debe quedar subordinado.

Para todos ellos, las posesiones de ultramar no eran colonias sino provincias, tan parte de España como las Canarias o Cataluña. Esta creencia fue compartida en ultramar por *peninsulares* y autonomistas y en la Península por carlistas, conservadores, liberales y republicanos de todo tipo. La total autonomía para Cuba que reclamaban los federalistas de Pi y Margall no dejaba de ser la misma que reclamaban para Canarias, Cataluña y demás regiones, como apuntará *El Eco* de 20 de agosto de 1895. La idea es desarrollada por la élite intelectual de la colonia. Gonzalo Segovia, presidente de la Patriótica, en su discurso en la plaza Eúskara la resumió en esta frase: «Nuestro corazón está en España, y más que en España, en Cuba, que no es América, que es España». Cuba no es una posesión, es una parte de España, es un miembro de ese organismo que es inconcebible que se pueda dejar arrancar sin lucha a muerte, como nadie se dejaría arrancar sin lucha un brazo. «Desmembrar» es la palabra clave que se utiliza cuando se quiere representar este concepto: «si se quiere desmembrar nuestro territorio, sucumbamos antes de consentirlo», se lee en el manifiesto de la Patriótica de 21 de agosto de 1897. Desde este punto de vista, «Cuba libre» es obviamente una contradicción en los términos, es como decir «brazo libre». «Cuba libre» es una blasfemia para los más religiosos, una obscenidad para los más liberales, en todo caso una expresión a evitar en letras de molde y que es a menudo sustituida por eufemismos como *Cuba liebre, Curva libre, Cubita libre* o, en lo que se interpreta como una rendición más exacta del sistema fonológico de los mambises, *Cubita libe*.

La naturaleza del conflicto en Cuba se deriva directamente de lo anterior. Los cubanos son españoles y por lo tanto están del lado de la Cuba española; los insurrectos no son cubanos (porque los cubanos son españoles)

sino filibusteros blancos pagados con dinero que los yanquis suministran con fines expansionistas. A las órdenes de estos filibusteros operan, tea y dinamita en mano, «negros, mulatos, grises y demás colores», hordas salvajes que no constituyen propiamente ejército y a quienes, por tanto, conceptos tales como honor les son desconocidos. Echando mano a tópicos racistas, se animaliza al enemigo: «Parecen micos por la forma de brincar que tienen y loritos por la jerga con la que se explican y los gritos que dan», escribe un voluntario (*El Correo*, 11 de junio de 1896). En todo caso, no se está oprimiendo a un pueblo que quiere ser libre, sino llevando la luz de la civilización a hordas salvajes.

El concepto de Patria es piedra de toque que marca la diferencia entre pueblos civilizados y hordas salvajes que todavía no han alcanzado ese estadio. La horda no puede elevarse, por encima de los intereses de la familia biológica, a la contemplación de la familia grande, de la Patria. Sólo los civilizados pueden. Y de entre los civilizados, nadie como los españoles con una historia en la que el patriotismo figure tan prominentemente desde hace tantos siglos: Numancia, Sagunto, etc. En el mitin de Rosario se dijo: «Es en nosotros cualidad de raza el amor a la Patria, que es en lo humano el más grande, el más sano, el más sublime de los amores». Puede haber divergencias menores al respecto entre tradicionalistas y anticlericales, pero ambos coinciden en el punto esencial, a saber: que el amor a la Patria es más sublime que el amor a la familia.

Para los tradicionalistas, por encima de la Patria sólo está la religión, pero siendo los lenguajes de la Patria y la religión tan coincidentes, bien se puede decir que la diferencia en jerarquía es mínima. Para el presbítero Francisco Suárez Salgado, defender Cuba española equivalía a defender la fe católica por un lado frente a los insurrectos, asesinos de curas y frailes y ladrones de cálices y patenas profanadas, y por otro frente al avance de las creencias japonesas en el Oriente y de las de «la Biblia yankee» en el Caribe. Ya perdido el poder temporal que antes permitía a la Iglesia participar en guerras justas, sólo quedaba ahora a los sacerdotes españoles en Argentina organizar las fuerzas y ofrecer su dinero; y llegado el caso, cuando ya su dinero se hubiera agotado, imitando a sus predecesores en la guerra de la Independencia, entregar los vasos de culto y, por último, la sangre (*La Voz de la Iglesia*, 23 de noviembre de 1896).

En el otro extremo del abanico ideológico de la colonia, para los republicanos anticlericales, la ligazón con el catolicismo desaparece, pero comparten con los tradicionalistas la misma relación entre los conceptos de Patria y familia. Altamente intuitivo, el concepto de Patria se expresa mejor a través de potentes imágenes que se repiten en discursos, en artículos, en

sueltos, en poemas, con continuas referencias al hogar, la familia, el amor: la Patria es el hogar de la raza, la familia grande. El hogar es al niño lo que la Patria al adulto, se repite. O, en otra variante, la madre es al niño lo que la Patria al adulto, derivándose de aquí que no haya símbolo de amor más grande que el de la madre sacrificando a sus hijos por la Patria. El patriotismo es el bálsamo que cura las cicatrices que los enemigos infligen a la Patria. El interés familiar sólo se entiende como parte del interés patriótico y está subordinado a éste. Los incivilizados, para los que la familia biológica es la institución más alta que han alcanzado, viven en hordas. Sólo los civilizados tienen Patria, sólo dentro de la Patria tienen cabida conceptos como honor y dignidad. Esa es la lógica que permite comprender que, por patriotismo, los hombres abandonen la familia inmediata para luchar por la familia grande, las madres manden a sus hijos (incluso menores de edad) al sacrificio para salvar la familia grande, fuera de la cual no hay sino salvajismo.

Todos estos principios no son originales de la colonia española en el Plata, los comparten con otros emigrantes, con los españoles de la Península, son los mismos principios que Argentina y, en lo esencial, todo el mundo «civilizado» aplica a su propia Patria. Es una ideología que nació con la consolidación del Estado moderno a fines del siglo XIX, que aprendió a mirar su pasado en el espejo del romanticismo y se recubrió de sentimiento de superioridad y de optimismo frente al futuro, arropada en el positivismo. En la colonia española del Plata destaca el arte con el que se aplicaron esos principios generales a la situación concreta y lo eficazmente que su élite consiguió internalizarlos en la colectividad de tal manera que se ponen en práctica.

Este amor a España se refleja con especial nitidez en la poesía patriótica que se publica en la prensa de la colonia. En una colectividad con un alto porcentaje de analfabetos, la poesía sigue jugando una importante función, incluso mnemotécnica, de transmisión cultural. Veamos dos ejemplos. F. Aria, en un poema publicado en *El Eco de Galicia* con ocasión de la despedida a los voluntarios de la primera expedición, «Al verlos partir», plantea el dilema, tan universal, de tener que elegir entre los dos amores más fuertes: el amor a la familia biológica y el amor a la familia grande. Esta tensión aparece siempre en las crónicas de las despedidas a los expedicionarios: los labios ríen, pero los ojos lloran, se repite. En el poema, y esa es la clave de su fuerza dramática, se toma la difícil decisión de elegir, contra lo que el corazón manda, el amor inferior. Dice su última estrofa:

¡Madre mía!, me llamas y no acudo
a combatir al pie de tu bandera.
¿Cómo quieres que deje abandonada
a mi infeliz esposa, enferma y ciega?

Bajo el seudónimo de Abén-Zás, *El Eco* publicó otro con el título de «Besos patrióticos» con ocasión de la despedida a la segunda expedición. Sus tres estrofas son tres pruebas de amor a la Patria. El primer beso es el que la madre da al joven oficial que parte para Cuba, sacrificando la familia pequeña por el bien de la grande. El segundo, el beso que la española –más que la novia, la española genérica, la Patria– da al soldado, agradecida porque va a salvarla. Y el tercero, el más cercano a Buenos Aires y el más sublime de todos porque es aquel que ni tan siquiera requiere de la siempre eficaz representación femenina, sustituida ahora por el puro símbolo: el beso del voluntario a la bandera:

Mirad aquel voluntario,
ágil, valiente y audaz,
en alas del patriotismo
cómo sube, cómo va
y, entre bravos delirantes
y un aplauso universal
llega del mástil al tope
y un beso entusiasta da
a su adorada bandera
que, hermosa, acaban de izar...
¿no es éste un beso a la Patria?
¿no es éste un beso marcial?
¿no es otro beso que dice
«rataplán, rataplán»?

Muchos en la colonia cambiaron de opinión tras el fin de la guerra, cuando pudieron comprobar que la pérdida de Cuba no había desangrado a la Patria, ni la había dejado lisiada, que la isla no había sido *parte* sino *posesión* de España. Bien puede decirse sin embargo que, durante el período 1895-1898, no hubo personaje público que, manteniendo una activa presencia en ella, dejase de comulgar con la fiebre patriótica que se apoderó de los españoles en el Plata. Se pudo defender una causa «injusta» por la que murieron en la manigua centenares de compatriotas influibles de la colectividad. Pero lo que hace esta historia notable no es la causa defendida sino la generosidad e intensidad con que se defendió. Y a este respecto,

recurriendo a los versos que gustaba de citar *El Correo* cada vez que la colonia, unánime y entusiasta, interpretaba alguno de los pasajes sobresalientes de su gesta patriótica, hemos de concluir que:

> Esto, Inés, ello se alaba,
> no es menester alaballo.

Bibliografía

A España. Poesías patrióticas. A beneficio de la Suscripción Nacional Española. (1898). La Plata: Popular.

Despachos del ministro plenipotenciario en Buenos Aires al ministro de Estado fechados 1 de febrero y 20 de abril de 1898. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, leg. 2314.

El Correo Español, Buenos Aires, 14 de mayo, 6, 7, 14, 20 y 30 de agosto, 5 y 14 de septiembre, y 18 y 25 de octubre de 1895; 24 de enero, 4 y 4 de febrero, 22 de marzo, 13 de abril, 11, 20 y 21 de junio, 11 y 21 de julio, 5 de agosto, 24 de septiembre y 18 de octubre de 1896; 21 de agosto de 1897; 23 y 30 de abril, 6, 10 y 15 de mayo, y 8 de junio de 1898.

El Diario, Buenos Aires, 30 de agosto de 1895.

El Eco de Galicia, Buenos Aires, 10 y 20 de agosto, y 20 de septiembre de 1895.

FERNÁNDEZ, A. E. (1991). «Los españoles de Buenos Aires y sus asociaciones en la época de la emigración masiva.» En H. Clementi (ed.). *Inmigración española en Argentina.* Buenos Aires: Oficina Cultural de la Embajada de España.

FRANCOS RODRÍGUEZ, J. (1931). *El año de la derrota.* Madrid: Compañía Iberoamericana de Publicaciones.

La Nación, Buenos Aires, 31 de agosto y 14 de septiembre de 1895, 18 de octubre de 1896.

La Voz de la Iglesia, Buenos Aires, 23 de noviembre de 1896.

PALAZÓN FERNANDO, S. (1995). *Capital humano español y desarrollo latinoamericano. Evolución, causas y características del flujo migratorio.* Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil Albert.

SMITH, J. (1994). *The Spanish-American War: Conflict in the Caribbean and the Pacific 1895-1902.* New York: Longman.



El titulado «General» negro Quintín Bandera.

El 98 español visto desde el Uruguay

María Emilia Pérez Santarcieri

I. La situación de Uruguay por entonces

La República Oriental del Uruguay cumplía setenta años de existencia en 1898. En efecto, había sido en 1828 cuando se firmó la Convención Preliminar de Paz entre el emperador de Brasil y el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, dando nacimiento al nuevo Estado, y poniendo fin a las luchas que desde 1825 se habían sostenido para acabar con el dominio brasileño, sucesor del dominio portugués.

Siglo de muchos conflictos bélicos había sido el XIX: las invasiones inglesas en 1806 y 1807; la insurrección de la campaña de 1811, en la que destaca la figura de Artigas; la dominación bonaerense de 1814 a 1815; la invasión portuguesa de 1816.

Después de instaurado el nuevo Estado, el panorama no fue más tranquilo. No se había cumplido totalmente el mandato del segundo presidente constitucional, cuando se asiste a los prolegómenos de lo que será la Guerra Grande (1839-1852), un conflicto, no ya rioplatense sino internacional, puesto que intervinieron en él, además de los países del Plata, el imperio de Brasil, la tendencia independentista riograndense de los *farrapos*, Francia, Inglaterra y el famoso Garibaldi. Esta guerra, que puso en juego la existencia del Estado Oriental, tenía en lo local, como base, el antagonismo de dos bandos, que seguían respectivamente a Manuel Oribe y a Fructuoso Rivera. Aunque el peso del caudillismo era grande, no eran sólo adhesiones a una figura sino también dos modos de sentir y de pensar el país. Esos dos bandos se transformaron con el tiempo en dos partidos políticos: el Colorado y el Blanco, llamado oficialmente Nacional. Desde su aparición en 1836, las luchas por el poder fueron constantes, dando lugar a numerosos levantamientos armados.

El año 1897 había sido particularmente agitado. Habiéndose producido un levantamiento de los blancos, se hacía difícil la concertación de la paz. Fuera del contexto político, un joven atentó contra la vida del presidente

Idiarte Borda, quien salía en esos momentos de un *Te Deum*, que se celebraba por ser día de fiesta patria.

Pero no sólo había conflicto entre blancos y colorados, sino que en el propio partido de gobierno había fuertes tensiones. Juan Lindolfo Cuestas, presidente del Senado, ocupó la presidencia de la República, vacante por la muerte de Idiarte Borda, tal como lo ordenaba la Constitución. Quedaba un año de mandato y debía elegirse nuevo presidente en 1898. Cuestas pudo hacer la paz con los blancos y se aproximó a la oposición, que lo hizo su candidato para las próximas elecciones; pero lo que no logró fue convencer a sus antiguos correligionarios de las cámaras para que lo eligieran a él. Por ello, dado que contaba con todo el apoyo de la oposición, dio un golpe de Estado el 10 de febrero de 1898.

Como es de imaginarse, el país venía de pasar por una situación muy grave y se enfrentaba a nuevas tensiones, y no parecía estar en las mejores condiciones para ocuparse de los sucesos del exterior.

II. La prensa española de la época

El volumen de la población española en Montevideo, según el censo de 1889, citado por Washington Reyes Abadie y Andrés Vázquez Romero en *Crónica General de Uruguay*, era de 32.645 personas, que representaban algo más del 15% de los habitantes del departamento de Montevideo. Era el contingente extranjero más numeroso después del italiano, el cual se había incrementado desde fines de la década de los sesenta, y representaba en 1889 el 22%. El censo siguiente se hizo en 1899, excluyendo al departamento de Montevideo por haber sido objeto de censo municipal diez años antes, por lo cual hacia 1898 no tenemos cifras precisas. Es claro que no registrándose variables significativas en la afluencia inmigratoria española, puede aceptarse que se mantuviera aproximadamente la proporción señalada.

Por el año 1898, se editaba *La Voz de España*, cuya lectura nos permitió ver la consideración que los hechos que sucedían por entonces en la Madre Patria, merecían a la colectividad española.

En *La Voz de España* había todo tipo de informaciones, no faltando los avisos comerciales, que contenían a veces nombres que luego escalaron socialmente. En una época en que el catolicismo tradicional sufría los embates de un anticlericalismo trepidante, tenían cabida tanto las noticias de los oficios de Semana Santa, como las de las obras de la significativamente llamada Asociación Liberal de Beneficencia de la Aguada. Apare-

cían pocos avisos funerarios y bastantes datos correspondientes a los espectáculos teatrales que tenían lugar en las salas San Felipe y Cibils, hoy desaparecidos, y el Solís, que data de 1856 y que es todavía un justo motivo de orgullo montevideano. Las zarzuelas eran representadas con frecuencia y también las óperas.

No se estaba ajeno a los acontecimientos europeos contemporáneos, por ejemplo: los nuevos libros de Lombroso o el proceso Zola, que ocasionaba reuniones. Se publicaba en forma de folletín *El Conde de Montecristo* de Alejandro Dumas, que aunque de años atrás, gozaba aún del fervor público, así como una obra de prospección: «Lo que será el mundo en el año 3.000», en la que en medio de muchas fantasías se vislumbra el dominio de la máquina sobre el hombre y se avizoran métodos de cruzamiento humano. Su autor era Emilio Soumestre, nombre hoy olvidado.

Lógicamente, las páginas de *La Voz de España* tenían ecos de lo que sucedía a nivel político nacional; así se recoge la noticia de reuniones en pro de la candidatura de Cuestas o el relato de la muerte, en un accidente, de Diego Lamas o se da cuenta del obsequio de una espada de Toledo a Aparicio Saravia por parte de los socios del Club Nacional o de la misa con motivo de cumplirse el primer aniversario de la muerte del presidente Idiarte Borda. Pero se trataba de un diario español y por lo tanto, todo lo relacionado con España era lo principal de su temática. Todos los días se publicaban las efemérides hispánicas, y cada pocos números se desarrollaban pequeños artículos que exaltaban episodios salientes de la historia de España, como pueden ser la entrevista de Santa Fe entre los Reyes Católicos y Colón o la evocación del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba o la entrada de las tropas españolas en la capital de Nápoles o el bombardeo de Barcelona por Felipe V o la recordación de la muerte de Jorge Manrique o la de Juan el Latino.

Y si importaban el pasado y la persistencia de los valores de la hispanidad, el mundo latino y la cultura católica, la comprometida situación del otrora poderoso imperio español, era la más importante noticia.

Desde comienzos de enero de 1898 la cuestión cubana aparece diariamente, llegando prontamente a ocupar casi un tercio del diario, que salía publicado en cuatro enormes páginas, como era la usanza de entonces. Cables procedentes de Madrid, de Nueva York y de Cuba, cubren dos o tres columnas diariamente.

Todo este panorama lleva, por el mes de febrero, a la conclusión de la inminencia de un conflicto armado. Desde el episodio del *Maine*, comienzan las especulaciones sobre la posibilidad de las fuerzas y sobre la mediación papal. La imagen del adversario *yankee* resulta menoscabada a partir

de comentarios sobre la propia prensa estadounidense, pues se la describe con profusos diseños, pero con un carácter extravagante, ya que en medio del conflicto se comentan raptos, divorcios, etc. Se habla de «el orgullo yankee, de suyo exagerado y chabacano». Además, se señalaba que la actitud belicista de la prensa halagaba los sentimientos de un público que alimentaba la venta de 632.217 ejemplares el domingo. «El odio español es honra de los americanos» dice un subtítulo, aludiendo al odio que se ganó el diario por parte de los españoles.

Son numerosos los artículos reproducidos tanto de España como de diferentes partes de Hispanoamérica. Los primeros, a su vez, recogen citas de los políticos españoles más conspicuos: de Cánovas del Castillo se recuerda, por ejemplo, su temeraria expresión: «¡Mientras España tenga un soldado y unas pesetas, Cuba será española!»; de Castelar, se recoge su impresión de que los periodistas de Estados Unidos no son hombres de pluma, sino de empresa. Los segundos sostienen, lógicamente, opiniones favorables a España en la contienda que se había desatado.

Se suceden unas tras otras las alternativas del problema, desde las especulaciones sobre la posibilidad de la guerra hasta las vicisitudes de la guerra misma, acompañadas, a veces, por mapas ilustrativos o algún dibujo retratando algún personaje, a Cervera, por ejemplo.

En el ejemplar del 6 de abril se da cuenta de la convocatoria hecha por la Comisión Patriótica Española en el Centro Gallego –aún existente–. El acto comenzó con la marcha de *Cádiz* y el himno de Riego, ejecutados al piano. El propósito era la recolección de fondos. Hicieron uso de la palabra connotados españoles como el doctor Suñer y Capdevila –destacado docente de la Facultad de Medicina–, el doctor Cebrián y el doctor Serratosa; don Tomás Claramount –importante maestro y profesor de contabilidad, quien aparece en algún aviso como profesor y contador público, publicitando clases– y don Leoncio Monje. Tres días después, se formula un pedido de ayuda para recolectar vendas y algodones, curiosamente dirigidos a las mujeres. Se recuerdan las actitudes de Fortunato Flores y del filántropo médico doctor Sabino A. Posadas. Del señor Flores hablaremos más adelante.

El día 28 de abril se informa de la integración de la Comisión Patriótica, siendo confirmado como presidente el doctor Ayala, Pedro Mir en secretaría, como tesorero Francisco B. Helguera y como vocales: Telesforo Arteaga, Cipriano Martínez, Ramón Rodríguez Alonso, José López Saralegui, Leoncio Monje, Juan Antonio Grela, Luis Ignacio García, doctor Suñer y Capdevila, doctor Baldomero Cuenca, doctor Francisco Azarola y Azanza, José Ortiz de Taranco, Ramón Rivera y doctor Antonio Rivera y Pérez. De

allí en adelante comienza a aparecer la lista de la llamada suscripción patriótica en la que figura la lista de la llamada suscripción patriótica en la que aparece el Ministro de España contribuyendo con doscientos pesos, al igual que el propio diario *La Voz de España*. El punto alto lo constituyen los aportes de Taranco y Cía., de Francisco B. Helguera y de Telesforo Arteaga con cinco mil pesos cada uno. Cabe señalar que los Taranco fueron hermanos que emigraron uno tras otro desde España al Uruguay, logrando amasar una fortuna, especialmente como importadores. Mandaron edificar una residencia que se considera el primera palacio que tuvo Montevideo. La misma se halla en pie y en ella se alojó quien fuera luego, fugazmente, Eduardo VIII del Reino Unido de Gran Bretaña; y en ella el cardenal Samoré, delegado papal, concertó la firma de un tratado entre Argentina y Chile, poniendo fin a un peligroso entredicho.

Suñer y Capdevila se suscribió con quinientos pesos y el secretario de la Legación Española con cien pesos, ubicándose entre esos valores la mayoría de los aportes, aunque los había también de cincuenta, veinticinco, veinte y aún diez pesos. En mayo se agregan nuevos nombres a la lista de suscripciones, comienzan a aparecer apellidos de origen no español –especialmente italianos– así como mujeres. También se da cuenta desde entonces del apoyo recibido del interior (Tacuarembó, Tala, Trinidad, Canelones). Al ampliarse la base popular de la suscripción, los aportes bajan en su valor individual, hallándose varios de un peso y algunos de cincuenta centésimos; pero en conjunto ya se pudo hacer una remesa de un millón de pesetas.

Hubo también otro tipo de adhesiones. Por ejemplo, el día 14 de mayo se acusa recibo de un folleto de Pedro Cosi «joven ventajosamente conocido en nuestras letras y director de *La Verdad* de Rivera». El autor se manifestaba a favor de la causa de España. El articulista hacía notar la buena impresión del folleto proveniente de *La France* de Rivera. Cabe aclarar que Rivera es una ciudad fronteriza con Brasil, muy alejada de la capital.

El toque de bizarría lo dio en Montevideo, en medio de la lucha, la actitud de un famoso comerciante, Francisco San Román, fundador de los dos cafés más famosos de fines de siglo XIX y principios del siglo XX: *Polo Bamba* y *Al Tupí Nambá*. La crónica lo cuenta así: «A los hermanos Francisco y Severino San Román nadie les gana en españolismo. Activos, honrados y trabajadores, lo que poseen, que afortunadamente para ellos no es poco, siempre está en primera línea en suscripciones para la patria o para ayudar a los compatriotas.

Pancho, que en el *Tupí Nambá* ejerce de propietario y general de brigada, tiene absolutamente prohibido que se sirva café a ningún *yankee*. Sólo

les está permitido a los mozos darles a los norteamericanos morcilla con estricnina como a los canes.

Compró un globo terráqueo, el mejor que había para ubicar el primer encontronazo. Se convidará con una botella de champagne por cabeza el día que se declare la guerra contra Norteamérica».

A medida que el conflicto se aproxima a su fin, el giro de lo que se escribe cambia de dirección. Se acabaron la exaltación y el triunfalismo y comienza la advertencia sobre el poderío avasallante de los Estados Unidos partiendo de la experiencia mexicana.

III. La prensa uruguaya de la época

Es desde el diario *El Día* desde donde apreciaremos la visión uruguaya del problema cubano, ya que el otro diario importante de la época, *El Siglo*, no ha podido ser consultado debido a que se halla en proceso de microfilmación.

El Día fue fundado en 1886 por José Batlle y Ordóñez –luego, dos veces presidente de la República y propulsor de un importante programa reformista– y cesó de publicarse hace muy pocos años. Fueron características suyas, durante mucho tiempo, sus largas listas de avisos económicos y su anticlericalismo, amén de ser lógicamente un vocero del batllismo, sector mayoritario del partido Colorado. En 1898 ya había varias columnas dedicadas a avisos económicos, pero en el mes de noviembre se anunciaba que «la depresión había dejado vacías las páginas que se destinaban a avisos». En cuanto al anticlericalismo, por entonces no asomaba aún; por lo contrario, se anunciaban servicios religiosos o la construcción de un nuevo templo o la muerte de monseñor Estrázulas.

Algo curioso era la aparición de avisos del partido Nacional, y de notas de varias columnas sobre personajes de esta colectividad, como era el caso del recientemente fallecido general Diego Lamas, que había protagonizado junto con Aparicio Saravia, el levantamiento blanco de 1897.

El espacio del infaltable folletín lo ocupaba *El rey de París*, del tan apreciado Jorge Ohnet, autor del célebre libro *El dueño de las herrerías*. Se daba cuenta de espectáculos teatrales –aunque se recomendaba, en notas de opinión, no subvencionar los espectáculos de ópera– y del fútbol, que entonces comenzaba a practicarse por estas tierras. Desde el mes de setiembre pueden observarse los extractos de lotería.

Se recogían los ecos del asunto Dreyfus, en lo internacional, y en lo nacional, los de la revolución de 1897, a la vez que la reorganización de la

vida plítica. Los sucesos de Cuba y la controversia entre España y Estados Unidos, eran tratados diariamente, y aunque no se les dedicaba tanto espacio como en *El Diario Español*, la verdad es que la información era muy variada, pudiéndose leer en las páginas de *El Día* no sólo las alternativas del conflicto sino las opiniones más variadas sobre el mismo, como ser las de Gladstone, que concentraba sus esperanzas en la libertad de Cuba, deseando que no hubiera guerra, o las del zar de Rusia, asimismo como manifestaciones ocurridas en solidaridad con la causa cubana, como la acontecida en Dublín a fines de abril.

A falta de fotografías, son numerosos los dibujos que ilustran sobre elementos de la lucha hispano-estadounidense, viéndose representar militares, barcos y mapas, en mayor cantidad que lo que aparecía en el *El Diario Español*.

Y aunque sin el brío de la prensa española, se da cumplida cuenta de los actos que se realizan en apoyo de España, ya sea colectivos o personales. En una reunión ocurrida el 23 de abril, Fortunato Flores, hijo del extinto caudillo Venancio Flores, quien fuera dictador desde 1865 hasta 1868, fue aclamado como el jefe que habría de llevar a la victoria a la futura Legión *Hispano-Uruguaya*. La única condición fue que se reconociera durante la guerra, los grados de los que lo acompañaran, y que la Comisión Patriótica, residente aquí, le pasara una mensualidad a las familias de los oficiales mientras durara la guerra. Flores pensaba que se conseguirían de cuatro a cinco mil hombres. Ya había en el consulado anotados tres mil. Muchos lo habían visitado y le habían participado que querían servir a sus órdenes; se aclaraba que ningún compromiso le implicaría al país.

Para Flores, la guerra debía ser en los Estados Unidos. Arreglarse con México o cualquier otro descontento y desembarcarle ciento cincuenta o doscientos mil hombres. Se especulaba que siendo un pueblo de negociantes, Estados Unidos no tendría tantos soldados. Flores tenía cincuenta y seis años y no se resignaba a la vida inactiva. Se aseguraba que no peleaba por la aventura sino por la raza, pensando que los Estados Unidos querían hacer con Cuba lo que hicieron con México. El presidente Cuestas trató de disuadir a Flores, éste se emocionó hasta las lágrimas y dijo que sólo admitía a personas que hubieran obtenido la baja, pues no estaba dispuesto a desgranar nuestro ejército. El mismo Flores había pedido la baja para incorporarse al ejército español. El gobierno había recomendado que no concurrieran jefes y oficiales a reuniones organizadas por gobiernos extranjeros, alegando que no se quería dañar la amistad con los pueblos.

A principios del mes de junio, Fortunato Flores quedó aparentemente fuera de la contienda. El gobierno español creyó que era el ofrecimiento de

un estado mayor con general y todo, pero sin soldados: por ello lo rehusó. Se hizo saber que se trataba de una verdadera división, pero las cosas ya estaban enredadas. Por otro lado, la guerra iba a ser sólo marítima, cosa que no daba lugar a Flores. Por esta causa, no activaría su propuesta. *El Día* sospechaba que la verdadera causa de que no se hubiera embarcado de incógnito a Cuba o Puerto Rico, es que pensaba intervenir en algún conflicto a estallar en Argentina o Chile, dadas sus vinculaciones guerreras con los militares argentinos.

El Día, que se ha limitado a informar, rompe con esa conducta cuando en un suelto muy pequeño, el día 2 de junio, se permite dudar de los telegramas de origen *yankee*, que se atribuyen la victoria, pensando que por las felicitaciones de los diarios franceses a España, debía ser ésta la triunfadora. Y en el ejemplar del día 26 de agosto, ya en los finales del conflicto, se cita un artículo de *Tribuna* de Buenos Aires, en el que se dice que se debería escribir al general Pando y otros jefes, invitándolos a venir a la Argentina, dándoles facilidades de tierra y útiles de labranza; y se concluye que aquí se debería hacer algo también. Agrega: «podrían encontrarse como en su propia patria, un buen grupo de españoles».

Indudablemente, aunque las preocupaciones locales eran grandes, en algún momento afloraba el fondo hispánico de muy buena parte de la población uruguaya y también de la familia Batlle y Ordóñez.

IV. Participación uruguaya en la guerra de Cuba

Como hemos visto, se frustró el posible aporte uruguayo al bando español en la guerra de Cuba. Es en el bando contrario, donde aparece –por lo menos hasta ahora– el único participante uruguayo en la contienda, apoyando a los cubanos, lejanos hermanos de Hispanoamérica. Aníbal Barrios Pintos y Washington Reyes Abadie en su libro *Orientales en la emancipación americana*, han puesto de manifiesto que el número de compatriotas que lucharon en pro de la independencia, fuera de su suelo natal, fue considerable.

En una época en la que no existían las actuales fronteras muchas veces propiciadas por el interés británico –el gran poder del siglo XIX– esos hombres sentían la pertenencia a la gran nación hispanoamericana, no debido a un planteo de intelectuales, sino por sus propios orígenes históricos. Llegando a los puntos más distantes de América, no se sentían extranjeros, sino forasteros. Obviamente, el primer lugar donde actuaron fue el territorio hoy perteneciente a la Argentina. Pero también abrazaron la causa independentista participando, por ejemplo, en el ejército de los Andes. Encontramos en

esta empresa a Ramón Estomba, que luchó en Junín, a Eugenio Garzón y a Francisco Urdaneta, que murió en Santa Fe de Bogotá, entre otros.

Respecto de la guerra de Cuba, los autores citados transcriben una crónica aparecida en 1896 en *El Radical* de México, reproducida en el mismo año por el periódico *El Paysandú*. En medio de la descripción de la lucha, aparece el nombre de un combatiente originario del Uruguay: «Muchos bravos quedaron en el campo, entre otros el terrible lancero Juan Fernández, cabo de voluntarios, que fue recogido todavía con vida, muriendo a las pocas horas. Juan Fernández era originario del Uruguay. Criollo de contextura atlética, mostraba en su color y en sus facciones el origen charrúa de su sangre heroica. Cayó herido de tres balazos, desde el caballo que montaba, exclamando: «¡Ah maulas! ¡Si el General mandara este ataque no quedaba ni un godo!». Se refería a un tal Aparicio, célebre jefe uruguayo, al que había acompañado en varias ocasiones, como soldado raso, y del que siempre hablaba a sus compañeros en las noches del vivac, recordando las campañas de la patria lejana».

V. Repercusiones ulteriores: Rodó y el surgimiento de *Ariel*

José Enrique Rodó había nacido en 1871, de padre catalán y madre criolla. Brillante estudiante en literatura e historia, descuida la enseñanza curricular y finalmente abandona los estudios. Habiendo cambiado la situación económica familiar, al fallecer su padre, se vio obligado a trabajar desde joven en ocupaciones que no le atraían o que francamente le disgustaban; pero esto no le hizo abandonar sus afanes literarios, que podían rastrearse desde su niñez. Publicó *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* en conjunción con un círculo de amigos y numerosos libros de ensayos y crítica, tan elogiados dentro como fuera del país.

Militó en el partido Colorado, donde llegó a ocupar cargos de representación, pero sus diferencias con Batlle y Ordóñez –por entonces presidente de la República– se hicieron insalvables. En 1898, fue nombrado catedrático de literatura en la universidad, lo cual causó plácemes de los estudiantes, según lo recoge la prensa de la época.

En 1900, publicó *Ariel*, que le daría fama continental y que haría que se le conociese, desde entonces, como «Maestro de juventudes». Tal fue el éxito, que en ese mismo año vio la luz su segunda edición, prologada por Leopoldo Alas.

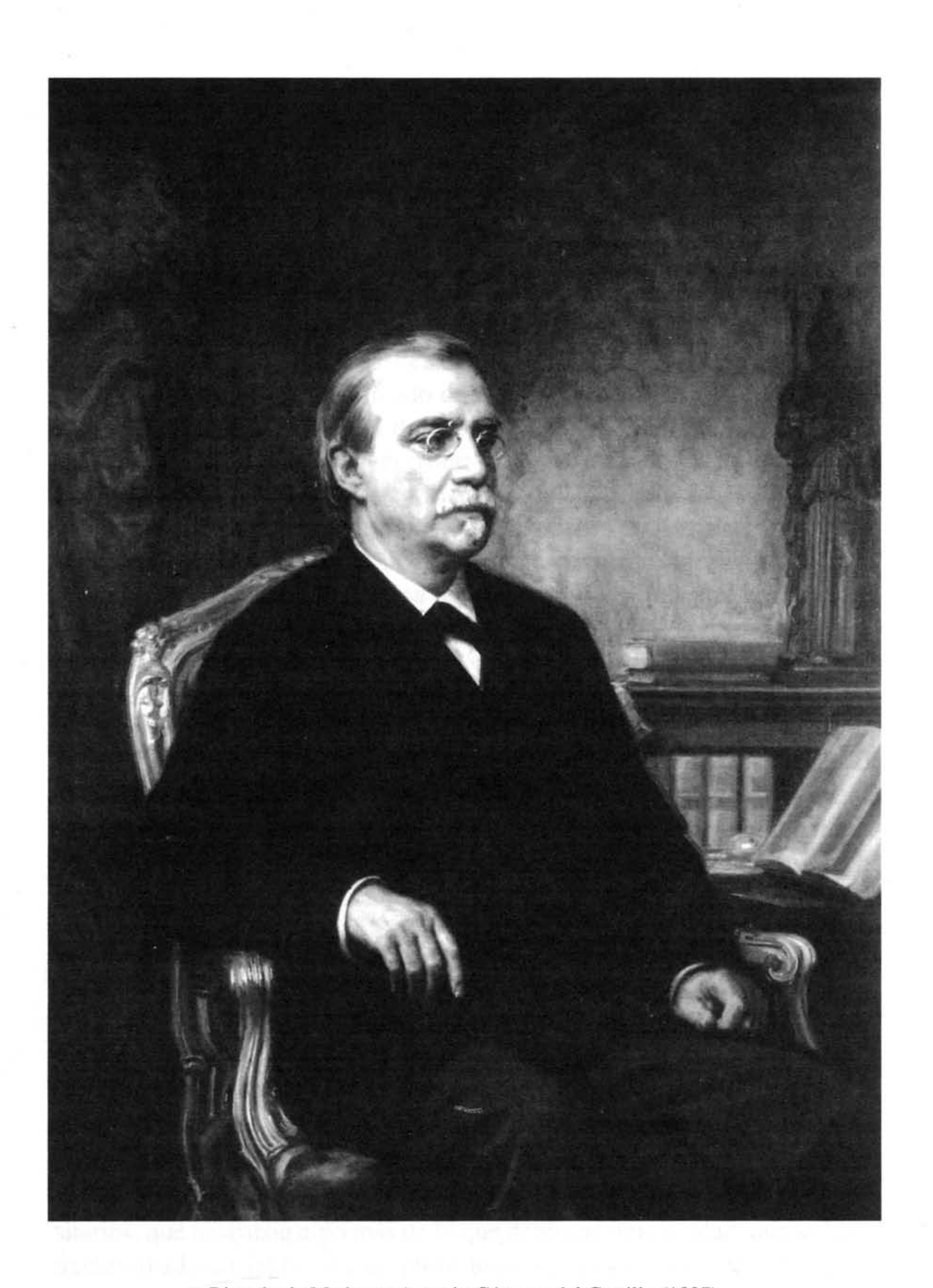
Emir Rodríguez Monegal ha sintetizado perfectamente los componentes básicos de *Ariel*: «La conciliación ideal del paganismo y del cristianismo,

una actitud ética que se enraice en la estética, una concepción de la democracia que excluye el autoritarismo y preserva lo mejor de la aristocracia del espíritu». Pero no fue esa conjunción de elementos lo que le conquistó fama en Hispanoamérica, sino la interpretación de que Ariel era una afirmación de la latinidad frente a la influencia anglosajona; la percepción que del avasallante poderío yanqui había producido la guerra de Cuba hacía que se concentrara la atención en todo lo que se relacionara con ese aspecto. Incluso un biógrafo tan calificado de Rodó, como lo fue su amigo y compañero de luchas literarias, el doctor Víctor Pérez Petit, nos explica cómo esos sucesos influyeron en el escritor: «Esta ruda contienda arrojó nuestros ánimos, el de Rodó y el mío, en la mayor de las tribulaciones. Queríamos y anhelábamos la libertad de Cuba, último pueblo de América que permanecía sujeto al yugo de España, no obstante sus viriles luchas por la independencia y la actuación gloriosa de los Martí y los Maceo. Pero deseábamos, al par, que esa libertad fuera conquistada, como había sido conquistada la de toda Sud-América, por los hijos de la nación sojuzgada y, a lo sumo, con el concurso de pueblos hermanos. Un nuevo Bolívar nos hubiera llenado de orgullo. Pero lo que no admitíamos de ningún modo era la intervención de Norteamérica. Cierto que propiciaba la independencia de Cuba pero no le agradecíamos el servicio. ¿Qué tenía que ver esa nación extraña en la contienda de los pueblos de otra raza? ¿Qué tenía que inmiscuirse en algo que para nosotros era un «asunto de familia»? En esa lucha estábamos por España. Cuba libre, sí; pero no por el favor o el interés de Norteamérica».

Ariel se transformó en un referente de las regiones de Hispanoamérica donde el imperialismo norteamericano no era un tema de especulación de intelectuales, sino que era algo sentido en carne propia. Quien esto escribe, recuerda que habiendo viajado a México en 1964, a tantos años de la aparición de *Ariel*, cuando enunciaba su condición de ciudadana uruguaya, se le replicaba: ¡Ah, de la patria de Rodó!

En su propio país, el pensamiento de Rodó fue el que guió a la juventud dorada de las segunda y tercera décadas de este siglo. Estos jóvenes universitarios, que buscaban algo más de lo que daba una universidad, que se había transformado en fabricante de profesionales, hijos de los inmigrantes que cumplían el sueño estampado en el título de la obra de Florencio Sánchez: *M'hijo el dotor*, tomaron el pensamiento rodoniano como guía, dejando atrás al positivismo que había imperado en las esferas intelectuales durante los años precedentes. Como no podía ser de otra manera, el centro y la revista que fundaron, llevaron el nombre de *Ariel*; en ellos Carlos Quijano, futuro fundador del semanario *Marcha* (1939), tuvo un papel fundamental.

Estados Unidos y el Caribe



Ricardo de Madrazo: Antonio Cánovas del Castillo (1897)

Los Estados Unidos y la guerra del 98
Los intelectuales

Enrique Zuleta Álvarez

Estados Unidos y España

El tema, vasto y complejo, de las relaciones entre Estados Unidos y España implica una gran tradición de indiferencia e ignorancia mutua. Los Estados Unidos se proyectan al futuro y conceden escaso valor a la experiencia histórica que suele ser la base de la personalidad de los europeos, los cuales también difieren en su actitud ante la religión, la cultura y las instituciones sociales y políticas. España, por otra parte, está muy lejos de tener la importancia que los Estados Unidos han otorgado a Inglaterra, Alemania y Francia, en razón de su aporte a las ideas sociales, políticas y culturales esenciales para la vida norteamericana. Como ha resumido Francis G. Wilson, que conoce bien ambos países:

> Ciertamente es difícil lograr que los norteamericanos se interesen en los asuntos hispanoamericanos y tiene poco sentido comparar nuestra versión de la tradición anglosajona con los patrones de la cultura hispánica y norteamericanos[1].

España, por su parte y como la mayoría de los países que a través de su historia se han confrontado con los Estados Unidos, ha tratado de comprender estas diferencias y en la línea que inició Alexis de Tocqueville con *La democracia en América* (1831), ha contribuido con enfoques de variado valor y acierto, como los de Julián Marías, Américo Castro y Angel del Río, para no mencionar sino unos pocos, y sin entrar en el capítulo de los americanos como los argentinos Máximo Etchecopar y Angélica Mendoza

[1] *Francis G. Wilson: «The resurgence of Spanish Tradition» en su* Political Thought in National Spain, *Champaign, Ill., Stipes Publishing Co., 1967, Cfr. Enrique Zuleta Álvarez, «Francis G. Wilson. Del Conservadorismo al Tradicionalismo», en* La Nueva Provincia, *Bahía Blanca, 1, 22, 30 Dic. 1993. Un punto de vista no convencional sobre las relaciones entre Estados Unidos y la historia, en Thomas Molnar:* El modelo desfigurado; los Estados Unidos de Tocqueville a nuestros días, *México, Fondo de Cultura Económica, 1980.*

y el cubano Jorge Mañach[2]. Sin extender, pues, este desarrollo cabe subrayar diferencias persistentes que se deben tener en cuenta a la hora de comparar la cultura anglosajona con la hispanoamericana.

En el marco de estas *simpatías y diferencias* –como diría Alfonso Reyes–, hay que situar la guerra entre Estados Unidos y España en 1898, que concluyó con la independencia formal de la isla de Cuba; contienda que se puede considerar desde tres puntos de vista: como culminación de la decadencia política española del siglo XIX, como conclusión de la lucha armada de los independentistas cubanos y como uno de los tramos de la expansión política, estratégica y económica de los Estados Unidos dentro del proceso del *Destino Manifiesto*, como lo denominó en 1870 el embajador John Louis Sullivan[3].

Ideas y disidencias

Vamos a referirnos a este último aspecto desde un ángulo particular: el de las reacciones norteamericanas frente a la intervención en el conflicto que España mantenía con los independentistas cubanos. Durante las presidencias de Grover Cleveland (1892-1896) y William MacKinley (1896-1900), hubo un apoyo masivo a esta política, impulsada por los partidos políticos, por ciertos intereses económicos y, sobre todo, por la acción del periodismo[4], como luego se verá. La idea de la emancipación de Cuba tuvo apoyos

[2] *Cfr. Américo Castro*: Iberoamérica (Su historia, su cultura), *4 ed. New York, Holt, Rinehart & Wilson, 1971; Angel del Río*: El mundo hispánico y el mundo anglo-sajón. Choque y atracción de dos culturas, *Buenos Aires, Asociación argentina por la libertad de la cultura, 1960; Julián Marías*: Los Estados Unidos en escorzo, *Buenos Aires, Emecé, 1956; Máximo Etchecopar*: Tocqueville. Idea y práctica de la democracia, *Buenos Aires, Corregidor, 1983; Angélica Mendoza*: Panorama de las ideas contemporáneas en los Estados Unidos, *México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1958; Jorge Mañach*: Teoría de la frontera, *Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1970.*

[3] *Cfr. José Manuel Allendesalazar*: El 98 de los americanos, *Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1974, 77. El tema de esta guerra cuenta con una nutrida bibliografía general y especial que no cabe citar aquí. En nuestro trabajo hemos utilizado, de preferencia, las siguientes: Melchor Fernández Almagro*: Historia política de la España contemporánea, *2 tomos, Madrid, Alianza, 1968; Vicente Palacio Atard*: La España del siglo XIX, 1808-1908. Introducción a la España contemporánea, *Madrid, Espasa-Calpe, 1978; Raymond Carr*: España, 1808-1975, *Barcelona, Ariel, 1984, Pablo de Azcárate*: La guerra del 98, *Madrid, Alianza, 1968; Carlos Seco Serrano*: Final del Imperio. España 1895-1898, *Madrid, Siglo XXI de España, 1984. Una de las obras más recientes es la de Albert A. Nofi*: The Spanish American War, 1898, *Pennsylvania, Combined Books, 1996. Con motivo del centenario de esta guerra se están publicando libros en España: J. Eslava Galán y Rojano Ortega*: La España del 98. El fin de una era, *Madrid, EDAF, 1997 y José Antonio Plaza*: El maldito verano del 98; los 112 días de la guerra con los Estados Unidos, *Madrid, Temas de hoy, 1997.*

[4] *Cfr. Philip S. Foner*: La guerra hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano, *2 tomos, Madrid, Akal, 1972, con la consideración especial de algunas de las reacciones políticas norteamericanas contra la guerra. Entre las obras que estudian estos temas se deben citar: Marcus M. Wilkinson*: Public Opinion and the Spanish American War: A Study in War Propaganda, *Baton Rouge, Louisiana, 1932; Robert L. Beisner*: Twelve Against Empire. The Anti-Imperialists, 1898-1900, *New York, 1963.*

populares, tales como los de algunos sectores sindicalizados y de organizaciones de negros que luchaban por sus derechos civiles.

Luego de una etapa de presiones diplomáticas, amenazas de toda índole y sobre todo de un ejercicio brutal de acoso a España para que cediera en su pretensión de conservar Cuba y aceptara que Estados Unidos dominara una isla que consideraba esencial para su defensa estratégica, el Senado aprobó el 19 de abril de 1898 el reconocimiento de la independencia de Cuba y el uso de la fuerza –que era la razón principal de las pretensiones norteamericanas– para imponerla. Acorralada, agotadas todas las posibilidades dilatorias y, sobre todo, aislada diplomáticamente por una Europa resignada a la prepotencia imperialista de Estados Unidos, el 23 de ese mes España declaró la guerra y el 25 lo hizo Estados Unidos.

Pero después del triunfo norteamericano se supo que los Estados Unidos se apoderaban también de las Islas Filipinas y Hawai y que la contienda que había comenzado como una cruzada por la libertad de los cubanos revelaba la crudeza de la voluntad expansiva de los Estados Unidos: un fenómeno de ese imperialismo que fue denunciado de múltiples maneras tanto por motivos morales como políticos.

Se produjo un cambio notable en la opinión pública y el 15 de junio de 1898 se fundó en Boston la *Liga Anti-Imperialista*, entre cuyos partidarios estuvieron el expresidente Grover Cleveland, Andrew Carnegie, el sindicalista Samuel Gompers, los escritores William Dean Howells y Mark Twain y dos dirigentes del movimiento negro como Booker T. Washington y W.E.B. Dubois. La *Liga* se movilizó para impedir que el Senado aprobara el tratado firmado en París el 10 de diciembre de 1898 al finalizar la contienda, en razón de que extendía la soberanía de los Estados Unidos sobre las Islas Filipinas y negaba el principio de que los habitantes de un país debían ser independientes y elegir sus propios gobernantes.

Tengamos en cuenta que después de la Guerra Civil (1876) y en las últimas décadas del siglo XIX, los Estados Unidos experimentaron un extraordinario desarrollo económico con una gran transformación industrial y el consecuente crecimiento y complejidad de las clases sociales, las organizaciones políticas y sindicales. Del mismo modo, en la vida cultural se manifestaron nuevas tendencias científicas y literarias. Pero lo sustancial fue el surgimiento de un espíritu afirmativo que, a pesar de las crisis y los problemas, impulsaba al país en todas las direcciones: fueron los *años dorados*, como se dijo, a partir de los cuales se advertía que los Estados Unidos marchaban hacia el futuro con fuerza arrolladora.

Este crecimiento tumultuoso y contradictorio de la actividad económica, social y política, sin embargo, fue recibido en los ambientes intelectuales

con cierta aprensión y aun desconfianza. La era de progresos y triunfos materiales se correspondía con la *filosofía de la acción* implicada en el pragmatismo de William James y en la pedagogía experimentalista, utilitaria y práctica de John Dewey.

En otros círculos persistían el idealismo y el trascendentalismo de Emerson y los éxitos materiales no bastaban para acallar el espíritu de rebeldía y disentimiento tradicional en los Estados Unidos, como una manifestación del fondo religioso y ético que adopta formas diversas pero subsiste como una exigencia permanente del espíritu nacional. Esta pluralidad de reacciones que prueban la vitalidad del proceso de expansión nacional hacia el filo del 1900, se manifestó como un movimiento crítico en los círculos intelectuales más exclusivos, donde se había producido el refinamiento europeísta de la narrativa de Henry James y el conservadurismo de la ilustre familia de Brooks y Henry Adams[5], con su rechazo del igualitarismo democrático y ahora del imperialismo que se revelaba en la política exterior.

José Manuel Allendesalazar, en su libro *El 98 de los americanos* (1974), que hemos utilizado extensamente en este trabajo, subraya la presencia de estos americanos independientes de los partidos políticos que ya desde la Guerra de Secesión testimoniaban su rechazo del exitismo utilitarista que predominaba en el ambiente social. Se los conocía por el curioso nombre de *mugwumps*, que en un dialecto de los pieles rojas quería decir caciques y entre ellos estaban un prusiano, Carl Schurz, el filósofo Williams James, hermano del novelista Henry y profesor de Harvad al igual que Charles Eliot Norton y Edwin Godkind, Edward Atkinson, millonario idealista y Charles Francis Adams, de la familia antes citada. Estos intelectuales gravitaban públicamente por su autoridad moral y, como señala este autor,

> ...eran tradicionalistas y conservadores y todos eran buenos patriotas que querían defender la prístina pureza original en que se basaba la grandeza del país. También eran todos hombres serios, profundamente aburridos y carentes del empuje necesario para 'vender' sus ideas al agitado público americano de los años dorados[6].

Volvamos a los descontentos catedráticos de Harvard que reaccionaban contra el clima intelectual predominante: entre ellos también estaban Irving Babbitt (1865-1933) y Jorge Santayana (1863-1952). Babbitt pensaba que

[5] *Cfr. Enrique Zuleta Álvarez: «Henry Adams en el Novecientos norteamericano», en* Actas de las 3a. Jornadas de investigación de la historia y la literatura rioplatense y de los Estados Unidos, *Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1968, 363-373.*

[6] *Allendesalazar*: Ob. cit., *231-233.*

el positivismo y el pragmatismo eran insuficientes para lograr el ideal de armonía y equilibrio que sólo podía ser el resultado de una norma dictada por la razón natural, superior a los mitos y religiones y al hedonismo platonizante que también estaba en boga. Santayana, por su parte, profesó un idealismo que siempre aspiró a que se encarnara en la realidad histórica y social[7].

Desde esta perspectiva todos disentían con la potente afirmación de la nueva Norteamérica, que finalizaba el siglo XIX con la intención de participar arrolladoramente en el mundo internacional. La guerra contra España en 1898, desde este ángulo, era más que la solución de un problema geopolítico: representaba una irrupción en la historia universal que ha logrado su culminación en los umbrales del año 2000.

Babbit y España

En el marco de estos conflictos internacionales España se instaló en la atención de los intelectuales, hecho singular dentro de la tradicional indiferencia por el tema pero la distancia del mundo hispánico y las notorias oposiciones de ambas culturas impidieron que esta fugaz atención alcanzara un nivel más alto de comprensión.

Babbitt se oponía a muchos aspectos del pragmatismo político pero su idea de España era tan negativa como la del resto de los intelectuales. Conocía, en general, la cultura española, tenía dominio del castellano y en la década de 1880 hizo un viaje a pie por el campo y las ciudades españolas, lo cual le dio un cierto conocimiento del país y su gente, más allá de la información libresca. Aunque la consideración de la guerra no aparece en sus escritos, se debe anotar que en 1898 publicó, en la influyente revista de Boston, *The Atlantic Monthly*, un largo ensayo titulado *Ligths and Shades of Spanish Character* que, a nuestro entender, es una toma de posición frente al país cuya imagen estaba en tela de juicio.

Sobre las huellas de clásicos viajeros ingleses por España, tales como Richard Ford (1796-1858) y George Borrow (1803-1881), Babbitt advertía la singularidad con que España admitía el orgullo por la mezcla racial y cultural de moros, orientales y europeos, del mismo modo que la variedad del carácter nacional gustaba de la paradoja y la antítesis. En esa tierra de

[7] *Me he ocupado de ambas personalidades en dos trabajos anteriores, a los cuales remito para una consideración especial y las referencias bibliográficas: «Santayana en Hispanoamérica»,* Revista de Occidente, *Madrid, 79, diciembre 1987, 9-25. «Babbit o la nostalgia del orden»,* Razón Española, *Madrid, 48, julio-agosto 1991, 15-42.*

«luces y sombras», España mostraba la alternancia de energía e inercia, de grandeza y decadencia y Don Quijote y Sancho simbolizaban la incapacidad para la lucidez, el buen sentido y el criterio que distinguían, por ejemplo, a Francia y, en lugar del racionalismo, los españoles valoraban la imaginación, que podía llevar al engaño y el desengaño que, afirmaba Babbitt, eran los temas permanentes de su poesía.

El sentido de la dignidad y el sacrificio por la honra se manifestaban en el ánimo caballeresco y medieval con que España había enfrentado los tiempos modernos y rechazado la identificación del yo individual con los intereses de la humanidad. Centrado en su personalidad, desinteresado de los fines comunes y en una actitud dura y sobria hasta la crueldad, el español es impaciente, desorganizado e indisciplinado y ese mismo orgullo le impide llegar al patriotismo, sentimiento que implica aceptar ideales colectivos. El aristocratismo trascendente, por otra parte, era una coartada para justificar la falta de espíritu práctico y habilidad mecánica necesarios para ajustarse a las leyes del tiempo y el espacio.

El impulso renacentista de dominar la naturaleza ha pasado a su lado y el español, refugiado en formas medievales que considera inherentes a la grandeza, prefiere un aislamiento que acepta con fatalismo oriental, pero que, en realidad, es la consecuencia de una religiosidad obscurantista de cuño jesuita que lo desentiende de la educación, la técnica y el progreso. Babbitt supo de la existencia de minorías progresistas donde estaban Galdós y Juan Valera, pero pensaba que la lucha para superar el ideal del *caballero* refugiado en la burocracia y los puestos públicos llevaba al descrédito de sus formas políticas –la monarquía– y preparaba al país para un estallido social en el cual el fanatismo religioso podía convertirse en furia revolucionaria. Reconocía calidades y virtudes pero si no se dominaban los malos instintos no se lograría el orden que exige el buen gobierno.

Aunque fue un crítico del cientificismo y el pragmatismo, en este ensayo Babbitt no va más allá de lo que se repetía en los ambientes norteamericanos donde se justificaba la guerra contra España y sólo repitió los tópicos de la *España negra* difundidos desde el siglo XVI entre los anglosajones, de modo que la publicación del ensayo *Ligths and Shades in the Spanish Character* en 1898, año de la guerra, debe inscribirse entre quienes respaldaban la intervención norteamericana en el Caribe[8].

[8] *Irving Babbitt*: Spanish Character *and* Other Essays. With a Bibliography of his Publications and an Index to his Collected Works. *Ed. Frederick Manchester, Rachel Giese, William Giese, Boston-New York, Houghton Mifflin Co.-The Riverside Press Cambridge, 1940, 1-20.*

Santayana frente al 98

En Harvard, Babbitt fue coetáneo y colega de Jorge Santayana, a quien admiraba por su fineza crítica y su prosa inglesa, superior a la de Walter Pater –el filósofo del arte que había sido maestro de Babbitt– pero repudiaba lo que llamaba su «hedonismo platonizante» y que enseñara filosofía de la historia, disciplina que, para él, equivalía a un fatalismo inaceptable y excluyente de una voluntad capaz de configurar libremente la historia[9].

Filósofo y poeta, Santayana tenía una visión universalista centrada en las ideas, donde se sentía, como él escribió, *un huésped del mundo* pero, nacido en España, no cortó jamás los lazos con su tierra natural, adonde volvió muchas veces. Hablaba y escribía en castellano y conservó hasta su muerte el pasaporte español con el cual se movía por el mundo. Pero sobre todo fue importante que, a pesar de su formación intelectual anglosajona, mantuviera una afinidad profunda con los valores culturales de España, cuyo sentido captó y comprendió, a pesar de sus críticas de los defectos y las frustraciones hispánicas.

Cuando llegó la guerra estos sentimientos se pusieron a prueba y en sus *Memorias* cuenta que el tema se discutió entre los catedráticos y motivó cierto disgusto con uno de sus maestros, el filósofo William James, quien apoyó la causa de su país cuando Estados Unidos afirmó que defendía la independencia de los cubanos y buscaba liberarlos de la cruel administración de España, pero que reaccionó indignado cuando la ocupación de las Filipinas y Hawai desnudó la codicia y la corrupción imperialista de los Estados Unidos.

En cuanto a la guerra y con un criterio realista, Santayana la consideraba como un ejercicio del poder político que se venía practicando desde tiempos inmemoriales y que, en este caso, había sido posible en razón de la decadencia española. Así escribió:

> Para mí la tragedia estaba más en la debilidad de España que en la prepotencia de los Estados Unidos: el tío Sam habría seguido considerando iguales y libres a todos los hombres si los demás hubieran sido tan fuertes como él. Con todo, la debilidad de España proviene de una quijotesca fragilidad debida a la tragicómica desproporción entre la carne y el espíritu. Los recursos del país y de la gente no sería materialmente desdeñables si los admi-

[9] *William F. Maag, en* Irving Babbitt; Man and Teacher; *Ed. by Frederick Manchester & Odell Shepard, New York, G. P. Putnam and Sons, 1941, 84-85.*

> nistraran discretamente y los destinaran a desarrollar en su suelo, bajo la inspiración indígena y para el alma, una vida austera, apasionada e inteligente. El imperio ultramarino español había tenido sus tiempos de gloria, y su fin, por muy ásperamente que se recortara sobre el fondo de mis recuerdos familiares, me pareció casi un alivio. No soy de los que sueñan con una futura América española sujeta a la influencia de la madre patria. Que la América española y la América inglesa sean todo lo originales que puedan ser: ni lo mejor de España ni lo mejor de Inglaterra pueden emigrar[10].

El ejercicio del poder norteamericano a través del intervencionismo en Cuba era, pues, inevitable en un mundo en el cual la fuerza dominaba las circunstancias políticas y, hasta cierto punto, probaba el «honesto entusiasmo y la vitalidad» de los Estados Unidos, pero era inaceptable que este país se considerara como una especie de maestro que empezara a corregir, a palmetazos, la conducta del vecino. Así explicaba en otro texto:

> En 1898 los Estados Unidos estaban ensayando el dominio sobre la América tropical y dispuestos a organizarlo y legalizarlo. Este dominio servía a sus intereses comerciales y militares y a sus pasiones imaginativas, y esos antecedentes y esa utilidad hicieron que la intervención fuera, antes o después, inevitable. Cualesquiera que fueran el lenguaje o hasta los pensamientos de individuos, el fin implícito era la dominación[11].

La frialdad distante con que el filósofo contemplaba los hechos históricos no impedía una simpatía cálida por España y cuando se supo de la destrucción de la armada española del almirante Cervera en Santiago de Cuba por la poderosa flota del almirante Sampson, el 3 de julio de 1898, comenzó a escribir un largo poema, *Spain in America*, cuyo subtítulo decía, específicamente, «Escrito después de la destrucción de la flota española en la batalla de Santiago en 1898». El poema fue concluido y publicado en 1901 pero antes, cuando se anunciaba el tratado que cerraría la contienda –10 de diciembre de 1899–, había viajado a España y en Ávila se había solidarizado con la pena y la amargura de los derrotados.

El poema de Santayana está compuesto por cuatro partes de 270 versos divididos en treinta estrofas de nueve versos cada una. Comienza con la descripción poética de la mañana de la batalla naval y sigue con una evocación de España que comprende su pueblo, su estirpe racial desde la época de los bárbaros, la llegada del Imperio Romano y luego del cristianismo, al

[10] *George Santayana*: En la mitad del camino, *Buenos Aires, Sudamericana, 1946, 234-235.*
[11] Ibídem, *237.*

cual confronta con la invasión de los árabes en un cruce de culturas y religiones.

Prosigue con las hazañas de Colón y los conquistadores en el Nuevo Mundo, donde la codicia y el afán de ilusorias riquezas se fundieron con el sentido religioso que Santayana pondera como símbolo central de la empresa en la cual España puso cuanto tenía: fe, conciencia, idioma. Por último, trata de la decadencia y la derrota ante la fuerza de sus enemigos, aunque salva la esperanza frente a un futuro incierto:

> Y ahora tras sus murallas reclusa
> ella espera en silencio la cicatriz del tiempo,
> mientras donde el sol se pone, nueva aurora
> trae del Norte otros nuevos temores y esperanzas.
> Hijos de España en pie, casi cesado el llanto
> vigilan en el cielo desde Cuba hasta el Cabo.
> ¿Qué paloma o qué águila es esta que aparece?
> se dicen, ¿o qué heraldo, de qué mañana, envuelve
> los picos de los Andes de amor, desdén o engaño?[12].

Sin aludir a la guerra con Estados Unidos ni al desastre naval, el núcleo conceptual del poema de Santayana está en el homenaje a España y su historia, en la comprensión de sus faltas y debilidades purgadas en la derrota. Del mismo modo hay una valoración de la dimensión espiritual y cultural de la huella que dejó en Hispanoamérica. Santayana hizo conocer su poema en una velada de la Fraternidad Phi Beta Kappa, de Harvard, en la mañana del 27 de junio de 1901 y luego lo incluyó en su libro *A Hermit of Carmel and Other Poems*[13].

Está claro que, a pesar de sus reflexiones históricas y del fatalismo con que juzgaba el triunfo de Estados Unidos y la derrota de España, en Santayana quedó una herida más profunda, puesto que casi simultáneamente escribió otro poema: *Young Sammy's First Wild Oats; Lines writen before the Presidential Election of 1900*, aludiendo a la reelección que llevó al poder al presidente Mackinley, asesinado poco tiempo después, en 1901.

[12] *La traducción es del poeta español J. M. Alonso Gamo, en su obra* Un español en el mundo. Santayana; poesía y poética, *Madrid, Cultura Hispánica, 1961. Además de numerosos poemas, en versión original y traducidos, contiene un estudio amplio de su pensamiento y su obra con atención especial a las relaciones con España. Sobre el españolismo del filósofo de Harvard, apenas considerado en los numerosos estudios sobre su vida y su obra, se puede consultar mi trabajo, citado en la nota* 6.

[13] The Complete Poems of George Santayana; A Critical Edition. Edited and with an Introduction by William G. Holzberger, *Lewisbur-London, Bucknell University Press-Associated University Presses, 1979, 55-56.*

Este es un poema muy distinto del anterior: una sátira de las pretensiones del joven Sam, heredero del Tío que ha muerto y lo ha dejado en libertad para ejercitar sus relaciones picarescas con jóvenes hispánicas –Cuba, Puerto Rico, las Filipinas– y, como consecuencia, las desdichas de esas aventuras juveniles. La mala conducta del joven Sam es descubierta y juzgada por el Deacon Plaster y el Doctor Wise, cuyas exigencias severas muestran la farsa de las pretensiones culturales, religiosas y sociales del joven Sam. Tanto el tono farsesco como la ironía de las situaciones muestran la total desconfianza de Santayana frente al discurso civilizador y moralizante con que Estados Unidos quería presentar sus maniobras políticas. Este poema también fue leído en otra fiesta de la Fraternidad Signet y luego de ser publicado en la revista universitaria *The Harvard Lampoon*, fue recogido en el libro antes citado.

Tanto Babbitt como Santayana representan distintas actitudes de los intelectuales universitarios frente a la guerra de 1898. Disidentes con el ambiente triunfalista de entonces y aunque no eran políticos, el primero suscribió la tópica crítica de España que hacen los anglosajones pero el segundo manifestó una solidaridad con su herencia hispánica y, sin participar en las polémicas con los imperialistas, su opción por la poesía fue la forma entrañable de sus sentimientos más profundos. Ninguna de las dos reacciones fueron epidérmicas o superficiales y por ello se citan en el marco de un panorama que muestra otras facetas de gran interés.

Los periodistas y la prensa amarilla

En todos los estudios históricos se ha subrayado la importancia que tuvo la prensa norteamericana como impulsora y animadora del intervencionismo imperialista. Para Allendesalazar, por ejemplo, «La influencia de los medios de información en el conflicto con España es decisiva»[14]; del mismo modo señala que en ese momento se había producido una verdadera revolución del periodismo norteamericano y que había surgido un estilo nuevo, caracterizado por la feroz competencia en la búsqueda de más lectores, mediante la explotación escandalosa y desprejuiciada de los acontecimientos.

Esa prensa, sobre todo la de New York, requería guerras, accidentes, sucesos policiales, catástrofes y luchas políticas que conmovieran a los lectores, y no había límites para la avidez de periodistas cuyo éxito se medía por la

[14] *Allendesalazar*: Ob. cit., 87.

cantidad de ejemplares vendidos. En ese momento aparecieron dos personajes que protagonizaron el nuevo periodismo: Joseph Pulitzer, un húngaro radicado en los Estados Unidos desde muy joven y que en 1873 había comprado el diario *New York World* –conocido como el *World*– al cual renovó con las técnicas de grandes titulares, dibujos, fotografías y un lenguaje simple pero impactante por la concisión y la audacia. Buscaba el sensacionalismo y se apoyaba en la curiosidad y la vulgaridad del público masivo.

La otra figura fue William Randolph Hearst, hijo de millonarios, audaz, aventurero y ambicioso que se incorporó a este periodismo con el *New York Journal* –o el *Journal*– que pronto superó al *World* desarrollando al máximo las prácticas sensacionalistas y el estilo provocativo y desprejuiciado. Allendesalazar señala que ambos diarios iniciaron un nuevo género periodístico: las historietas, con un personaje que los dos diarios imitaban: *the Yellow Kid*, un joven pícaro neoyorquino. Ese fue el motivo por el que dichos diarios fueran llamados *the Yellow Press*, la *prensa amarilla*, nombre que desde entonces se ha aplicado a toda la prensa sensacionalista y escandalosa.

Cuando se preparaba la guerra, se discutía el intervencionismo y se buscaba el favor de lectores conmovidos por el debate político, los dos diarios vieron la oportunidad para difundir noticias tremendas o para inventarlas si las mismas no se producían en la realidad. La guerra de los cubanos contra los españoles, por otra parte, se conocía en los Estados Unidos y había generado, como dijimos, muchos partidarios de la independencia por motivos morales, sociales, culturales y políticos.

Los revolucionarios, además, tenían centros de propaganda en Estados Unidos y difundían noticias sobre la bárbara crueldad de los españoles, las atrocidades de la represión y el patriotismo romántico de los guerrilleros *mambises*. El periodismo norteamericano absorbía este material y la campaña era atizada por los diarios como el *World* y el *Journal*, que rivalizaban en su campaña antiespañola y en el *jingo journalism*, como también se denominó al patrioterismo que atizaban estos diarios. Además, muchos norteamericanos, residentes, viajeros, periodistas o aventureros en Cuba se veían continuamente en problemas con las autoridades españolas y generaban conflictos que la prensa, naturalmente, agrandaba y azuzaba.

El 8 de febrero de 1898 el *Journal* reveló una carta privada del diplomático español Dupuy de Lome criticando al presidente Mackinley; el 15 se produjo la explosión del acorazado *Maine* en el puerto de La Habana y Hearst ofreció 50.000 dólares a quien aportara pruebas de que los españoles eran los autores del atentado. Estados Unidos pudo así justificar su intervención en la guerra y el periodismo puso el clima popular al rojo

vivo, como cuando el *Journal* impuso al general español Weyler el mote de *butcher* (carnicero) en el marco de los relatos sobre los campos de concentración usados por los españoles para los prisioneros cubanos.

En este clima de guerra cobró importancia la tendencia, ya manifestada en el periodismo mundial, de mandar corresponsales para que remitieran informaciones directas desde la escena de los conflictos. La guerra de Cuba fue otra gran oportunidad y aunque antes de la declaración de guerra era muy difícil ir a la isla y los periodistas se conformaban con escribir desde lejos, en los bares de Key West, cuando comenzaron las operaciones militares decenas de corresponsales aparecieron para enviar sus notas y correspondencias, hasta el punto de que el sitio de Santiago de Cuba llegaron a estar presentes más de 150 periodistas. Se comprende, pues, que un autor norteamericano, Charles Henry Brown, la haya denominado, precisamente *La guerra de los corresponsales*[15].

Hearst estaba orgulloso de la manera como su diario contribuía a formar y enardecer la opinión pública pues, además de superar a su rival el *World*, se había convertido en un factor de la política internacional norteamericana. Para fortalecer su posición decidió enviar a Cuba un artista de fama: el dibujante Fred Remington, quien alcanzó celebridad con sus dibujos de militares y escenas de la guerra. Una anécdota muy recordada es la del mensaje que le envió a Hearst apenas llegó a Cuba sin haber visto aún nada concreto de la guerra. Como respuesta, Hearst le telegrafió: «Quédese en Cuba y produzca dibujos. La guerra la produciré yo»[16]. Pero Pulitzer, por su parte, envió como corresponsal del *World* a una de los escritores más famosos de los Estados Unidos, el novelista Stephen Crane (1871-1900).

Un novelista en la guerra

Famoso por haber escrito una de las mejores novelas con el tema de la Guerra de Secesión: *The Red Badge of Courage* (1893), Crane, llevado por su espíritu aventurero, decidió convertirse en periodista y corresponsal de guerra. En 1897 solicitó un pasaporte para ir a Cuba, vía México, pero le fue negado porque hasta ese momento Estados Unidos mantenía una posición neutral e impedía aventuras como la proyectada por Crane. Ante ese fracaso, el escritor consiguió que el periódico inglés *The Wetsmisnter Gazette* lo designara corresponsal en la guerra que Turquía le había decla-

[15] *Charles Henry Brown*: The Correspondent's War, *New York, 1967.*
[16] *Allendesalazar*: Ob. cit., *101.*

rado a Grecia el 17 de abril de 1897, con motivo del apoyo que este país prestaba a los partidarios de la independencia de la isla de Creta.

Acompañado por su amante Cora Tyler, Crane escribió sus notas sobre la guerra y permaneció en Grecia hasta junio de 1897, fecha de su regreso a Inglaterra. Al declararse la guerra contra España volvió a su vocación aventurera y cuando el 27 de febrero de 1898 el presidente MacKinley convocó a un primer contingente de 125.000 voluntarios, Crane quiso alistarse en la Marina, que lo rechazó por no aprobar las severas exigencias físicas que se requerían. Pero estaba decidido a ir al campo de batalla, atraído por un profundo deseo de arriesgar la vida hasta los peligros de la muerte. En esa emergencia se conformó con volver al periodismo y Pulitzer lo nombró corresponsal de guerra en el *World*.

La primera fase de la guerra se inició con el desembarco en Guantánamo el 6 de junio, desde donde los norteamericanos avanzaron hacia Santiago de Cuba apoyados por tropas cubanas y en una dura lucha con las fuerzas españolas. Mientras tanto, la flota norteamericana sitió el puerto de Santiago y el 3 de julio destrozó la armada española del almirante Cervera. La segunda fase fue la conquista de Puerto Rico, que se hizo rápidamente, pues los norteamericanos desembarcaron el 25 de julio; en diecinueve días derrotaron a los españoles, quienes el 12 de agosto firmaron el armisticio.

Crane asistió a la primera fase y sus notas al *World* reflejan, en primer lugar, su condición de escritor más interesado por la eficacia narrativa y literaria de sus textos que por la información escueta y concreta de los hechos. Tanto es así que muchas veces la crónica es reemplazada por cuentos, recuerdos o relatos inspirados, como es lógico, en los acontecimientos de la campaña. En segundo lugar, más que por la política se preocupaba por lo que llamaríamos el lado humano, es decir lo que veían y sentían oficiales y soldados norteamericanos con una notable insensibilidad ante el marco de la realidad cubana y casi ninguna percepción de los múltiples aspectos del bando español. Ambas características se explican fácilmente por tratarse de crónicas que se publicaban en Estados Unidos, donde sólo había interés por la versión de la guerra desde el punto de vista de la opinión pública mayoritaria.

Los textos de Crane se refieren a las dos fases de la guerra. Concluida la campaña de Cuba, Crane se enfermó con fiebres, volvió a New York en el transporte *Ciudad de Washington* y, a mediados de julio de 1898, fue despedido del *World* por un desacuerdo en la rendición de la cuenta de gastos y un malentendido acerca de un artículo en contra del famoso Regimiento 71 que Crane no había escrito. De inmediato Hearst lo recogió en el *Jour-*

nal, que lo volvió a mandar a la guerra, en su segunda fase: la conquista de Puerto Rico. Crane desembarcó en Cuba el 13 de agosto, mandó más de dos docenas de notas al *Journal* y regresó a New York a mediados de diciembre. Su aventura periodística había terminado y sólo le quedaba viajar a Inglaterra, donde lo recibió Cora Tyler en enero de 1899[17].

Las crónicas de Crane

Las primera crónicas de Crane desde el barco *Three Friends*, fletado por el *World* para los corresponsales o desde los navíos de la armada que bloqueaba la costa de Cuba y visitaban los puertos de Haití, Jamaica y la República Dominicana, ofrecen los retratos físicos y psicológicos de oficiales, marineros y soldados con sus ideas, sentimientos y preocupaciones, junto al detalle de los barcos de guerra con sus armamentos y características, sin lugar para desarrollos teóricos ni reflexiones ideológicas innecesarias en un relato que se atiene a la fuerza de la descripción.

Con realismo y economía de estilo, Crane relata los primeros combates con las primeras bajas de soldados y marinos y la aparición de los españoles con una táctica de guerrillas en la selva aprendida de los *mambises*. Esta lucha requería equipos ligeros y una capacidad de rápidos movimientos individuales, insólitos para las bisoñas fuerzas de voluntarios norteamericanos cuyo avance ruidoso «como el de un tren en un túnel», los hacía presa fácil de las emboscadas.

Los españoles usaban los fusiles Mauser alemanes, con bayoneta y cargadores de cinco tiros, cuya precisión requería un gran entrenamiento y proyectiles de pólvora sin humo, frente a los fusiles Springfield 1873, Lee y Krag-Jorgensen norteamericanos, cuya pólvora negra dejaba una nube de humo que servía a los españoles para ajustar su puntería. Crane no creía que los españoles fueran buenos tiradores pero la concentración de fusiles Mauser era de una eficacia aterradora.

Crane aplica su fineza y perspicacia de narrador para penetrar en la psicología de los *mambises*. Estoicos, resistentes y fatalistas, sólo enardecidos en el ataque, con una «impenetrable indiferencia», tanto al hambre como a

[17] *Las aventuras periodísticas de Crane y los textos de sus crónicas, relatos, memorias y cuentos están en el libro editado por R. W. Stallman y E. R. Hageman*: The War Dispatches of Stephen Crane, *New York, New York University Press, 1964. Consultamos, también, de Stephen Crane*: The Works of Stephen Crane. Tomo IX. Reports of War; War Dispatches; Great Battles of the World. Edited by Fredson Bowers, Linden Kent Professor of English at the University of Virginia. With an Introduction by James Colvert, Professor of English at the University of Georgia, *Charlottesville, Va., The University Press of Virginia, 1971.*

los alimentos y recursos que recibían. Desde la perspectiva de los norteamericanos que Crane refleja, los miraban con una «silenciosa curiosidad» y un notorio desdén por la ingratitud cubana, más ávida por aprovechar dichos recursos, de charlar y dormir, que de acompañarlos en la lucha. Los cubanos, a su vez, apenas saludaban o hablaban a los norteamericanos y devolvían ese trato con la superioridad de quienes alardeaban del conocimiento real del campo de batalla. En cuanto a España y los españoles, y muy distante de toda comprensión o simpatía, Crane se enfurece por la efectividad de los ataques guerrilleros pero sobre todo por la seguridad anímica de los oficiales, convencidos de la justicia de su heroísmo en la lucha.

Estos rasgos de la literatura periodística de Crane aparecen, por ejemplo, en su crónica de la batalla de San Juan, el 1 de julio de 1898. Describe la mañana con una niebla espesa y las tropas listas para el asalto de las trincheras españolas, batidas por la fuerte artillería norteamericana en duelo con los cañones enemigos, mientras que el avance se hacía cada vez más duro y sangriento en un paisaje de belleza verde y exuberante.

Había que atravesar la selva por estrechos senderos batidos por la fusilería de las guerrillas españolas, invisibles para los atacantes pero que dejaban decenas de muertos y heridos. Crane exalta la valentía y la dureza de los norteamericanos que no retrocedían ni un paso y, entre ellos, la famosa caballería de los *Rough Riders*, organizados por Theodore Roosevelt, pero que debieron pelear a pie pues sus caballos tuvieron que dejar lugar en los barcos a las mulas de carga. Las aldeas que rodeaban a San Juan iban cayendo después de una durísima lucha y junto con las bajas comenzaban a llegar los primeros prisioneros españoles y cubanos leales a España que Crane desvaloriza como gentuza de clase baja[18].

En cuanto a las crónicas escritas desde Puerto Rico, en la segunda fase de la guerra, Crane vuelve a sus observaciones sobre el carácter de la civilización hispánica en tierras americanas. Ese sello estaba en México, Centro y Sudamérica y no podía ser cambiado por más que el territorio fuera conquistado por las tropas norteamericanas. En Ponce, por ejemplo, encuentra el mismo esquema de ciudad, con la catedral, la plaza y el hotel con lugar para el café y las reuniones. Las casas y edificios descuidados, sin pintura ni elegancia, exhibían la mala administración, la dilapidación de recursos y, sobre todo, la incapacidad de superar la suciedad y la fealdad. Pero era imposible modificarlo pues, como escribió Crane, se podía atravesar una cabeza hispánica con un tiro sin que desapareciera el gusto por la muerte sangrienta de un toro.

[18] *El texto en*: The Works..., *ya citado, 154 y 22.*

Una anécdota curiosa de esta etapa: Crane apostó con un colega apoderarse de un pueblo y con dos compañías del 16.° Regimiento de la Infantería de Pennsylvania, llegó a Juanita Díaz, aldea situada en medio de un hermoso paisaje campesino con valles, montañas y palmeras. Sólo estaba defendida por un grupo de civiles armados que se alejaron y la rindieron a los norteamericanos que habían quedado bajo el mando de Crane, convertido ahora en conquistador jefe militar[19].

Las crónicas comenzaron cuando Crane llegó a La Habana y la guerra estaba finalizando. Se advertía un americanismo oportunista, cierto interés en muchos cubanos por anexarse a los Estados Unidos y una resignación ante la derrota de los españoles que se alejaban para siempre de la isla o se quedaban para hacer negocios en momentos en que comenzaba una crisis económica. Como había cesado la lucha militar, Crane prestaba más atención a la crítica de los rasgos del carácter hispanocubano, tal como se manifestaban en la vida cotidiana y en las relaciones con los norteamericanos.

Cuba ofrecía oportunidades para los inversores norteamericanos siempre y cuando se aceptaran las diferencias de procedimientos legales y comerciales de los hispánicos que resultaban incomprensibles para los norteamericanos. Por ejemplo, el ver la política internacional en términos de conspiraciones o de cambios inesperados o milagrosos, rasgo de tozudez infantil que les impedía aceptar, por ejemplo, la evidencia de una verdad cualquiera, aunque se les presentaran pruebas irrefutables que rechazaban sin conmoverse.

Incapaces de aceptar verdades a medias o propuestas negociables, los hispánicos se refugiaban en la demora de las cosas, a la espera de un vuelco inesperado favorable a su posición. Para Crane ésta era una herencia del regateo propio de los moros que vendían baratijas. Factores negativos que se consideraban como una astucia digna de la alta política pero que obstaculizaban la negociación final de la guerra. Los españoles tenían la convicción fatalista de que Cuba siempre sería de ellos y que las demoras sólo eran una oportunidad para llevarse todo lo que pudieran del dinero que tenían en la isla.

Según Crane los cubanos estaban resentidos porque la victoria se había logrado gracias a las fuerzas norteamericanas y no a la escasa participación de los *mambises* y, en cierto modo, se habían convertido en enemigos de los norteamericanos, a pesar de que estas tropas se habían conducido honorablemente, sin dar lugar a excesos o abusos de poder.

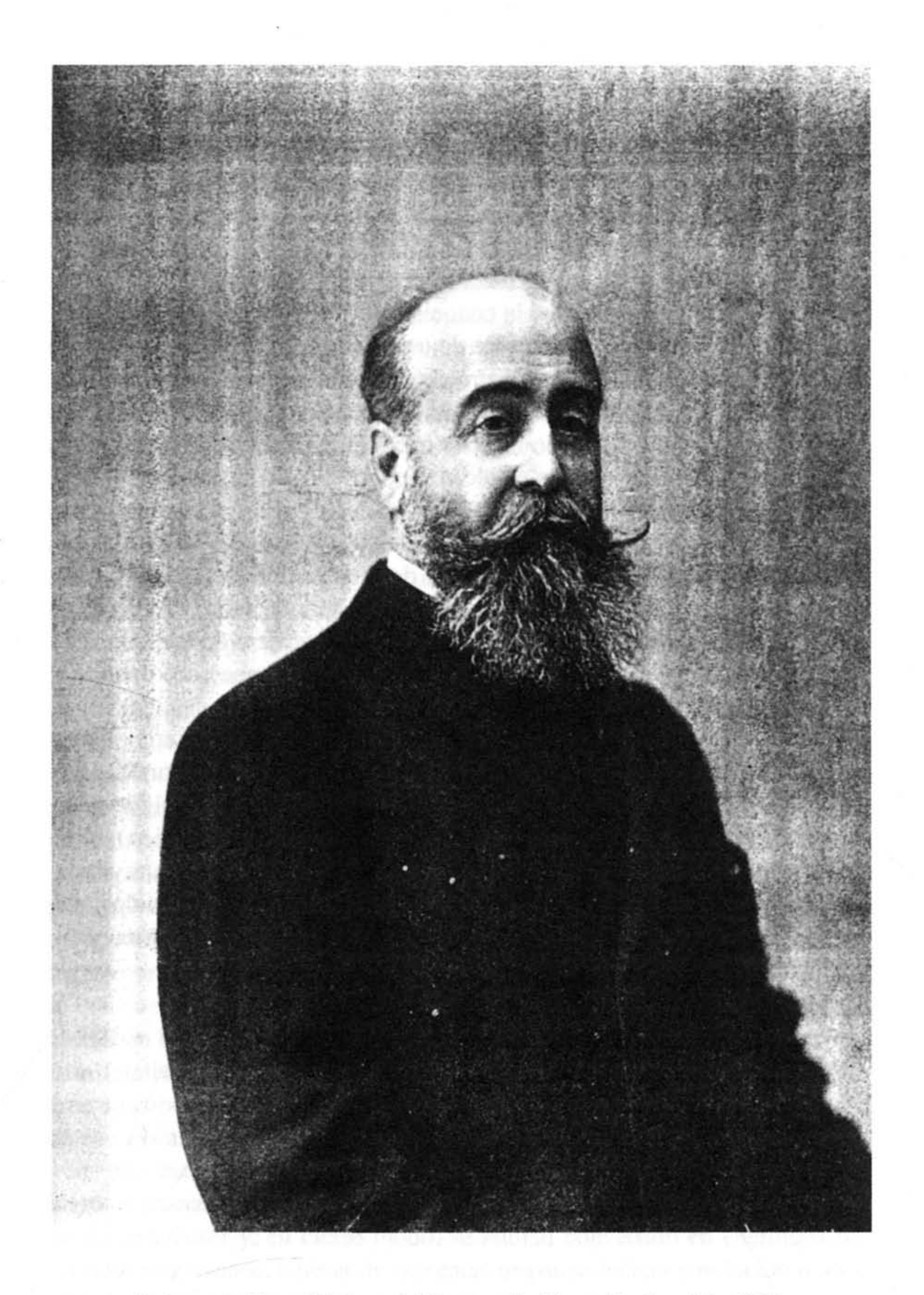
Crane fue un rígido y severo crítico de España en Cuba. Arruinada por años de guerra, disponía de grandes posibilidades en las industrias del taba-

[19] *Cfr. Stallman & Hageman*: Ob. cit., *193-196*.

co, del azúcar y la minería, y al desaparecer un gobierno inepto y corrupto que sólo se apoyaba en un verbalismo sentimental, Cuba podía experimentar un cambio notable si maduraba en su vida social. No temía que Estados Unidos ahogara el desarrollo cubano y más bien pensaba que le contagiaría su fuerza de crecimiento. Rechazaba, pues, explícitamente, la acusación de imperialismo y sostenía que la conquista de Cuba, Puerto Rico y Filipinas era una exigencia impostergable de un país que libraba una guerra.

Estas crónicas periodísticas, dentro de su estilo simple y despojado de hojarasca literaria, ofrecen un relato vívido de algunos aspectos de la guerra. Crane no obtuvo el Premio Pulitzer que ambicionaba pero confirmó su prestigio literario. Desde luego no alcanzó el brillo ni la originalidad de *The Red Badge of Courage* pero la diferencia se debió a la flexibilidad de Crane para producir el material que los diarios le solicitaban. No se busque en estas crónicas una visión más profunda de la situación de la isla, de los cubanos, de España y los españoles. Tampoco teorías sobre la guerra ni sobre muchos problemas que subyacían bajo la superficie de la contienda. Desde una visión tópica del enemigo hispánico, que Crane confirmaba en sus críticas, sólo fue un norteamericano más en el campo de batalla.

Sin embargo, los textos de Crane interesan en la medida que completan, aunque sea de manera parcial, los otros testimonios intelectuales que hemos presentado. Desde nuestra actualidad, la guerra de 1898 sigue siendo una fuente rica y compleja de reflexiones sobre el poder político, sobre las culturas y las ideas en pugna, sobre el destino y la fortuna que tuvieron la España que declinaba al concluir el siglo XIX y los Estados Unidos que surgían inaugurando el siglo XX. Habrá que volver al tema desde esta perspectiva histórica.



Segismundo Moret, Ministro de Ultramar. (*La Ilustración Española*, 1897),
fotografía de Fernando Debas

Algunas visiones de la intelectualidad cubana sobre el 98

Pablo Guadarrama González

En los análisis históricos, y en especial en el estudio de la historia de las ideas, con frecuencia resulta más fácil y fructífero apreciar lo que guarda prudencial distancia en el tiempo que lo acontecido en la inmediatez. La mirada hacia lo próximo en ocasiones no posibilita delimitar adecuadamente las tendencias, líneas, esguinces, corrientes, etc., que pueden valorarse mejor desde una perspectiva algo más alejada. No constituye un simple artificio estéril sostener que muchas veces los árboles impiden ver el bosque.

Este primer centenario de aquel coyuntural momento de la crisis del colonialismo español de 1898 es propicio para muchas valoraciones. Entre ellas esta que pretende justipreciar algunas posturas de los representantes de la intelectualidad cubana de la época ante tan significativo acontecimiento.

La intervención norteamericana en la guerra independentista de Cuba fue, ante todo, un hecho trascendente en la vida política, económica y cultural de este país, pero también tuvo especiales implicaciones en la historia posterior de España y del ingerencismo yanqui en el mundo.

Un adecuado análisis del asunto no debe limitarse a analizar exclusivamente las opiniones de aquellos que la conocieron y juzgaron *a posteriori*. Sería ignorar múltiples actitudes y criterios de peso de otros que con anterioridad a la intervención norteamericana en la guerra, la previeron desde que aparecieron los síntomas de descomposición del imperio colonial español. No fueron pocas las personalidades de la cultura y la vida política cubanas del siglo XIX que percibieron ese temprano apetito yanqui, no sólo en relación con su vecino mexicano, sino también con las islas mayores del Caribe, en especial con Cuba y Puerto Rico.

Ya desde inicios de la pasada centuria el pensamiento filosófico cubano había cristalizado su auténtica madurez en Félix Varela. Las ideas independentistas de este sacerdote, conformadas con los mejores ingredientes de la Ilustración y la modernidad, con sus aportes personales en muchos

planos epistemológicos, éticos y políticos se asentaban en un humanismo consecuente.

Varela vivió en la época en que en la mayor parte de las colonias españolas de América era común que hombres de distintos países lucharan bajo una misma bandera por lograr el ideal bolivariano de integración americana. Sin embargo, el pensador cubano prefirió que la independencia de Cuba fuese conquistada por los propios cubanos sin ninguna participación extranjera. Por tal razón, al analizar este tema sostenía: «Todas las ventajas económicas y políticas están en favor de la revolución hecha exclusivamente por los de casa, y hacen que deba preferirse a la que pueda practicarse por el auxilio extranjero»[1]. Ese fue el criterio que prevaleció entre los mejores exponentes de la cultura cubana decimonónica.

Las ideas independentistas e ilustradas varelianas dieron inicio a una de las líneas más fecundas del pensamiento cubano, según la cual el digno futuro de la nación y la cultura cubanas sólo podría lograrse con la emancipación del colonialismo español y esquivando las pretensiones anexionistas de un importante sector de la vida política y económica norteamericana.

Ese criterio se enraizó en su discípulo José Antonio Saco y en muchos intelectuales que como ellos desarrollaron parte de su actividad en el territorio norteamericano, como es el caso de José Martí y Enrique José Varona. No parece que sea fruto del azar, sino producto de un mejor conocimiento, que estas grandes figuras del pensamiento cubano desarrollasen tales ideas contrarias a cualquier tipo de subordinación de los destinos de la isla a los gobernantes y la oligarquía de los Estados Unidos de América.

A juicio de Eduardo Torres-Cuevas «(...) cuando en 1832 Saco regresa a Cuba era ya un firme convencido antianexionista y, justamente, no por desconocimiento de la realidad norteamericana, sino todo lo contrario, por su profundo conocimiento 'de la raza devoradora' de pueblos»[2].

Experiencias similares tuvieron muchos hombres que inicialmente conformaron su espíritu en la creencia de que la independencia de las colonias norteamericanas y el impetuoso desarrollo económico del país constituían un paradigma para el resto de América, hasta que comenzaron a percatarse de que aquel supuesto paradigma implicaba serias amenazas para los destinos de los pueblos latinoamericanos.

La línea de pensadores y hombres de acción que destacó por su definida orientación contraria a la ingerencia yanqui en los asuntos cubanos, tuvo

[1] *Varela, F.*: Escritos políticos, *Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 160.*
[2] *Torres-Cuevas, E.*: José Antonio Saco. La polémica de la esclavitud, *Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1984, p. 69.*

grandes personalidades como aquéllas, pero también múltiples pilares intermedios que contribuyeron a sostenerla y fomentarla. De otro modo no se explicaría su arraigo, pues ningún movimiento político o cultural trasciende cuando solamente se apoya en un reducido grupo de personas que lo sostienen, aun cuando sean de elevada talla quienes lo impulsen, como en este caso. Solamente aquellos movimientos que encuentran amplio eco, originales aportaciones y, sobre todo, apoyo masivo de los sectores populares, pueden trascender.

Así, las desalienadoras enseñanzas de José de la Luz y Caballero no se convirtieron en letra muerta porque lograron vitalizarse en la enérgica sangre de sus discípulos que combatieron por la independencia cubana llevando en sus mentes la siguiente metafórica opinión del maestro: «Los Estados Unidos: una colmena que rinde mucha cera, pero ninguna miel»[3].

Del mismo modo, las premoniciones martianas sobre los apetitos de determinados sectores del poder norteamericano que podrían producir una afectación de la justicia en detrimento de los pueblos de «Nuestra América», lamentablemente se cumplieron. Lo más triste es que en algunos casos con la complicidad de mal llamados cubanos que aprovecharon algunas debilidades de las filas revolucionarias y saludaron la intervención yanqui. Estos factores, entre otros unidos a la obstinación española de defender el reducto de su imperio colonial hasta la última bala y el último hombre, condicionaron el desenlace del 98.

Martí fue tal vez el latinoamericano de su época que mejor conocía las verdaderas intenciones de los Estados Unidos respecto al resto del continente y del mundo. En su carta inconclusa del 18 de mayo de 1895, un día antes de morir en combate, declaraba: «Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David»[4]. Tal afirmación era el corolario preciso de esa carta a su íntimo amigo mexicano Manuel Mercado en la que le confesaba: «(...) ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimo con qué realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían

[3] *Luz y Caballero, J. de la:* Selección de textos, *Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1981, p. 156.*

[4] *Martí, J.: «Carta a Manuel Mercado», (18 de mayo de 1895), en:* Páginas escogidas, *Instituto del Libro, 1968, p. 154.*

dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos –como ese de Ud. y mío–, más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia, –les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos»[5]. No es necesario comentar estas ideas de Martí. Ellas se explican por sí mismas.

El enjuiciamiento crítico del naciente imperialismo norteamericano, aunque cauteloso, era apreciable también en otros dirigentes de la lucha insurrecta cubana como Antonio Maceo. Pero el objetivo del presente análisis está dirigido a prestar más atención a los integrantes de la intelectualidad propiamente dicha y en especial a aquellos que mayor trascendencia alcanzaron en alguna expresión de la cultura cubana, precisamente con el objetivo de salvarla ante la agresividad cultural de una nación tan poderosa, que ha logrado imponer en el mundo innumerables patrones culturales en el presente siglo.

A la intelectualidad cubana más auténtica le interesaba especialmente salvaguardar la cultura nacional e impedir por cualquier vía que la *nordomanía*, que acompañaba a algunas posturas positivistas predominantes en el ambiente filosófico latinoamericano de fines de ese siglo y que eran proclives a cierta hiperbolización de los logros alcanzados por los pueblos anglosajones, pudiese inducir a quebrantar el reconocimiento del valor de la herencia cultural española y de su síntesis americana.

La talla intelectual de Martí le permitió diferenciar adecuadamente los valores contenidos en la cultura española de la cual nuestra América era honrosa heredera, del mismo modo que rechazaba los antivalores de las concepciones y los métodos de dominación de la metrópoli colonial ibérica.

También cuando se produjo la independencia de las primeras colonias españolas en América se desató un espíritu antiespañol de tanta magnitud que se trasladaba al rechazo de la cultura y hasta de la lengua castellana. Este equívoco provocó la adecuada reacción de algunas prestigiosas personalidades del pensamiento latinoamericano, entre ellas Andrés Bello, que supieron diferenciar oportunamente los planos y destacar que el amor por la libertad no debía producir el desdén por nuestro idioma y por la riqueza de la cultura iberoamericana.

[5] Idem, *p. 153*.

El inicio del siglo XX latinoamericano da paso a cierta reacción antipositivista que no se produce de manera uniforme en todos los países del área. En Cuba esa oleada no tiene la misma magnitud que en México, Perú, Argentina y Uruguay. En algunos países como República Dominicana la huella positivista se dejará sentir en muchas esferas de la vida intelectual y no sólo en el espacio filosófico, hasta muy avanzado el siglo XX. Algo similar sucede en Cuba, donde cierto positivismo *sui generis* se aprecia hasta las dos primeras décadas del siglo XX en la educación, el derecho, las ciencias sociales, la interpretación de algunos avances de las ciencias naturales, la literatura, etc.

Aunque es lógico que el viraje en la vida política cubana a partir del 98 fuera trascendente, y apareciera manifestaciones de escepticismo y pesimismo en algunos pensadores notables como Enrique José Varona, no es sostenible pensar que «se produjeran de inmediato cambios sustanciales en cuanto a las ideas filosóficas predominantes del último cuarto del siglo anterior»[6], como sugiere Joaquín Santana.

El predominio de una corriente filosófica en una época, por supuesto que está condicionado siempre por las transformaciones económicas y políticas existentes, pero jamás guarda similitud alguna con una caja de resonancia. Del mismo modo que los cambios que se producen en un país o en el mundo y que aparentan surtir efecto exclusivo a partir de una fecha específica, como puede ser 1789 o 1917, y en este caso 1898. En verdad las modificaciones que operan en el devenir de las ideas filosóficas no están, por suerte, impulsadas por almanaques.

Mucho antes de que se produzcan los grandes acontecimientos históricos, se van gestando las ideas filosóficas y ellas mismas se convierten en factores que coadyuvan a catalizarlos. En otros casos pueden aletargarse y reaccionar ante la fuerza de los hechos, pero sin que se produzcan en sus tendencias y rasgos cambios significativos.

Algunos representantes del pensamiento filosófico cubano se habían percatado mucho antes de que se produjese la intromisión yanqui en los asuntos cubanos, del significado de lo que se convertiría en un hecho, mas eso no justifica que una vez ocurrido hubiesen cambiado todo el andamiaje de su compleja concepción filosófica.

Una de las figuras más significativas de esa época fue Enrique José Varona, quien en el plano ideológico osciló entre el liberalismo, el reformismo,

[6] *Santana, J.: «Las ideas en Cuba al cese del dominio colonial. Una aproximación crítica» en* Nuestra historia común. Cuba-España. En torno al 98, *Editorial Ciencias Sociales, Centro Cultural de España en La Habana, La Habana, 1997, p. 77.*

el autonomismo, el independentismo, el conservadurismo y al final de su vida tuvo posiciones mucho más de izquierda. Tales cambios ideológicos pueden demarcarse con mayor o menor precisión. Pero no se puede pensar que cada uno de ellos se correspondiera con un cambio en su concepción filosófica del mundo, que indudablemente siempre posee un contenido de mayor magnitud.

Varona viajó a los Estados Unidos a solicitud de Martí para colaborar en la edición del periódico *Patria*, órgano del Partido Revolucionario Cubano. Las muertes de Martí y Maceo lo afectaron considerablemente. Al comprobar que existía un equilibrio insuperable entre las fuerzas cubanas y españolas en la guerra, consideró que era necesaria la intervención norteamericana, por eso en 1900 planteaba: «Lejos de creer yo, como muchos hombres prominentes de la Revolución, que la intervención norteamericana ha sido una sorpresa, la he considerado siempre como un resultado inevitable de todos los antecedentes de la situación en que nos encontrábamos en la primavera del año 98. Los Estados Unidos desde que llegaron a la boca del Misissippi, han considerado la cuestión cubana casi como un asunto doméstico y su diplomacia ha procedido en consecuencia con alguna oposición a veces, las más con el asentimiento de las potencias europeas: y sin que España pudiera, aunque bien hubiera querido, resistir a esa presión permanente (...). La intervención vino porque tenía que venir, porque estaba anunciada desde la época de Grant, cuando del gabinete de Washington declaró que no podía consentir a sus puertas un país en insurrección permanente. Y sólo hubiera dejado de venir en la forma material de la ocupación militar, si los cubanos hubiéramos tenido fuerza bastante para vencer a España y expulsarla de nuestro territorio, o España previsión bastante para pactar a tiempo con los cubanos. No ocurrió ni lo uno ni lo otro; y los Estados Unidos intervinieron con sus fuerzas de mar y tierra; y a su intervención se debe que la furia española y la desesperación cubana no hayan convertido a Cuba en yermo sembrado de escombros y cadáveres. Los Estados Unidos han salvado a Cuba para la civilización y la humanidad...»[8].

Estos fueron los criterios iniciales del destacado pensador, los cuales fueron modificados paulatinamente una vez que experimentó los reales móviles norteamericanos que le indujeron a intervenir en la guerra. Varona, incluso, colaboró con el gobierno norteamericano durante los días de la pri-

[7] *Véase: Guadarrama, P. y Dussel, E.*: El pensamiento filosófico de Varona, *Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1986.*
[8] *Varona, E. J.*: De la Colonia a la República, *Cuba Contemporánea, 1919, pp. 205-206.*

mera intervención, dada su convicción de que los cubanos debían demostrar cuanto antes que eran capaces de autogobernarse. Pero la prepotencia yanqui acuñada bajo la forma de la Enmienda Platt –que permitía la «legal» intromisión norteamericana en la política cubana–, entre otros elementos, le hicieron paulatinamente cambiar de opinión.

Finalmente se convenció de que no bastaba demostrar a los norteamericanos que los cubanos eran laboriosos y suficientemente cultos para autogobernarse, pues los intereses monopólicos norteamericanos necesitaban tanto en Cuba como en todas partes, que les abrieran puertas y no precisamente para pasar, sino para quedarse.

Varona había forjado su ideología en el liberalismo decimonónico opuesto a cualquier tipo de monopolio. A su juicio, «monopolizar el saber resulta tan perjudicial como monopolizar las utilidades»[9] y por eso a los pocos años de la penetración norteamericana en la economía de la isla se lamentaba: «En Cuba florece el monopolio con la misma pujanza con que arraiga la yerba mala en sus campos»[10].

La mayor parte de la intelectualidad progresista cubana de principios de siglo vio frustradas sus aspiraciones liberales con la penetración de los capitales norteamericanos en la economía cubana, pues su ideal consistía en que se desarrollara una burguesía nacional fuerte e independiente que posibilitase fuente de trabajo a grandes sectores populares y que se desarrollase la pequeña propiedad agraria con una amplia población campesina. Ni lo uno ni lo otro fue posible y el pesimismo proliferó.

Esas fueron algunas de las razones que motivaron en 1903 a Manuel Sanguily a criticar la venta de tierra a los extranjeros, que por supuesto eran en su mayoría norteamericanos. Pero las razones de su preocupación no se circunscribían a la cuestión económica, sino a las consecuencias mucho más negativas que podía traer aparejadas la penetración cultural norteamericana, esto es, la afectación del desarrollo de la nacionalidad cubana. Por ese motivo expresaba: «Al paso que se desenvuelve esta verdadera revolución económica a que seguirán consiguientemente una revolución social y una revolución política, esto es, la transformación de la riqueza territorial con el traspaso de su propiedad, y por ende, la influencia inevitable de los poderosos extranjeros en la vida diaria, en el desgaste, en el descrédito y la adulteración de nuestro idioma, y, al cabo, en la legislación y la suerte definitiva del país cubano, muy pronto nos suscitaría problemas o complicaciones formidables, ante los cuales serían inútiles los lamentos, aunque no sería

[9] *Varona, E. J.:* Cuba contemporánea, *La Habana, 1919, T. XXI, n. 54, p. 332.*
[10] *Varona, E. J.:* Con el eslabón, *Editorial El Arte, Manzanillo, 1927, p. 200.*

menos positiva y dolorosa nuestra impotencia para resolverlos como exige la preservación de nuestra nacionalidad»[11].

Una de las mayores preocupaciones de estos dignos representantes de la intelectualidad cubana de la época era salvar la cultura y la identidad cubanas frente al coloso norteamericano. Por una parte, sabían que los lazos de dependencia económica conducirían a Cuba a un *status* similar o peor al que había mantenido durante la época colonial. Sanguily consideraba que la isla volvería a una situación respecto al comercio, similar a la que tenía con España durante el siglo XVIII[12]. Y estableciendo una comparación entre la posibilidad de haber sido colonia de Estados Unidos o de España, preferían haberlo sido de esta última por varias razones.

Según Sanguily: «Y bien miradas las circunstancias, a Cuba le fue más ventajoso en el pasado haber sido colonia española, que le sería en adelante o alguna vez el ser dependencia de Estados Unidos porque España estaba muy lejos; porque era muy pobre; porque relativamente era también muy débil y porque al fin era la raza genitora (...). Con España por otro lado nunca podíamos dejar de ser cubanos y de sentir y de pensar en nuestra común lengua castellana, lo que significa que, antes de degenerar y decaer, nos era dado siempre cultivar nuestra propia mentalidad y alimentar un ideal castizo de reformación o de futura vida nacional. Bajo los americanos, como término definitivo, seríamos indefectiblemente «absorbidos»: iríamos desapareciendo, pronto o despacio, por la proximidad de su inmenso país, por su número abrumador, por inundación asfixiante de su gente, por el gobierno suyo que a ella por fuerza la favorecería y no a nosotros, por el dinero inagotable y sin entrañas, por la mayor fortaleza, por la imposición de su idioma como lengua oficial; y toda esta perspectiva sería muy hermosa para la humanidad, aunque yo no lo sé; pero es muy triste, es funesta y por lo mismo odiosa para los cubanos; por lo que yo hago votos porque eso nunca llegue a suceder»[13].

Estaba muy claro Sanguily cuando formulaba tales posibilidades que se convirtieron en realidad en el caso de Puerto Rico. El hecho de que no pudiese cristalizar en el caso cubano la colonización total, como era la mayor ambición de los gobernantes norteamericanos y la oligarquía yanqui, se debe entre otros factores, al papel desarrollado por una vanguardia política revolucionaria que supo asumir dignas posturas independentistas

[11] *Sanguily, M.: «Contra la venta de tierra a los extranjeros», en* Pensamiento Revolucionario Cubano, *Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1971, p. 260.*

[12] *Sanguily, M.:* Idem, *p. 256.*

[13] *Sanguily, M.: «Carta a los estudiantes de Kansas» (marzo 6 de 1907), en* Antimperalismo y república, *Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1970, pp. 147-148.*

ante el nuevo imperio que se ofertaba como sustituto del debilitado colonialismo español.

Entre esa pléyade de ilustres cubanos estaba Juan Gualberto Gómez, quien al hacer un temprano balance de las causas que desviaron la finalidad de la guerra iniciada por Martí, indicaba entre otras la temprana muerte del líder que provocó la desorientación en algunos y que se propiciara el oportunismo entre otros, especialmente entre algunos residentes en los Estados Unidos. Al valorar los peligros reales inminentes que ya en temprana fecha como 1902 podían apreciarse, señalaba: «Tal vez sea prematuro formular un cargo a los directores de la Revolución por su conducta frente a la intervención. Quizás cuando llegue la hora de depurar, ante el tribunal de la Historia, las responsabilidades, demuestren aquellos directores la procedencia de esa conducta. Pero sea lo que fuere, resulta indudable que con ella se desvió el sentido del movimiento que Martí preparara y organizara, y que en esa desviación está la clave de la gran herida que sufre en este momento, el ideal de la independencia absoluta de la patria cubana»[14].

En aquellos momentos iniciales de incertidumbre resultaba muy valiosa la diáfana orientación sobre cuál podía ser el rumbo definitivo que podía tomar la dominación norteamericana en la isla, en caso de que las fuerzas revolucionarias no se mantuvieran activas y se enfrentaran, no sólo a la famosa Enmienda Platt, –que limitaba de hecho la soberanía de la Constitución cubana–, sino a todos los instrumentos de penetración económica e ideológica del nuevo imperio naciente. Muchos de los dirigentes e intelectuales que participaron en la lucha contra España supieron cultivar en algunos sectores de las nuevas generaciones intelectuales y en el pueblo con mínimo acceso a la información política, el amor por la independencia absoluta y el enfrentamiento al poder neocolonial norteamericano.

En esa labor destacaron hombres de distinta formación filosófica e ideológica como Juan Gualberto Gómez, Salvador Cisneros Betancourt, Enrique José Varona, Manuel Sanguily y Enrique Collazo, algunos de ellos más liberales e influidos por el positivismo, otros desde posturas más populares y revolucionarias e incluso con ideas socialistas utópicas y marxistas como Diego Vicente Tejera y Carlos Balino, respectivamente.

Cisneros Betancourt, con una temprana postura viril frente a la Enmienda Platt, desenmascaraba en 1901 las verdaderas intenciones del gobierno norteamericano al haber intervenido en aquella guerra, al expresar: «Los Estados Unidos en sus últimas conclusiones hacen desaparecer todo lo

[14] *Gómez, Juan Gualberto: «La revolución del 95», en* La lucha antimperialista en Cuba, *Editora Popular de Cuba y el Caribe, La Habana, 1960, p. 12.*

grande y humanitario que tenía el acto de venir a expulsar a los españoles de Cuba, a favor de los cubanos, toda vez que nos ponen por condición que sin la aceptación de dichas conclusiones seguirán interviniendo en Cuba»[15]. Indudablemente tendrían que buscar nuevos argumentos justificativos, pues no les hubiese quedado bien que siguiesen explotando barcos al estilo del *Maine* en la bahía de La Habana.

Un importante hito en la labor historiográfica de reconsideración del papel de la intervención norteamericana en la guerra de Cuba contra España lo desarrolló Enrique Collazo con su obra *Los americanos en Cuba* publicada en 1905. De acuerdo con el acertado juicio de Julio Le Riverend esta obra tuvo una extraordinaria importancia, porque hasta entonces sólo se había publicado la obra anexionista de José Ignacio Rodríguez y frente a esa apátrida posición, Collazo sostuvo una tesis que encontraría posteriormente dignos continuadores, –especialmente en la labor del historiador Emilio Roig de Leuschering[16] y de intelectuales marxistas como Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez, entre otros, –esto es, «que Cuba no debe gratitud alguna al gobierno norteamericano, pues la independencia fue obra del esfuerzo propio, incluso esa independencia formal que los imperialistas idearon como sustitutivo de sus violentos proyectos anexionistas de carácter pura y simplemente colonial»[17].

En la nueva generación que continúa la herencia antimperialista destaca Julio César Gandarilla, quien en 1913 en su libro *Contra el yanqui* sostenía: «Digamos que el americano no ayudó a Cuba, puesto que no le permite la soberanía ni la dignidad, que sólo procuró adquirir familiar y resonancia, que sólo tuvo y tiene el canino deseo de comerse los pueblos pequeños y hacerse temer en todo el mundo. Digamos que los cubanos serán perseguidos por defender a Cuba, que el escritor será procesado por decir la verdad y reclamar la independencia absoluta de su país»[18].

[15] *Cisneros Betancourt, S.: «Voto particular contra la Enmienda Platt», en* Pensamiento Revolucionario Cubano, *edición citada, p. 227.*

[16] *«La Guerra libertadora cubana de 1895-98 fue obra de una mayoría popular, pues movilizó, en forma mayoritaria a la población cubana, sin que eso quiera decir, desde luego, que esa mayoría empuñó las armas y se lanzó a los campos de la lucha armada; pero sí que además de las fuerzas combatientes del Ejército Libertador, el pueblo de Cuba mayoritariamente, hizo causa común con la Revolución y a ella se sumó (...). Después de la invasión, el poder de España en Cuba estaba herido de muerte, habiendo perdido España toda posibilidad de derrotar al Ejército Libertador y pacificar la Isla». Roig de Leuschering, E.:* Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos, *Ediciones La Tertulia, La Habana, 1960.*

[17] *Le Riverend, J.: Prólogo a* Los americanos en Cuba, *Enrique Collazo, Edit. Ciencias Sociales, 1972, p. XIX.*

[18] *Gandarilla, J. C.:* Contra el yanqui, *Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 68-69.*

En la literatura y en otras manifestaciones de la vida intelectual cubana[19] de principios de siglo otras personalidades como Carlos Loveira y José Antonio Ramos, así como posteriormente Fernando Ortiz, Alejo Carpentier, José Antonio Portuondo, Medardo Vitier, Rafael García Barcena, entre otros, dejarían plasmada en distinto modo sus concepciones reivindicadoras de la dignidad nacional ante la ingerencia económica, política y cultural norteamericana.

Es necesario también señalar que en la vida cultural cubana de la primera mitad de este siglo que se despide no faltaron algunos proclives a considerar a los Estados Unidos como los grandes héroes de las libertades conquistadas por el pueblo cubano. Afortunadamente estos personajes no han sido los que han servido como paradigma referencial del pueblo cubano en su lucha hasta nuestros días por su nación, su soberanía y su identidad cultural. Por el contrario ha sido aquella línea de pensamiento humanista práctico, desalienador y emancipatorio que partió con las ideas independentistas de Varela condicionadas por sus ideas ilustradas y tuvo en el siglo XIX a José Martí como la expresión superior en la cultura cubana, y en especial en el pensamiento político la que ha nutrido las nuevas generaciones intelectuales y políticas de la sociedad cubana hasta el presente.

A cien años de 1898 se puede apreciar mucho mejor el crecimiento del bosque de la cultura cubana, que no sólo se ha mantenido a pesar de intentos de talarlo hasta en sus raíces, de plantas parásitas y otros agentes destructivos que pueden impulsar a algunos observadores a detener la mirada en algún que otro árbol endeble o enfermo, en lugar de dejarse cautivar por la vitalidad de la impetuosa floresta.

[19] *Véase: Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba,* Perfil histórico de las letras cubanas desde los orígenes hasta 1898, *Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983*; Letras: cultura en Cuba, *Prefacio y compilación, Ana Cairo Ballester, Editorial Pueblo y Educación, (7 tomos), La Habana, 1992; Guadarrama, P., Rojas, M. y otros*: El pensamiento filosófico en Cuba. Siglo XX. (1900-1960), *Universidad Autónoma del Estado de México, 1995.*



Ricardo Baroja: *La diligencia* (1941)

Entre Cuba y España: el dilema del autonomismo, 1878-1898

Marta Bizcarrondo

A primera vista no es el autonomismo cubano un fenómeno histórico de fácil comprensión. La dureza de las sucesivas confrontaciones entre españoles y patriotas, culminadas en las dos guerras de 1868-1878 y 1895-1898, parece sugerir que sólo había dos fuerzas en presencia. El fuerte contenido nacionalista de la historiografía cubana en las cuatro últimas décadas refuerza esa imagen dualista, en tanto que por parte española ha imperado, y sigue imperando, la amnesia. El hecho de que entre el convenio del Zanjón y el grito de Baire existiese una fuerza política, el Partido Liberal Autonomista, que concentraba los mayores apoyos de los insulares blancos, viene a perturbar las visiones propias de un nacionalismo reduccionista. O no debieron existir, o fueron simplemente, como explicó el historiador ortodoxo Ramón de Armas, los exponentes de una burguesía antinacional[1]. A fin de cuentas, *¡los autonomistas, a las guásimas!*, es decir, hay que ahorcar a los autonomistas, fue un grito popular al terminar la guerra en 1898.

Las cosas eran más complicadas y los propios partidarios coetáneos de la independencia supieron verlo perfectamente. La guerra larga había agotado a los patriotas cubanos. Salvo para una minoría, los grupos sociales acomodados, aun cuando estuvieran poseídos de un sentimiento patriótico, creían suicida todo ensayo de una nueva insurrección. Además, la tolerancia implantada por el general Martínez Campos, sugería la posibilidad de alcanzar importantes reformas, incluso el autogobierno, por medios legales. Propietarios medios criollos, abogados, publicistas, quizás también los mismos masones –ejemplo, Antonio Govín, gran maestre y definidor del nuevo partido– decidieron emprender esa senda, bajo el estandarte de la bandera patriótica cubana de la autonomía, compatible a su juicio con la soberanía española. La creciente presencia norteamericana en la isla favoreció esa inclinación, frenada en cambio por el mantenimiento de un sistema de dependencia colonial abusivamente favorable a los peninsulares. «El

[1] *Ramón de Armas*: Los partidos burgueses en Cuba neocolonial. 1899-1952, *La Habana, 1985, p. 24.*

país quiere paz –resumía un periódico habanero– y se le perturba con odiosos privilegios, con una legislación inicua»[2].

El principal obstáculo para los autonomistas residía en que esa tolerancia para su actuación pública no alcanzaba traducción efectiva, ya que los mecanismos caciquiles de la Restauración otorgaban la hegemonía en la isla al partido españolista, la Unión Constitucional, y Cánovas del Castillo, patrón del régimen, era visceralmente opuesto a la autonomía, en la que siempre vio el primer paso para la pérdida de la isla[3]. De ahí que la historia del autonomismo cubano esté plagada de lamentaciones por el nulo eco que sus quejas y propuestas lograban en Madrid. Ello justifica el goteo de militantes destacados que aun antes de 1895 abandonan la fe en el posibilismo del partido y anticipan el cambio de campo, frecuente durante la guerra, en dirección de las filas independentistas. Un prohombre del patriotismo cubano, Emilio José Varona, elegido diputado autonomista por el Camagüey en 1884, lo explicaba años después, convertido ya en protagonista de la independencia: «a pesar de las promesas de España y de los cambios de aparato que introdujo en el gobierno de Cuba después de 1878, los españoles europeos han gobernado y dominado exclusivamente la Isla, y han continuado explotándola hasta arruinarla»[4]. Varona había atravesado en 1895 el Rubicón, pero expresiones similares podían encontrarse en los más moderados dirigentes autonomistas, dada la nula receptividad de los gobiernos españoles a las iniciativas de cambio. El diputado autonomista Rafael Montoro lo anunciaba un año antes: «Pero si las reformas fracasan y una vez más se burlan las promesas hechas al país, nada podrá impedir que un reguero de pólvora se extienda de un extremo a otro de la Isla»[5]. Hasta el punto de que como subraya Luis Estévez y Romero, ese sentimiento de frustración provoca lo que será el anuncio de la insurrección en Oriente, al disolverse el 18 de enero de 1895 el Comité autonomista de Santiago. Era el signo de que «la suerte estaba echada, y que la Revolución estaba a las puertas»[6].

En esa coyuntura, los observadores más perspicaces se daban cuenta de que el Partido Autonomista constituía la última línea de defensa para la presencia política de España en Cuba. Desde una perspectiva estrictamente

[2] *«Ley de castas»,* La Lucha, *22-IV-1890.*
[3] *Juan del Nido y Segalerva:* Historia política y parlamentaria del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, *Madrid, 1914, pp. 946-950.*
[4] *Enrique José Varona: «Cuba contra España», en* De la colonia a la República, *La Habana, 1919, pp. 54-55.*
[5] *Rafael Montoro: Mitin autonomista de San Nicolás, 1894, cit. por Manuel Fernández Valdés, «prólogo» a Raimundo Cabrera,* La campaña autonomista, 1878-1895, *Habana, 1923, p. 10.*
[6] *Luis Estévez y Romero:* Desde el Zanjón hasta Baire, *Habana, 1899, p. 547.*

burguesa, un comentarista anónimo de *La Lucha* lo hacía ver en enero de 1890, apoyando una afirmación en el mismo sentido del órgano diario del autonomismo: «El problema cubano no tiene más que dos soluciones: la solución anexionista y la solución autonómica. *Los liberales y demócratas preferimos la última porque es la solución nacional*». «El día en que desaparezca el Partido Autonomista, tan calumniado por los conservadores, concluía el redactor, una inmensa catástrofe se cernirá sobre la dominación de España en Cuba»[7]. A partir del ángulo opuesto, ese papel histórico es precisamente lo que les reprochaba a los autonomistas José Martí: «De represa ha venido sirviendo el Partido Autonomista a la revolución, y la revolución se saldrá de madre en cuanto la fuerza de las aguas rompa la represa»[8]. Pero no faltaban revolucionarios, protagonistas de ambas guerras, que en el período de paz insisten en que la autonomía evitaría sin duda la guerra. «Si se obtiene justamente el amor de los cubanos a la Metrópoli –profetiza en marzo de 1887 Manuel Sanguily– las bayonetas y esos cañones todavía no serán bastantes»[9]. Las citas pueden multiplicarse desde todos los ángulos y lógicamente es el presidente del Partido Autonomista, José María Gálvez, quien de forma más clara propone la perspectiva del acuerdo en el marco del «país autonomista», entre «la inmensa mayoría de sus hijos» y «la parte más sana» de los peninsulares, estableciendo una convivencia armónica entre «pueblos hermanos». La conciliación buscada era absoluta: «Nuestro ideal es conseguir la autonomía bajo la nacionalidad española. Españoles con todas las condiciones de los españoles, a saber: cubanos civilizados, cultos y libres». En otro caso ambos pueblos estaban «destinados a una gran catástrofe si el error prevalece como hasta aquí»[10].

Era un doble significado. El autonomismo irritaba justamente a Martí por constituir una desviación de la senda independentista, pero al mismo tiempo constituía un factor decisivo de toma de conciencia, gracias a la propaganda legal, de los intereses de la isla, de la opresión que sufría y de la propia pertenencia a la cubanidad. Por eso independentistas como Juan Gualberto Gómez apreciaban la labor del Partido Liberal Autonomista a pesar de no suscribir la meta de *Cuba Libre*. En su libro *La cuestión de Cuba en 1884*, Gómez, desterrado en Madrid, hace una descripción elogiosa de su composición social y de sus propósitos:

[7] La Lucha, *20-I-1890 y* El País, *19-I-1890.*

[8] *José Martí: «La agitación autonomista»,* Patria, *19-III-1892, en* Obras Completas, *t. I, La Habana, 1975, pp. 331-335.*

[9] *Luis Estévez y Romero*: Desde el Zanjón hasta Baire, *Habana, 1899, p. 219.*

[10] *José María Gálvez: Resumen de los discursos en el Teatro de Santiago, enero de 1887, cit. por Luis Estévez, op. cit. pp. 215-216.*

> Representaba a la verdadera clase media de Cuba. Abogados distinguidos, sabios médicos, doctos profesores, hacendados de segundo orden, gente de verdadero arraigo en el país, sentían la humillación a que los condenaba el viejo régimen colonial y pugnaban por modificarlo. Querían tener los mismos derechos que los demás españoles...[11].

Juan Gualberto Gómez destaca el carácter oligárquico del partido pero también el sincero amor a Cuba que anima su propaganda. Un dato que provocará el reconocimiento de otras figuras del separatismo, como Manuel Sanguily –el autor de la definición del cubano como un español que no es español y de la cubana como una nueva nacionalidad surgida del interior de la nacionalidad española[12]– y el propio Máximo Gómez.

Estos elogios suelen coincidir en un denominador común: la labor eficaz del autonomismo en la difusión de una conciencia patriótica cubana. Es lo que encarna *Cuba y sus jueces*, el libro de Raimundo Cabrera, prologado por Montoro en 1887, que alcanzará gran difusión: en 1891 está ya en su séptima edición. Mientras Cabrera desplegará con energía los datos que fundamentan la nacionalidad cubana, Montoro en el prólogo explica la imposibilidad de la independencia. En la descripción de Montoro, principal orador del partido y hombre moderado, existe en Cuba un pueblo capacitado «para conseguir un grado muy alto de civilización y prosperidad, con tal que logre vencer la espantosa crisis en que febril y desasosegadamente se agita»[13]. De ahí el derecho a la autonomía colonial, pero la isla es un espacio todavía insuficientemente poblado y requiere una intensa emigración blanca para completar su desarrollo. Hay que apostar, pues, por la concesión de reformas desde España para evitar tanto la opresión vigente como el riesgo revolucionario: Cuba necesita «que un amplio *self-government*, fundado en la libertad y en la justicia, haga imposibles a un tiempo mismo, la temeraria imposición de los poderosos de ahora ya el justo resentimiento de los oprimidos. Entonces, y sólo entonces, se habrá salvado Cuba para sí misma y para España»[14].

La conciliación es menos clara en el texto de Cabrera, un patriota de la primera guerra que se adhirió pronto al partido liberal (autonomista) y entre 1878 y 1884 dirigió en la localidad de Güines el semanario *La Unión*.

[11] *Juan Gualberto Gómez: «La cuestión de Cuba en 1884» (1885), en* Por Cuba Libre, *2.ª ed. La Habana, 1974, pp. 193-194.*
[12] *Manuel Sanguily*: Discursos y conferencias, *tomo I, Habana, 1918, p. 452.*
[13] *Rafael Montoro: «Prólogo» a Raimundo Cabrera,* Cuba y sus jueces, *7.ª ed., Filadelfia, 1891, p. 13.*
[14] Ibid, *p. 17.*

Durante la guerra emigrará a Estados Unidos, optando de nuevo por la independencia, dirigiendo allí el periódico ilustrado *Cuba y América*, y escribiendo unas supuestas memorias de guerra, *Episodios de la guerra. Mi vida en la manigua*. Cabrera coincide con Montoro en reclamar «sin restricciones el gobierno del país por el país» y en la dura crítica del régimen colonial, pero sobre todo intenta demostrar que existe un desarrollo histórico de Cuba que ha ido cobrando forma a lo largo del siglo XIX, en contra de lo que escribe un publicista español de apellido Moreno en un libro titulado *Cuba y su gente*. Lo que muestra Cabrera es «un pueblo culto, liberal, oprimido y mal administrado»[15]. Como suele ocurrir en el autonomista y en el independentista, la realidad peninsular queda fuera de campo. Lo que los cubanos ven de España es una administración totalmente distinta de la liberal ejercida por Inglaterra, un *Leitmotiv* de la propaganda autonomista en las Cortes de Madrid, capitaneada por el hispanocubano Rafael María de Labra. Para España, según Cabrera, es «la colonia como una gran finca de explotación adonde encuentran empleo esa multitud de aspirantes que como plaga inextinguible pulula en las escaleras de los ministerios»[16].

Cabrera pasa revista a unos progresos propios de la civilización y de la cultura en la isla para los cuales nada cuenta España. Por eso bajo su dependencia, esa «sociedad culta e inteligente» no puede conseguir la felicidad y el bienestar. Es una situación marcada por el dualismo: «En Cuba ha habido siempre dos partidos: el de los dominadores y el de los dominados; el de los que explotan y disfrutan privilegios, y el de los explotados y oprimidos»[17]. El Partido Español, la Unión Constitucional, representa a los primeros y el Partido Cubano, el autonomista, a los segundos. Ese tajante enfrentamiento queda en todo caso amortiguado por la inteligente moderación del PLA, al imponer la fórmula conciliadora: «el convencimiento de que la Autonomía colonial es la salvación de Cuba para los cubanos, para la Patria Española y para la civilización»[18]. La conclusión coincide con la de Montoro, pero la obra no se detiene aquí y Cabrera sigue enumerando los males que el mal gobierno español produce en «un pueblo irresponsable de sus múltiples desgracias». La que nuestro autor llama la Madre Patria, España, se sienta en el banquillo de los acusados a lo largo de todo el libro. Sólo la autonomía será «el remedio eficaz y apetecido para tanta calamidad y desventura»[19].

[15] Ibid., *p. 43.*
[16] Ibid., *p. 58.*
[17] Ibid., *p. 94.*
[18] Ibid., *p. 108.*
[19] Ibid., *p. 231.*

La amplia implantación en la isla y la coherencia de su programa, favorables para el autonomismo, tenían como contrapartida el mencionado rechazo de los gobiernos de la Restauración frente a cualquier reforma descentralizadora efectiva. Les quedaba sólo la labor de denuncia y crítica, con el inconveniente de que ello desembocaba lógicamente en el separatismo, al ver frustradas una y otra vez sus expectativas. Así, cuando llega Sagasta al poder, en 1886, los diputados autonomistas presentan en unión de su correligionario de Puerto Rico, Julio Vizcarrondo, una serie de proyectos de ley reformadores que ni siquiera son discutidos. Quizás la percepción de esta circunstancia es lo que lleva a los autonomistas a cargarse deliberadamente de optimismo, según ocurre en 1893 con el proyecto de reformas de Antonio Maura y en 1895, ya en vísperas de la guerra, con el aún más tímido de Buenaventura de Abarzuza. Es lo que había anunciado en 1886 Rafael Montoro en su primer discurso parlamentario, un mes antes de las fallidas proposiciones de ley (de 26 de julio). En sus palabras, no había hostilidad en la isla «contra la madre patria». Solamente el deseo de que ésta siguiera el ejemplo de Inglaterra: «Tened la seguridad de que cualquiera reforma trascendental que se haga en este recinto será allí bien recibida»[20].

Ese tiempo de reformas sirve también de marco para que se clarifiquen los contenidos ideológicos del autonomismo, en su doble vertiente de crítica en profundidad del régimen colonial español y de búsqueda a toda costa del compromiso. Las disertaciones pronunciadas en enero-febrero de 1895 por los diputados autonomistas nos sitúan en esa encrucijada[21]. Pronto el estallido de la guerra obligará a la elección en uno u otro sentido. Así, de los dos conferenciantes más críticos, uno, Emilio Terry, «el mayor productor de azúcar del mundo», crítico del intercambio desigual entre metrópoli y colonia, se unirá a la causa de la independencia, mientras el abogado José Antolín del Cueto, censor riguroso de la dominación administrativa española, permanece a pesar de todo leal a «la Madre Patria», presidiendo la cámara autonómica en plena guerra hispanoamericana.

La crisis será resuelta por muchos autonomistas uniéndose a los patriotas. Otros, con el presidente José María Gálvez y Rafael Montoro como personajes emblemáticos, se mantienen en la lealtad a la metrópoli en calidad de «autonomistas históricos». Pero entre ambos extremos, tendrá lugar

[20] *Rafael Montoro*: Discursos políticos y parlamentarios, *en* Obras, *tomo I, Habana, 1930, p. 150.*

[21] *Un breve análisis de las mismas en mi artículo «Entre la sumisión y la independencia. Avatares del autonomismo cubano, 1878-1898»,* Historia 16, *núm. 240, abril 1996, pp. 25-32.*

un amplio abanico de posiciones intermedias que desembocan en una actitud de revisión del pasado y de búsqueda de aproximación a los insurrectos que por último se convierte en hegemónica para lo que queda de partido (lo cual lleva al primer plano a un abogado de Matanzas, descendiente de demócratas catalanes: Eliseo Giberga).

El pueblo cubano ante España

Los fundamentos ideológicos de ese cuadro de tensiones quedan perfectamente reflejados en la intervención del citado Giberga en el mencionado ciclo de conferencias que el Ateneo de Madrid organiza al borde de la insurrección de febrero de 1895. El político matancero, desde una perspectiva de análisis cultural, entronca con los oradores más radicales del ciclo: los también citados Terry y Del Cueto. La exposición de Giberga un difícil ejercicio de equilibrio entre la exaltación de la singularidad cubana y el vínculo con España, de un lado, y de otro, entre una crítica implacable de la presión colonial sobre la isla y la voluntad de conciliación política con la metrópoli.

De entrada, Giberga asume el compromiso de precisar el alcance político de esa singularidad del «espíritu cubano». El término clave utilizado por Giberga es el de «pueblo cubano», al que asocia la presencia de una civilización cubana propia. La cuadratura del círculo que va a ensayar Giberga es partir de que ese pueblo «es ante todo un pueblo esencialmente español» pero que su permeabilidad a otras influencias, le convierte en algo singular, desprovisto de muchas cualidades españolas, pero abierto al dinamismo que caracteriza a la vecina Norteamérica. De esa caracterización emerge la necesidad del autogobierno.

Giberga utiliza una sutil analogía entre Cuba y Estados Unidos, portadoras del carácter democrático del siglo, de un lado, y de otro, el sentido conservador de España e Inglaterra. El peso de España es importante y positivo en lo esencial: «la población, la lengua, la religión, las costumbres, las leyes, todo, pues, resultó común a España y las Antillas y una y otras sociedades desenvolvieron paralelamente su vida»[22]. Instituciones como la esclavitud, la gran propiedad y la influencia religiosa actuaron también en sentido conservador manteniendo la proximidad a España.

Pero sobre ese fondo hispano entraron en juego los cambios registrados a partir de la independencia de Estados Unidos, desde el rechazo del colo-

[22] El problema colonial contemporáneo, *Madrid, 1895, p. 107.*

nialismo de explotación a la admisión de extranjeros y librecomercio, suscitando «un claro sentimiento del derecho, que es quizás el rasgo más característico de la civilización política americana». Como consecuencia, el cubano «se hizo y fue desde entonces un pueblo verdaderamente americano»[23].

A partir de aquí, Giberga realiza un auténtico canto al carácter nacional cubano que ha sabido sobreponerse a los anacronismos de la legislación española:

> Otra de las notas características del pueblo cubano, debida principalmente a la influencia norteamericana es su espíritu de iniciativa y de empresa (...). Aquel pueblo, nunca secundado, muchas y muchas veces contrariado, y sobre el cual ha pesado como una losa el régimen a que ha estado sometido, ha tenido el vigor y la constancia necesarios para el desarrollo admirable que es asombro de los extraños y orgullo nuestro.
>
> En el orden del progreso y de la cultura material, casi todo lo que se ha hecho en Cuba ha sido fruto espontáneo del país... No hay invento, no hay empresa que en Cuba no sea inmediatamente acogida. El espíritu cubano está siempre abierto a la innovación... Casi todos los conflictos que han ocurrido en Cuba, ella sola y con el solo auxilio del tiempo ha sabido resolverlos[24].

Sin asumir la calificación de nacional o nacionalista, éste es el sentido de lo que Giberga llama espíritu cubano. España está en los orígenes, pero todos los elementos dinámicos surgen de la sociedad cubana o son inspirados por Norteamérica. Así ni siquiera la división de razas, una vez abolida la esclavitud, quebranta la solidaridad social. Y la aptitud para la vida pública, asaltada por la corrupción que los asimilistas traen de la metrópoli, queda reflejada en la historia del Partido Autonomista, inspirada de un lado en el ejemplo de Estados Unidos y sobre todo en la propia «cultura del pueblo cubano». Y todo ello a pesar de la negatividad de una dominación española, que el orador no nombra, pero cuyos rasgos describe aceradamente. Cuba española fue una sociedad «fundada sobre la esclavitud, regida por el sable, sometida a la censura, administrada por la ignorancia y la indiferencia, poco menos que destituída de auxilios para su naciente cultura y agitada por continuas inquietudes, cuando no por sangrientas convulsiones»[25].

[23] Ibídem, *110.*
[24] Ibídem, *p. 113-115.*
[25] Ibídem, *p. 122.*

Una crítica radical a la que suceden los análisis y las condenas de la política económica, la opresión política y la centralización administrativa, bases más que suficientes para haber justificado un proyecto de independencia. Sin embargo, la conferencia se cierra con un llamamiento a la «estrecha unión» de las Antillas con la «madre patria». Pero siempre que al régimen vigente sucediera la autonomía:

> A un pueblo como el de Cuba, inteligente y adelantado, de notables aptitudes políticas, liberal y democrático, español, y como español amante de la igualdad, americano, y como americano amante del Derecho, perfectamente consciente de su personalidad y de sus medios, no es posible por más tiempo negarle un régimen liberal y democrático, regatearle sus derechos, apartarlo de su propia administración[26].

El autonomismo renuncia a una ruptura con la metrópoli que sería lógica atendiendo a sus análisis sobre la dependencia de la isla. Una vez terminada la guerra y perdida la soberanía española, el mismo Giberga intentará una explicación poniendo el acento sobre la necesidad de preservar el vínculo español frente al riesgo que para una nacionalidad débil como la cubana entrañaba la tentación anexionista. La «personalidad del pueblo», en el caso cubano solo podía mantenerse conjugando la pertenencia a España con el autogobierno[27]. Por la misma razón, Giberga será en 1898 partidario de un pronto entendimiento con los «separatistas» a fin de lograr la independencia.

En una entrevista concedida poco antes de las conferencias a un periódico norteamericano, Giberga resumía su postura. Veía en los anexionistas y los «separatistas», dos corrientes extremas sin peso real en la isla. Los primeros serían unos cuantos hacendados preocupados solo por lograr un mayor precio para su azúcar en Estados Unidos y en cuanto a los segundos, fundamentalmente emigrados, confía en que el pueblo cubano rechazaría su intento de insurreccionar la isla. Una normalización del sistema político daría la mayoría a los autonomistas, claro que «no tiene amigos la autonomía en el Gobierno español; Cuba no ha hallado todavía un Gladstone»[28]. La autonomía bastaba para una defensa eficaz de los intereses cubanos, permitiendo a la isla *regular* las relaciones económicas con su principal mercado, Estados Unidos. A ello se oponía, en Madrid y en La Habana, «la

[26] *Ibídem, p. 160.*
[27] *Eliseo Giberga: «La anexión»,* La Realidad, *26-VI-1901, «Por la personalidad cubana»,* El Fígaro, *20-V-1902,* Obras, *t. 3, Habana, 1931, pp. 418-425.*
[28] *«Importantes manifestaciones del Sr. Giberga» en* El País, *14 y 15-X-1894 (Interviú en* The Commercial Advertiser*), en* Obras, *t. 3, p. 719.*

oligarquía confederada de unionistas y burócratas». Giberga confiaba en un logro de sus fines políticos por vía evolutiva, pero advirtiendo que cualquier demora del tipo de la sufrida por el proyecto Maura, podía ser fatal. «Debe esperarse que España advierta –concluía– que de la resolución que ahora se dicte pende el porvenir de Cuba y en gran parte de ella misma»[29].

De acuerdo con ese apoyo a la opción reformista, y ya en plena guerra, Eliseo Giberga efectuó un detallado análisis de la «fórmula Abarzuza» en sus *Apuntes sobre la cuestión de Cuba*. Giberga elogia que el Consejo de Administración no fuera meramente consultivo y compuesto en su mayor parte de elementos oficiales, por lo cual confiaban en que «su sola posesión debía ser para él una fuerza y un estímulo» dada la acumulación de funciones que recaían sobre el órgano. Era «el germen del gobierno responsable», por el posible control de la administración y, siguiendo el ejemplo de Canadá, el primer paso para «el triunfo de la autonomía parlamentaria». A fin de cuentas, si un análisis estático confería superioridad al proyecto Maura, el de Abarzuza, a juicio de Giberga, abría el camino hacia la autonomía. Merece la pena citar ampliamente la mezcla de discurso valorativo y de discurso profético que el político cubano dedica al tema, para apreciar la peculiaridad que caracterizaba al pensamiento autonomista:

> De la diferencia entre el proyecto Maura y la Ley Abarzuza resulta, pues, que si era superior la Diputación Maura al Consejo Abarzuza en valor representativo y desde el punto de vista democrático, éste era superior a aquélla como institución colonial *especial de sentido autonomista* y preparatoria de un *régimen parlamentario*. Era una gran deficiencia la composición del Consejo, sólo en una mitad electivo (...) y nadie más que nuestros representantes en Cortes y todo nuestro partido lo repitió, lo lamentó y se esforzó en evitarlo (...).

Es interesante constatar que Giberga confiaba en los mecanismos de la Restauración, en el momento en que se encuentra en manos del Partido Liberal, para lograr la transformación desde dentro del Consejo. Un nuevo censo, no discriminatorio, para la parte electiva, y nombramientos liberales a cargo del ministerio para la de designación gubernamental, garantizaría la mayoría liberal desde la que preparar los presupuestos, fiscalizar la administración e incrementar los instrumentos de presencia del autonomismo en la sociedad. «Hubiéramos ido al Consejo, y aprovechando los medios que obtendríamos y los ya poseídos de la prensa y de la tribuna, y

[29] Ibídem, *p. 716.*

sacando partido de las deficiencias y las interiores contradicciones del nuevo régimen, hubiéramos hecho palpar su insuficiencia y sentir la necesidad de ampliarlo y transformarlo»[30]. De lograr el autonomismo el cambio en las instituciones desde el Consejo, su objetivo estaría logrado; de no ser así, lo transformarían en asamblea deliberante para contar con el apoyo de la opinión. Nada tiene de extraño que cuando el proyecto Abarzuza se transforme en ley, luego no aplicada, el 15 de marzo de 1895, ya en plena insurrección, los autonomistas hagan cuanto esté en sus manos para su entrada en vigor. «La libre administración por la colonia de sus intereses propios y la intervención colonial en la de los intereses nacionales, escribe el mismo Giberga en los primeros meses de guerra, constituyen, pues, el espíritu de la Reforma que sólo para establecerlas se ha dictado»[31].

Esa conjugación de análisis muy críticos de la realidad colonial, firmeza en los objetivos autonómicos y extremo pragmatismo al abordar las reformas concretas, había constituido desde el principio la seña de identidad del autonomismo cubano.

El fracaso del reformismo

Todas las expectativas de los autonomistas y de los liberales que les apoyan se derrumban estrepitosamente al producirse la insurrección de 24 de febrero de 1895. Apenas conseguidas unas mínimas reformas, sin tiempo siquiera para explicarlas en la isla, la guerra introduce su ley de bipolaridad: de nuevo patriotas cubanos y españoles frente a frente. Aun antes de que la destrucción de propiedades y la emigración mine en profundidad las bases del autonomismo, los hombres del partido se encuentran en la peor de las coyunturas que hubieran podido imaginar, entre otras cosas porque en las primeras semanas no es fácil adivinar cual va a ser la relación de fuerzas entre las partes enfrentadas. Muchos veteranos de la primera guerra, convertidos en notables locales, condenan el levantamiento y además éste, gracias a las detenciones ordenadas por el gobernador general Calleja, se ve rápidamente agostado en Occidente. Es, pues, un tiempo de confusión donde el autonomismo sirve al mismo tiempo de bandera para la insurrección incipiente y como freno de la misma al servicio de España, de acuerdo con la toma de posición legalista impuesta desde un primer

[30] *Eliseo Giberga: «Apuntes sobre la cuestión de Cuba» en* Obras, *t. 3, Habana, 1931, pp. 160-161.*
[31] *Eliseo Giberga: «El espíritu de la reforma»,* El País, *31-VII-1895, en* Obras, *t. 3, p. 12.*

momento por las autoridades supremas del Partido, con José María Gálvez y Rafael Montoro al frente de esta labor de contención.

Un ejemplo de lo primero es el propio grito de Baire que sirve de punta de lanza para la insurrección. En la sublevación de aquel poblado, próximo a Jiguaní, al lado de los gritos por la independencia y la república, se encuentran signos inequívocos de autonomismo. Según fuentes fiables, el jefe de la sublevación Jesús «Rabí» encargó al alcalde «una bandera con la divisa de la autonomía» y cuando el 6 de abril la localidad es ocupada por las tropas españolas del teniente coronel Garrich encuentran carteles en las calles donde el jefe del movimiento, el mismo «Rabí», da la consigna. Al «¿quién vive?» se contestaría «España» y a «¿qué gente?», «autonomía». La bandera tomada por los españoles fue la autonomista: la rojigualda con dos franjas blancas. El designado capitán Damián Caballero, a quien corresponde la negociación con los comisionados del gobernador, explica a estos: «Queremos la autonomía tal como la escribió Montoro, ni un punto más ni un punto menos». El testimonio procede de Miguel Varona, ayudante de Máximo Gómez, y por consiguiente poco sospechoso de españolismo[32].

El sarampión autonomista pasó pronto entre los insurrectos, pero el mismo Bartolomé Masó que se lo curó a «Rabí», se vio sometido, infructuosamente eso sí, a la presión de las comisiones autonomistas que le visitaron para hacerle volverse atrás de su levantamiento en Bayate, junto a Manzanillo. Y el 12 de marzo, la propia Junta Central del Partido Autonomista dirigió personalmente una carta a Masó para hacerle abandonar la insurrección[33]. Quizás la determinación de Masó, al proclamar como irrenunciable el objetivo de la independencia, fue decisiva para deshacer esa ambigüedad en los fines políticos de los sublevados[34].

En estos primeros meses de rebelión son frecuentes las intervenciones de autonomistas para frenar el levantamiento, al que sin embargo se unen algunos de los miembros del partido. La biografía de Máximo Gómez da cuenta del papel jugado conjuntamente por autonomistas y veteranos de la guerra larga para que el Camagüey siguiese tranquilo tres meses después de la sublevación de Oriente. Wenceslao Gálvez, juez de Puerto Príncipe, escribe el 6 de junio a su tío José María Gálvez presidente del Partido Autonomista, explicándole que salvo «el Marqués de Santa Lucía, que es un

[32] *Miguel Varona González:* La Guerra de Independencia de Cuba 1895-1898, *vol. I, La Habana, 1946, pp. 492-493.*
[33] *Antonio S. de Bustamante y Montoro: «El autonomismo» en Emilio Roig de Leuchsering, dir.,* Curso de introducción a la historia de Cuba, *La Habana, 1938, p. 305.*
[34] Ibídem, *pp. 489-490.*

fanático», los antiguos jefes insurrectos «condenan el actual movimiento». «Sería de buen efecto moral y de provecho –concluye– que Montoro se diera una vuelta por aquí»[35]. Los generales españoles desconfiaban políticamente de los autonomistas, pero sabían que solo ellos tenían influencia sobre la población, aunque no la suficiente para impedir que la insurrección cobrara cada día mayores dimensiones. Es lo que refleja la comunicación del General Martínez Campos al ministro de Estado, duque de Tetuán, desde Nuevitas, a mediados de junio de 1895. Lo que diez días antes era tranquilidad bajo control autonomista se convertía en situación «sublevadiza» (sic). «Autonomistas vencidos se reúnen hoy para adoptar conducta. No querrán perder *su ejército* que se ha ido con Gómez, Carrillo y otros; mayoría le seguirá». Lo había previsto ya «el Pacificador» unos días antes: «Autonomistas y antiguos insurrectos no pueden contener pánico; se extiende en toda la isla»[36].

En esta difícil coyuntura, el Partido Autonomista había decidido afrontar la situación al lado de España, a diferencia de la autodisolución que acordaran sus precursores reformistas después del grito de Yara, dejando entonces vía libre a la insurrección. José Martí, con Máximo Gómez, en su calidad de líder del Partido Revolucionario Cubano, había decidido explicar los fundamentos de su «guerra necesaria» en el llamado «Manifiesto de Montecristi», auténtico breviario ideológico de la insurrección. Fue escrito el 25 de marzo de 1895. La réplica autonomista tuvo lugar diez días después. El 4 de abril la Junta Central del Partido Liberal Autonomista, con el respaldo de los nombres de sus miembros, desde los más legalistas Gálvez, Montoro y Fernández de Castro, a los radicales Cabrera, Govín y Viondi, incluido el gran hacendado Emilio Terry que pronto estará al lado de Estrada Palma, se dirigía «al pueblo de Cuba». El texto traducía idéntica desesperación a la que su valedor peninsular, el liberal Segismundo Moret, expresara al refutar el mismo manifiesto de Martí. La insurrección era como un rayo que rompía el horizonte de esperanza en un futuro de reformas:

> Asistían al Parlamento los diputados cubanos más ilustres; hallábanse en él representados los matices más avanzados de la opinión liberal cubana; habíase verificado en el partido autonomista una transformación tan completa, que rendidos a la evidencia los más recelosos peninsulares, se oían por todas partes palabras de inteligencia y se acrecentaban con las simpa-

[35] *Benigno Souza:* Máximo Gómez, el Generalísimo, *La Habana, 1936, p. 182.*
[36] *Telegramas de Martínez Campos, al ministro de la Guerra desde la Habana, 1-VI-1895 y al duque de Tetuán desde Nuevitas, 12-VI-1895, en Archivo General del Palacio Real (AGPR), Fondo Alfonso XIII, caja 13106, exp. núm. 1.*

> tías las seguridades del acuerdo; un plan radical de reformas, mal recibido en un principio, era al fin adoptado por todo el mundo con transformaciones, que cualquiera que sea el juicio que merezcan, más fortificaban que limitaban el principio de la autonomía[37].

El manifiesto de la Junta Central autonomista refleja el mismo estado de ánimo. Consideraban incomprensible una insurrección «en medio de una atmósfera de benevolencia y de concordia que ellos no habían jamás encontrado en la Metrópoli». Una vez en marcha las reformas coloniales, la insurrección sólo podía servir para impedirlas. «Todos los trabajos hechos para alcanzar las reformas administrativas, económicas y arancelarias que piden como primera condición la paz, quedarán por tiempo indefinido aplazados». Para refrendar esta valoración, los autonomistas esgrimían todos los logros legislativos alcanzados desde 1878: las libertades civiles y políticas, la legislación civil y penal, «la promulgación de la ley fundamental del Estado» (sic), la abolición de la esclavitud y del patronato, la rebaja de los presupuestos, reformas económicas, el abandono de la mal llamada «asimilación». Como consecuencia, el Partido reafirmaba su opción por «el progreso pacífico», frente al cual los sublevados solo aportaban «la miseria, la anarquía y la barbarie». Era una cuestión de lucha de clases, del mismo modo que antes, frente a Madrid, había sido una cuestión de libertad política y de justicia económica para la isla: «El Partido Autonomista cumple honrada y virilmente su deber, oponiendo a la audacia de las facciones, como tantas veces opuso a los errores del poder, su constante divisa: Orden y Libertad». Aprovechaban además para hacer una decisiva reafirmación de principios, consistente en la vinculación indisoluble entre autonomía y españolidad:

> Pero además, nuestro Partido es fundamentalmente español, porque es esencial y exclusivamente autonomista; y la autonomía colonial, que parte de la realidad de la colonia, de sus fines, necesidades y peculiares exigencias, presupone también la realidad de la Metrópoli en la plenitud de su soberanía y de sus derechos históricos[38].

Ciertamente, al pasar unos meses de guerra, resultaba evidente «la deserción de algunos», «casi todos con nombres oscuros y sin importancia ni prestigio personales» que se habían sumado a la insurrección. Pero la Junta

[37] *Segismundo Moret: «La insurrección de Cuba ante Estados Unidos», en* La España Moderna, *reproducido en el* Diario de la Marina, *La Habana, 5-VII-1895.*
[38] *«La Junta Central del Partido Autonomista. Al pueblo de Cuba»*, La Lucha, *6-IV-1895.*

Central permaneció firme en su lealtad[39]. Con el propósito de confirmarlo, una amplia delegación del partido visitó al gobernador general Martínez Campos tras el regreso de éste a La Habana tras el durísimo combate que le enfrentara a Antonio Maceo en Peralejo. Acompañaban al presidente del partido, el vicepresidente Saladrigas, los diputados a Cortes, Montoro, Giberga y Del Cueto, vocales de la Junta Central, y Delmonte, el director de *El País*. Gálvez «reiteró una vez más que el partido autonomista condena resueltamente hoy como ayer la revolución que perturba el país, añadiendo, que sin perjuicio de mantener sus principios y conocidas aspiraciones, ratificaba la oferta de su más decidido concurso al gobernador para la grande obra de la pacificación de la isla»[40].

En estas difíciles condiciones, el Partido Autonomista, reforzado cada vez más por el acercamiento de los reformistas, sumó a esa protesta de fidelidad la recomendación de que el programa del partido fuera adoptado por Madrid como medio para segar el apoyo a la insurrección. Curiosamente en el origen de esta iniciativa se encontraban dos autonomistas que a la vez habían sido jefes de la anterior guerra, Marcos García, alcalde de Sancti Spíritus, y Juan E. Ramírez, alcalde de Manzanillo. Desde el comienzo de la guerra, la desilusión había ido creciendo. La Ley Abarzuza, aprobada el 15 de marzo, ni siquiera fue publicada. El *memorandum* autonomista presentado el 4 de mayo de 1895 a Martínez Campos no surtió el menor efecto. Al consolidarse la guerra, era preciso insistir en la necesidad de reformas para frenar su expansión. Así, sin romper el apoyo a la ley Abarzuza, la Junta Central elevó el 18 de septiembre de 1895 una exposición al gobierno donde se expresaba la confianza en que «una política expansiva y liberal, cuyas fórmulas más eficaces serían, en su concepto, la *autonomía colonial* y las demás soluciones de su programa, restaría fuerzas al movimiento insurreccional y precipitaría su declinación y ruina»[41]. Sin ser autonomista, Martínez Campos recomendaba las concesiones que Cánovas del Castillo, presidente del gobierno, no estaba dispuesto a admitir, por juzgar que sólo servían para atizar aún más el fuego insurreccional. En cualquier forma, la invasión de Occidente dirigida por Máximo Gómez desharía todas las perspectivas de un acuerdo político basado en un regreso del espíritu del Zanjón. La baza jugada hasta entonces por el Partido Autonomista quedaba anulada por el imperio de la guerra.

[39] *«El Partido Autonomista»*, Diario de la Marina, *14-VII-1895.*
[40] Diario de la Marina, *9-VII-1895.*
[41] *Eliseo Giberga*: Apuntes sobre la cuestión de Cuba, *en* Obras, *Habana, 1931, t. III, p. 223.*

En estos meses, Eliseo Giberga siguió la curva política de su partido. Escribió primero la serie de artículos, inacabada, en defensa de la nonata ley Abarzuza, y participó en la redacción del *memorandum* del 4 de mayo, exponiendo una vez más su ley de los vasos comunicantes en Cuba, en cuanto a la evolución contrapuesta de las expectativas de reforma y la propensión insurreccional:

> Mientras fue general la confianza en una política liberal y progresiva que pudiera algún día culminar en la aceptación del programa autonomista por la Metrópoli, resultaron inútiles los esfuerzos de los revolucionarios para turbar la paz; pero cuantas veces hubo motivo para que aquella confianza decayera, consiguieron más o menos prosélitos para su causa[42].

Como más tarde había de escribir, el principal enemigo de España no eran los mambises, sino los propios gobiernos de la península. Por eso su pesimismo es muy temprano, expresándose en una carta remitida a su amigo Miguel Moya, director de *El Liberal* en Madrid, el 25 de junio de 1895. El diagnóstico de Giberga era lúcido: la insurrección crecía constantemente, «no creo que pueda temerse su triunfo», añade, pero todo podía precipitarse «si durase hasta 1897 y subieran entonces al poder en Washington los republicanos, con su política de expansión territorial». Su advertencia era que de no «hacer lo que se debe hacer», esto es, garantizar la autonomía, la insurrección crecería aún más[43]. La *Exposición* que el 18 de septiembre aprueba la Junta Central del PLA, y en cuyo texto colabora asimismo Giberga, es la expresión de ese estado de ánimo, con la concesión de la autonomía por único remedio.

Del temor a la desolación

La marcha de la guerra fue eliminando una tras otra las bazas políticas del Partido Autonomista. Los intentos de un nuevo convenio bajo Martínez Campos fracasaron y en cambio tuvo lugar la invasión de Occidente, con su doble secuela de destrucción de propiedades y de desmoralización de los leales a España. Sobrevino el tiempo de intransigencia, marcado por el gobierno militar del general Weyler, para quien los únicos insulares fiables eran los hombres de la Unión Constitucional. Prometió ocuparse sólo de la guerra y no de la política, pero lo primero que hizo fue organizar unas elec-

[42] *Citado por José Augusto Escoto, «Bosquejo biográfico de Eliseo Giberga», en* Obras *de Eliseo Giberga, t. IV, La Habana, 1931, p. 42.*
[43] El Liberal, *17-VII-1895.*

ciones trucadas a Cortes, por indicación de Cánovas, en el mejor estilo de la Restauración. El Partido Autonomista había mantenido hasta el final la confianza en Martínez Campos, pero no olvidó acudir a cumplimentar al nuevo gobernador. Aceptar la celebración de elecciones con el país en guerra era, sin embargo excesivo. Los reformistas se adelantaron anunciando la abstención electoral y la postura fue secundada por acuerdo unánime de la Junta Central del Partido Autonomista, el 28 de marzo de 1896, mientras Weyler les advertía que era un gesto de hostilidad a España. A pesar de ello, fueron elegidos dos autonomistas para el Senado, Rafael María de Labra por la Universidad de La Habana y Eliseo Giberga por las Sociedades Económicas. Sólo el primero tomó posesión, mientras Giberga se negó explícitamente a presentar el acta y optó por acompañar a tantos otros autonomistas que abandonaron la isla. *El País* anunció su partida el 16 de abril de 1896, estableciéndose en la localidad balnearia vascofrancesa de Cambó. Este gesto, en un ambiente de desconfianza (y deportaciones) contra los hombres del autonomismo, sirvió de pretexto para acusaciones de colaboración con los órganos de conspiración «separatistas» en Francia[44].

A partir de este momento, la existencia unitaria del Partido Autonomista se daba sólo sobre el papel. Autonomistas destacados fueron presos, entre ellos Miguel Viondi, miembro de la Junta Central y otros deportados a la península, siendo el autonomista rural sinónimo de sospechoso, mientras el partido se desangraba por su base, e incluso por el vértice, en dirección a la manigua o al exilio. Según relata nuestro autor «en la masa del Partido Autonomista habíanse operado considerables disgregaciones. Unos fueron a la insurrección, otros rompieron pública o calladamente, en los hechos o en el pensamiento, los lazos de partido: los comités locales y las juntas provinciales, o se habían disuelto o dejaron de funcionar. La dispersión llegó, al fin, a la Junta Central»[45]. La emigración de varios de sus miembros a Estados Unidos constituyó un goteo de gestos de protesta contra una colaboración estéril que culminó en noviembre de 1896 en la presencia del partido en el órgano de unión sagrada españolista que fue la Junta Nacional de Defensa presidida por Weyler. Para entonces varios de los dirigentes emigrados, con Nicolás Heredia y Raimundo Cabrera a la cabeza, habían tomado partido públicamente al lado de la insurrección. «Venimos a la revolución –decían–, para ayudarla en esta hora del peligro y para contribuir el día de la victoria...»[46].

[44] *Las recoge el turiferario de Weyler, Fernando Gómez en su* La insurrección por dentro, *Madrid, 1900, pp. 402-405.*
[45] *Eliseo Giberga:* Apuntes sobre la cuestión cubana, *en* Obras, *t. III, p. 223.*
[46] *Cit., por Giberga: «Las ideas políticas en Cuba durante el siglo XIX», en* Obras, *t. I, Habana, 1930, p. 517.*

Desde Cambó, Giberga utilizó una vez más *El Liberal* de Madrid para fijar su posición, en carga de 23 de julio de 1896. En un año, el horizonte se había ensombrecido. El mismo era considerado un sospechoso, colaborador del independentista Betances en París, por las gentes que acaudillaba «el hombre funestísimo», Romero Robledo. Se proponía deportar autonomistas a Fernando Poo. En estas circunstancias, Giberga confirma su credo: «Hoy como ayer, creo que en la autonomía –completada con ciertas soluciones adyacentes, que no es del caso precisar–, está la mejor solución del problema cubano». La responsabilidad de lo ocurrido recaía, a su juicio en el gobierno de Cánovas, colocado «bajo la inspiración de los eternos enemigos del pueblo cubano» e ignorante de que las «aspiraciones de gobierno propio» de ese pueblo cubano eran irrenunciables. Creía en la victoria de la insurrección, pero no deseaba estar entre los vencedores. «Pero tampoco, concluía, quiero ninguna solidaridad con los que en nombre de España, ya en la Península, ya en Cuba, tanta ruina, desolación y tristeza han traído en poco más de un año a los cubanos»[47].

En el mismo sentido se manifiesta al responder ese año a las invitaciones de incorporarse a la causa patriótica, que le cursan sucesivamente Severo Pina, jefe insurrecto en el Camagüey, el 30 de agosto, y los dirigentes del PLA ahora revolucionarios Raimundo Cabrera y Nicolás Heredia, en cartas de 22 y 23 de octubre. Giberga les responde el 10 de noviembre confirmando su fe autonomista por considerar que una República independiente constituía una amenaza por la falta de preparación política y cultural, tanto de la mayoría social –«un pueblo de diversas razas»– como en las clases superiores, en las que él mismo se sitúa. La conclusión explica su postura política adoptada desde los años anteriores a la guerra:

> Mi convicción, como la de todos los que fueron autonomistas, –por esto lo fueron y no militaron con los separatistas históricos–, es que Cuba no está madura para la independencia. Y amante de mi tierra y de mi raza, temo mucho por el porvenir de Cuba, si se emancipa ahora, al considerar cuál es ella y dónde está[48].

Eso no le impedía reconocer que la mayoría de los cubanos «actualmente» aspira a la independencia, que él aceptaría con la razón y el sentimiento, pero sin cooperar a su obra. La actitud de Giberga, al fracasar su proyecto político, se resumía en un doble rechazo: «*No pienso* que deba apoyar al

[47] *Cit.* apud *J. A. Escoto: «Bosquejo biográfico...», pp. 53-54.*
[48] Ibídem, *p. 58.*

Gobierno enfrente de la Revolución, dados los actuales términos de la lucha pendiente: *no lo apoyo. No pienso* que la solución separatista convenga a Cuba: *no la apoyo*»[49].

Apartado de la escena, Giberga se dedica en Cambó a escribir su prematuro testamento político en forma de extensa relación del proceso histórico de frustración de las reformas coloniales desde el convenio del Zanjón hasta la reelaboración por Cánovas de la ley Abarzuza a principios de 1897. Son los *Apuntes sobre la cuestión de Cuba por un Autonomista*, que publica anónimamente en Niza a mediados de 1897. Reaparecía, a pesar de todo, el posibilista, en la crítica puntual y respetuosa de la reforma de Cánovas del 4 de febrero, que casi todo el mundo ignoró. Y las ideas de fondo no habían cambiado:

> Trátase en la cuestión de Cuba, como se ha visto, de una colonia extensa, de más de millón y medio de habitantes, en su mayoría de sangre española; situada en el corazón de América, culta, progresiva, en quien alientan robustos el patriotismo local, superior a todo sentimiento, y el espíritu americano; destinada a prodigiosa riqueza; consciente de su personalidad, y ávida de gobernarse a sí misma[50].

Una efímera resurrección

La llegada al poder de Sagasta con Moret en Ultramar, era el preludio de la inmediata implantación de la autonomía que el político liberal anunció en su discurso de Zaragoza. La publicación en la *Gaceta* de 26 de noviembre de 1897 de los decretos que definían el régimen autonómico para las Antillas y la igualdad política entre cubanos y españoles, fue su consecuencia inmediata, respaldada por la inevitable sustitución de Weyler por el General Ramón Blanco como gobernador general de la isla. El vuelco en la situación política devolvía la figura de Giberga a primer plano. Al parecer, Sagasta leyó los *Apuntes* de Giberga con atención y ya desde julio, por mediación de José del Perojo, él y Moret requerían su colaboración para el diseño de la autonomía. Giberga accedió, aun cuando pensaba que ya era tarde, llegando a Madrid de incógnito, mal guardado por cierto, en octubre de 1897. Pronto su presencia fue requerida en Cuba, y de forma acuciante por el propio general Blanco. Todo hace pensar que Giberga no tenía deseo alguno de realizar un traslado que finalmente tuvo lugar en la segunda quincena de enero, desembarcando en La Habana el 4 de febrero de 1898.

[49] Ibídem, *p. 61.*
[50] *«Apuntes sobre la cuestión de Cuba», en* Obras, *t. III, pp. 315-316.*

Las razones de su pesimismo eran obvias. Dos obstáculos se alzaban contra una perspectiva de éxito del ensayo autonómico. El primero, que antes de ocupar Sagasta la presidencia, el general Woodford, ministro de Estados Unidos en España, había marcado en su célebre nota el punto de no retorno en el camino de la administración McKinley hacia la intervención. Por otra parte, en la isla las bazas españolas habían sufrido un desgaste irreparable, tanto en el plano militar como en el político. Es cierto que los insurrectos no podían tampoco obtener la victoria militar en el Ayacucho que soñara Antonio Maceo, pero el estado en que encuentra Blanco a las tropas resulta deplorable. Y en el orden político, el autonomismo oficial, el de Gálvez y Montoro, había sufrido un gran desprestigio por colaborar con Weyler en la Junta de Defensa, mientras otros autonomistas nada radicales preferían el exilio. Montoro incluso había sido recompensado por Cánovas con un marquesado por su lealtad a España. En la misma medida disminuía su credibilidad ante los patriotas.

Estas circunstancias son las que explican que la atribución al Partido Autonomista del liderazgo político en la isla suscite inmediatamente un desbordamiento, que en la forma se presenta como izquierdista o radical, pero que responde en gran parte a una actitud de realismo político, del cual Giberga se convertirá en portavoz apenas llegado a la isla. Por eso al lado de dirigentes autonomistas que pasaron parte de la guerra fuera de Cuba, como Govín o él mismo, comparten dicha postura dirigentes del Partido Reformista, encabezados por Arturo Amblard y Eduardo Dolz, quienes desde un primer momento advierten que la autonomía alcanzada no constituye la solución y que lo esencial es lograr un acuerdo de paz con los insurrectos.

Como ha escrito un historiador cubano, «el general Ramón Blanco, marqués de Peña Plata, llegado a la isla con el encargo de poner en vigor la Constitución apresuradamente, estableció el Gobierno autonómica de facto, integrado por el Gobernador y seis secretarios del Despacho. Para ello seleccionó a los *autonomistas* históricos y pretendió establecer con la Unión Constitucional, el contrapeso del balancín parlamentario. Se equivocaba. El Partido Autonomista estaba deshecho». La derecha, encabezada por Gálvez y Montoro, insistía en la evolución y el rechazo radical del separatismo. «En su frente, una izquierda ardiente que había combatido la fórmula Abárzuza y las reformas de Maura, ahora, por obra de Weyler, desenvolvía su oposición en actitud casi separatista»[51]. O, cuando menos, estaba dispuesta a desbordar inmediatamente el marco de la autonomía

[51] *Ramón Infiesta:* Historia de las Constituciones de Cuba, *La Habana, 1942, p. 229.*

concedida con tal de terminar la guerra y llegar a un acuerdo con los patriotas insurrectos. Además, el desgarramiento político ocasionado por la guerra se veía doblado por la quiebra económica. El marqués de Apezteguía no tuvo beneficios, pero sí medios suficientes para defender con un ejército privado su ingenio «Constancia». No faltaron autonomistas que como Emilio de Terry se unieron a la insurrección o entregaron las contribuciones requeridas por ésta, pero en general el precio pagado por los hacendados medios, base sociológica del partido en la Cuba rural, fue muy alto ante la guerra de devastación practicada por unos y otros. «La sociedad cubana es hoy viva imagen de los desolados campos de la isla, constataba el 16 de diciembre de 1897 el corresponsal del *Heraldo de Madrid.* Los partidos son apenas grupos de personas acomodadas que residen en unas cuantas poblaciones principales. Más no existe». Lo ha señalado en una obra reciente Jorge Ibarra al evocar la suerte de esta burguesía criolla, «constituida, en lo fundamental, por los dueños de ingenios y colonos, grandes y medianos» que será víctima de las destrucciones de la guerra, tanto por los incendios como por la descapitalización que muchas veces impidió la puesta en marcha inmediata de los ingenios que habían logrado escapar a la tea[52].

Así las cosas, no debe extrañar que la primera reacción de cautela ante la implantación de la autonomía corresponda al Partido Reformista, considerando la medida insuficiente de no ir acompañada de una clara autogestión financiera de la isla y de medidas eficaces para lograr la paz. El propósito de crear un turno de partidos a la cubana, con un autonomismo hegemónico al que se sumarían los reformistas, y la Unión Constitucional en la oposición, les parecía tan ineficaz como confiar el poder a «los elementos *históricos* gastados y mal queridos del viejo partido Autonomista»[53]. Los reformistas juzgaban que la nueva situación requería nuevos partidos, sobre todo un «gran partido liberal, instrumento [de] gobierno simpático [para la] mayoría [del] país», y por ello rechazaban la oferta autonomista de integrarse de forma minoritaria en el partido de Gálvez. Era una actitud política secundada de momento por el ministro de Ultramar, Segismundo Moret, partidario también de sacrificarlo todo al objetivo de la paz y por ello de sacrificar también a los autonomistas históricos «excluyendo a unos, dando a otros retirada honrosa»[54].

[52] *Jorge Ibarra*: Cuba: 1898-1921. Partidos políticos y clases sociales, *La Habana, 1992, pp. 66-67.*
[53] *Arturo Amblard*: Notas coloniales, *Madrid, 1904, p. 267.*
[54] Ibídem, *271.*

En el campo autonomista, la profunda división entre históricos e izquierdistas salió a la luz al mismo tiempo que las críticas del reformismo. Gálvez trataba de mantener la moral, hablando de una inmediata reorganización, a pesar de la multitud de comités disueltos durante la guerra, y de que sólo «muy pocos vocales se separaron recobrando su absoluta libertad de acción»[55]. El principal problema residía en la divergencia de opiniones dentro del propio partido.

Eso no fue obstáculo para que unos y otros mostrasen su satisfacción ante la reforma alcanzada. El líder de los radicales, caracterizado por la apertura hacia los insurrectos, no dudará en publicar un encendido artículo en defensa del nuevo régimen con destino al público de Estados Unidos: el artículo apareció en español, en el periódico *Cuba*, fundado por los autonomistas de Nueva York a efectos de propaganda, en el mismo mes de noviembre de 1897, y en un folleto editado en inglés con el título *New Constitution establishing Self-government in the Islands of Cuba and Puerto Rico.* Por fin el sueño canadiense parecía hacerse realidad: «our Constitution *excels* that of the Dominion of Canada», anunciaba el folleto[56]. «Ha excedido el gobierno del señor Sagasta a todos sus compromisos y a todas las esperanzas», proclamaba el político cubano en su escrito anónimo.

A esa común confianza respondía la configuración del primer gobierno autónomo de la isla, el Consejo de Secretarios presidido por José María Gálvez, con el también histórico Montoro en Hacienda, más Francisco Zayas y, sobre todo, el emigrado Antonio Govín, que fuera secretario de la Junta Central, mientras por el reformismo figuraban Eduardo Dolz y Laureano Rodríguez. El gris manifiesto hecho público por el Consejo tras constituirse, el 1 de enero de 1898, dio prueba de la escasa imaginación del nuevo órgano en circunstancias particularmente difíciles. El autodenominado «gobierno provisional» cantaba las excelencias del nuevo régimen, visto como «el pleno reconocimiento de la personalidad política de la colonia». Las libertades política y civil quedaban garantizadas y «la espontaneidad local» (sic) encontraba el único límite de la soberanía de la metrópoli. Hacia los insurrectos, dos breves frases: «La Autonomía a nadie excluye; es un régimen abierto a todos»[58].

[55] *«Oyendo al Sr. Gálvez»,* Heraldo de Madrid, *17-XI-1897.*

[56] New Constitution establishing Self-government in the Islands of Cuba and Puerto Rico (...) with Comments by Cuban Autonomist on the Scope of the Plan and Its Liberality as Compared with Canadian Autonomy and Federal State Regulations, *Nueva York, 1898, p. 13.*

[57] *Eliseo Giberga: «La autonomía», en* Obras, *t. III, p. 409.*

[58] *«Manifiesto de la Presidencia del Consejo de de Secretarios de la Isla de Cuba», 22-I-1898,* La Gaceta de la Habana, *en despacho del cónsul en La Habana al ministro de Asuntos Exteriores francés, 25-I-1898. Archive du Ministère des Affaires Etrangères, París, Nouvelle Série, t. 19, enero-febrero 1898.*

Los insurrectos respondieron a la propuesta de reconciliación con medidas de excepcional dureza, que incluían la ejecución de aquel que la formulara. Y sobre todo el gobierno de McKinley, que bajo Cánovas proclamara el objetivo de la autonomía, emitió ahora casi de inmediato un veredicto de fracaso, especialmente tras la asonada de militares e integristas contra la prensa el 12 de enero de 1898. El cónsul en La Habana, Fitzhugh Lee, no había esperado tanto para descalificar el experimento y así cuando el *Maine* llega a la capital insular, su comandante Sigsbee se cuida de no cumplimentar a las autoridades autonómicas.

En este marco tan poco favorable, los autonomistas radicales se impusieron sin dificultad a los históricos, en un proceso que suponía la integración de los reformistas y el deseo vehemente de una apertura a los insurrectos. El 14 de febrero hubo una reunión preliminar de los primeros, reforzados por exreformistas como Amblard, partidario de terminar la guerra a toda costa. El 20 de febrero, la asamblea autonomista, con participación reformista, se decantó en sentido radical por 25 votos contra 15 a la derecha. Primero Govín planteó reservar quince puestos en la dirección a emigrados y rebeldes de la manigua. La propuesta fue aceptada aunque «no a gusto de todos». El aldabonazo vino a continuación, cuando Giberga planteó el nombramiento de una comisión delegada, en realidad un comité ejecutivo que a partir de ese momento asumiría la dirección del Partido Autonomista, con dos cometidos urgentes: preparar las elecciones y conseguir la paz. El líder reformista Amblard le respaldó inmediatamente. «Los amigos de los ministros –cuenta la reseña de prensa–, comprendieron bien pronto la trascendencia de esta proposición, pues desde que juraron los secretarios ha venido discutiéndose si estos deben erigirse en directores de la política o vivir supeditados al criterio de la Junta Central del partido a que pertenecen». Pero el alcance de la moción Giberga iba aún más allá: la cuestión de fondo, lo que centró el largo debate, fue el alcance de las concesiones a los rebeldes y, a partir de esta estimación, entraba en juego la exigencia de desplazar del poder efectivo al Consejo de Secretarios, a los autonomistas históricos, transfiriendo dicho control a los pactistas. Montoro defendió con fuerza la posición «histórica», denunciando que la proposición no era reglamentaria –alteraba de hecho, radicalmente, el organigrama del partido– y quebrantaba las tradiciones del autonomismo. Pero una vez puesta a votación, fue adoptada por los 25 votos de la izquierda y los reformistas contra 15 de los históricos. Como compensación se reconocía a Gálvez el derecho de veto suspensivo a las decisiones de la Comisión delegada, resolviendo en este caso la Junta Central. Las formas quedaban salvadas, pero de hecho el partido se daba una nueva dirección presidida por Giber-

ga con la colaboración reformista, puesta de manifiesto con la presencia en la Comisión de Pérez de la Riva, y sobre todo de Francisco J. Rabell, el director del *Diario de la Marina*[59].

A continuación, por la nueva mayoría, Eliseo Giberga, en calidad de presidente de la Delegación de la Junta Central, hizo público el 5 de marzo, un manifiesto bajo el signo de la reconciliación: «Las ansias de gobierno propio» eran patrimonio de la gran mayoría de habitantes de la isla, «llevando a unos a los empeños políticos y a otros a la protesta revolucionaria»[60]. Simbólicamente, varios puestos de la dirección del previsto Partido Liberal de la Colonia Autónoma, eran dejados vacantes en espera de una improbable incorporación de insurrectos, definidos como «los ausentes» a quienes se espera «con la ansiedad del afecto». El manifiesto incluía también una serie de reformas a efectuar en la recién lograda normativa autonómica sobre la base de que la competencia colonial sería la regla y la de la metrópoli, la excepción.

Lo esencial era crear una plataforma de negociación. Lo habían intentado los reformistas a fines de 1897, visitando el 24 de diciembre a Tomás Estrada Palma, pero mientras aquellos ofrecían todo el autogobierno bajo la soberanía formal de España, el futuro presidente cubano replicó exigiendo la independencia «con la garantía y el protectorado de los Estados Unidos»[61]. Según denunció el órgano romerista en Madrid, *El Nacional*, el consejero Antonio Govín ensayó por su cuenta en febrero una negociación en Estados Unidos a través de un emisario, con un programa en siete puntos que contenía la «completa autonomía arancelaria», un Senado al modo norteamericano, gobernador civil aceptado por la isla con derecho de veto, facultad legislativa en materia civil, milicia colonial y desarme de voluntarios[62]. Pero ante una intervención cada vez más próxima de esta potencia, las posibilidades eran nulas, en tanto que el gobierno español confiaba aún en el efecto positivo de la puesta en marcha de las elecciones para el parlamento autonómico, que llegarán cuando la guerra está ya declarada. Por supuesto, tampoco surtió el menor efecto el mensaje que Gálvez, en su calidad de presidente autonómico, remitió a McKinley al borde de la guerra evocando los principios de la democracia norteamericana para que fuera respetada la voluntad política de la isla. «El pueblo cubano es ya un pueblo libre –declaraba Gálvez–; quiere legítimamente regir sus destinos y sería

[59] Heraldo de Madrid, *21-II-1898.*
[60] El País, *6-III-1898.*
[61] *Arturo Amblard:* Notas coloniales, *pp. 285-286.*
[62] *«La traición. Segundo acto»,* El Nacional, *27-II-1898.*

una iniquidad disponer de su suerte sin su consentimiento». Pedía en consecuencia a McKinley su contribución «a que se restablezca la paz en Cuba bajo la soberanía de la madre patria y con el gobierno autónomo igual para todos»[63]. Gálvez se dirigió también a los cubanos el 3 de abril para ensalzar por última vez la autonomía frente a «la engañosa generosidad del extranjero». El manifiesto era un llamamiento a la paz, pero seguía reafirmando la soberanía de la Madre patria[64].

El tiempo pasaba sin ensayar a fondo la negociación con el gobierno revolucionario. Sólo cuando el gobierno español declaró aceptar el armisticio y la guerra con Estados Unidos era casi un hecho fue intentado con carácter oficial el contacto para la paz. En una primera reunión, el 28 de marzo, el gobernador había reunido a los líderes políticos para discutir sobre las graves circunstancias, pero hasta el 14 de abril no acordó el Consejo de Secretarios el nombramiento de una Comisión negociadora de la paz, con Giberga, Dolz, Sola, Amblard y Rabell, es decir, autonomistas radicales y reformistas. Desplazados el 19 de abril a Santa Cruz del Sur, punto cercano a la residencia del gobierno revolucionario, y de ahí a Manzanillo, iniciarán el regreso a La Habana el 21 al haberse ausentado los presuntos encargados de facilitar la entrevista: el acuerdo del Congreso norteamericano sobre la independencia de la isla y el ultimátum de McKinley debieron precipitar el desinterés de los insurrectos[65]. Los comisionados remitieron al gobierno revolucionario una carta donde asumían el objetivo de ser «un pueblo tan libre como el que más lo sea» mediante soluciones que «pudieran colmar en lo fundamental las aspiraciones del separatismo», si bien de forma tenue se conservaba la referencia a «los intereses de raza comunes a nuestro pueblo y al pueblo de que procedemos los cubanos»[66]. Según fuentes diplomáticas francesas, la oferta de la comisión al gobierno cubano comprendía, a fin de alcanzar su aceptación del armisticio, el nombramiento de una comisión mixta para establecer, «la más amplia autonomía, garantizada por un ejército colonial a cuyo frente estarían los jefes insurrectos»[67]. Como siempre, las soluciones llegaban demasiado tarde.

Aún tendrían los autonomistas ocasión de demostrar que las protestas de lealtad a España contenidas en las conferencias del Ateneo no eran simple

[63] *«Mensaje del Gobierno autónomo de la Isla de Cuba al Presidente de los Estados Unidos», abril de 1898, en Public Record Office, Kew, Inglaterra, F. O. 72-2062.*

[64] *Presidencia del Consejo de Secretarios de la Isla de Cuba: «Manifiesto al país», suplemento del* Diario de la Marina, *3-IV-1898.*

[65] *«Acta levantada al regresar a La Habana», 24-IV-1898, en Amblard:* Apuntes, *pp. 226-235.*

[66] *Amblard:* Apuntes, *p. 238.*

[67] *Informe del cónsul francés en La Habana, 24-IV-1898 en A.M.A.E., París, N. S., t. 23, 1898, 21, 30-IV-1898, p. 150 vto.*

retórica. En plena guerra, y tras celebrarse una elecciones al modo de la Restauración, con lógica victoria del partido, el 4 de mayo de 1898 tuvo lugar la reunión solemne del parlamento autonómico. El presidente de la Cámara de Representantes, nuestro viejo conocido José Antolín del Cueto, tras evocar la «gravedad de las circunstancias», protestó contra la acción de Estados Unidos «reafirmando nuestro inquebrantable propósito de ser libres al amparo de la nacionalidad a que pertenecemos»[68]. Como si la derrota española no fuera ya un hecho, Giberga explicó en la Cámara de Representantes, el 14 de junio, el programa político de los autonomistas radicales: Cuba sería un Estado autónomo cuya «personalidad –siempre el mismo término– será perfecta y libérrima». A la metrópoli contribuiría con la participación acordada por ambas partes a la deuda y los «gastos de soberanía». El mismo principio de corresponsabilidad había de presidir las relaciones exteriores[69].

La intervención en la Cámara de Representantes permitió a Giberga explicar las razones de su oposición, tanto al anexionismo como a la independencia. En cualquiera de los dos casos, la hegemonía de Estados Unidos pondría en riesgo de muerte a la personalidad propia de Cuba:

> Yo soy de los que creen sinceramente que en este conflicto peligra nuestra vida como pueblo latino; pues aunque no vinieran los Estados Unidos a posesionarse de esta Isla y hacer presa en ella inmediatamente; aunque aquí viniese, si llegaran a triunfar, una República independiente o cualquier forma política que improvisasen o combinasen a su modo y por su conveniencia; ello es que lograrían una influencia tan decisiva, y que sería tal su superioridad que, a la corta o a la larga habría de desaparecer para siempre, entre los pueblos de América, el que nosotros formamos, y el que se formara aquí solo sería, de uno u otro modo, una dependencia de aquella nación poderosa, absorbente y dominadora[70].

Era la más clara justificación del autonomismo frente a la independencia, tomando en consideración el peso de Estados Unidos que siempre había de recaer sobre Cuba.

Los hechos impusieron luego su ley. El 3 de agosto, las sesiones fueron suspendidas, y tras firmarse el protocolo de paz entre Madrid y Washington, por el cual el gobierno español reconocía el fin de su soberanía en Cuba, los representantes autonomistas acordaron la propia autodisolución

[68] El País, *8-V-1898.*
[69] *Eliseo Giberga:* Obras, *t. II, p. 314.*
[70] *Eliseo Giberga:* Obras, *t. II, Habana, 1930, p. 322.*

por «someterse sin reservas a los hechos consumados», aceptando «el nuevo orden político que deriva de dichos hechos». Según la nota, los «antiguos autonomistas» debían seguir tomando parte activa en la política cubana, pero sin aspirar a funciones de dirección que tocaban a los hombres de la independencia. Sus objetivos políticos mantenían el rechazo implícito de la anexión a Estados Unidos. Eran «la independencia absoluta de la Isla de Cuba» y «el establecimiento de cordiales relaciones entre cubanos y españoles»[71].

Las circunstancias externas habían dado un giro de ciento ochenta grados, y a ello intentaban adecuarse los exautonomistas, vencidos económica y políticamente por la guerra. El político de Matanzas reitera, sin embargo, su objetivo de preservar en la nueva coyuntura, aún por definir, la personalidad cubana, de lo cual hace derivar su posición política: alcanzar un pronto entendimiento con los «separatistas» a fin de lograr la independencia. En el manifiesto publicado sin nombre el 17 de enero de 1899, explicará esa postura:

> Nunca fui partidario de la independencia de Cuba, sino de su unión a España; a la defensa de un régimen autonómico, en el cual se consolidara esa unión, dediqué toda mi vida pública: y cuando los hechos me impusieron el abandono de la política de evolución que antes profesara, no por la constitución de una República independiente, sino por la de un Estado Autónomo unido a la Madre Patria, deseé que terminara la última insurrección separatista: porque siempre ha sido en mí arraigadísima convicción la de que tal solución, mejor que cualquiera otra, afirmaría y mantendría la personalidad de Cuba, y le aseguraría una independencia efectiva más sólida y beneficiosa que la que el separatismo perseguía[72].

Los planteamientos políticos de Giberga al producirse la derrota española enlazan con los del pasado. Sigue teniendo como eje de su ideario la noción de «una personalidad cubana», de espléndidas perspectivas en los planos económico y cultural, pero amenazada por una inmadurez política, cuyos riesgos se ven acentuados por la presencia absorbente de Estados Unidos. De ahí su resuelta defensa de la independencia, como antídoto contra la anexión: «Imposible ya, por el abandono de la soberanía de España, salvar en otra forma que en la Independencia la personalidad de nuestra Cuba y su libertad colectiva como pueblo», es la fórmula de emergencia a que acude en el manifiesto de enero de 1899. Sin independencia, Cuba no

[71] *Reproducido en Eliseo Giberga*: Obras, *t. III, p. 746.*

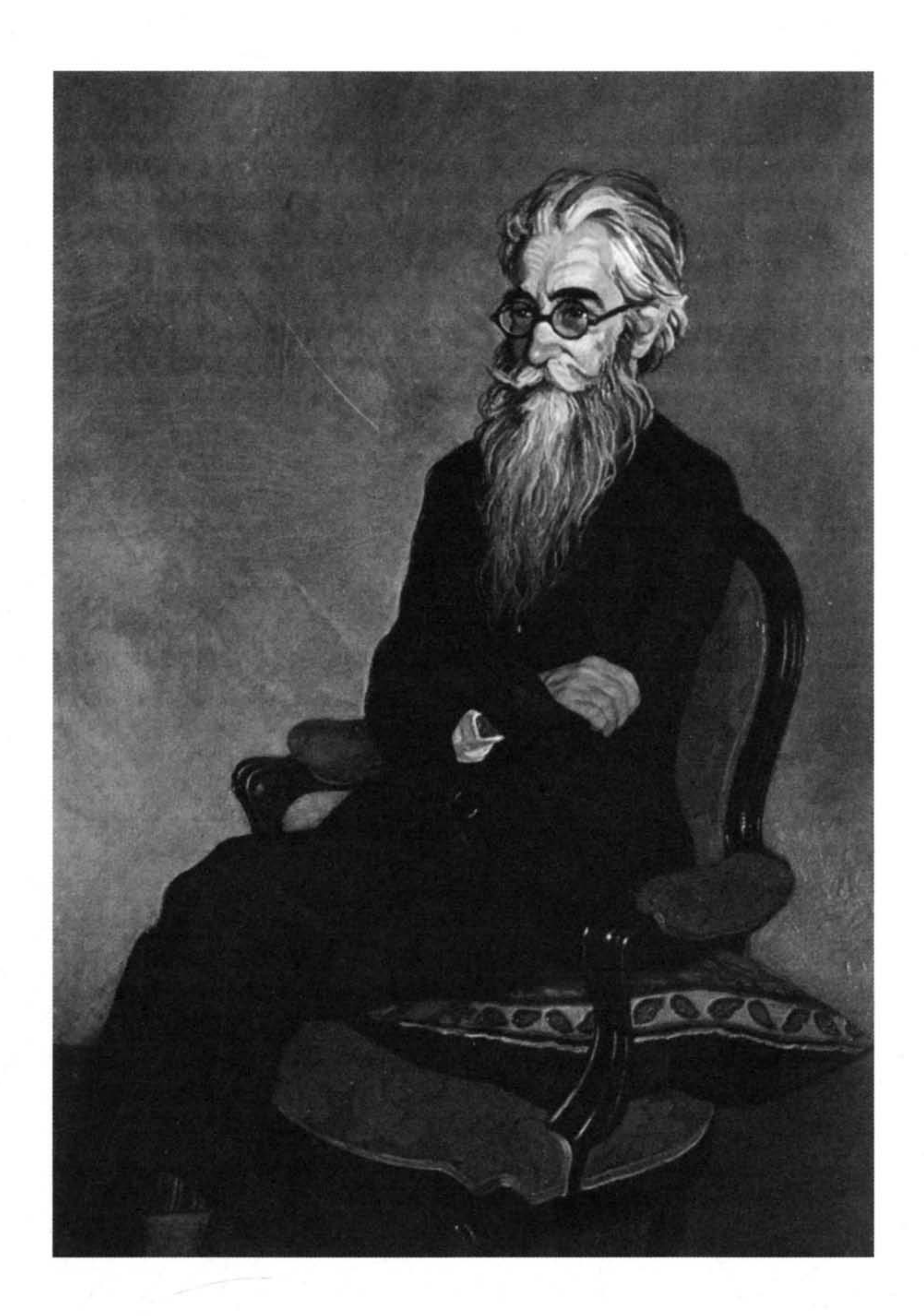
[72] *«Manifiesto político» en Eliseo Giberga*: Obras, *t. III, p. 742.*

sería siquiera un estado de la Unión ni una colonia autónoma de la misma. En consecuencia, los antiguos autonomistas deberían colaborar con los revolucionarios y con los españoles residentes en la isla para sumar fuerzas en pro de la independencia. Los restos del proyecto político de una débil burguesía protonacional podrían así ser salvados y eso explica las relaciones que entabla Giberga incluso con Máximo Gómez. No sin escorar muy pronto hacia una orientación defensiva. El partido refugio de los exautonomistas, la Unión Democrática, surge el 4 de abril de 1900 para proponer «una democracia conservadora que haga imposibles el cesarismo y la anarquía»[73]. El sesgo conservador y contrarrevolucionario quedó de manifiesto en la actuación de Giberga, único delegado de la UD, elegido por Matanzas, en la Convención constituyente. Quedó aislado en su derecha y, como era de esperar, votó a favor de la Enmienda Platt, desarrollando a pesar de ello una eficaz labor informal, favorecida por sus conocimientos jurídicos, en la elaboración del texto constitucional de 1901[74]. El reflejo conservador se imponía sobre el patriotismo.

[73] *«Manifiesto de la Unión Democrática», 23-IV-1900.*

[74] *Ramón Infiesta*: Historia de las Constituciones de Cuba, *p. 329.*

Repercusiones literarias



Ignacio Zuloaga: *Retrato de Valle Inclán*

La generación del 98 en el ensayismo argentino

Teresa Alfieri

Se adjudica al duque de Maura el bautismo del grupo formado por Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu, Ganivet, Valle-Inclán, Benavente, Antonio Machado, Manuel Machado, Villaespesa y otros escritores españoles contemporáneos a éstos, como generación del 98, una generación «nacida intelectualmente a raíz del desastre», es decir, lo que se llama el desastre colonial de 1898, con todas sus implicancias, tales como la guerra de España con EEUU y la pérdida o independencia –según desde donde se lo lea– de Cuba y las Filipinas.

Según Hans Jeschke, la estructura espiritual de esta generación se componía de escepticismo, sentimiento pesimista de la vida unido a un afán de intervenir en el mundo de la política; su objetivo fue la renovación espiritual de España y su reinserción en la cultura europea.

La preocupación profunda por su país, los marca, en las palabras de Maeztu: «España se nos aparece como un problema» y «Del problema moral no nos escapamos». Frente a él, se proponen recuperarla como en un renacimiento ético que en su creación no cesa de buscar la verdad: «La veracidad es deber inexcusable. Tomar los molinos por gigantes no es meramente una alucinación, sino un pecado».

Su importancia excede en mucho el marco español y las proyecciones en otras literaturas vienen a confirmar la validez universal y el valor expresivo de sus voces como representantes de un tiempo cultural. Así, su trabajo intertextual sobre el ensayo argentino es notable y a él deseamos dedicarle aquí nuestra consideración.

Central en la generación del 98 es una mirada severísima hacia España, con el ceño fruncido de quien le reprocha no ser como se la sueña, no presentarse tal como la desea. Se trata del sufrimiento frente a la decadencia, del examen severo de la cultura propia, del «me duele la patria» de Miguel de Unamuno, que también articula muchos libros argentinos de ensayo.

Nuestra América (1903 y 1918) de Carlos Octavio Bunge es un claro y hasta hiperbólico exponente del positivismo cientificista pero acusa la

influencia innegable del decadentismo europeo –en un discurso plagado de «melancolía», «bazofia», «podredumbre», «miasmas de la vida», «gusanos», «ruinas», «decaimientos trágicos»– y de los imperativos de la mencionada generación española. En el prólogo, denominado «Una palabra», el escritor evoca la aparición de una ninfa –la ninfa Egeria de su infancia– que le aconseja «Estudia tu patria», a la manera de un mandato y de un don mágico que el enunciador asume. Ese estudio será impiadoso; en él Hispanoamérica aparece como el territorio de la pereza, de la tristeza, de la arrogancia, donde el mestizaje es nefasto y la influencia hispánica, negativa como en Sarmiento.

La intencionalidad del 98 de *sacudir*, de azotar a España, *para su propio bien*, se reitera en el ensayo de Bunge donde es aplicada a la América hispánica como una patria grande «no con el insensato propósito de ofenderlas, antes bien con el modesto anhelo de servirlas» que, por su parte, integra un intertexto complejo con el discurso de la literatura argentina, especialmente con el «no es para mal de ninguno/sino para bien de todos» del *Martín Fierro* de Hernández; declaración que aparece reescrita en forma muy similar en *El Diario de Gabriel Quiroga* (1910) de Manuel Gálvez, ya que éste sigue tan de cerca el libro de Bunge, contestándolo, refutándolo, que constituye un diálogo polifónico y polémico incomparable; así, donde Bunge escribe «Una palabra», Gálvez escribe «Dos palabras».

En su obra Gálvez desea, como la generación del 98, reconquistar la vida espiritual del país, mientras acusa a la ciudad de Buenos Aires de ser el núcleo del materialismo, de un pueblo que carece de solidaridad y cuyo espíritu de disociación proviene de España. Las marcas textuales de la presencia de Unamuno en el proceso de composición de la obra no están exentas de difamación: «Así, Unamuno, en sus artículos, no es sino un pelotaris. Del mismo modo que jugaría a la pelota, así escribe a sopapos».

En *El Juicio del Siglo* (1910) de Joaquín V. González se movilizan conceptos emanados de la intrahistoria unamuniana –que fundamentarán más tarde los invariantes martinecestradianos–: la ley histórica «del predominio de la ambición, la posesión y la preocupación del gobierno interior» y la ley histórica de «la discordia intestina».

En *Eurindia* (1924), Rojas propone acrecentar la conciencia nacional propendiendo a una cultura idealista y elevada, basada en una estética que represente las diversas raíces americanas, las indígenas y las europeas aunadas un tanto eclécticamente –de allí el título. Su obra permite leer entre líneas el entretejido textual con la obra de Ganivet y de Giner de los Ríos, sus relaciones epistolares con Unamuno, las visitas y conferencias de Ortega y Gasset y de Eugenio D'Ors. La generación del 98 también está pre-

sente en su posición frente al casticismo y su elogio de la incorporación de argentinismos (tarea que ya había cumplido –dentro de su discurso novelesco– y justificado –dentro de su discurso ensayístico–, Grandmontagne). Y una de las partes de *Retablo Español* (1938) de Ricardo Rojas está dedicada a estudiar la figura de Ramiro de Maeztu, a quien Rojas define como el español atormentado quien, en la época de su publicación, ya había sido fusilado.

Para María de Maeztu, su hermano Ramiro encarnó a fin de siglo la conciencia del pueblo español escarmentado, que se vuelve contra todo lo que había creído. En esa etapa, Martínez Estrada se le asemeja, pero no –claro está– en la posterior evolución hacia un catolicismo radical. Aunque el argentino y su discípulo, H. A. Murena, siguen fielmente a quien fuera embajador de España en la Argentina al postular que se debe reconocer un pecado original, línea que construye la paratextualidad del más conocido de los ensayos de Murena sobre la peculiar condición de los pueblos sudamericanos que, al haber abandonado Europa, han abandonado la historia.

La presencia de Unamuno en *Radiografía de la Pampa* (1933), de Ezequiel Martínez Estrada es también muy marcada, con citaciones en extenso, y adhesiones tales como la común idea de recordar que las intenciones de España para con América no fueron siempre honorables y que entre ellas estaba el inconfesable robo, como dice *Vida de Don Quijote y Sancho* –que es uno de los intertextos de *Radiografía de la Pampa* para su concepto de la conquista como saqueo–: «Te denuestan, pueblo mío, porque dicen que fuiste a imponer tu fe a tajo y mandoble, y lo triste es que no fue del todo así, sino que ibas también y muy principalmente a arrancar oro a los que lo acumularon; ibas a robar», cita textual que le sirve al argentino para reforzar la visión negativa de la conquista en sus aspectos de avaricia, colonialismo y explotación, visión que prologará en su propia noción de la inmigración posterior bajo los mismos vicios y que, pasada a una clave psicológica, incluye un renegar del padre y de los propios orígenes.

El sentimiento trágico de la vida de Unamuno –y también la obra del mismo nombre– impregnan el pensamiento de Martínez Estrada, mezclando sus aguas con su particular pesimismo fruto de las lecturas de Schopenhauer, de la crisis del año 30, de su lectura un tanto intoxicante de Keyserling, de características de su personalidad y de la influencia del pesimismo de Pío Baroja. Ese pesimismo está presente en muchos miembros de la generación del 98. Si para Azorín «comprender es entristecerse», para Ganivet la verdad está detrás del velo que descorre la muerte; por lo tanto, se suicida, como persiguiéndola hasta el fondo del mar Báltico, a los treinta y tres años, firmando así la peor declaración de ese pesimismo.

Es curiosa en Martínez Estrada la inversión cronológica de transtextualidades. Si en España aparece primero la generación del 98 y luego el modernismo, en la obra de Martínez Estrada esto se da al revés, se inicia en el más rancio modernismo y más tarde comienza su trabajo textual con la generación del 98. Sus primeros libros de poesía están bajo la égida del modernismo de Lugones y Rubén Darío, es decir, del modernismo hispanoamericano, y es su libro *Argentina* el gozne entre el modernismo y la generación del 98, el que prefigura y abre el camino hacia la prosa de *Radiografía de la Pampa*. La generación del 98 avanza hacia las formas artísticas del modernismo, como puede verse dentro de la evolución de Azorín, pero el modernismo –que está centrado en el esteticismo– también avanza hacia la generación del 98 en la medida que incrementa la intervención en el espacio público, en un largo proceso de politización de su discurso, de preocupación por su patria, que incluye escribir textos sobre la identidad nacional tales como *Radiografía de la Pampa*. Allí su autor afirma que la literatura está estrechamente vinculada con la historia, que se ha convertido en una superestructura ideológica que «guarda con la realidad la misma alegórica relación que con las fábulas»; sigue a Azorín y a Maeztu –a quien leía en el diario *La Prensa* de Buenos Aires– para señalar la ausencia de relación entre nuestra literatura y la realidad social, su condición de literatura *Ersatz*, presuntuosa y desarraigada.

En *Muerte y transfiguración del Martín Fierro* (1948) retoma esta misma idea, inspirado directamente en las aseveraciones de Azorín al decir que no hay congruencia entre la literatura y la vida nacional española, que carecen de una relación viva. Y en *Para una revisión de las letras argentinas* (1967, póstuma) fundamenta en este criterio noventayochista su juicio terrible sobre las letras argentinas en el que se salvan de su mirada destructora sólo unas pocas obras.

La presencia de la generación del 98 en *Muerte y transfiguración del Martín Fierro* es mayúscula. Unamuno, Ganivet, Ortega y Gasset, Grandmontagne, Azorín, Valle-Inclán, Antonio Machado y Américo Castro aparecen marcados en el texto junto a los autores argentinos casi como si formaran parte de una misma literatura.

Ganivet aparece mencionado en relación al cambio de la lengua literaria española en este siglo, la ocasión le sirve al argentino para mostrarse como un semiólogo *avant la lettre*: «Esta liberación del lenguaje de semantemas y morfemas (...) equivale, por el extremo opuesto, al de los poetas gauchescos».

Los artículos «El gaucho Martín Fierro» (1894) y «La literatura gauchesca» (1899) de Unamuno son aprovechados y comentados en la obra,

aunque Martínez Estrada considera que es Grandmontagne, en *Martín Fierro, civilizador* (1934), quien «ha calado más hondo en los valores humanos, filosóficos y poéticos de Martín Fierro». Juzga que debe figurar entre los primeros lugares de los comentaristas españoles, por «la talla de pensadores y eruditos», Unamuno y Menéndez y Pelayo, quien se ocupó de él en su *Historia de la Poesía Hispano Americana* (donde habla de las «monótonas décimas» y que escandaliza a Martínez Estrada al comprobar que no lo ha rectificado por «sextetas»).

Mientras Francisco Grandmontagne es considerado por algunos españoles como un escritor olvidado del 98, como lo llama Juan Sierra Gil de la Cuesta, como un miembro de la generación del 98 en el exilio, un miembro evadido, como lo llamó Guillermo de Torre, un cronista de dos mundos, como lo llamó Antonio Machado en el homenaje que le organizó Azorín, puede vérselo, no obstante, funcionar dentro del *corpus* del ensayo argentino como un escritor argentino. Su señalamiento de la *viveza criolla*, la síntesis de nuestro peor defecto nacional, es anterior en cuatro años a la delineada en *La Ciudad Indiana* de Juan Agustín García, a la presente en la mencionada obra de Bunge y a la posterior de *Radiografía*. En su libro de ensayos (que es a la vez argentino y español) *Vivos, tilingos y locos lindos*, vuelve a fustigar este defecto argentino que encierra una ausencia de moralidad. Grandmontagne compara al Viejo Vizcacha con Rousseau y Schopenhauer. Martínez Estrada lo tilda de «exageración sacrílega» pero le reconoce un fondo de verdad.

Unamuno señala que el escritor americano que escribe como habla el pueblo, se acerca al habla castellana y se inscribe en la literatura española. En este sentido, estaba dispuesto a trabajar con los pueblos americanos no sólo dándoles sino recibiendo cultura de ellos. Pero Martínez Estrada, que lo retoma, lo refuta enarbolando la hipótesis de que *Martín Fierro* no es lo español sino lo «argentino inconfundible». Américo Castro y sus trabajos muestran a Martín Fierro como el prototipo del castellano. La vida en el fortín tal como aparece pintada en el poema de Hernández está enfocada por su metatexto en la tesitura de lo grotesco, tal como Valle-Inclán vistió lo trágico de grotesco en sus esperpentos.

Azorín, en *En torno a José Hernández*, señala la equivalencia de las dos figuras literarias ejes de una identidad nacional: «¿No has advertido tú la paridad entre Hernández y Cervantes?» Y desarrolla similitudes tales como las dos partes de la obra y la trascendencia que en ambas tienen las llegadas y las partidas.

En *Historia de una pasión argentina* de Eduardo Mallea puede también observarse una hipotextualidad fundante por parte de la generación espa-

ñola que consideramos. En primer lugar, la postura del enunciador y sus modulaciones son idénticas a las *Del Sentimiento Trágico de la Vida*, la construcción de un yo sufriente y filosófico que todo lo tiñe de subjetivismo y que mezcla incansablemente su destino con el de su patria. En Unamuno hay autoconciencia de ello: «Yo, yo, yo, ¡siempre yo! –dirá algún lector– ¿Y quién eres tú?». Y también hay confesión de las intenciones: «He querido en estos ensayos mostrar el alma de un español, y en ella el alma española». En Mallea, un discurso netamente autobiográfico se titula «casi historia argentina»; además, en el juego paratextual, «pasión» tiene el significado de padecimiento, de la pasión cristiana, del camino de Damasco. La importancia de la historia de un yo como expresión de los conflictos de un «nosotros» nacional está justificada en Mallea con otra frase de Unamuno: «Cuanto más soy de mí mismo y cuanto soy más yo mismo, más soy de los demás». Por detrás de ella, puede verse todavía otra escritura, la de Tolstoi.

En segundo lugar, un *background* común a las dos obras: Pascal, Kierkegaard, San Agustín. San Pablo, Spengler y Nietzsche. Para Mallea, la pasión de Kierkegaard y la desolación de Nietzsche son centrales en su ensayo de interpretación de las diferencias entre una frívola Argentina y una Argentina creadora e invisible que, en su auténtica profundidad, hace honor a una exaltación severa de la vida.

En tercer lugar, porque esa hipotextualidad está marcada en el discurso, verbigracia cuando escribe «Amar en espíritu es compadecer, ha dicho Unamuno, y quien más compadece más ama» o cuando dice «Unamuno se apresuraría a definir compasión, pasión compartida». Además, también es expresa la intertextualidad con Ganivet, en particular con el *Idearium Español*: «Siempre está a punto de hacerse real aquel ético elemento que Ganivet veía entrañado en las palabras de Séneca. No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu».

En cuarto lugar, porque Mallea traduce el título del libro español a «una concepción trágica de la conciencia» y la une a su búsqueda de la Argentina auténtica, opuesta a la de la prosperidad exterior, y ese camino lo conduce a la verdad solitaria, a preferir la ecuanimidad de la conciencia.

Para toda la generación del 98 fue muy fuerte el impacto de la obra y del pensamiento de León Tolstoi, cuya filosofía les hablaba de una fraternidad cristiana universal, de una profunda conciencia religiosa no dogmática y cuyas reflexiones y experiencias se vinculaban con el anarquismo. Ya Max Nordau en *Degeneración* hablaba del misticismo como una de las características del pensamiento de fin de siglo, y Tolstoi era entonces el más notable representante literario de ese misticismo. Tolstoi llegó a las más altas

cumbres del arte literario; sus novelas *Ana Karenina* y *Guerra y Paz*, por ejemplo, nacieron para ser inmortales, pero cultivó el camino de los renunciamientos, del despojamiento, en pro de una brújula ética, del compromiso ampliamente político de preocuparse por los demás, por su destino social, por su educación, y tomó un camino que era el del pacifismo, el del socialismo cristiano y el de la renunciación monástica. Un hombre que todo lo tuvo y que murió sin nada, dándolo todo. Azorín, líder de su generación, dedica al ruso un artículo inolvidable en *Alma española* el 6 de octubre de 1903.

En Argentina, Ezequiel Martínez Estrada se asemeja a un Tolstoi criollo, o americano, que busca ese socialismo cristiano, ese compartir los bienes sociales y el pan con justicia, un camino que lo lleva a adherirse a la Revolución Cubana, a viajar a Cuba y trabajar en ella, especialmente a dedicarse a un larguísimo estudio sobre José Martí, otro héroe signado por los renunciamientos en pro de la lucha por los demás. Su amigo del alma, al que llamaba su hermano –Horacio Quiroga– va a mostrar asimismo la honda influencia de Tolstoi, reforzada por la de Henry David Thoreau, y en su cabaña del norte argentino –hecha con sus propias manos– repetirá el modelo del Walden de Thoreau y la vida despojada, sencilla, en comunión con la naturaleza, con el campo, la vida de las confiables manos ásperas que consagrara Tolstoi.

Unamuno, por su parte, se confesará afecto a cierto cristianismo sentimental y al socialismo y declará abiertamente: «Pero pronto comprendí que mi fondo era y es, ante todo, anarquista». En 1901, el trío de la revista *Los Tres*, Azorín, Baroja y Maeztu, viaja a Toledo; allí se declaran anarquistas en la magna sala de sesiones del gobierno.

En Martínez Estrada los componentes socialistas y anarquistas están presentes desde los primeros momentos de su vida ya en la década del veinte, la obra del argentino destila estas lecturas. En sus libros de poesía, el anarquismo y el orientalismo –que, por cierto, es una forma de anarquismo trasladada a la esfera de lo religioso, donde no conoce autoridades institucionales– se mezclan al unísono, representando así fenómenos de coescritura (entendiendo por tal, la coincidencia textual de escritores de una misma época y de una misma literatura que generalmente se han tratado) con el muy marcado orientalismo de Ricardo Güiraldes, y con el orientalismo y anarquismo de Juan L. Ortiz; más tarde reaparecen con marcas textuales en el que realmente es su primer libro de ensayos, no el celebérrimo *Radiografía de la Pampa* de 1933 sino el largo, inédito e inconcluso *Filosofía del Ajedrez*, que comenzará a escribir en 1924 (como lo prueban los dos capítulos primeros que publicará ese año en el diario *La Nación* de Buenos

Aires) y que nosotros acabamos de descifrar, ordenar y armar en agosto de 1997. En este autor, el socialismo y el anarquismo no son una extraña evolución final de su pensamiento –como han afirmado algunos críticos extraviados– sino una marca de sus primeras lecturas como lo ha señalado Pedro Orgambide. Su orientalismo es muy similar al neobudismo que Guillermo Díaz Plaja marca como característico de la generación del 98 en el momento en que ha terminado el positivismo y los hombres se abren a diversas variantes del ocultismo. Por otra parte, ese anarquismo está presente en su rechazo político al gobierno de Hipólito Yrigoyen que tuviera sangrientos enfrentamientos con grupos sociales obreros de esa procedencia política, rechazo que está documentado en las revistas que dirigió o codirigió como *Trapalanda* o *La Vida Literaria.*

En cambio, Manuel Gálvez está políticamente en la vereda de enfrente del anarquismo, representando el prenacionalismo y en el *Diario*, del que hablamos ya, se complace en que los estudiantes hayan incendiado las imprentas anarquistas porque en ello ve la energía nacional y se muestra incapaz de leer la violencia prepotente.

Otra figura maestra y rectora de la generación española fue Nietzsche, quien desempeñó un papel de guía muy marcado. Martínez Estrada dedica una de las partes de su libro de ensayos *Heraldos de la Verdad* a la interpretación de su complejo pensamiento, pero en realidad su influencia se extiende sobre toda su obra. La teoría del eterno retorno –que éste tomara a su vez de los griegos– está en la base de su idea de los invariantes históricos de la Argentina tales como el miedo o el andar hacia atrás.

Nietzsche, por otra parte, es guía también en *Historia de una pasión argentina* de Eduardo Mallea, y su influencia descomunal recorre casi toda la obra de José Ingenieros cuyas clasificaciones tipológicas en *El Hombre Mediocre* están en deuda con la noción de superhombre del alemán, por dar un solo ejemplo de una proyección mayúscula.

Schopenhauer, Nietzsche (especialmente el concepto del hombre como un puente tendido sobre el abismo, que proviene de *Así hablaba Zaratustra)* y Kierkegaard pueden leerse también en palimpsesto en *F.G. Un bárbaro entre la belleza* de H. A. Murena, el curioso libro al que consideramos aquí como un ensayo sólo por predominio porcentual discursivo, pero en la obra de Murena, a la par del elogio de Goethe, se ve el fin de los valores de la generación española porque ya no interesa la construcción de un discurso político sino la de los ideologemas de la trascendencia, del camino y, a la vez, del vacío espiritual.

Una característica común de la generación del 98 fue el autodidactismo, es decir, la tendencia a alejarse de las universidades y a acercarse, a refu-

giarse, en las bibliotecas. Modelo de ello fue el precursor Ángel Ganivet que se labró una cultura refinada sin pasar por las aulas de la universidad. Más que estudiosos institucionales, estos intelectuales fueron grandes lectores orgullosos de su autodidactismo como actitud de vida. Martínez Estrada reitera con exactitud esa tendencia y ese orgullo, reforzados por el ejemplo de algunos escritores locales autodidactas que admiraba sobremanera tales como Sarmiento, Groussac y Ameghino –mientras que era ese autodidactismo una de las virtudes que encontró en la génesis del gran escritor que llegó a ser Hernández. De la influencia del autodidactismo noventayochista proviene también su acerba crítica a la universidad tal como puede leerse en *Radiografía de la Pampa* y en *Conspiración en el País de Tata Batata* –la novela inconclusa que encontramos en manuscritos desprolijos en su biblioteca–.

Un tema que nuclea a la generación del 98 es el *Quijote* de Cervantes. En su conmemoración aparecen *La Vida de Don Quijote y Sancho* de Unamuno, *Don Quijote, Don Juan* y *La Celestina* de Maeztu y *La ruta de Don Quijote* de Azorín; en ellos no se trata sólo de la obra de Cervantes sino de la identidad nacional española. Un fenómeno comparable es el que ocurre en el aniversario de la Revolución de Mayo en Argentina: en 1909 aparece *La Restauración Nacionalista* de Ricardo Rojas y en 1910 aparecen *El juicio del siglo* de Joaquín V. González y *El diario de Gabriel Quiroga* de Manuel Gálvez (y en poesía, las *Odas Seculares* de Lugones), donde de lo que se trata también es de la identidad nacional argentina.

Unamuno no sólo está presente en los ensayos de Manuel Gálvez sino también que influye en sus novelas a propósito de una de las cuales –*La maestra normal*– escribe su artículo «La plaga del normalismo»; ambos sostienen un profuso epistolario sobre temas hispanoamericanos. Otro tanto hace con Ricardo Rojas desde el momento que recibiera *La Victoria del Hombre*. Por su parte, el concepto de «intrahistoria» de Unamuno que alude a una historia dentro de la historia, que contiene la esencia de la vida humana, una historia que a veces se le escapa a la historia oficial pero que es más fuerte que ésta y más determinante, es retomada tanto por Ricardo Rojas en *Eurindia* como por Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa*.

A su vez, las obras noventayochistas españolas sobre el *Quijote* que acabamos de mencionar, se proyectan sobre los ensayos de Alberto Gerchunoff, especialmente sobre *Nuestro señor Don Quijote, La jofaina maravillosa* y *Retorno a Don Quijote*.

Para algunos críticos existe un *grupo epigonal* de la generación del 98 integrado por Eugenio D'Ors, José Ortega y Gasset y Américo Castro. De ese grupo también llegan las recidivas hasta la Argentina.

La hegemonía del pensamiento de Ortega y Gasset sobre *Radiografía de la Pampa* sólo puede clasificarse de excesiva. El concepto de Ortega de Buenos Aires como una *factoría*, como una ciudad sin nacionalidad ni ideales, convenció a Martínez Estrada hasta obnubilarlo: «*La Gran Aldea* de L. V. López es la factoría de Ortega y Gasset». También lo tiene en cuenta para elaborar su propia tipología del guarango, en el que se ocultan, según el español, los resortes mejores del alma argentina. Es uno de los viajeros europeos a los que admira, otorgándole poderes de observación de los que carecen los autóctonos: «un matiz que sólo advierte el ojo extranjero». «La pampa...promesas», con su noción del argentino como alguien que vive pendiente del *futuro*, recorre su propio texto, y sigue también al pie de la letra a Ortega para considerar a Buenos Aires como ciudad del anónimo.

La excesiva admiración no era mutua. En *Historia de una afición a leer*, Máximo Etchecopar registra muchos datos de la tercera visita de Ortega y Gasset a la Argentina en 1939, entre ellos su asistencia a un homenaje a Fernández Moreno. Más tarde, Ortega se refirió con elogios al discurso que había pronunciado Martínez Estrada en dicha ocasión: «Le interesó, me dijo, la lengua –el léxico y sintaxis peculiares– del argentino. Oírle decir esto a mi exigente amigo y sentir verdadero alborozo fue una y la misma cosa, porque yo era lector entusiasta de nuestro amargo literato». Como Etchecopar admiraba mucho a *La Cabeza de Goliat*, decidió írselo a leer a Ortega en su casa, pero al llevar leídas tres o cuatro páginas del primer capítulo, Ortega lo interrumpió y le dijo: «Ese señor no dice una sola cosa que sea acertada... Es como si no supiera de qué está hablando».

Más tarde, *La Rebelión de las Masas* parece legarle la noción de la función antisocial y caprichosa de las multitudes pero a ello el argentino sumará el aristocratismo que lo caracteriza (con su horror por los gobiernos de masas, por la demagogia) y que no está en discordancia con el socialismo argentino, teniendo formas semejantes anteriormente en las obras de José Ingenieros, tanto en *El Hombre Mediocre* como en otras. Y le sumará el concepto de inhistoricidad de Spengler, referido a la situación del hombre que vive antes, después o fuera de una cultura, influyente concepto que llegó a los españoles en el marco del acercamiento a la cultura europea que realizan con empeño y de la abundancia de traducciones de obras escritas inicialmente en lengua alemana, que caracterizó a la generación y fue trabajo destacado de figuras como Ortega y Gasset en su –como dice Borges– «alemanización del pensar hispánico».

La autoridad del español sobre Victoria Ocampo no fue meramente textual. Según Matamoro, la revista *Sur* fue bautizada así «por Ortega, por teléfono, desde Madrid». El grupo que toma su nombre de ella muestra su

influencia en una corriente de doble dirección debido al interés del español por la Argentina, evidenciado en viajes reiterados y en textos que la analizan.

Una similitud, a la vez influencia y coincidencia, entre el ensayo argentino y la generación del 98 está dada en el uso del espacio en sinécdoque como representación metonímica del propio país y cultura. En ambos casos se elige una figura de despojamiento (en contraposición tácita con zonas más exuberantes de ambos países): para España será la árida meseta de Castilla; para Argentina, la pampa, símbolo de la extensión y, ensayísticamente hablando, del desierto (el curioso desierto argentino que se ubica sobre algunas de las tierras más fértiles del mundo). Estas regiones, que tienen en común cierta monotonía, la ausencia de árboles y la ostentación del espacio, seducen a sus respectivos escritores.

Uno de los libros de Azorín se llama justamente *Castilla* y a él dedicó Antonio Machado un poema que dice –entre otros versos–: «Basta, Azorín, yo creo/ en el alma sutil de tu Castilla»; lo dice con toda razón y justicia, ya que este paisaje amonedado será el centro de muchos de sus poemas y descripciones,

Aunque Borges nace dentro del ultraísmo, es decir, el movimiento que con otros ismos superaría a los anteriores generación del 98 y modernismo, esta fascinación de la pampa como símbolo de la extensión aparece ya muy marcada en su segundo libro de ensayos *El tamaño de mi esperanza* –del que tanto abjurara luego– puesto a la altura del espacio del arrabal, que signaría buena parte de su obra y definidos ambos como dos presencias de Dios: «*Pampa*. ¿Quién dio con la palabra *pampa*, con esa palabra infinita que es como un sonido y su eco? Sé nomás que es de origen quichua, que su equivalencia primitiva es la de la llanura y que parece silabeada por el pampero. El coronel Hilario Ascasubi (...) escribe que lo que el gauchaje entiende por *pampa* es el territorio desierto que está del otro lado de las fronteras y que las tribus de indios recorren. Ya entonces, la palabra *pampa* era palabra de lejanía».

Este enamoramiento de la pampa simbólica, que está en la célebre radiografía «fatídica» –al decir de Canal-Feijóo–, puede leerse asimismo en el libro de Mallea: «Eso era la pampa, el horizonte remoto, la llanura, el desierto (...) la campiña pobre bajo un cielo sin comparación».

Los textos de la generación del 98 pueden encontrarse, pues, convertidos en fibra viva de la trama discursiva de los ensayistas argentinos. En el momento de su centenario, la historia ha construido –sin proponérselo– una gran paradoja con los juegos de recepción de las lecturas posibles, según la cual las cuestiones de la decadencia, de la pérdida de territorio, la falta de

dinero, el problema moral, la carencia de bondad –de la que se quejaba Benavente– y la de heroísmo, tanto como el gran desafío de la regeneración nacional, involucran a las lecturas argentinas con un interés, un provecho y una necesidad mayores que las de la propia España. Para la «hermandad de trabajadores espirituales» de estas regiones del Plata que –al decir de Ganivet– se empeñan «para que se forme en nuestro suelo una concepción original» resultan más acuciantes que para la tierra que las generó.

Bibliografía

ALFIERI, Teresa: «El novelista de la inmigración: Francisco Grandmontagne», en BIAGINI, Hugo E.: *Redescubriendo un continente*, Sevilla, 1993.

AZORÍN: *En torno a José Hernández*, Buenos Aires, 1939.

AZORÍN: *Reflejos de España*, Buenos Aires, Kapelusz, 1971.

BIAGINI, Hugo E.: *Fines de siglo, fin de milenio*, Buenos Aires, Alianza, 1996.

BORGES, Jorge Luis: *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, Seix-Barral, 1993.

BUNGE, Carlos Octavio: *Nuestra América*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1918.

CANAL-FEIJÓO, Bernardo: «Radiografías fatídicas»; en *Sur*, Buenos Aires, (1937), 5.

DÍAZ-PLAJA, Guillermo: *Modernismo frente a Noventa y Ocho*, Madrid, Espasa-Calpe, 1951.

FERRERES, Rafael: «Los límites del Modernismo y la Generación del Noventa y Ocho», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, n.° 73 (1956) 66-84.

GÁLVEZ, Manuel: *El diario de Gabriel Quiroga*, Buenos Aires, Moen, 1910.

GANIVET, Ángel: *Cartas finlandesas*, Buenos Aires, Losada, 1940.

GANIVET, Ángel: *Ideárium español* y *El Porvenir de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1957.

GANIVET, Ángel: *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid*, Madrid, Rivadeneyra, 1897.

GONZÁLEZ, Joaquín V.: *El juicio del siglo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1979.

GRANJEL, Luis: *La generación literaria del 98*, Madrid, Anaya, 1966.

GRANDMONTAGNE, Francisco: «Martín Fierro, civilizador», en *La Prensa*, Buenos Aires, 8 de noviembre de 1934.

INGENIEROS, José: *El hombre mediocre*, Buenos Aires, Losada, 1982.

JESCHKE, Hans: *La Generación de 1898 en España*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, sin fecha.

MAEZTU, María: «Nota preliminar», en MAEZTU, Ramiro: *Ensayos*.

MAEZTU, Ramiro de: *Don Quijote, Don Juan* y la *Celestina. Ensayos de simpatía*, Madrid, Calpe, 1926.

MAEZTU, Ramiro de: *Ensayos*, Buenos Aires, Emecé, 1948.

MALLEA, Eduardo: *Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1968.

MARQUINA, Rafael: «El bautista del 98», Madrid, *La Gaceta Literaria*, 15 de noviembre de 1931.

MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel: *Filosofía del Ajedrez*, Manuscrito de la Fundación Ezequiel Martínez Estrada de Bahía Blanca, Argentina.

MARTINEZ ESTRADA, Ezequiel: *Muerte y Transfiguración del Martín Fierro*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel: *Para una revisión de las letras argentinas*, Buenos Aires, Losada, 1967.

MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel: *Radiografía de la Pampa*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993. Edición de la UNESCO.

MATAMORO, Blas: *Genio y figura de Victoria Ocampo*, Buenos Aires, Eudeba, 1986.

MURENA, H. A.: *El pecado original de América*, Buenos Aires, Sudamericana, 1965.

MURENA, H. A.: *F.G. Un bárbaro entre la belleza*, Caracas, Tiempo Nuevo, 1972.

ORGAMBIDE, Pedro: *Genio y figura de Martínez Estrada*, Buenos Aires, Eudeba, 1985.

ORTEGA Y GASSET, José: *La rebelión de las masas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949.

ROJAS, Ricardo: *Eurindia. Ensayo de estética sobre las culturas americanas* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

UNAMUNO, Miguel de: *El sentimiento trágico de la vida*, Buenos Aires, Losada, 1964.



El general Ríos Rivera, sucesor de Maceo



Guerrilla de las tropas españolas en la manigua.
La Ilustración Española (1897-1898)

Concepto y paradoja: los flujos barrocos del 98 en la Argentina

Dinko Cvitanovic

Invocar el barroco en su calidad de patrimonio original e inexcusable de la cultura propia es un lugar común de la crítica literaria española desde hace muchísimos años. Y esto es verdad, más allá de la enorme cantidad de estudios de todo tipo que el fenómeno ha suscitado. La consideración de lo barroco o del barroquismo ha terminado por superar en cierta forma el período histórico de su vigencia hasta proyectarse como una condición o característica permanente del espíritu español. Guillermo de Torre[1] lo sintetizaba de esta manera: «No sólo el barroquismo es radicalmente español; todo el arte y la literatura españolas, en sus momentos culminantes, en sus expresiones más intensas, han sido sustancialmente barrocos». Los ejemplos ofrecidos por Torre (El Greco, Picasso, Gracián y Quevedo, Unamuno y Valle-Inclán) podrían multiplicarse fácilmente a través de una revisión de diversas épocas de la cultura peninsular.

América, por su parte, no sólo no ha permanecido ajena al barroco sino que lo ha asumido también como propio desde el mismo vértice fundacional de su literatura, obviamente emparentado con la española. Bastaría recordar al respecto los nombres de Juan Ruiz de Alarcón y de Sor Juana Inés de la Cruz. Esta afinidad de América con el barroco también ha sobrepasado el momento histórico de su conformación primaria para ir convirtiéndose de a poco en un elemento también inevitable y permanente de la cultura hispanoamericana. Baste recordar, en este caso, la opinión de un escritor que sin duda ha contribuido de manera notoria a las letras continentales, Alejo Carpentier.

En su libro de ensayos *Tientos y diferencias*[2] dice el cubano: «Nuestro arte siempre fue barroco desde la espléndida escultura precolombina y el de los códices, hasta la mejor novelística actual de América, pasándose por las catedrales y monasterios coloniales de nuestro continente», a lo que

[1] *Véase Guillermo de Torre:* Del 98 al barroco, *Madrid, Gredos, 1969; cf. p. 398.*
[2] *Alejo Carpentier:* Tientos y diferencias, *México, 1964, p. 42.*

agrega, de modo rotundo, la siguiente afirmación: «El legítimo estilo del novelista latinoamericano actual es el barroco»[3].

La larga discusión acerca del barroco en tanto «cosmovisión» o simplemente como manifestación de determinadas formas artísticas, de la que se ocupó la crítica del Seiscientos español, también podría trasladarse a América. En otras palabras, el barroco de signo americano ¿implica una concepción del mundo y de la vida o es tan sólo la letra y la forma?

Aún cuando estas opciones suelen ser un tanto ociosas y con frecuencia resultan más útiles para explicaciones escolares que para ahondamientos culturales genuinos y novedosos, en toda reflexión importante sobre el barroco parece primar la consideración del aspecto estilístico. Incluso si nos adentramos en la tan repetida bifurcación culteranismo-conceptismo, su presunta dualidad y hasta antagonismo tiende a esfumarse. Antonio Machado llegó a señalar que «culteranismo y conceptismo son... dos expresiones de una misma oquedad»[4]. Por otro lado, reconocidos especialistas han debatido la cuestión desde ángulos muy diversos. No ha faltado quien estableciera, con argumentos atendibles, la precedencia y supremacía del conceptismo sobre el culteranismo[5].

Hechas estas reservas en cuanto a esquematismos bipolares, siempre insuficientes a la hora de caracterizar el arte o la vida, no queda –pese a todo– más remedio que utilizar en sus connotaciones básicas la terminología convencional, en el sentido de que hay expresiones de la literatura barroca en las que predomina el acento culteranista, en tanto otras se distinguen por la presencia del nervio conceptista.

Uno de los tantos enfoques que se ha dado a esta cuestión es el del afincamiento geográfico. En el caso del barroco español, el conceptismo se habría manifestado en tierras llanas –Castilla y Aragón– mientras el culteranismo tendría su sede preferente en Andalucía[6]. Si esta forma de acercamiento al problema la referimos al barroco americano, sus implicaciones pueden adquirir especial importancia. Por múltiples razones, el barroquismo de un Carpentier, generado en la plétora antillana, difícilmente pueda hallar su contraparte simétrica en las tierras del extremo sur del continente, entre ellas y en particular la Argentina. El entorno natural de ambos

[3] Ibídem.

[4] *Cit. por Germán Bleiberg en* Diccionario de literatura española, *Madrid,* Revista de Occidente, *1964, p. 179.*

[5] *Es ilustrativa al respecto la posición de un reconocido estudioso de este tema, Alexander A. Parker, «La 'agudeza' en algunos sonetos de Quevedo. Contribución al estudio del conceptismo», en* Estudios dedicados a Menéndez Pidal, *III, Madrid, 1952, pp. 345-360.*

[6] *Cf.* op. cit. *en n. 4. p. 179.*

espacios es sustancialmente diferente y, acaso en gran parte por ello mismo, las respectivas vocaciones barrocas se canalizan con preferencia en una u otra de aquellas dos vertientes.

La pregunta que cabe aquí, no por simple, carece de importancia: ¿hay literatura «barroca» en la Argentina? Si dejamos de lado la referencia a otras épocas, contemporáneas o inmediatamente posteriores al período clásico de la vigencia del barroco español[7] y nos detenemos en el siglo XX, la presencia del barroquismo en nuestras letras adquiere matices propios y cobra una importancia acaso inconscientemente encubierta que convendría traer a luz.

El período de nuestras letras que se extiende entre 1930 y 1950 marca obviamente la aparición de determinadas obras y la maduración plena de autores que constituyen verdaderos hitos en las letras del continente. El ámbito de la ficción en prosa y del ensayo, que es el que nos ocupa, genera las obras capitales de al menos cuatro escritores de primera línea: Martínez Estrada, Gálvez, Mallea, Borges. Las obras de todos ellos atestiguan, cada una a su manera, la presencia de modalidades estilísticas de índole «conceptista» las cuales, por lo demás, no son privativas de los mencionados autores ni tampoco de un género literario determinado.

Hace medio siglo, Juan Carlos Ghiano, en uno de sus lúcidos estudios sobre nuestra literatura[8], indagaba en la presencia de Quevedo en la Argentina. Su breve pero sutil examen echaba luz sobre ecos del autor del *Buscón* en poetas como Bernárdez, Wilcock, Girondo, González Lanuza, Mastronardi y en particular Lugones, quien sentía en Quevedo «la personalidad más alta del idioma español»[9]. Ghiano tampoco omitía la una vez más necesaria referencia a Borges. Que sepamos, hasta hoy no se ha avanzado mucho más en esta dirección.

Si bien en algunos casos hay testimonios variados del apego de algunos de nuestros escritores al patrimonio de los Siglos de Oro, no en cualquier caso se puede hablar de «influencia», término que, aún cuando en relativo desuso, siempre nos merece el respeto de los tradicionales –y todavía no superados en este aspecto– requerimientos del enfoque estrictamente comparatista en la acepción histórico-literaria del término. Por ello, preferimos hablar de ecos o flujos, pensando sobre todo en las constancias textuales y en las lecturas paralelísticas.

[7] *Véase al respecto los siempre útiles trabajos de Emilio Carilla:* El gongorismo en América, *Buenos Aires, 1946;* La literatura barroca en Hispanoamérica, *Nueva York, 1972 y* Manierismo y barroco en las literaturas hispánicas, *Madrid, Gredos, 1983.*

[8] *Cf. su importante artículo «Quevedo y su presencia en las letras argentinas»,* Logos, *Año V (1946). N.° 8, pp. 119-116-*

[9] Idem, *p. 121.*

Si existe una veta conceptista en las letras argentinas del período que estudiamos –como pretendemos demostrar–, la misma se debe a tres causas, que estimamos notorias y, por lo demás, complementarias entre sí.

La primera de estas «causas» y la más difícil de demostrar, responde a nuestra convicción de que las letras argentinas de este período tienen una particular tendencia a insistir en la *agudeza del pensamiento*, elemento que, sin descartar los genuinos valores estrictamente estéticos, se enmarca sin dificultad dentro de los sinuosos parámetros de nuestra mentalidad, seamos escritores o no[10].

Por lo riesgoso, aunque sin duda atractivo, de un análisis de este tipo de explicaciones incluso sociologistas, en las que declaramos nuestra ignorancia– nos eximimos de profundizar en él, por lo cual nos limitamos a presentarlo a manera de simple hipótesis.

En segundo lugar, la aludida veta conceptista dentro de las letras argentinas hunde sus raíces, de manera bastante directa, en el barroco español del siglo XVII, tal como se desprende en los aspectos destacados en el mencionado trabajo de Ghiano. Nos proponemos aquí rescatar algunos de estos puntos de contacto.

En tercer lugar, la generación española del 98, renovadora pero a la vez restauradora, oficia –en más de un caso– como puente o intermediación entre el barroco español y las letras argentinas. Nos proponemos aquí desarrollar en particular este punto que, conviene adelantarlo desde ahora, en más de un caso se entremezcla con el anterior. Por consiguiente, para evitar subdivisiones o clasificaciones innecesarias, abordaremos autor y obra en bloque, de manera sucesiva, y efectuaremos la correspondiente discriminación cuando esta sea pertinente y sobre todo tangible en función de la referencia textual.

Finalmente, no está demás recordar el sentido básico de los términos concepto y paradoja, respectivamente, alrededor de los cuales asentamos nuestro análisis. Menéndez Pidal[11] recuerda que el primero es la «comparación primorosa de dos ideas que mutuamente se esclarecen, y en general, todo pensamiento agudo enunciado de una manera rápida y picante». Gracián[12]

[10] *Nos preguntamos si sería demasiado osado traer aquí a colación el movimiento de arabesco presente en nuestro baile del tango, o las reconocidas piruetas en el juego del fútbol, popularmente reconocidas como «gambetas».*

[11] *Ver ref. cit. en n.° 4, p. 189.*

[12] *En su* Oráculo manual *abundan las explicaciones acerca de estos términos. Ver especialmente «Hacer concepto y más de lo que importa más»; «No dar en paradojo por huir de vulgar» y otros, cuyo sentido global se equilibra en parágrafos como «No ser tenido por hombre de artificio...» (cf.* Oráculo manual y arte de prudencia, *en* Obras completas, *ed. Arturo del Hoyo, Madrid, 1960).*

daba al concepto el carácter de «vida del estilo, espíritu del decir... perfección... sutileza». En cuanto a la paradoja, su artificio consiste en enlazar dos ideas aparentemente opuestas, pero que llegan a conciliarse o por la fuerza del ingenio o porque su contraste extremado establece entre ellas algún punto de contacto[13]. Reparemos en todo caso que muy a menudo concepto y paradoja aparecen como enunciados hermanos en el sutil arte de la agudeza y del ingenio. Señalemos, por último, en función del enfoque literario-existencial de la cuestión que nos ocupa, que la paradoja parece concretar, de modo más visible que el concepto, la vocación neobarroca, «conceptista», del paisaje intelectual argentino que abordamos.

Martínez Estrada

Ya nos hemos referido en otra parte[14] a la escasez de elementos de procedencia española en la obra de Martínez Estrada, circunstancia que, en apariencia se complementa con el evidente «antiespañolismo» del escritor afincado en su corrosivo examen de la Conquista y en una oposición declarada a lo que el autor de la *Radiografía* considera implícitamente como rasgos de conducta histórica y de mentalidad. Por consiguiente, un rastreo de filiación española en su obra parecería en principio forzado, cuando no desalentador. Sin embargo, cabe reiterar una verdad muy simple pero indisimulable: Martínez Estrada es un escritor de primer orden. Los elementos estético-literarios presentes en toda su obra, incluso, por cierto, en los centenares de páginas de sus ensayos[15], suponen una fatalidad de diferente orden a las pregonadas por el propio autor: la fatalidad de escribir en una lengua determinada, dentro de una conciencia lingüística que el escritor asume, por original que sea. Desde enfoques estrictamente lingüísticos, las vivencias del español en la obra de Martínez Estrada tienen una importancia nada desdeñable y, por momentos, una llamativa originalidad[16].

[13] *Aunque las definiciones de paradoja son varias, su sentido básico es el de «una antítesis superada que hermana ideas contrarias en un solo pensamiento» (Ver Pelayo H. Fernández,* Estilística, *Madrid, J. Porrúa Turanzas, 1974, p. 80).*

[14] *Ver, entre otros, nuestro trabajo «Martínez Estrada, un agonista de Occidente», en* Actas del Primer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada, *Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada, 1995, pp. 30-37.*

[15] *Cf. p. ej. «Elementos estético-literarios en la* Radiografía de la pampa», *en* Actas del IV Congreso Nacional de Literatura Argentina, *Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1989, T. 1, pp. 203-213.*

[16] *Véanse las notas a nuestra edición de* Radiografía de la pampa, *Madrid, Colección Archivos, 1991, pp. 1-258; cf. en esta misma edición el trabajo de Elena Rojas, «La imagen lingüística de* Radiografía de la pampa», *pp. 539-572.*

En el caso concreto que nos ocupa, el estilo de Martínez Estrada incita a nuevos y siempre prometedores asedios. El problema de la paradoja, en particular, ha atraído la atenta mirada de Liliana Weinberg, que le ha dedicado sendos estudios[17], con interesantes conclusiones en cuanto a las claves de contextualización predominantemente sociológica que se desprenden de la utilización de aquel recurso.

En nuestras propias notas a la edición de *Radiografía de la pampa*[18] quedan consignadas una cantidad de observaciones estilísticas que conciernen en buena proporción a lo que podríamos llamar el conceptismo martinezestradiano. La revisión de dichas notas y la relectura de partes importantes de la obra confirman la tendencia a la expresión de agudeza e ingenio de manera reiterada, desde identificar la barbarie con «el desencanto de un soñar ordinario», hasta pergeñar conceptos en el límite de lo sofístico y definir, por ejemplo, a la Argentina, como «todo lo que no es Europa».

La «enunciación rápida y picante» que mencionamos antes como definición del concepto se encuentra presente por doquier. «La pampa lo achica todo», la «casa de los muertos» como «tumba de los vivos», la Ciudad de los Césares identificada deliberadamente como «necrópolis», la idea de que Buenos Aires tiene la misma «estructura de la Pampa», «los arrabales del centro», el «carnaval como la fiesta de nuestra tristeza», la visión de «nuestro pueblo (que) no sabe producir porque no sabe consumir», la religión como falta de fe, la afirmación rotunda de que «no tenemos historia, la escribimos», y otras mil aseveraciones de similar tenor reflejan no solamente las implicaciones del «concepto» como figura de pensamiento» –y, por lo tanto susceptibles de análisis en el plano especulativo– sino también algo más elemental pero de especial importancia: la vocación de Martínez Estrada por la expresión conceptista, una modalidad de su estilo literario que convive «armoniosamente» con la complejidad no siempre lógica de sus ideas.

En este clima «conceptista», la paradoja halla su *habitat* natural, más aún, colabora sustancialmente en la configuración del contexto total de la obra. En cuanto a la enunciación de varias de estas paradojas (un recuento total exigiría un minucioso trabajo estadístico, que aquí no nos interesa), remitimos al lector a los mencionados trabajos de Weinberg[19]. En cuanto a sus posibles fuentes, en cambio, nos parece de particular interés detenernos en

[17] *Ver Liliana Irene Weinberg de Magis* «Radiografía de la pampa *en clave paradójica», en ed. cit. en n. anterior, pp. 471-490; de la misma, «Ezequiel Martínez Estrada y el universo de la paradoja«, en* Actas del Primer... (cit. n. 14), pp. 74-97.

[18] *Véase, ed. cit. en n. 16.*

[19] *Ambos cit. en n. 17.*

unas notas manuscritas del autor, que consisten de fichas textuales tomadas por Martínez Estrada de muy diversos autores[20]. Aunque no muy numerosas, la amplitud de las fuentes consultadas resulta ilustrativa –una vez más– de la voracidad y a la vez de la inteligencia alerta del gran autodidacto.

De los clásicos, Martínez Estrada registra a Cicerón, Tertuliano, Quintiliano. Luego, sin orden, pero con perspicacia, reproduce opiniones de Spengler, Bentham, Jaspers, Bréhier, Mannheim, Leibniz, Poincaré, Chesterton, Sartre, Camus, M. Scheler, C. K. Ogden, Pascal y otros.

Al escrutar en la lista de los autores en cuya obra Martínez Estrada indaga, sobresale –junto a la inevitable consulta de Nietzsche[21]– una extensa cita de Kierkegaard, complementada con la explicitación de uno de sus comentadores. La expresión del pensador danés «La paradoja es la pasión del pensamiento, el pensador que evita la paradoja es como el amante que huye de la pasión, un hombre mediocre», recibe una muy especial confirmación en la escritura de Martínez Estrada que parece hallarse en este punto justamente en el medio de «la paradoja absoluta kierkegaardiana».

En la veta de la tradición española del tema, Martínez Estrada recurre significativamente a textos de Quevedo y Gracián. En el caso del primero, las citas proceden de textos dispares: «La visita de los chistes» y «Las Zahurdas de Plutón», por un lado, *Marco Bruto*, por otro, y finalmente, *Política de Dios y gobierno de Cristo.*

En cuanto a los tratados de Gracián, Martínez Estrada selecciona algunas citas tomadas de *El discreto* y del *Oráculo manual*. Del primero, una sola brevísima referencia, concita la atención del autor: «Las verdades que acá nos importan, vienen siempre a medio decir».

El autor de *La cabeza de Goliat* no repara solamente en las connotaciones «positivas» –en otras palabras, las que le pueden servir especialmente para expresar la complejidad de su pensamiento y de su manera de ser– de la paradoja en tanto útil artificio, sino incluye también las desviaciones o el exceso de lo paradójico, por lo cual no es de extrañar que reproduzca parágrafos como el de «No dar en paradojo por huir de vulgar» y otros de similar propósito.

En su intención de compilar referencias acerca de la paradoja, tampoco resulta llamativo que Martínez Estrada acudiera a un texto de Unamuno, bien que podría haber hallado en el autor de *Niebla* una verdadera cantera

[20] *Se trata de notas manuscritas, dispersas, en su mayor parte citas tomadas de diversos autores, cuyos originales consultamos en la sede de la Fundación E. Martínez Estrada, en Bahía Blanca.*

[21] *A esta altura de los estudios sobre Martínez Estrada, parece innecesario redundar en la importanciade Nietzsche en su obra.*

al respecto. Con todo, dentro del fárrago unamuniano, la cita parece especialmente bien seleccionada. El texto proviene de *Vida de Don Quijote y Sancho* (Primera Parte, Capítulo XXVI):

> En acabando de leer esto, se sonreirán también, murmurando: ¡Paradojas! ¡Paradojas! ¡Siempre paradojas! Pero venid acá, espíritus alcornoqueños, hombres de dura cerviz, venid y decidme, ¿qué entendéis por paradoja y queréis decir con eso? Sospecho que os queda otra dentro, desgraciados rutineros del sentido común. Lo que no queréis es remejer el pozo de vuestro espíritu ni que os lo remejen; lo que rehusáis es zahondar en los hondones del alma. Buscáis la estéril tranquilidad de quien descansa en instintos depositarios de dogmas; os divertís con las necedades de Sancho. Y llamáis paradoja a lo que os cosquillea el ánimo. Estáis perdidos, irremisiblemente perdidos; la haraganería espiritual es vuestra perdición.

Evitar la rutina del sentido común, romper con la haraganería espiritual –la de admitir lo establecido por mera comodidad–, «remejer» (revolver) en la interioridad del espíritu, en definitiva, perturbar al lector[22], constituyen algunos de los objetivos comunes de Unamuno y de Martínez Estrada. Al igual que a Unamuno, a Martínez Estrada no sólo le interesa la paradoja como motivo de estudio y reflexión, sino también como manera de expresar su verdad. El objetivo de ambos es la incitación, la agitación, la revolución, no como fenómenos sociales sino como intentos de esclarecimiento intelectual y espiritual, doloroso y continuado.

Tanto las obras de Unamuno como las de Martínez Estrada dieron motivo a largas y aún fecundas controversias, causadas en la gran mayoría de los casos por una cantidad de ideas expuestas con soberana lucidez y ofensiva vehemencia. Los grandes temas de Martínez Estrada han invitado reiteradamente a reflexiones de tipo social, histórico, político. Los grandes temas de Unamuno han abierto notables brechas en el pensamiento español contemporáneo y han quedado, indistintamente, a merced de filósofos, historiadores de la cultura y también críticos literarios. Sin embargo, la diferencia en cuanto la consideración específica de cada uno de ellos reside principalmente en el hecho de que Unamuno –a pesar de constituir una verdadera cantera ideológica– ha sido también estudiado y valorado de manera creciente como «escritor». En el caso de Martínez Estrada, estimamos

[22] *Cf. Miguel de Unamuno,* Vida de Don Quijote y Sancho, *Madrid, Espasa Calpe, 1975, pp. 85-86. V. sobre este punto las sagaces observaciones de Antonio Castro Castro en «La paradoja unamuniana», 'el modo más vivo y más eficaz de transmitir la verdad a los torpes'»,* Cuadernos de la Cátedra Miguel de Umamuno, *Vol. XVIII (1968), pp. 71-84.*

que este tipo de enfoque de su obra se encuentra aún bastante relegado o descuidado, sin dejar de tener en cuenta las honrosas excepciones que se van produciendo[23].

Además del interés sociohistórico de los escritos de Martínez Estrada, la presencia del elemento literario no es simplemente «complementaria». Lo literario es esencial en su discurso. Esto se refleja a través de diversos estudios de tipo lingüístico que últimamente se han hecho de su obra. En estos estudios se manifiestan, entre otras, las siguientes cualidades de Martínez Estrada: los aspectos denotativo y connotativo cumplen un papel muy importante en la comunicación estética; la evaluación especializada de su obra refleja una notable riqueza lingüística y una notoria habilidad en la organización del discurso[24].

Finalmente, no nos parece inapropiado traer a colación, a propósito de Martínez Estrada, una reflexión de Guillermo de Torre sobre Unamuno: «No olvidemos su idiosincrasia opositora, su temperamental *anti*, que le llevaba a definirse oponiéndose[25].

El concepto y sobre todo la paradoja constituyen rasgos definitorios del estilo de Martínez Estrada. Sus vías de acceso a estos recursos, al menos las conscientes, proceden de un acercamiento irregular a muy diversas fuentes, entre las que no faltan las esenciales referidas a nuestra lengua. Martínez Estrada, intelectual ético (no todos lo son) no podía privarse de acudir a esta tradición literaria que tiene sus raíces más evidentes en el barroco español. Por lo demás, su personalidad halló en las expresiones conceptistas de nuestra lengua la manera más apta, tal vez la única, de expresarse a sí mismo. Este carácter punzante, picante, irónico, definitorio, profético, paradójico, neobarroco, perniciosamente conceptista en fin, acerca a Martínez Estrada a una tradición común que, precisamente desde el barroco, mezcla los caminos de los escritores de ambos lados del Atlántico.

Gálvez y Mallea

Aunque las trayectorias literarias de Manuel Gálvez y Eduardo Mallea configuran rutas claramente diferenciadas en las letras argentinas, existen

[23] *En los dos congresos internacionales efectuados en Bahía Blanca (1993 y 1995), fueron expuestos varios trabajos en esta dirección. Cf. las* Actas, *editadas respectivamente en Bahía Blanca, I (1995) y II (1996).*

[24] *Remitimos al ya mencionado trabajo de Elena Rojas (v. n. 16).*

[25] *Ver Guillermo de Torre,* Tres conceptos de la literatura hispanoamericana, *Buenos Aires, Losada, 1963, p. 65.*

entre ambos importantes puntos de convergencia. Arnold Chapman ya elaboró bastante tiempo atrás una primera aproximación acerca de las semejanzas y diferencias de sus respectivas obras[26]. La cuestión, sin embargo, merece renovado tratamiento, por diversas razones. Una, que no carece de importancia dentro de la historia de nuestra literatura, es el relativo olvido en que ha quedado la obra de ambos escritores, más prolongado el que concierne a Gálvez y algo más reducido el que concierne a Mallea, lo cual tiene su explicación, entre otros motivos, por las dos décadas que separan la muerte de uno y otro. Ahora, desaparecidos ambos, la crítica especializada –salvo contadas excepciones– no les presta mayor atención.

El creciente interés de algunos críticos de alta jerarquía intelectual en el estudio de las relaciones literarias hispanoargentinas[27], el propio centenario de la generación del 98 y el consiguiente reexamen de sus contribuciones, justifican desde un ángulo –si se quiere «pragmático»– el reencuentro con Gálvez y con Mallea. Dicho sea esto sin desmedro alguno de la importancia objetiva que atribuimos a la obra de ambos[28].

A diferencia de Martínez Estrada, antihispanista por principio e hispano por idiosincrasia, tanto en Gálvez como en Mallea existe, con diversos matices, una voluntad de asumir conscientemente la tradición española. El caso de Gálvez es, en principio, el más evidente y consciente. Gálvez reclama, con indisimulado orgullo y en numerosas oportunidades, no solamente su vocación hispanista –en tanto tema de estudio y convergencia cultural en el plano de la lengua común– sino también su concreta filiación española. Su «hispanismo» se inscribe –hay que decirlo sin vueltas– más en un concepto de «hispanidad» tutelar, de Madre Patria unitaria e indisoluble que en una concepción más moderna del hispanismo, asentada en el conocimiento y en la incorporación de una pluralidad de pares. Obras como *El solar de la raza* dan sobrado testimonio de ello[29].

[26] *Cf. su art. «Manuel Gálvez y Eduardo Mallea»,* Revista Iberoamericana, *XIX, N.° 37 (1953), pp. 71-78. No por azar Gálvez se refiere en diversas oportunidades a la obra de Mallea; cf. p. ej. sus* Recuerdos de la vida literaria, *T. II; «En el mundo de los seres ficticios», Buenos Aires, Hachette, 1961.*
[27] *Es bien sabido que este interés se ha acentuado en los últimos años. De este modo, a aquellos ya antiguos trabajos de Rafael A. Arrieta y Guillermo Díaz Plaja, se añaden nuevas y notables aportaciones, entre las que se encuentan los estudios de Emilia de Zuleta, Enrique Zuleta Álvarez, Hugo Cowes y otros. Los últimos tres congresos de la Asociación Argentina de Hispanistas, celebrados respectivamente en Mendoza (1989) en Buenos Aires (1992) y en Mar del Plata (1995); han convocado una serie de nuevos e interesantes aportes en esta dirección. Cf. las respectivas* Actas.
[28] *En nuestro caso particular, nos hemos detenido en uno y otro, desde diversos ángulos. Cf. D. Cvitanovic et al.,* La Argentina y Europa (1930-1950), *Bahía Blanca, Departamento de Humanidades, 1996.*
[29] *Citamos esta obra en particular (Buenos Aires, Sociedad Cooperativa Nosotros, 1913) por ser definitoria en este aspecto, pero la devoción española del escritor es tangible en muchas páginas de su obra.*

Por otra parte, en lo que concierne a su extensa obra novelística, Gálvez ha declarado su deuda con las letras españolas del XIX, sobre todo con Galdós, además de otros grandes novelistas no españoles del mismo siglo, entre ellos Emilio Zola, por citar uno de los que con mayor asiduidad menciona la crítica, aunque el propio Gálvez se encargó de relativizar este último parentesco[30]. En todo caso, en la carrera literaria de Gálvez hay una larga etapa vinculada con el realismo finisecular, sin que en este caso puedan vislumbrarse con la necesaria honestidad intelectual raíces anteriores.

En la década del treinta, Gálvez participa intensa y significativamente de la inflexión intelectual que tipifica este período. Su novela *Hombres en soledad* puede considerarse resultado de una maduración lenta pero firme, encaminada hacia una abstracción más pretenciosa de los valores tradicionales y un cuestionamiento más hondo de la espiritualidad de los argentinos[31]. Por entonces, el escritor parece haber superado el primitivo enfoque realista, superación que más tarde habrá de vindicar –exageradamente– como un rasgo de toda su novelística.

> No es mi novela naturalista, ni siquiera realista, puesto que las cosas no son descritas. Como en las de Unamuno, sólo hay almas, luchas de almas...[32].

Entendemos que en esta inflexión de la novelística de Gálvez es decisiva la presencia de los grandes pensadores españoles de la generación del 98. La mención de Unamuno no es casual. Gálvez había leído y admiraba a Unamuno, quien tuvo gran influencia sobre su pensamiento. Gálvez toma del 98 en general y de Unamuno en particular un sentido de «evangelización» del país, más allá de que esta evangelización no fuera una actitud de sacristía o cenáculo cerrado, sobre todo en el caso del impar escritor español.

Debe quedar en claro que Gálvez no inicia en esta década su frecuentación de los hombres del 98. El propio escritor relata en sus *Recuerdos de la vida literaria*[33] que siendo muy joven, a partir del año 10, recibía en su casa de Buenos Aires a gentes muy variadas, entre ellas a Valle-Inclán. Luego, cumplida la frecuentación de algunos de los hombres del 98 y de sus obras, la novelística de Gálvez se enriquece en dimensiones antes no abordadas.

[30] *Ver sobre este punto, «En el mundo de los seres ficticios», op. cit. p. 126; cf. t. la discusión de este punto en Myron L. Lichtblau,* Manuel Gálvez, *New York, 1972, especialmente el cap. 5.*
[31] *Ver sobre este punto D. Cvitanovic, «Europa como drama en una novela de Manuel Gálvez», en* La Argentina y Europa (1930-1950), *cit., pp. 47-62.*
[32] *Cf. Manuel Gálvez,* Recuerdos de la vida literaria, *T. III, Buenos Aires, Hachette, 1961, p. 362.*
[33] *Cf.* op. cit., *T. I, 00. 307 y sigs.*

Este proceso puede analizarse con bastante precisión desde *Hombres en soledad* hasta *Las dos vidas del pobre Napoleón* (1954).

Si la asociación de Gálvez con el «barroco» resulta difícil, si es que no se la descarta por completo, como lo hizo en su momento Carlos Mastronardi[34] su adscripción al 98, en cambio, sobre todo en registro unamuniano, no puede negarse.

Por otra parte, la trayectoria de Gálvez, cuyas disparidades fueron señaladas en repetidas oportunidades (por ejemplo la convivencia entre determinismo naturalista y catolicismo, entre otras) no carece de coherencia si se la examina desde la propia perspectiva de la historia literaria española. No debe olvidarse que Galdós –uno de los mentores primarios de Gálvez– no deja de ser un punto de referencia para los noventayochistas. En su momento, Ricardo Gullón señalaba que tanto Baroja como Azorín habían admirado al autor de *Fortunata y Jacinta* y que el propio Unamuno, negador de su don poético, «no ignoró la grandeza de su empeño y la trascendencia de su obra»[35]. Pero el parentesco e incluso la influencia que ejerció Galdós sobre los hombres del 98 conciernen sobre todo a la probidad intelectual, al amor de la patria y al diagnóstico de los males nacionales. Y éste es precisamente el ámbito en que debe visualizarse la relación de Gálvez con aquella generación española.

Gálvez empalma con Mallea cuando su visión de la realidad se torna intimista y adquiere un contenido definidamente existencial, tal como lo hemos estudiado en particular a través de *Hombres en soledad* [36]. Pero este paralelismo, más allá de las afinidades temáticas y la eventual supremacía temporal de uno u otro, que tanto preocupó a Gálvez[37], no impide marcar las diferencias.

En tanto en la novela de Gálvez se pueden rastrear ecos unamunianos, directos e indirectos –intentos de vivencias paradójicas, teatralización alegórica– la formación literaria de Mallea tiene indudablemente un horizonte mucho más amplio. En Mallea no se advierte una hispanofilia *avant la lettre* como la de Gálvez. Sus inquietudes intelectuales, sus lecturas filosóficas, su formación literaria, cubren un vasto espectro europeo. Sus pretensiones y sus proposiciones en cuanto a la técnica narrativa son más ambiciosas y por lo pronto más «renovadoras» que las de Gálvez, aun si consideramos a éste en su última etapa de maduración. Baste tener presen-

[34] *Cf. Carlos Mastronardi, «Gálvez y el estilo barroco»,* Sur, *245 (1957), pp. 104-107.*
[35] *Cf. Ricardo Gullón,* Galdós novelista moderno, *Madrid, Gredos, 1973, p. 155.*
[36] *Ver art. cit. en n. 31.*
[37] *Cf.* Recuerdos de la vida literaria, *«Entre la novela y la historia», pp. 265 y sigs.*

te sus importantes anotaciones sobre el género novelístico[38], asiduamente complementadas con la estética visible en su obra de ficción. Incluso en una obra como *La bahía de silencio*, Mallea repara en la necesidad de una nueva literatura que responde a un mundo crecientemente complejo en el cual el estilo literario habrá de albergar la convivencia de «una multitud de fuerzas divergentes y contradictorias»[39]. No es extraño, entonces, que a pesar del relativo silencio que últimamente rodea su obra, pueda ser considerado con toda justicia como uno de los precursores de la nueva novela. El lenguaje especulativo de Mallea –más allá de que a veces constituya una carga pesada para su propia narrativa– aspira a calar muy hondo no sólo en la sensibilidad contemporánea sino en los ancestros más vigentes del irracionalismo occidental. A los autores que cautivan a un Martínez Estrada –Nietzsche, Kierkegaard–, se añaden en Mallea los grandes poetas metafísicos ingleses, la poesía de Rimbaud y Hölderlin, el universo de Dante, el sistema del pensamiento tomista, la activa heterodoxia de Erasmo, el trasfondo bíblico, las psicomaquias medievales.

En cuanto al elemento estilístico, Maella vitaliza en su novela de ideas las contradicciones de la vida, las paradojas y toda clase de yuxtaposición de conceptos[40]. Su manera acuciosa de intensificar las ideas, acudiendo al rodeo envolvente mediante la repetición sistemática, su pernicioso afán indagatorio en la interioridad humana, convierten a Mallea en una suerte de Unamuno argentino. La justificación de esta analogía –nos apresuramos a indicarlo– no debe buscarse en una dependencia directa del autor de *Todo verdor perecerá* con respecto de Unamuno. Por lo demás es verdad que ambos se inspiran en ciertas fuentes comunes, la de los grandes rebeldes y atormentados, como San Agustín, Pascal, Kierkegaard.

Tópicos como la concepción agónica de la vida, la conciencia preocupada, la intrahistoria y la Argentina invisible, la búsqueda de autenticidad y otros facilitan la posibilidad de paralelos comparativos[41]. Las ideas de ambos están acompañados en cada caso de un estilo consecuente, cargado

[38] *Aún cuando Mallea ha dedicado muchas páginas al asunto, creemos que una síntesis adecuada de su pensamiento al respecto se halla en* Poderío de la novela, *Buenos Aires, 1965. Por lo demás, a pesar de ser un auténtico estilista, el autor de* Todo verdor perecerá *tampoco es ajeno a la conciencia histórica. Cf. Horst Hina, «Historia y ficción en* Todo verdor perecerá» *de E. Mallea», en* Discurso historiográfico y discurso ficcional, *Actas del II Congreso Internacional del Celcirp, Regensburg, 1990, pp. 221-229. Ver también Myron I. Lichtblau, «Rasgos estilísticos en algunas novelas de Eduardo Mallea»,* Revista iberoamericana, *XXIV (1959), N.° 47, pp. 117-125.*

[39] *Véase* La bahía de silencio, *Buenos Aires, 1945, pp. 298-299.*

[40] *Sobre este punto y otros aspectos de estilo, véase Myron L. Lichtblau,* El arte estilístico de Eduardo Mallea, *Buenos Aires, Goyanarte, 1967.*

[41] *Ver Malva E. Filler, «Eduardo Mallea y Miguel de Unamuno»,* Cuadernos Hispanoamericanos, *221 (1968), pp. 369-382. Cf. t. John B. Hugues, «Arte y sentido ritual de los cuentos y novelas cortas de Eduardo Mallea», en* R.U.B.A., *V pp. 192-212.*

de similares «figuras de pensamiento». Entre estas, destacamos especialmente las interrogaciones retóricas, los contrastes, la paradoja, alegorías y parábolas. Las alegorías y parábolas malleanas se alimentan de la tradición bíblica y ubican al autor de *Los enemigos del alma* en el ámbito de una cosmovisión cristiana de clara raigambre medieval[42] y sustratos propios de la teología paulina[43].

Los contrastes y paradojas, sin desmentir esta línea, la amplían en una dimensión existencial moderna, también cercana a Unamuno y a su «hermano Kierkegaard». Ejemplos valiosos y reiterados de estas modalidades expresivas –por lo demás, fuertemente emparentadas entre sí (la paradoja no es más que una antitesis superada que hermana ideas contrarias en un solo pensamiento)– se hallan a lo largo del itinerario malleano, aunque podríamos cifrar su concreción en *Los enemigos del alma*. Las tensiones y disputas entre los tres hermanos «unidos por el cruel misterio de la desunión humana», el horroroso viaje del «no ser por el no ser», la diversión de «confundir» al prójimo (encarnado en Mario); sus «laberintos, argumentos y sofismas»; la búsqueda del «absoluto en el placer» por parte de Cors, que «ni siquiera se pertenece a sí misma». El texto entero, en fin, que declara sus raíces –a través de Consuelo– en las lecturas del Apocalipsis, de las Epístolas y aún de «los libros aciagos y sombríos del Antiguo Testamento» reiteran al Mallea de *Historia de una pasión argentina*, en el que las plurales raíces europeas –proteicas y cosmopolitas– no pueden ocultar una neta tradición española, que incluye a Santa Teresa, a San Juan de la Cruz –en la más conspicua tradición mística[44]– pero no deja de recurrir a Cervantes –epicentro: ¿clásico? ¿barroco? ¿manierista?–, a Calderón, a Mateo Alemán. Por estas diversas vías, la paradoja malleana se enriquece. En ella se juntan «la música callada, la soledad sonora» de San Juan, el «muero porque no muero» de Santa Teresa, el «Dios no existe, pues sí Tú existieras» de Unamuno e incluso «el ojo que ves no es» de Antonio Machado. Mallea incorpora lo mejor de la tradición literaria española y en este aspecto se hermana con el 98 peninsular.

[42] *Ver las páginas que le dedicamos en este aspecto en D. Cvitanovic,* De Berceo a Borges, *Buenos Aires, Fernando García Cambeiro, 1995. Cf. pp. 271-282.*

[43] *Enrique Fernández se detiene en esta cuestión en «Contexto religioso y mensaje profético de* Historia de una pasión argentina*», en* Cuadernos Hispanoamericanos, *324 (1977), pp. 532-540.*

[44] *Ver D. Cvitanovic, «Mística española y ensayismo argentino: dos casos de recepción», en* Actas III Congreso Argentino de Hispanistas, *Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1993, T. I, pp. 201-207.*

Borges

Más allá de las incontables discusiones que ha generado a lo largo del tiempo la consideración del barroco y de la generación del 98, cada una de estas dos etapas vitales de la cultura española reitera, respectivamente, nombres señeros, si no excluyentes. En el primer caso, no puede omitirse a Quevedo, en el segundo, no puede faltar Unamuno.

Borges reparó en ambos desde el comienzo de su vida literaria. En sus primeras –y aún hoy no muy estudiadas– *Inquisiciones*, el autor de *Ficciones* da acogida tanto a uno como al otro. El registro cobra especial importancia en tanto Borges no es precisamente proclive a rendir tributo a la tradición literaria española. Ya es un lugar común admitir que en su vasto universo intelectual, abierto a las fuentes más diversas e incluso insospechadas, las letras y la cultura peninsular no gozan de especial atención. Sin embargo, las escasas ocho páginas dedicadas a Quevedo en esta obra primeriza ilustran una afinidad esencial, sin cuya consideración la escritura de Borges carecería de una explicación necesaria para fundamentar con criterio cierto su papel en la transformación literaria del español.

Borges pondera en Quevedo la «homogeneidad» en la multiplicidad, el orden en la diversidad y sobre todo «una austera desconfianza sobre la eficacia del idioma», causa generadora de su sorprendente revisionismo lingüístico. A Borges le cautiva el «intelectualismo ahincado» del autor de los *Sueños* «así como el grado de perfección que éste alcanza en la elaboración de metáforas, en las antítesis, en la adjetivación, es decir, en aquellas disciplinas de la literatura cuya felicidad o malandanza es discernible por la inteligencia»[45].

«Nadie como él –insiste Borges– ha recorrido el imperio de la lengua española y con igual decoro ha parado en sus chozas y en sus alcázares». La raíz de esta ubicuidad se halla en el conceptismo, «serie de latidos cortos e intensos marcando al ritmo del pensar. En vez de la visión abarcadora que difunde Cervantes sobre el ancho decurso de una idea, Quevedo pluraliza las vislumbres en una suerte de fusilería de miradas parciales». Finalmente, complementa estas ideas con una significativa sentencia acerca de Quevedo: «Fue un sentidor del mundo».

El interés de Borges por Unamuno corre por un camino paralelo. Con una elemental noción de preceptiva pero, a la vez, con su notoria capacidad de síntesis, define uno de los aspectos centrales de la prosa unamuniana:

[45] *Ver «Menoscabo y grandeza de Quevedo», en* Inquisiciones, *Buenos Aires, Proa, 1925, p. 42.*

> Ese su hegelianismo cimental empújale a detenerse en la unidad de clase que junta dos conceptos contrarios y es la causa de cuantas paradojas ha urdido. La religiosidad del ateísmo, la sinrazón de la lógica y el esperanzamiento de quien se juzga desesperado[46].

Pero la intención de Borges no es detenerse en la prosa unamuniana, sino «comentar y ensalzar su nobilísima actuación de poeta». Por ello, sin dejar de advertir, también en este caso, la cualidad de «sentidor» del rector de Salamanca, transcribe uno de sus versos y se lanza en procura de su explicitación, subrayando un tópico que después interesará largamente al propio Borges: la condición paradójica del concepto usual el tiempo.

El remate de estas breves consideraciones borgesianas acerca de la poesía de Unamuno se centra en el carácter *conceptista* de la escritura del autor de *Fedra*, que Borges vincula –a partir de Hegel– con autores tan dispares como Robert Browning y nuestro Almafuerte. Este conceptismo, por cierto, sólo se puede concebir asociado con la capacidad –que Borges destaca– de pensar «los pensamientos esenciales». No es extraño que al detenerse tanto en Quevedo como en Unamuno, Borges insista en la idea del conceptismo como medular en la creación poética de ambos. Sin señalarlo como tal, el autor de *Ficciones* recala en el vínculo estilístico decisivo entre el barroco y el 98.

Alejandro Cioranescu destacaba en su ejemplar trabajo[47] que «la presencia insistente y prácticamente inevitable del concepto es el rasgo más fundamental y evidente del estilo barroco». Según el mismo estudioso, éste se convierte «en una especie de álgebra poética cuyas incógnitas debe descubrir el mismo lector»[48], con lo cual, de hecho, nos encontramos con una de las claves más sugestivas de la literatura contemporánea (sin distingos nacionales). Borges no sólo «intuye» esta clave en los dos escritores mencionados sino que, con sus propias ideas y con su obra de ficción contribuye –desde la misma perspectiva– a una verdadera renovación del español literario.

El elemento que consignamos está acompañado en el autor de *Ficciones* de una notable preocupación lingüística, cuyo carácter anticipatorio ha sido señalado desde el propio campo de los estudios lingüísticos. Borges plantea en el plano de la ficción problemas que la ciencia lingüística aborda con enfoques científicos. En «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» aparece planteada la relación entre lenguaje y pensamiento, resuelta en la posible existencia de

[46] *Ver «Acerca de Unamuno poeta», en* Idem, *p. 100.*
[47] *Ver su* El barroco o el descubrimiento del drama, *Universidad de la Laguna, 1957.*
[48] Idem, *p. 211.*

un lenguaje totalmente idealista, en tanto en «La biblioteca de Babel» esboza el problema de la finitud o infinitud del lenguaje, con lo cual prefigura una anticipación del enfoque generativo que Chomsky estudiará científicamente tres lustros más tarde[49].

Toda la estética borgesiana, desde los años veinte, está planteada a partir de su fijación u obsesión por el lenguaje. El escritor, como creador lingüístico, no se limita a los elementos proporcionados por el lenguaje cotidiano[50]. Su aspiración es crear textos capaces de alterar los códigos lingüísticos en vigencia. Para ello, no sólo acude a la creación de nuevas metáforas –supremo reto– sino también a la asociación de ideas diferentes en una sola unidad, a la coexistencia y fusión de lo diverso, a toda suerte de transposiciones plásticas de la realidad.

La obra entera de Borges, dentro de la economía expresiva que la caracteriza, es una continuada elaboración y reelaboración de contraposiciones y contrastes bajo diversas formas, desde la aporía eleática hasta el empleo constante de paradojas y conceptos –o agudezas– en la más pura tradición barroca. No es ajena a esta misma tradición la utilización de procedimientos como el oxímoron, es decir la fórmula mediante la cual se aplica a una palabra un adjetivo que parece contradecirla[51].

Muchas de las postulaciones del pensamiento borgesiano hallan su expresión natural a través de la utilización de uno o varios de estos recursos al mismo tiempo.

Desde muy temprano en su carrera literaria, Borges propende a la vindicación de lo poético, ya se trate de Unamuno o de la poesía gauchesca. Y también desde muy temprano, tanto sus juicios literarios como los elementos integradores de su posterior estética, se elaboran a través de un estilo conceptista.

En *Discusión* enuncia que «el menor de los hechos presupone el inconcebible universo»; en «El arte primitivo y la magia» muestra su ya incurable seducción por «no nombrar el objeto, sino sugerirlo»; en la *Historia de la eternidad*, proclama sin más su descreimiento de todas las interpretaciones, incluso de la propia. Sus diversas atracciones el escepticismo raigal, el gnosticismo, el nominalismo, el hermetismo y otros tantos ismos de diver-

[49] *Aunque los ríos de tinta que corrieron –y siguen corriendo– sobre Borges harían necesaria más de una cita, nos place recordar aquí muy en particular lo señalado por María Beatriz Fontanella de Weinberg en un* Homenaje a Borges *realizado en Bahía Blanca pocos días después de su muerte; cf. BOEHI N.° 4 (abr. may. 1986), pp. 3 a 5.*

[50] *Véase p. e. sobre este punto Alfred J. Mac Adam, «Lenguaje y estética en* Inquisiciones». Revista Iberoamericana, *Vol. XLIII (1977), N.° 100-101, pp. 637-644. Cf. p. 642.*

[51] *Ver Jaime Alazraki,* La prosa narrativa de Jorge Luis Borges, *Madrid, Gredos, 1974; cf. pp. 323, y sigs.*

so origen, debían empalmar –para convivir– con una escritura conceptista en parte heredada y en parte creada por él mismo. En lo que tiene de artificio creador, esta escritura tiende un puente entre la profunda renovación estética que se produce en la España del siglo XVII y la que se produce en América, y concretamente en la Argentina, en el siglo XX.

El restante parentesco aquí esbozado, el de Borges con Unamuno, no tiene menor interés. Las convergencias y diferencias entre ambos ya han sido motivo de algún estudio, sobre todo en el plano temático y de ideas: la conciencia de la muerte, la lucha unamuniana por la fe frente al escepticismo borgesiano, la pluralidad del ser. Pero más importante que estos aspectos, nos parece que la contradicción y la irrealidad en ambos «vienen a ser artificios literarios en contra de toda limitación del ser que cuestione la realidad aparente»[52].

El encuentro de Ortega y Unamuno

La confrontación entre Ortega y Unamuno alcanza ribetes épicos en la historia del pensamiento español contemporáneo. Es una verdadera batalla intelectual y personal –elementos que en ambos son una misma cosa– en la que caben todas las oposiciones: europeísmo orteguiano-españolismo unamuniano, vocación racionalista-vocación mística, y multitud de otros debates sobre los temas más diversos. Sin embargo, Ortega y Unamuno tienen, al menos, dos puntos de encuentro. Uno de ellos es Cervantes, nada menos. No es extraño, entonces, que el «energúmeno español» (que decía Ortega) escribiera con pasión una *Vida de Don Quijote y Sancho* ni que el propio Ortega escribiera sus *Meditaciones del Quijote*, bien que buscando no el equijotismo del personaje sino el quijotismo del libro[53].

El otro punto de encuentro, que estimamos de capital importancia, es la preocupación estético-literaria de ambos pensadores. Ya hemos señalado que Borges, literato por excelencia, se detuvo precisamente en las cualidades poéticas del autor de *Niebla*. Por cierto, la bibliografía sobre el Unamuno literario es ya suficientemente amplia y valiosa como para que nos detengamos aquí a reproducirla con el fin de subrayar sus cualidades de genuino escritor.

[52] *Dolores M. Koch, «Borges y Unamuno convergencias y divergencias»* Cuadernos Hispanoamericanos, *N.º 408 (1984), pp. 113-122; cf. p. 122.*

[53] *Ver nuestro trabajo «Ortega y el ensayo literario hispánico»*, Cuadernos Americanos, *Año XLIV, Vol. CCLII (1985), pp. 165-177.*

La preocupación y la vocación lingüística y literaria de Ortega no es menos acuciante. En su momento, de manera muy lúcida, Ángel Rosenblat estudió aspectos importantes del estilo orteguiano, desde su afán de claridad (desvelación, *alétheia*), hasta el ritmo, la utilización de neologismos y, sobre todo, la metáfora y la paradoja[54]. En cuanto a la metáfora, baste recordar las memorables páginas que el autor de *La deshumanización del arte* dedicó a la cuestión, entre ellas «La metáfora» y «Las dos grandes metáforas».

En cuanto a la paradoja, la obra de Ortega es un verdadero catálogo de voces que reproducen el recurso, a través de su utilización concreta o como instrumento calificador de situaciones, personajes, países, ideas. Pelayo H. Fernández consignó, estudió y clasificó este inmenso material[55]. No es extraño que este mismo estudioso diera a luz dos valiosos *Idearios etimológicos*, uno de ellos dedicado a Ortega y el restante a Unamuno[56].

Más allá de sus inconciliables diferencias, Unamuno y Ortega comparten una sostenida voluntad de renovación estilística. Y ambos brillan igualmente por la «agudeza e ingenio» que se traducen en sus respectivas obras. Este conceptismo renovador, o neoconceptismo, contribuye de manera notoria a la revitalización del español moderno. Nos arriesgamos a pensar que el valor de ambos pensadores reside con más firmeza en sus inquietudes estilísticas, literarias –y, por cierto, humanísticas, en la mejor tradición de este último término– que en la eventual consistencia filosófica –*stricto sensu*– de sus variadas y divergentes ideas y «puntos de vista». De aquí que el género literario en el que ambos también se encuentran, sea el ensayo, confluencia de brillantez intelectual y libertad expositiva.

Si la relación entre ambos escritores se considera desde otro ángulo, el de una potencial geografía de la cultura, la polarización esquemática también tiene su excepción. En otras palabras, aún si aceptamos poner de un lado el europeísmo de Ortega y, del otro, el «bárbaro africanismo» de Unamuno, habrá que admitir pese a todo la existencia de un surco común, de un camino que atraviesa el Atlántico y llega a América, de manera especial a la Argentina. No vamos a reproducir, por conocida y estudiada, la relación de Ortega con la Argentina, sus viajes a nuestro país, su relación fundacional con la revista *Sur*, la exposición y presencia de sus ideas entre nosotros.

[54] *Cf. Ángel Rosenblat,* Ortega y Gasset: lengua y estilo, *Caracas, Instituto de Filología Andrés Bello, Universidad Central de Venezuela, 1958.*
[55] *Cf. Pelayo H. Fernández,* La paradoja en Ortega y Gasset, *Madrid, J. Porrúa Turanzas, 1985.*
[56] *Ver sus trabajos:* Ideario etimológico de José Ortega y Gasset, *Gijón, 1981 e* Ideario etimológico de Miguel de Unamuno, *Chapel Hill, Univesity of North Carolina, 1982.*

Tampoco pretendemos «descubrir», pero sí conviene mencionarlo en este esquema, el interés americano de Unamuno y en particular su deseo de comprender y estudiar la «argentinidad» a través de numerosos trabajos que conciernen a cuestiones fundamentales de nuestras letras, desde las páginas dedicadas a Sarmiento hasta su visión de la literatura gauchesca, desde su interés en figuras liminares de nuestra historia –como Mitre– hasta su acucioso acercamiento a las obras de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez.

No está demás mencionar aquí que Unamuno entrevió con inteligencia la verdadera base –y fuerza de sustentación– de lo que podríamos llamar un moderno ideal hispánico de comprensión mutua. Una vez más, a propósito de esta cuestión, la observación de Guillermo de Torre apunta a lo esencial: «Desde el primer momento advirtió [Unamuno] que el único puente de enlace sólido entre España e Hispanoamérica no era la raza, sino la lengua»[57].

La presencia de Unamuno y de Ortega en la Argentina no sólo fue importante en la época a la que nos referimos en el presente trabajo sino que mantiene aún hoy su vigencia entre nosotros, según señala Enrique Zuleta Álvarez[58].

El camino de Ortega en la Argentina es más «visible» que el de Unamuno, pero el del rector de Salamanca no es menos intenso. Un buen ejemplo lo constituye una obra como *Diálogo existencial*, de Carlos Alberto Erro, publicada en 1937 «A la memoria de Miguel de Unamuno», en cuyo transcurso se siente a cada paso la tremenda fuerza de inspiración que ejerce en ella el autor de *Niebla*, al que Erro vincula con los nombres más prestigiosos de la tradición filosófica irracionalista de Occidente. «Unamuno –sostiene Erro– tiene títulos para ser considerado como uno de los grandes profetas de nuestro tiempo. Hoy parece mucho más actual que al finalizar el siglo pasado»[59]. Conviene tener presente que esta observación de Erro es válida no sólo para la Argentina sino inclusive para la propia España, donde la influencia ejercida no sólo por Unamuno sino en general por los hombres de la generación del 98 «es tardía e indirecta: comienza a sentirse precisamente en los años del triunfo de la generación siguiente»[60], fenómeno que trasunta no sólo la «modernidad» de Unamuno sino también cierta sincronía de su «presencia» a ambos lados del Atlántico.

[57] *Cf. Guillermo de Torre,* Tres Conceptos de la literatura hispanoamericana, *Buenos Aires, Losada, 1963, p. 58.*

[58] *Ver su trabajo «El ensayo español en la Argentina». en* Relaciones literarias entre España y la Argentina, *Buenos Aires, Embajada de España, 1992, pp. 165-189; cf. 0. 187.*

[59] *Ver Carlos Alberto Erro,* Diálogo existencial, *Buenos Aires, Sur, 1937.*

[60] *Ver Gonzalo Torrente Ballester,* Panorama de la literatura española contemporánea, *Madrid, Guadarrama, 1961.*

Por fin, en cuanto a los breves apuntes que hemos hecho acerca del itinerario orteguiano en la Argentina, podría quedar –acaso– la necesidad de la justificación de su presencia en este examen de algunos flujos del 98 en nuestro país, sobre todo si se tiene en cuenta que el pensador «no pertenece ideológicamente a la generación del 98, ni puede considerarse como hijo de ella» pero, a la vez, no puede olvidarse su posición central entre dos generaciones. Ortega hace conocer a la del 98 (Baroja y Azorín especialmente) y apunta hacia adelante, dice Torrente Ballester[61]. Si a ello añadimos nuestras propias observaciones, aquí presentadas, la presencia de Ortega en este panorama, resulta no sólo justificada sino necesaria.

El crisol conceptista

Martínez Estrada, Gálvez, Mallea, Borges, contribuyen a forjar el crisol conceptista que constituye una de las características más salientes de las letras argentinas de este período. Como hemos visto, en cada uno de ellos este fenómeno se produce con rasgos peculiares, relacionados en mayor o menor medida con la generación del 98 o con algunos de los conspicuos ancestros barrocos que esta generación reclama explícita o implícitamente. Sin embargo, sería errado considerar esta «relación» como un proceso uniforme y mucho menos como un fenómeno de «influencias» precisas y determinadas. Si, por un lado, según se desprende de nuestras observaciones anteriores, hay una convivencia de nuestros escritores con los del otro lado del Atlántico, por otro, ha de quedar claro que esta convivencia no es, para decirlo en términos de lazos familiares, ni filial ni fraternal. Nuestros escritores, en realidad, conviven con la tradición occidental y toman de ella lo que les interesa y conviene, lo que les apetece por afinidad espiritual o por «simpatía» intelectual.

De los cuatro escritores que incluimos en este análisis, Manuel Gálvez es, por razones conocidas, el que manifiesta un contacto más estrecho e intenso con la tradición española, sobre todo la del naturalismo y realismo galdosianos. En este sentido, cabe reiterar que a través de *Hombres en soledad* Gálvez realiza la excursión intelectual más fructífera fuera de las líneas habituales de su literatura y, precisamente al realizarla, empalma a nuestro criterio, con su admirado Unamuno[62]. Pero esta afinidad no debe buscarse

[61] Idem.

[62] *Gálvez ofreció más de un testimonio en este aspecto: Emilia de Zuleta se refiere ponderativamente al artículo de Gálvez «La filosofía de Unamuno»,* Síntesis, *10 marzo 1928, pp. 5-31 (cf.* Relaciones literarias entre España y la Argentina, *Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1983, p. 90).*

en peculiares aspectos de estilo sino más bien en su voluntad de escribir una «novela de almas». Lo vemos, en cambio, lejos del Unamuno poeta.

El caso de Martínez Estrada es diferente, por muy diversos motivos. Baste apuntar aquí que Martínez Estrada es un típico «escritor de pensamiento», más allá de las notables cualidades literarias de casi toda su producción. Su pensamiento, emparentado con el irracionalismo agonístico de raigambre «occidental» confluye con un elemento tópico del conceptismo barroco y de la generación del 98: la paradoja. Aunque antihispanista, Martínez Estrada acude, cuando lo siente necesario, a los textos que más convienen a sus propósitos intelectuales. A pesar de sus resquemores, su sentido de la libertad de pensamiento y su genuina voracidad intelectual, no pueden desdeñar algunas de las sustanciales contribuciones españolas en aquel ámbito. Más allá de ello, sin embargo, hay en toda su obra un conceptismo paradójico consustancial con su propia naturaleza.

En Mallea la preocupación estilística es acuciante y permanente. Si se nos permite la perogrullada, es el caso del escritor verdaderamente comprometido con la literatura. En tanto tal, es no solamente un notable asimilador de variadas tradiciones sino también un agudo trabajador de la escritura. Su parentesco con la tradición literaria española es, como hemos visto, de importante magnitud. En Mallea, estilo y pensamiento se concentran al máximo. Concepto y paradoja constituyen en él no sólo «figuras de pensamiento» sino también figuras de dicción.

En Borges, agudeza e ingenio, paradoja y, en realidad, todas las figuras y tropos, desde la metonimia hasta el oxímoron, configuran un sistema estilístico de vasta originalidad, en el cual se suman las más diversas tradiciones, incluida peculiarmente la tradición española del gran Quevedo. Sin embargo, su complejo mundo «literario» aparece tamizado al máximo, en un arte virtualmente poblado de «agudeza e ingenio», es decir de concepto.

Desearíamos apuntar finalmente que, aun cuando –como en toda síntesis– existe el riesgo de la simplificación, los flujos barrocos del 98 en la Argentina parecen concentrarse (desde la perspectiva que hemos presentado) en la obra de Unamuno. Sin desmedro de la importancia de otros «correos», el autor de *Niebla* hace sentir entre nosotros la supremacía de su «metabiótica y de su lingüística, unidad en él indisoluble como en pocos. No convendría olvidar que se trata de una atracción recíproca manifestada en su vivo interés en las letras hispanoamericanas y particularmente en las argentinas. Tal como lo indicamos antes, su atención y su pluma reparan, entre otros, en Mitre, Miguel Cané, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez[63], auto-

[63] *Ver Eleanor Paucker, «Unamuno y la poesía hispanoamericana»,* Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno, *VII (1956), pp. 39-67.*

res a los que dedica, como a otros de nuestro continente, páginas de crítica literaria, función que, como señalaba Guillermo de Torre, no había querido realizar con las propias letras de su país[64].

Por otra parte, la forja de un crisol conceptista en las letras argentinas tiene su mayor responsable en Jorge Luis Borges. A través de la obra del autor de *Ficciones*, de a poco pero significativamente, la «agudeza e ingenio», heredados y transformados, volverán a la Península para señalar allá y acá nuevos ritmos al idioma común.

[64] *Ver Torre, cit., p. 49.*

LUÍS TASSO—EDITOR—BARCELONA

LA ILUSTRACION

PRECIO EN ESPAÑA
UN Real
el número
52 reales al año
26 reales semestre

REVISTA HISPANO-AMERICANA

SE PUBLICA TODAS LAS SEMANAS

AÑO XI — Director: TORCUATO TASSO SERRA — N.º 523

9 de Noviembre de 1890

PRECIO
EN LOS PAISES DE LA UNIÓN POSTAL
25 francos al año
13 francos semestre
en valores sobre París, Londres ó Hamburgo
AMÉRICAS
[illegible]

TODOS LOS GRABADOS QUE PUBLICA ESTA REVISTA SON ORIGINALES Ó INÉDITOS EN ESPAÑA

MANIOBRAS DE CALAF.

REGIMIENTO DE LANCEROS EN COLUMNA.

SUMARIO.

TEXTO.

GRABADOS.

Crónicas madrileñas.

La llegada del frío.—El incendio del globo.—Un Atila de oro puro.—La levita de Melgares.—Retazos y notas.—Don Juan Tenorio.—El estreno de la Comedia.—Una novela y su novelista.

Por si la epidemia variolosa no producía bastantes víctimas en la población, los primeros fríos han venido á empeorar la salud pública. Dias pasados bajó el termómetro á cero, y ese descenso súbito de la columna mercurial costó la vida á dieciocho personas atacadas de pulmonía fulminante. No puede nadie formarse idea del frío de Madrid sin haber pasado un invierno en la corte: nuestro frío no es el frío aparatoso del Norte; aquí no suele nevar, y si nieva alguna vez jamás la alfombra de copos levanta más de una cuarta del suelo ni el horizonte se cierra hasta que el estío se lleva con sus calores las brumas. El horizonte de nuestra capital casi nunca se entolda; el frío madrileño es, pues, un *frío hipócrita* que se escuda detrás del sol para descargar sus flechas de hielo; un frío disimulado, sutil, que andando de prisa y provocando el sudor, parece que no se nota, y sin embargo le penetra á uno hasta los huesos. El refranero popular español cuenta con un proverbio que es la semblanza de nuestro cortesano frío: «el aire de Madrid mata á un hombre y no apaga un candil.»

Hé ahí el terrible enemigo de Madrid: el aire manso, reposado, calmoso, cuajado de puntas de aguja que le envía el Guadarrama. *La sierra próxima, si por un lado es* conveniente porque sirve de abanico y sa-

El 98 desde la Argentina: una aproximación bibliográfica

Emilia de Zuleta

En el presente trabajo anotaré mi enfoque con una intención definida: procuraré describir el horizonte de recepción que los argentinos tuvimos de una serie de figuras y de sus obras, comúnmente asociadas con el 98 por la consideración crítica posterior. Todo ello se refleja de un modo objetivo en la producción bibliográfica argentina, a diferentes alturas de estos cien años.

No entraré en la discusión sobre el concepto de generación del 98 –reactivada constantemente desde nuevos ángulos y criterios analíticos difícilmente conciliables[1]–, dado que, desde esta orilla, fue más bien objeto de una percepción pasiva y aceptado como una denominación convencional, apta para una comprensión primaria y los fines pedagógicos.

Con este fin estructuraré esta bibliografía en tres apartados principales: 1. La guerra del 98. 2. El 98 como categoría histórico-literaria. 3. Cinco autores representativos: Unamuno, Azorín, Baroja, Antonio Machado, Maeztu.

Toda bibliografía es selectiva y limitada, quiéralo o no su autor. En este caso, daré algunas razones de mi selección y de mis limitaciones. La primera consiste en ceñirme a autores argentinos y a algunos no argentinos que publicaron sobre el tema en nuestro país.

Con respecto a la guerra del 98, he incluido algunos trabajos que reflejan los diferentes aspectos de la repercusión que ella tuvo entre nosotros: 1) la reacción de la colectividad española; 2) el reflejo en nuestro incipiente hispanismo; 3) los puntos de vista polémicos que suscitó acerca del papel político de los Estados Unidos en América del Sur.

Con respecto al 98 como categoría histórico-literaria, ya he anticipado que no hubo discusión, sino la aceptación de un rótulo cómodo, y esto se advierte en los primeros trabajos sobre el tema.

[1] *Entre otros trabajos recientes. V. Cacho Viu, «Ortega y el espíritu del 98«», en* Revista de Occidente, *48-49, may. 1985, pp. 9-53. Carlos Seco Serrano, «La generátion de 1898 en question», en* Histoire de la littérature espagnole contemporaine; XIX-XX siècles; Questions de méthode, *Paris, Presses de La Sorbonne Nouvelle, 1992, pp. 93-106. También, «El invento del 98», en* El concepto de generación literaria, *de Eduardo Mateo Gambarte, Madrid, Síntesis, 1996, pp. 121-194.*

En el caso de los cinco autores elegidos, la bibliografía evidencia que existió un sistema de preferencias relacionado con personas, grupos, movimientos filosóficos, políticos, culturales, literarios, y con intereses editoriales. Hubo también mediadores poderosos en esta recepción, en especial, los españoles que ocuparon posiciones relevantes a partir del exilio de 1936: el nombre de Guillermo de Torre –quien ya había vivido aquí entre 1927 y 1932–, y los de Francisco Ayala y Ricardo Baeza, son suficientemente ilustrativos al respecto[2].

Todos aquellos autores fueron editados en la Argentina en las colecciones populares de Austral (Espasa-Calpe) y Contemporánea (Losada), con lo cual se aseguró una difusión extraordinariamente amplia. En algunos casos se trataba de textos no aparecidos antes en España y, casi siempre, se los reeditó innumerables veces.

Sin embargo, esta presencia, que en muchos momentos superó a su equivalente en la península, tuvo en cada uno de ellos rasgos peculiares. Unamuno fue, sin duda, el autor más estudiado en la Argentina y algunos de los aportes realizados desde esta orilla siguen figurando en todas las bibliografías[3]. Desde comienzos de siglo se lo siguió desde la Argentina como el arquetipo de intelectual comprometido. Luego, Manuel Gálvez y Jorge Luis Borges fueron precursores en su valoración literaria y el grupo *Sur*, tanto la revista como su editorial, le prestó especial atención y, particularmente, recogió su proyección en el auge de nuestro existencialismo. Una figura singular, el jesuita Hernán Benítez, usó su poder como director de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* para difundir esta faceta unamuniana, a través de trabajos propios y ajenos y de textos poco conocidos. Antiguo colaborador de *La Nación*, de *Caras y Caretas* y de otras publicaciones, Unamuno tuvo lectores asiduos también a través de ese canal más amplio de las colaboraciones periodísticas[4].

En el caso de Azorín, sus colaboraciones en *La Prensa* se iniciaron en 1916 y se extendieron hasta 1951. Durante el período de la guerra civil publicó exclusivamente en nuestro país artículos y cuentos que fueron recogidos en libros[5]. No se produjeron aquí trabajos notables sobre su obra,

[2] *He estudiado la presencia de los exiliados en varios trabajos, pero especialmente en: «El exilio español de 1939 en la Argentina», en* Boletín de Literatura Comparada, *Mendoza, 1986-1987, pp. 159-178;* Relaciones literarias entre España y la Argentina, *Madrid, Cultura Hispánica, 1983;* Guillermo de Torre entre España y América, *Mendoza, EDIUNC, 1993.*

[3] *Emilia de Zuleta, «Unamuno desde América», en* Cuadernos Hispanoamericanos, 440-441, feb. mar. 1987, pp. 101-117.

[4] *La producción de colaboraciones periodísticas de Unamuno fue recogida en parte por Manuel García Blanco, pero falta aún una bibliografía completa y confiable.*

[5] *E. Inman Fox, en su excelente* Azorín: guía de la obra completa, *Madrid, Castalia, 1992, incluye una aproximación «al periodismo completo de Azorín».*

aunque se lo leyó mucho e influyó en la educación literaria general y en la enseñanza de la lengua y de la literatura institucionalizada en el sistema escolar[6].

Pío Baroja fue colaborador regular de *La Prensa*, antes y después de la guerra civil. Como Azorín tuvo, además de sus lectores de libros y periódicos, presencia en la escuela argentina. Tampoco hay trabajos notables sobre su obra en nuestro campo crítico.

Antonio Machado ya era un escritor muy leído y admirado en la Argentina, antes de que su trágica muerte en 1939 añadiera un factor decisivo para su instalación en el canon donde se ha mantenido en posiciones más o menos centrales. Sus poesías, casi completas, fueron publicadas por Espasa Calpe en 1940 y por Losada en 1943, con la inclusión de textos no aparecidos antes en España. Y, finalmente, la primera edición de sus obras completas, poesía y prosa, se hizo en Buenos Aires bajo la dirección de Guillermo de Torre y Aurora de Albornoz.

Ramiro de Maeztu fue el único entre estos cinco autores que vivió entre nosotros, como embajador de Primo de Rivera, y se vinculó con los círculos nacionalistas cuando se estaba produciendo su viraje intelectual que se plasmaría en un libro muy leído en la Argentina, *Defensa de la hispanidad*.

De estos cinco autores he creído de interés registrar: 1) la bibliografía más importante sobre ellos, publicada en la Argentina o por argentinos fuera del país; 2) algunos artículos o ensayos breves; 3) las principales ediciones argentinas de sus libros, según su orden de publicación.

En suma, una muestra parcial que deberá ser continuada, ampliada y corregida, pero que es suficientemente ilustrativa de la presencia que estos temas y autores han tenido en la Argentina.

[6] *Ver también mi «Azorín desde la Argentina», en* Anales azorinianos *5, 1993, pp. 289-304 y «Azorín y la política: lectura para argentinos», en* Fundación, *Buenos Aires, 10, ab. 1997, pp. 150-156. Con un enfoque más amplio, mi «Lecturas españolas en la prensa argentina (1930-1950)», en* Cuadernos del Sur, *23/24-1993, pp. 65-80.*

Una aproximación bibliográfica

I. *La guerra del 98*

«Los americanos en América del Sur», en *RDHL*, año I, tomo III, pp. 450-452 (entrevista a Cecil Rhodes en *New York Herald).*

BRUNETIÈRE, F.: «Estados Unidos de América; El [sic] génesis de una patria», *Nac.*, 5-7-98, p. 2.

BRYCE, James: «Nueva política exterior americana», en *RDHL*, año I, tomo II, pp. 457-474.

CALZADA, Rafael: «Nace la Asociación patriótica española. La guerra de Cuba y la suscripción nacional», en *Cincuenta años de América*, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1927, pp. 17-32.

CARRIÉ, Julio: «La cuestión Filipinas y la opinión americana», en *RDHL*, Año I, tomo III, pp. 99-191.

DE MARCO, M. A.: «Los españoles en la Argentina y la guerra de Cuba. La donación del crucero Río de la Plata», en *Investigaciones y Ensayos*, 25, 1978, p. 225 y ss.

DE MARCO, M. A.: «Carlos Casado y la guerra de Cuba», en *Argentinos y españoles*, Rosario, Fundación Parque España, 1988, pp. 197-202.

EZCURRA, Pablo: «Lecciones históricas. El combate naval de Santiago de Cuba», en *RDHL*, año II, tomo IV, 1899, pp. 373-386.

FRANK G.: «Carpentier y sus correspondencias», *Nac.*, 30-1-99, p. 4.

GOROSTIAGA, Manuel: *El conflicto hispanoamericano*, Buenos Aires, 1898.

GROUSSAC, P.: «Discurso», en *España y Estados Unidos*, Buenos Aires, 1898, pp. 31-56. Corresponde al acto en el teatro Victoria, 2-5-98, citado por J. Canter, *Contribución a la bibliografía de P. Groussac*, Buenos Aires, El Ateneo, 1930, p. 247.

GROUSSAC, P.: «La question de Cuba», en *Le courrier français*, 265, 13-6-1895, 1, 4-5, en la *Contribución*, de J. Canter, citada antes.

LÓPEZ, Leopoldo: *España y Estados Unidos*, Buenos Aires, 1898.

MONNER SANS, R.: *España y Norte América. La guerra actual*, Buenos Aires, Monkes, 1898.

OYUELA, Calixto: «Oda a España»; «Finis Justitiae», en *España; versos y prosa*, Buenos Aires, Peuser, 1898, pp. 5-8 y 9. (La primera, leída en una función de la colectividad española, Buenos Aires, 22 de abril de 1898; ver. *Nac.*, 23-4-98, p. 4).

PARDO BAZÁN, Emilia: «La prensa amarilla», *Nac.*, 11-7-98, p. 3. (Sobre la prensa amarilla en USA y el *New York Journal).*

SOLAR, Alberto del: *La doctrina de Monroe y la América Latina*, Buenos Aires, Ateneo, 1898, (Antes, conferencia y polémica con el Dr. Carlos M. Urien. Ver *Nac.*, 20-7-98, p. 6).

II. *El 98 como categoría histórico-literaria*

DARÍO, R.: «El modernismo en España», *Nac.*, 29-12-99, p. 3.

DARÍO, R.: «La joven literatura», *Nac.*, 3-4-99, p. 3. (Sobre Ganivet, Bueno y otros).

BLANCO AMOR, J.: *La generación del 98*, Buenos Aires, Falbo Editor, 1966.

CERECEDA, Feliciano: «El primer 98 de España», en *C.*, XII, 572, 30-3-39, p. 157.

GRAU, J.: «La generación del 98», en *Argentina Libre*, 23-5-40.

LAÍN ENTRALGO, P.: «España como problema», en *RUBA*, 4.ª época, VII, jul. set. 1948, pp. 89-130 y VIII, oc. dic. 1948, pp. 359-416.

DUQUE DE MAURA [Gabriel Maura y Gamazo], «El problema de España y la familia del 98», en *RUBA*, XIV, ab. jun. 1950, pp. 191-414.

MONNER SANS, J.: *La generación de 1898*, Buenos Aires, La Vanguardia 1933.

MONNER SANS, J.: «Galdós y la generación de 1898», en *C. y C.*, XII, vol. XXIV, N.º 139-141, 1943, pp. 57-85.

NAPOLITANO DE SANS, Emma: «Miró y la generación del noventa y ocho», *RUBA*, 4.ª época, VII, ab. jun. 1948, pp. 351-369.

SÁNCHEZ OCAÑA, V.: «El pecado del 98», *Nac.*, 27-6-30, «La generación sin mujeres», *Nac.*, 7-4-40.

SERRANO PONCELA, S.: «El *Dasein* heideggeriano en la generación del 98», en *S.* 184, feb. 1950, pp. 35-57.

TORRE, G. DE: «La generación española de 1898 en las revistas del tiempo», en *Nos.* XV, 1941, pp. 3-38.

TORRE, G. DE: «Los del 98 escriben sus memorias», *Nac.*, 4-1-48.

VALERA, J.: «Literatura del desastre colonial», en *Ecos Argentinos*, Buenos Aires, Emecé, 1943, pp. 263-265. (Carta a *La Nación*, 30-9-1900).

ZULETA, I.: «98 y el modernismo», en *La polémica modernista: El modernismo de mar a mar (1898-1907)*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, pp. 89-102.

III. *Cinco autores representativos*

III.1. *Miguel de Unamuno*

Sobre Unamuno

ALAZRAKI, J.: «Unamuno, crítico de la literatura hispanoamericana», en *Hisp.*, 4, dic. 1966, pp. 755-763.

ALBERES, R. M.: *Miguel de Unamuno*, Buenos Aires, La Mandrágora, 1952.

ALEGRÍA, Ciro: «Cartas a Unamuno de Ricardo Palma», *Nac.*, 4-6-61, p. 2.

ALMAGRO SAN MARTÍN, M.: «Los grandes hombres del 98; Genio y figura de Don Miguel de Unamuno», *Nac.*, 14-3-43, p. 1.

ANDERSON IMBERT, E.: «Un procedimiento literario de Unamuno», en *S.* 105, jul. 1943, pp. 71-77. Id. *Los domingos del profesor*, Buenos Aires, Gure, 1972, pp. 34-37.

ANDERSON IMBERT, E.: «Aleixandre, Darío y Unamuno», en *S.*, 230, set. oc. 1954, p. 100-101. Id. *Los grandes libros de Occidente*, México, De Andrea, 1957, 306-308.

ANDERSON IMBERT, E.: «Unamuno y su moral de orgía», en *La flecha en el aire*, Buenos Aires, Gure, 1972, pp. 222-226.

AROCENA, Luis A.; *Unamuno, sentidor paradojal*, Buenos Aires, Emecé, 1981.

AYALA, F.: «El reposo es silencio (Una curiosidad literaria)», en *S.*, 250, en. feb. 1958, pp. 32-36.

BAREA, A.: *Unamuno*, Buenos Aires, *Sur*, 959.

BATTISTESSA, A. J.: «Dos centenarios», en *Cuadernos del Idioma*, I, 1, 1965, pp. 95-128. (Sobre Feijoo y Unamuno).

BATTISTESSA, A. J.: «Una tarde con Unamuno», en *Sínt.*, IV, 37, jun. 1930, pp. 7-11.

BENÍTEZ, H.: «Unamuno y la existencia auténtica», I y II, en *RUBA*, VII, jul. set. 1948, pp. 11-45 y VIII, oc. dic. 1948, pp. 263-293.

BENÍTEZ, H.: «Epílogo a *El drama religioso de Unamuno*», en *RUBA*, X, ab. jun. 1949, pp. 528-533.

BENÍTEZ, H.: «La crisis religiosa de Unamuno», en *RUBA*, IX, en. mar. 1949, pp. 11-88.

BENÍTEZ, H.: *El drama religioso de Unamuno*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1949.

BENÍTEZ, H.: «Nuevo palique unamuniano», en *RUBA*, XVI, oc. dic. 1950, pp. 479-534.

BERNÁRDEZ, F. L.: «El *Cancionero* de Unamuno», en *Mundo de las Españas*, Buenos Aires, Losada, 1967, pp. 48-53.
BERNÁRDEZ, F. L.: «Un amigo argentino de Unamuno», en *Mundo de las Españas*, Buenos Aires, Losada, 1967, pp. 174-176.
BIANCHI, A. A.: «*De Fuerteventura a París;* diario de confinamiento y destierro vertido en sonetos, por Miguel de Unamuno», en *Nos.*, vol. 51, 197, oc. 1925 , pp. 249-252.
BLANCO AMOR, J.: «De cómo Unamuno descubrió América», *Nac,*, 17-3-85.
BORGES, J. L.: «Acerca de Unamuno poeta». en *Nos.*, XVII, 175, dic. 1923, pp. 405-410.
BORGES, J. L.: «Inmortalidad de Unamuno», en *S.*, 28 en. 1937, pp. 92-93.
BOTTI DE GONZÁLEZ, Judith: *Miguel de Unamuno y la posibilidad de una filosofía española*, Universidad de Córdoba, 1982. Tesis inédita.
BROMBERGER, M.: «Con Unamuno en Salamanca». en *Nos.*, III, 10, en. 1937, pp. 78-82.
CARPIO, A. P.: «Unamuno, filósofo de la subjetividad», en *La Torre*, año X, 35-36, 1961, pp. 277-303.
CASALDUERO, J.: «Del amor en don Miguel de Unamuno», en *Sínt.*, IV, 37, jun. 1930, pp. 13-27.
CASTRO, A.: «Unamuno», *Nac.*, 21-2-37.
CASTRO, A.: «Más sobre Unamuno», *Nac.*, 14-7-37, p. 2.
COMAS DE GUEMBE, D.: *La función del monólogo en Benito Pérez Galdós y Miguel de Unamuno*, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, 1967, (Trabajos de alumnos N.° 2).
CORVALÁN, O.: «Unamuno y la novela contemporánea», en *Cuadernos del idioma*, III, 10, 1968, pp. 71-87.
COWES, H.: «Don Miguel de Unamuno y sus contradicciones», en *Nos.*, III, 10, en. 1937, pp. 82-86.
COWES, H.: «Problema metodológico en un texto lírico de Miguel de Unamuno», en *Fil.*, VII, 1961, pp. 33-49.
COWES, H.: «Miguel de Unamuno; ideas para una antología de la novela actual», en *Razón y Fábula*, 24, mar. ab. 1971, pp. 6-18.
CÚNEO, D.: «Unamuno y el Modernismo», en *CL.*, 37, 1-6-45, p. 4.
CÚNEO, D.: *Sarmiento y Unamuno*, Buenos Aires, Transición, 1955, Id., Pleamar, 1963. Id., Editorial de Belgrano, 1981.
DI FILIPPO, L.: «Los sembradores de inquietudes: Miguel de Unamuno y Pío Baroja», en *U.*, 57, jul. set. 1963, pp. 133-146.
ECHEVARRI, L.: «La Castilla de Unamuno», en *Nos.*, LXVI, 247, dic. 1929, pp. 342-351.

ECHEVARRI, L.: «Unamuno poeta», en *Sínt.*, II, 17, oc. 1928, pp. 139-155.

ECHEVARRI, L.: «Unamuno y América», en *Sínt.*, III, 31, dic. 1929, pp. 21-34.

ELMORE, E.: «Sobre la figuración de Unamuno en la inquietud política e intelectual de nuestros días», en *Nos.*, XLI, 159, ag. 1922, pp. 556-561.

ERRO, C. A.: *Diálogo existencial*, Buenos Aires, *Sur*, 1937.

ERRO, C. A.: «Unamuno y Kierkegaard», en *S.*, 49, oc. 1938, pp. 7-21.

ESCLASANS, A. DE: *Miguel de Unamuno*, Buenos Aires, Juventud Argentina, 1947.

ESLA, C. DEL: «Unamuno en Hendaya», *Nac.*, 12-9.43, p. 2.

ESPLÁ, C.: *Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París*, Buenos Aires, Araujo, 1940.

ESTRELLA GUTIÉRREZ, F.: «Unamuno y Maragall. Historia de una amistad ejemplar», en *BAAL.*, XXIX, 312-113, 1964, pp. 203-226.

FAGOAGA, Isidoro DE: «Unamuno en Italia», *Pres.*, 30-6-63, p. 2.

FARRÉ, L.: «Unamuno, William James y Kierkegaard», en *CH.*, 57, set. 1954, pp. 279-299 y 58, oc. 1954, pp. 64-88.

FARRÉ, L.: *Unamuno, William James y Kierkegaard y otros ensayos*, Buenos Aires, La Aurora, 1967.

FERNÁNDEZ LEYS, A.: «Hallazgo de Sarmiento en Unamuno», en *U.*, 49, jul. set. 1961, pp. 35-59.

FERRATER MORA, J.: *Unamuno: bosquejo de una filosofía*, Buenos Aires, Losada, 1944, Id., Sudamericana, 1957.

FRONTINI, N.: «Una página inédita de don Miguel de Unamuno», en *CL.*, 8, 1-1-44, p. 3.

GÁLVEZ, M.: «La filosofía de Unamuno»en *Sínt.*, 10, 1928, pp. 5-31. Id. en su libro *España y algunos españoles*, Buenos Aires, Huarpes, 1945.

GÁLVEZ, M.: *En el mundo de los seres ficticios*, Buenos Aires, Hachette, 1961, pp. 288-290.

GARCÍA SANTILLÁN, J. C., «Don Miguel de Unamuno», en *C.*, IX, 467, 11-2-37, pp. 135-137, y 468, 18-2-37, pp. 154-157.

GIMÉNEZ, N.: «Miguel de Unamuno y su hambre de inmortalidad», en *U.*, 60, ab. jun. 1964, pp. 195-115.

GIUDICE, F.: *De vida y muerte*, Buenos Aires, Colombo, 1974.

GÓMEZ DE LA SERNA, R.: «El confinamiento de Unamuno; algunos documentos», en *Nos.*, XLVI, 179, ab. 1924, pp. 564-575.

GÓMEZ DE LA SERNA, R.: «Unamuno», en *Retratos contemporáneos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1941, pp. 401-428.

GÓMEZ DE LA SERNA, R.: «Unamuno en Salamanca», en *Saber vivir*, 90, 1951, pp. 20-23.

GONZÁLEZ, J. R.: «*Vendrá de noche* de Unamuno y la sustanciación de la muerte», en *L.*, 21-22, 1989- 1990, pp. 31-42.

GONZÁLEZ TRILLA, Casimiro: *Dios, Unamuno y su discípulo ante los problemas humanos*, Buenos Aires, Instituto Amigos del Libro Argentino, 1969.

GRAU, J.: *Unamuno, su tiempo y su España*, Buenos Aires, Alda, 1946.

GRAU, J.: *Unamuno y la España de su tiempo*, Buenos Aires, Patronato hispano-argentino de Cultura, 1943.

JIMÉNEZ, J. R.: «Miguel de Unamuno», en *Españoles de tres mundos*, Buenos Aires, Losada, 1942, pp. 59-60.

LILLI, F.: *Retornando a Unamuno*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1952.

LORENZO, F.: «Unamuno y *El Sol*», en *Nos.*, XLVI, 178, mar. 1924, pp. 437-439.

LLINÁS VILANOVA, M.: «Unamuno o el agonismo trágico», en *Nos.*, LXXVI, 261, feb. 1931, pp. 125-133.

LLORCA, F. DE: «Los místicos españoles; el último libro de Unamuno», en *Nos.*, XVI, 68, dic. 1914, pp. 278-283.

MADARIAGA, S. DE: «Miguel de Unamuno», en *Nos.*, XL, 153, feb. 1922, pp. 264-276.

MADARIAGA, S. DE: «Repaso a Unamuno», *Pres.*, 3-1-65.

MADRID, F.: *Genio e ingenio de don Miguel de Unamuno*, Buenos Aires, López, 1943.

MAEZTU, R. DE: «Unamuno: el profeta, sentido religioso de la vida», *Pres., 21-4-40.*

MAÍZ, C.: *El sujeto moderno hispanoamericano,* Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, 1996.

MARÍAS, J.: *Miguel de Unamuno*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1951.

MARÍAS, J.: «Dos dedicatorias. Las relaciones entre Unamuno y Ortega», *Nac.*, 13-10-57.

MARÍAS, J.: «La España vasca de Unamuno: *Paz en la guerra*», *Nac.*, 5-2-67.

MARÍAS, J.: «Lo que ha quedado de Miguel de Unamuno», *Nac.*, 30-5-64.

MONNER SANS, J. M.: «Coincidencias temáticas de Unamuno y Pirandello», *Atenea*, CLVI, 406, oc. dic. 1964, pp. 7-35.

OLASO, E. DE: *Los nombres de Unamuno*, Buenos Aires, Sudamericana, 1963.

OLASO, E. DE: «Unamuno y el *Martín Fierro*», en *Asomante*, 2, 1965, pp. 29-49.

ONÍS, F. DE: «Unamuno íntimo», en *C. y C.*, XVIII, 208-210, pp. 240-260.

ORTEGA Y GASSET, J.: «Unamuno ha muerto de 'mal de España'», *Nac.*, 4-1-37, p. 4.

ORTEGA Y GASSET, E.: *Monodiálogos de D. Miguel de Unamuno*, New York, Ibérica, 1958, [impreso en Buenos Aires].

PAGÉS LARRAYA, A.: «Unamuno y el *Martín Fierro*», en *CH.*, 270, dic. 1972, pp. 423-440.

PEZZONI, E.: «La idea de la palabra en el *Cancionero* de Unamuno», en *C. y C.*, LIII, 282, set. 1958, pp. 171-199, y 283, dic. 1958, pp. 275-284.

PINTO, M.: «*Todo un hombre* de Miguel de Unamuno», en *Nos.*, LX, 229, jun. 1928, pp. 424-430.

«*La Prensa* versus Unamuno», en *C.*, II, 103, 20-2-30, p. 244, y III, 114, 8-5-30, p. 604.

RÍO, A. DEL: «Las *Novelas ejemplares* de Unamuno», en *RUBA*, V, 1, en. mar. 1960, pp. 22-34.

RODRÍGUEZ ALCALÁ, H.: «Un aspecto del antagonismo de Unamuno y Ortega, en *RUBA*, II, 2, ab. jun. 1957, pp. 267-280.

ROJAS, R.: «Retrato de Unamuno con Salamanca al fondo», en *Hispania*, Buenos Aires, en. feb. 1035, pp. 8-10. Luego en *Retablo español*, Losada, 1938, pp. 73-84.

ROMERO FLORES, H. H.: «El paisaje en la literatura de Unamuno, Azorín y Baroja», en *Sínt.*, IV, 37, jun. 1930, pp. 29-35.

ROVETTA, C.: «Ricardo Rojas en España, con Unamuno y Grandmontagne», *Pres.*, 12-2-67.

ROVETTA, C.: «Unamuno, devoto lector y crítico de Sarmiento», *Pres.*, 4-8-1968.

SÁENZ HAYES, R.: «Evocación de Unamuno», en *BAAL.*, XXVI, 101-102, 1961. pp. 517-558.

SÁNCHEZ BARBUDO, A.: «El misterio de la personalidad en Unamuno», en *RUBA.*, XV, jul. set. 1950, pp. 201-254.

SÁNCHEZ BARBUDO, A.: «La fe religiosa de Unamuno y su crisis de 1897», en *RUBA.*, XVIII, ab. jun. 1951, pp. 381-443.

SCHÜR, F.: «El amor, problema existencial en la obra de Unamuno». en *Cuadernos del Idioma*, Buenos Aires, I, 1, 1965, pp. 63-93.

SCIACCA, M. F.: «El drama del ser en Unamuno», *Nac.*, 23-6-57.

SOSA LÓPEZ, E.: «Unamuno o la pasión agónica del novelista», *Nac.*, 15-12-68.

SUÁREZ CALIMANO, E.: «Por donde se ve.... réplica del P. G. Paláu S. J. a Don Miguel de Unamuno», en *Nos.*, XLII, 163, dic. 1922, pp. 553-554.

TABANERA, M.: «El sueño en *Amor y pedagogía* de Miguel de Unamuno», en *Letras*, 13, 1985, pp. 98-105.

TABANERA, M.: «Rastreo de palabras claves en *Abel Sánchez* de Unamuno», en *Letras*, 3, 1981, pp. 103-109.

TORRE, G. DE: «El *Cancionero* póstumo de Unamuno», en *S.*, 222, may. jun. 1953, pp. 48-64.
TORRE, G. DE: *Tríptico del sacrificio. Unamuno, García Lorca, Machado*, Buenos Aires, Losada, 1948.
TORRE, G. DE: «Unamuno, escritor de cartas», *Nac.*, 27-9-64, p. 1.
TORRE, G. DE: «Unamuno y Clarín ; Revelaciones de un epistolario», *Nac.*, 27-12-42, p. 1.
TOVAR, A.: «Carta abierta a Hernán Benítez», en *C. Lit.*, 9, 1950, p. 1 y 4.
VAISMAN, G. O.: *Un ensayo sobre Miguel de Unamuno*, Santa Fe, Castellví, 1967.
WAPNIR, S.: «Presencia de don Miguel de Unamuno», *Pres.*, 22-10-67.
URRUTIA, L.: «Unamuno et *La Nación* de Buenos Aires», *Cahiers du C.R.I.A.R.* (5) 1985, pp. 143-196.
ZULETA, E. DE: «Miguel de Unamuno», en *Historia de la crítica española contemporánea*, Madrid, Gredos, 1974, 2.ª ed., pp. 126-136.
ZULETA, E. DE: «Unamuno desde América», en *C. H.*, 440-441, feb. mar. 1987, pp. 101-117.
ZULETA, I.: «Razón, sensibilidad y poética: otro deslinde unamuniano» en *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica*, Madrid, 6, 1984, pp. 107-134.

De Unamuno (no incluye artículos en periódicos, ver nota 4).

«Rosario de sonetos líricos», en *Nos.*, VI, 32, set. 1911, pp. 239-241.
«Del poema: *El Cristo de Velázquez*; dos fragmentos», en *Nos.*, XXIX, 109, may. 1918, pp. 24-28.
«Un llamado de D. Miguel de Unamuno a los liberales de América», en *Nos.*, XXXIX, 150, nov. 1921, pp. 429-430.
Cómo se hace una novela, Buenos Aires, Alba, 1927.
«Una notable carta de Unamuno», en *Nos.*, LVI, 215, ab. 1927, pp. 126-127 [a Borges, sobre Quevedo, España y el mismo Unamuno].
«Hispanidad», en *Sínt.*, I, 6, nov. 1927, pp. 305-310.
«Carta en torno a un comentario de *Síntesis*», en *Sínt.*, III, 33, feb. 1930, pp. 203-206 [sobre las últimas versiones de España].
«Mensaje de Unamuno», *Orientación Española*, Buenos Aires, I, 3, 10-36. [A las Universidades y Academias del mundo, sobre la guerra civil española].
Andanzas y visiones españolas, Buenos Aires, Renacimiento, 1929.
Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1937. Colección Austral 4 (En adelante, CA.).

Vida de Don Quijote y Sancho, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1938. CA. 33.

La agonía del Cristianismo, Buenos Aires, Losada, 1938. Biblioteca Contemporánea 1. (En adelante, BC.).

Niebla, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1939, CA. 99.

Abel Sánchez, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1049, CA. 112.

La tía Tula, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1940, CA. 122.

Amor y pedagogía, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1940, CA. 141.

Paz en la guerra, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1940, CA. 179.

El espejo de la muerte, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1940. CA. 199.

Contra esto y aquello, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941. CA. 233.

Andanzas y visiones españolas, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941. CA. 160.

Tres novelas ejemplares y un prólogo, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941. CA. 70.

Por tierras de España y Portugal, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941. CA. 221.

San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942, CA. 254.

Soliloquios y conversaciones, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942, CA. 286.

Mi religión y otros ensayos breves, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942. CA. 299.

La agonía del Cristianismo, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942. CA. 312.

Recuerdos de niñez y mocedad, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942. CA. 323.

De mí país, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942, CA. 336.

Temas argentinos, Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1943.

En torno al casticismo, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1943, CA. 403.

El caballero de la Triste Figura, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1944. CA. 417.

La dignidad humana, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1944. CA. 440.

Viejos y jóvenes, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1944. CA. 478.

Almas de jóvenes, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1944. CA. 499.

«Cartas de Miguel de Unamuno a Juan Arzadún», en *B*,, 119, set. 1944, pp. 33-61; 120, oc. 1944, pp. 55-70.

«Dos cartas dirigidas a la señorita Elvira Rezzo», en *S.*, 117, jul. 1944, pp. 7-11.

«Carta de Miguel de Unamuno desde su destierro de Hendaya», en *CL.*, 20, 1-9-44, p. 1.

«A Paul Valéry», en *CL.*, 39, 1-8-45.

Soledad, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945. CA. 570.

Antología poética, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946. CA. 601.

El otro. El hermano Juan, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946. CA. 647.

«Vida de don Quijote y Sancho», en *S.*, 358, dic. 1947, pp. 149-158,

Algunas consideraciones sobre literatura hispano-americana, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947. CA. 703.

El Cristo de Velázquez, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947. A. 781.

De esto y de aquello; escritos no recogidos en libro. Ordenación, prólogo y notas de M. García Blanco, Buenos Aires, Sudamericana, tomo I, 1950; tomo II, 1951; tomo III, 1953; tomo IV, 1954.

«Cartas de Unamuno a P. Jiménez Ilundain», en *RUBA*, VII, jul. set. 1948, VIII, oc. dic. 1948, pp. 295-357; IX, en. mar. 1949, pp. 89-170; X, ab. jun. 1949, pp, 473-525.

«Cartas de Unamuno a González Trillas», en *RUBA.*, XVI, oc. dic. 1950, pp. 535-551.

Cancionero (Diario poético). Buenos Aires, Losada, 1953. Colec. Poetas de ayer y de hoy.

Mi vida y otros recuerdos personales (1) y (2), Buenos Aires, Losada, 1959. BC. 265 y 286.

Del Diario poético, Buenos Aires, Losada, 1961. (Grabados de L. Seoane).

Trece cartas inéditas de Miguel de Unamuno a Alberto Nin Frías, Buenos Aires, La Mandrágora, 1962.

Fedra. Soledad. El otro, Buenos Aires, Losada, 1964. (Col. El gran teatro del mundo).

Del sentimiento trágico de la vida, Buenos Aires, Losada, 1964. BC. 166.

Poesías escogidas, Buenos Aires, Losada, 1965. BC. 185.

El gaucho Martín Fierro, Buenos Aires, Americalee, 1967.

Abel Sánchez, Buenos Aires, Kapelusz, 1974. (Pról. de O.H. Villordo).

III.2. *Azorín*

Sobre Azorín

ALFONSO, C.: «La mirada de Azorín», en *Cuadernos del idioma*, Buenos Aires, 1968, pp. 105-110.

ANDERSON IMBERT, E.: «El pasado literario de Azorín», en *Nos.*, LXIX, 1930, pp. 273-281. Id. en *La flecha en el aire*, Buenos Aires, Gure, 1972, pp. 39-43.

BALSEIRO, J.: «Azorín», en *Nos.*, IV, 17, ag. 1937, pp. 359-380.

CARSUZÁN, M. E.: «Azorín», en *Nos.*, IV, 17, ag. 1937, pp. 359-380.
CARSUZÁN, M. E.: «Azorín», en *La creación en la prosa de España e Hispanoamérica*, Buenos Aires, Raigal, 1955, pp. 83-98.
CASTELLANOS, L. A.: *La prosa contemporánea española. Anotaciones a la obra de Azorín*, Santa Fe, 1952.
CORONADO, N.: «Azorín», en *Nos.*, XVIII, 74, jun. 1915, pp. 246-257.
DEFELITIO, A. M. y E. ORBIT NEGRI: «*Don Juan* de Azorín; desglose de sus estructuras narrativas», en *Fil.*, 17-18, 1976-1977, pp. 273-336.
DÍAZ-PLAJA, G.: «Azorín y la historia literaria», *Nac.*, 2-1-66.
DÍAZ-PLAJA, G.: «Visita a Azorín», *Nac.*, 23-6-67.
DIEGO, C.: «Novelas de Azorín», *Nac.*, 17-9-67.
ESLA, C. DEL: «Azorín y Baroja», *Nac.*, 19-3-1967.
ESTRELLA GUTIÉRREZ, F.: «Algunos escritores españoles de hoy», en *C.*, III, 105, 6-3-30, pp. 309-310.
GÓMEZ DE LA SERNA, R.: «Azorín», en *Sínt.*, 7, dic. 1927, pp. 5-12.
GÓMEZ DE LA SERNA, R.: *«Azorín»*, Buenos Aires, Losada, 1942. BC. 95.
GRAU, J.: «Azorín», en *Argentina Libre*, 9-5-40.
HERRERO MAYOR, A.: «Consuelos epistolares de Azorín», *Nac.*, 30-7-67.
LOUDET, C.: «Azorín y Marañón», *Nac.*, 16-4-67.
MAEZTU, M. DE: «Azorín», en *Antología Siglo XX. Prosistas españoles*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1943.
MÁS Y PI, J.: «Azorín», en *Nos.*, I, 5, dic. 1907, pp. 273-284.
MUJICA LÁINEZ, M.: «Azorín e Hispanoamérica», en *BRAE.*. 47, 1967, pp. 21-22.
MUÑOZ, A.: «Una charla con Azorín», *Nac.*, 14-10-51.
OLIVERA LAVIÉ, H.: «Apuntes y notas sobre Azorín», en *Nos.*, XLIV, 168, may. 1923, pp. 27-40.
ONÍS, F. DE: «Azorín», en *Nos.*, LXVI, 1014, pp. 562-573.
OSÉS, B.: «El estilo y la sensibilidad de Azorín», en *Letras*, 17-18, 1986-1988, pp. 127-133.
PORTO LOBOS, A.: *Azorín (El hombre y la obra)*, Córdoba, 1939.
RAMONET, T.: «Azorín y Valencia», en *Cuadernos del Idioma*, 3, 1970.
ROMERA, A. R.: «En busca del tiempo ido», en *Nac.*, 13-1-47.
ROMERO FLORES, H. R.: «El paisaje en la literatura de Unamuno, Azorín y Baroja», en *Sínt.*, 37, jun. 1930, pp. 29-35.
ROVETTA, C.: «Azorín, periodista militante», *Pres.*, 12-3-61.
ROVETTA, C.: «Azorín y el espíritu de justicia», *Pres.*, 24-9-67.
RUBENS, E. F.: «Azorín y la generación del 98», en *Comunicaciones de Literatura Española*, UCA, 1/2, 1973-1914, pp. 47-53.
TORRE, A. DE LA: «En busca de Azorín», *Pres.*, 16-11-58.

TORRE, A. DE LA: «Visita a Azorín», *Pres.*, 30-11-58.

VALERA, J.: «Un libro de Azorín. *Alma de España»*, en *Ecos argentinos*, Buenos Aires, Emecé, 1943, pp. 261-263. (Col. Hórreo). De una carta a *La Nación*, 30-9-1900.

VARGAS LLOSA, M.: «¿Todavía tiene lectores Azorín?», en *Clarín Cultura*, Buenos Aires, 3-9-81, p. 1.

ZAMORA VICENTE, A.: «Una novela de 1902», en *S.*, 226, en feb. 1954, pp. 67-78.

ZULETA, E. DE: «Azorín», en *Historia de la crítica española contemporánea,* Madrid, Gredos, 1974, pp. 290-316.

ZULETA, E. DE: «Azorín desde la Argentina», en *Anales azorinianos*, 5, 1993, pp. 289-304.

ZULETA, E. DE: «Azorín o del compromiso intelectual», en *La Estafeta Literaria*, Madrid, 552, 1974, pp. 4 y 8.

ZULETA, E. DE: «Azorín y la Argentina», en *Fundación,* 6, dic. 1995, pp. 132-136,

ZULETA, E. DE: «Azorín y la política: lectura para Argentina», en *Fundación*, 10, ab. 1997, pp. 150-156.

ZULETA, E. DE: «Del sinfronismo azoriniano», en *Estudios sobre literatura y arte dedicados al Prof. E. Orozco Díaz*, Granada, Universidad de Granada, 1979, tomo III, pp. 571-582.

ZULETA, E. DE: «Visita a Azorín en Monóvar», en *Fundación*, 2, ab. 1994, pp. 125-124.

ZULETA, I.: «Azorín», en *La polémica modernista. El modernismo de mar a mar (1898-1907)*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1988, pp. 103-115.

ZULETA ÁLVAREZ, Enrique: «Azorín y Maurras», en *Arbor,* 362, 1976, pp. 75-99.

De Azorín (No incluye artículos en periódicos, ver nota 51).

La ruta de Don Quijote, Buenos Aires, Losada, 1938. BC. 13.

Lecturas españolas, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1938. CA. 36.

Trasuntos de España, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1938. CA. 47.

Castilla, Buenos Aires, Losada, 1939. BC. 43.

Clásicos y modernos, Buenos Aires, Losada, 1939. BC. 37.

Doña Inés, Buenos Aires, Losada, 1939. BC. 52.

En torno a José Hernández, Buenos Aires, Sudamericana, 1939.

Españoles en París, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1939. CA. 67.

Don Juan, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1940. CA. 153.
Los pueblos, Buenos Aires, Losada, 1940. BC. 65.
Tomás Rueda, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941. CA.
Visión de España: Páginas escogidas por Erly Danieri, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941.
El paisaje de España visto por los españoles, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941. CA. 164.
Al margen de los clásicos, Buenos Aires, Losada, 1942. BC. 93.
El escritor, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1942. CA. 261.
Capricho, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1943. CA. 380.
Blanco en azul, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1944. CA. 461.
Las confesiones de un pequeño filósofo, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1044. CA. 491.
De Granada a Castelar, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1944. CA. 475.
Los dos Luises, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1944. CA. 420.
Los valores literarios, Buenos Aires, Losada, 1944. BC. 145.
Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1945. CA. 551.
María Fontán, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1945. CA. 525.
El político, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1946. CA. 568.
Un pueblecito, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1946. CA. 611.
Con Cervantes, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1047. CA. 747.
Rivas y Larra, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1947. CA. 674.
El caballero Inactual, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1948. CA. 830.
Una hora de España, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1948. CA. 801.
Valencia, Buenos Aires, Losada, 1949. BC. 223.
La cabeza de Castilla, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1950. CA. 951.
Madrid, Buenos Aires, Losada, 1952. BC. 421.
El libro de Levante, Buenos Aires, Losada, 1952. BC. 236.
Salvadora de Olbena, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1953. CA. 1160.
Andando y pensando, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1959. CA. 1257.
Lope en silueta, Buenos Aires, Losada, 1960. BC. 295.
Ultramarinos, Barcelona-Buenos Aires, EDHASA, 1966.
Reflejos de España, Buenos Aires, Espelusz, 1971.

III.3. *Pío Baroja*

Sobre Baroja

ANZOÁTEGUI, I. B.: «Pío Baroja y el cinematógrafo», en *C.*, 53, 7-3-29, p. 317.

ARCONADA, C. M.: «Maniobras de tripulantes», en *Nos.*, LVIII, 222-223, nov. dic. 1927, pp. 198-208.

ELENBERG, F.: «El último libro de un académico». *Pres.*, 2-6-57.

FAGOAGA, I. DE: «Pío Baroja, la literatura y los literatos», en *U.*, 53, jul. set. 1962, pp. 79-104.

GANNON, P.: «Pío Baroja en su casa de Madrid», *Nac.*, 2-12-56.

GALLINI, A.: «Pío Baroja», en *Nos.*, IX, 35, feb. 1939, pp. 146-153.

GONZÁLEZ, J. B.: «Aspectos de la obra de Pío Baroja», en *Nos.*, LIV, 208, set. 1926, pp. 58-71.

MARÍAS, J.: «El mundo es ansí», *Nac.*, 15-12-56.

NALLIM, C. C.: *El problema de la novela en Pío Baroja*, México, Ateneo, 1964.

NALLIM, C. C.: *Encuentros con la literatura barojiana*, Mendoza, *EDIUNC*, 1997.

ROMERO F.: «Notas a Baroja», en *Nos.*, XXXIII, 125, oc. 1919, pp. 184-195.

TORRE, G. DE: «Los del 98 escriben sus memorias; Pío Baroja», *Nac.*, 21-9-47, p. 1.

ZULETA, I.: «Baroja», en *La polémica modernista. El modernismo de mar a mar*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1988, pp. 117-125.

De Baroja (no incluye artículos periodísticos)

Zalacaín el aventurero, Buenos Aires, Losada, 1939. BC. 41.

El mundo es ansí, Buenos Aires, Losada, 1940. BC. 63.

La leyenda de Jaun de Alzate, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941. CA. 177.

Las inquietudes de Shanti Andía, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941. CA. 206.

Fantasías vascas, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1942. CA. 230.

El gran torbellino del mundo, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1942. CA. 256.

Las veleidades de la fortuna, Buenos Aires Espasa-Calpe Argentina, 1942. CA. 288.

Los amores tardíos, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1942. CA. 320.

Pequeños ensayos, Buenos Aires, Sudamericana, 1943.

El Mayorazgo de Labraz, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1943. CA. 377.

El mundo es ansí, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1943. CA. 331.

Zalacaín el aventurero, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1943. CA. 346.

La casa de Aizgorri, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1943. CA. 365.

La feria de los discretos, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1943. CA. 398.

Los últimos románticos, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1944. CA. 445.

Las tragedias grotescas, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1944. CA. 471.

Agonías de nuestro tiempo, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1946. CA. 88.

El laberinto de las sirenas, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1946. CA. 605.

Paradox, rey, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1946. CA. 620.

Aviraneta o la vida de un conspirador, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1947. CA. 720.

Juventud egolatría, Buenos Aires, Losada, 1949. BC. 225.

La juventud perdida. Las noches del Buen Retiro, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1952. CA. 1100.

Laura o la soledad sin remedio, Buenos Aires, Sudamericana, 1949.

Tríptico. Todo acaba bien... a veces; El tesoro del holandés. La sonrisa de Iradier, Buenos Aires, Sudamericana, 1950.

La obra de Pello Yarza y algunas otras cosas, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1954. CA. 1203.

Aventuras, inventos y mistificaciones de Silvestre Paradox, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1954. CA. 1174.

Los pilotos de altura, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1954. CA. 1241.

La estrella del capitán Chimista, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1955. CA. 1253.

III.4. *Antonio Machado*

Sobre Machado

ALBORNOZ, A. DE: «Para unas *Obras completas* de Antonio Machado», en *S.*, 272, set. oc. 1961, pp. 69-73.
ALBORNOZ, A. DE: «Machado A., *Obras; poesía y prosa»*, en *S.*, 294, may. jun. 1965, pp. 125-127.
ANDERSON IMBERT, E.: «Un prólogo a Antonio Machado», en *S.*, mar. ab. 1954, pp. 66-67.
AYALA, F.: «Antonio Machado. El poeta y la patria», *Nac.*, 13-4-41, p. 2.
BAEZA, R.: «In memoriam Antonio Machado», en *S.*, 67, ab. 1940, pp. 54-62.
BARGA, Corpus: «Antonio Machado ante el destierro», *Nac.* 29-7-56.
BUSCHI, C.: «Historia e intrahistoria en la poesía de Antonio Machado», en *Comunicaciones de Literatura Española*, UCA, 1/3, 1972, pp. 53-59.
CARILLA, E.: «Un tipo de poema modernista», en *BAAL.*, XLII, 163-164, 1977, pp. 63-92.
CASSOU, J.: «Un poeta que fue un santo, Antonio Machado», en *CL.*, 37, 1-6-45, p. 1.
CHAVES, J. C.: «Antonio Machado en Valencia», *Nac.*, 28-5-67.
CHAVES, J. C.: «Antonio Machado en Barcelona», *Nac.*, 2-7-67.
CHAVES, J. C.: «Antonio Machado en Segovia», *Nac.*, 29-1-67.
COWES, H. W.: «El *homo viator* en la poesía de Antonio Machado», en *S.*, 245, mar. ab. 1957, pp. 58-74.
COWES, H. W.: «El motivo de la fuente en la poesía de Antonio Machado», en *S.*, 234, may. jun. 1955, pp. 52-76.
COWES, H. W.: «Poema XIII de Antonio Machado», en *C. y C.*, L, 276, mar. 1957, pp. 51-73.
CVITANOVIC, D. y A. RODRÍGUEZ, «La imagen arbórea en Antonio Machado», en *Kentucky Romance Quarterly*, 30, 1983, pp. 159-166.
GALLO DE AMARILLA, L. N.: «La sugestión lírica en Antonio Machado», *Humanidades*, La Plata, XXXI, 1948, pp. 563-567.
GIOVACCHINI, T.: «Presencia de Ramón de Campoamor en la poesía gnómica de Antonio Machado», *L.*, 8, 1983, pp. 49-57.
GIOVACCHINI, T.: «Propuestas de R. Gullón para el estudio del distanciamiento en Antonio Machado», *Comunicaciones de Literatura Española*, UCA, 4, 1972, pp. 96-102.
GIOVACCHINI. T.: «Proverbios y Cantares de Antonio Machado». en *L.*, 11-12, 1984-1085, pp. 90-93.

GIOVACHINI, T.: «*Los sueños dialogados* de Antonio Machado», en *Comunicaciones de Literatura Española*, UCA, 5, 1979, pp. 3-5.

GIUSTI, R. F.: «Antonio Machado, de *Soledades* a *Campos de Castilla*», en *Nos.*, X, 38-39, may. jun. 1939, pp. 5-16.

GIUSTI, R. F.: «Antonio Machado», en *C. y C.*, VIII, XV, 8, nov. 1939, pp. 737-763.

GÓMEZ DE LA SERNA, R.: «Unamuno en Salamanca», en *AuB*, 5, may- 1946, pp. 3-8.

GULLÓN, R.: «Mágicos lagos de Antonio Machado», en *Fic.*, 35-37, en. jun- 1962, pp. 132-143.

GULLÓN, R.: «Machado comentado por Mairena», en *S.*, 272, set. 1961, pp. 62-68.

LARRALDE, P.: «Ideas y creencias de Antonio Machado», en *S.*, 117, jul. 1944, pp. 84-89.

MATAMORO, B.: «La caña dulce (un recuerdo infantil de Antonio Machado)», en *CH.*, 466, 1989, pp. 7-20.

MONTSERRAT, S.: *Antonio Machado, poeta y filósofo*, Buenos Aires, Losada, 1943.

PAZ, O.: «Antonio Machado», en *S.*, 211-212, may. jun. 1952, pp. 47-51.

PÉREZ FERRERO, M.: «En la vida de Antonio y Manuel Machado», en *S.*, 42, mar. 1938, pp. 66-72.

PÉREZ FERRERO, M.: *Vida de Antonio Machado y Manuel*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1952. CA. 1135.

RUBENS, E. F.: «Tres observaciones al teatro de Manuel y Antonio Machado», en *Comunicaciones de Literatura Española*, UCA, 4, 1976, pp. 17-19.

SÁNCHEZ BARBUDO, A.: «El pensamiento filosófico de Antonio Machado», en *RUBA.*, 27, jul. set. 1953, pp-104-237, y II, 28, oc. dic. 1953, pp. 481-532.

SERRANO-PLAJA, A.: *Antonio Machado*, Buenos Aires, Schapire, 1944.

SERRANO PONCELA, S.: *Antonio Machado: su mundo y su obra*, Buenos Aires, Losada, 1954.

TORRE, G. DE: «Antonio Machado y sus poetas», *Nac.*, 4-8-57.

TORRE, G. DE: «Poesía y ejemplo de Antonio Machado», en *La aventura y el orden*, Buenos Aires, Losada, 1943, pp- 113-141.

TORRE, G. DE: «Ensayo preliminar a *Obras; poesía y prosa* de Antonio Machado», Buenos Aires, Losada, 1964, pp. 7-14.

VACCARO, H.: «El atisbo existencialista de Antonio Machado», en *H.H.M.*, XIV, jul. oc. 1948, 3 y 4.

«En la muerte de Antonio Machado», en *Nos.*, IX, 35, feb. 1949, pp. 121-127.
«Antonio Machado, quinto aniversario de su muerte», en *De mar a mar*, 2, en. 1943, pp. 5-7.

De Machado

Poesías completas, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1940. CA. 149.
La Duquesa de Benamejí. La prima Fernanda. Juan de Mañara, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1942. CA. 260. (En colaboración con Manuel Machado).
Poesías, Buenos Aires, Losada, 1943. BC. 19.
Obra poética, Buenos Aires, Pleamar, 1943. Col. Mirto.
Juan de Mairena, I y II. Buenos Aires, Losada, 1943. BC. 17 y 18.
Las adelfas. El hombre que murió en la guerra, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1947. CA. 706. (En colaboración con Manuel Machado).
«Yo voy soñando caminos» [y otros poemas], en *Antología de poetas líricos castellanos*, Buenos Aires, Clásicos Jackson, 1950, tomo 26, pp. 413-433. (Estudio de R. F. Giusti y selección de R. Baeza).
Los complementarios y otras prosas póstumas, Buenos Aires, Losada, 1957. BC. 47.
La Lola se va a los puertos. Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina. CA. 1011.
Obras; poesía y prosa, Buenos Aires, Losada, 1964. Ed. Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre. Col. Cumbre.

III.5. *Ramiro de Maeztu*

Sobre Maeztu

«Ramiro de Maeztu, embajador del rey de España», en *Nos.*, LIX, 224, en. 1928, pp. 132-133.
«Un embajador intelectual. Ramiro de Maeztu», en *Sínt.*, 8, en. 1928, p. 247.
LARA, T. DE: «La lección del Quijote; Ramiro de Maeztu en el Jockey Club», en *C.*, I, 8, 26-4-28, pp. 243-244.
VILLALOBOS DOMÍNGUEZ, C.: «Maeztu, Spencer y Dayton», en *Nos.*, L. 195, ag. 1925, pp. 557-558.

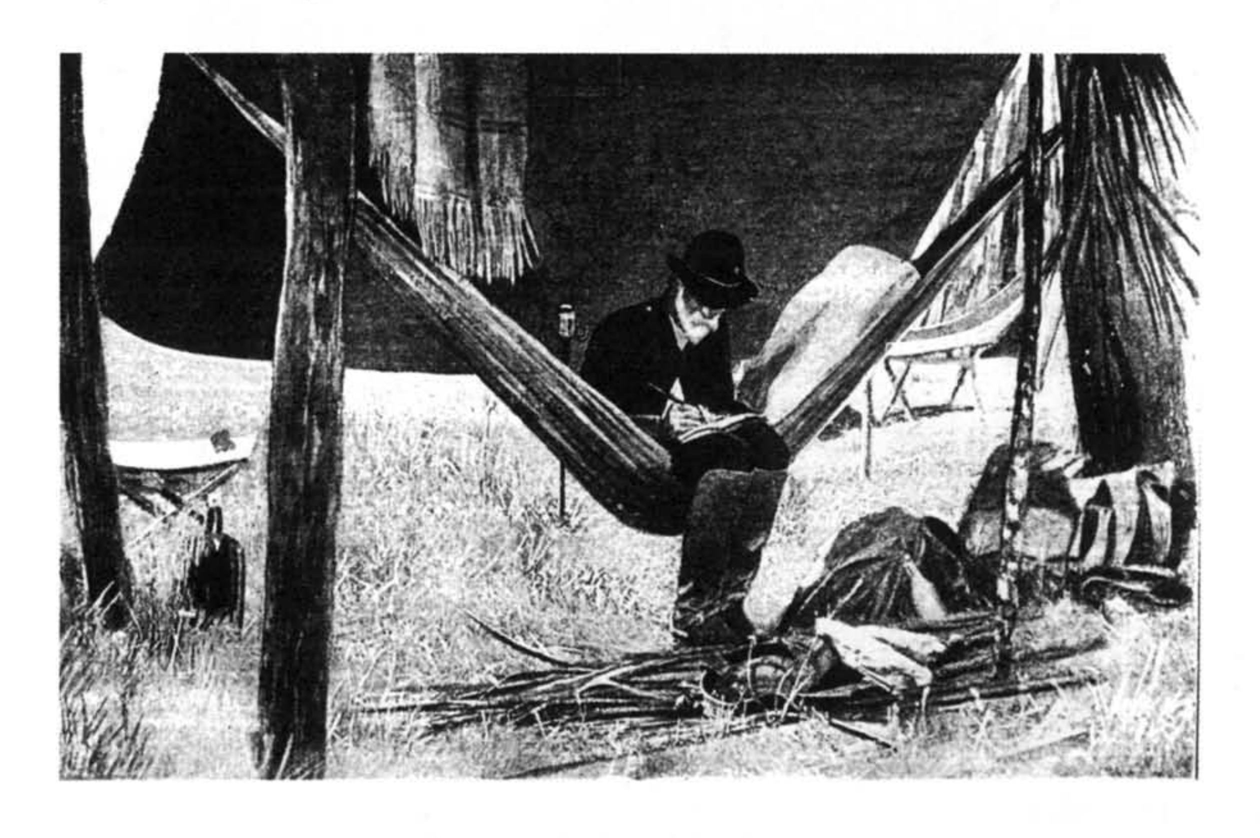
ZULETA ÁLVAREZ, E.: «América en el pensamiento de Maeztu», en *Atlántida*, Madrid, III, 14, mar. ab. 1965, pp. 162-180.
ZULETA ÁLVAREZ, E.: «Maeztu y la Argentina», en *Fundación*, 9, dic. 1996, pp. 134-140.
ZULETA ÁLVAREZ, E.: «Tradición y renovación en el pensamiento de Ramiro de Maeztu», en *Boletín de Ciencias Políticas y Sociales*, 20, 1977, pp. 11-36.
ZULETA, I.: «El modernismo hispanoamericano y Ramiro de Maeztu», en *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica*, 2-3, 1980, pp. 327-339.

De Maeztu

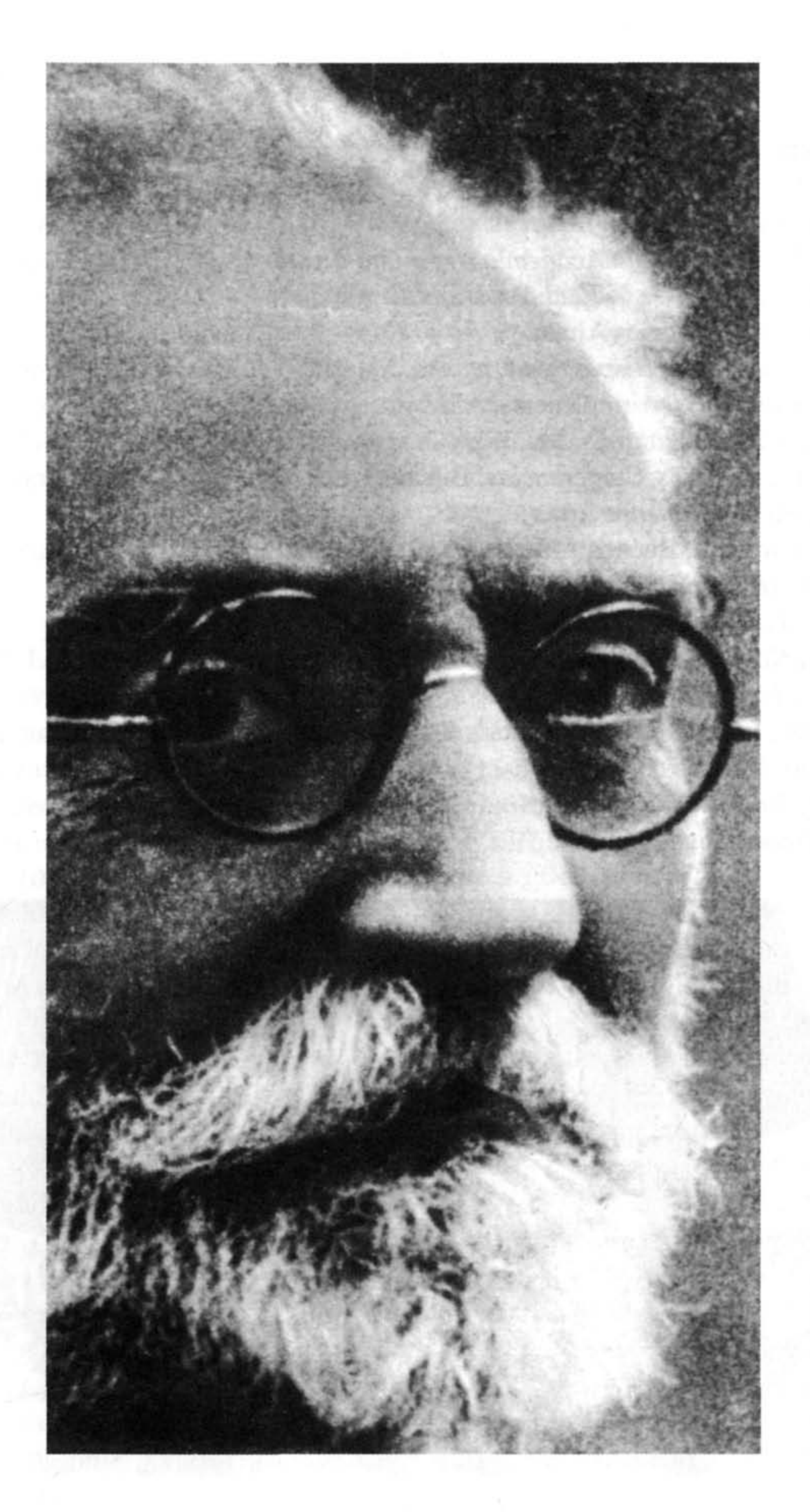
«Arte y emoción», en *Nos.*, XLII, 162, nov. 1922, pp. 415-417.
«El clasicismo y el romanticismo de Rubén Darío», en *Nos.*, XL, 152, en. 1922, pp. 124-129.
«El puesto del arte», en *Nos.*, XLII, 163, dic. 1922, pp- 560-562.
«El entierro del General», en *C.*, III, 115, 15-5-1930, pp. 633-634.
«La lección de la caída», en *C.*, III, 119, 12-6-1930, pp. 753-754.
«Los intelectuales y la democracia», en *C.*, III, 125, 24-7-1930, pp. 105-106.
«Rousseau y La Ilustración», en *C.*, III, 136, 9-10-1930, pp. 467-468.
«En las aguas de Rousseau», en *C.*, III, 144, 4-12-1930, pp. 723-724.
«1900 o la parábola de Lessing», en *C.*, III, 147, 25-12-1930, pp. 22-23.
«La necesidad de la monarquía militar», en *C*,, IV, 164, 23-4-1931, pp. 135-136.
«La caída de Don Alfonso», en *C.*, IV, 168, 21-5-1931, pp. 267-268.
«El complot republicano», en *C.*, IV, 171, 11-6-1931, pp. 359-360.
«La penetración revolucionaria y derrotista», en *C.*, IV, 177, 23-7-1931, pp. 113-115.
«La indefensión de las derechas», en *C.*, IV, 183, 3-9-1931, pp. 304-305.
Don Quijote, Don Juan y La Celestina, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1938. CA. 31.
– *Defensa de la hispanidad*, Buenos Aires, Poblet, 1945.
– *La crisis del humanismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1947.
– *Ensayos*, Buenos Aires, Emecé, 1948.
– *España y Europa*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1049. CA. 777.

Siglas

Aub., *Anales de Buenos Aires*
BAAL., *Boletín de la Academia Argentina de Letras*
BRAE., *Boletín de la Real Academia Española*
C., *Criterio*, Buenos Aires
CH., *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid
CL., *Correo Literario*, Buenos Aires
CLit., *Correo Literario*, Madrid
C. y C., *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires
Fic., *Ficción, Buenos Aires*
Fil., *Filología*, Buenos Aires
Hisp., *Hispania*, Washington
Nac., *La Nación*, Buenos Aires
Nos., *Nosotros*, Buenos Aires
Pres., *La Prensa*, Buenos Aires
RUBA., *Revista de la Universidad de Buenos Aires*
S., *Sur*, Buenos Aires
Sínt., *Síntesis*, Buenos Aires
U., *Universidad*, Santa Fe



El generalísimo Máximo Gómez en su tienda de campaña. (*La Ilustración Española*, 1897)



Miguel de Unamuno

Unamuno y Colombia

Publio González Rodas

Manuel García Blanco, estudioso y conocedor a fondo de la obra unamuniana, publicó un libro titulado *América y Unamuno*, donde se puede apreciar los nexos del humanista de la Universidad de Salamanca, con los escritores del Nuevo Mundo. García Blanco hace referencia a las relaciones de Unamuno con los argentinos Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, con el corifeo máximo del movimiento modernista en América, Rubén Darío; con los uruguayos Juan Zorrilla de San Martín y Carlos Vaz Ferreira. Hay además, un capítulo entero dedicado a los «Escritores venezolanos amigos de Unamuno» donde nos habla de la correspondencia con Pedro Emilio Coll, Manuel Díaz Rodríguez, Rómulo Gallegos y otros nombres más. México está representado en la persona de Alfonso Reyes y hasta los Estados Unidos es mencionado a través de nombres como Whitman, Sidney Lanier (1842-1881), William Vaugh Moody (1869-1910) y el encantador poeta de Chicago Carl Sandburg (1878-1967) a quien yo conociera cuando hacía mis estudios de postgrado en la Universidad de Michigan, Ann Arbor en 1958.

También han contribuido a aumentar la luz sobre estos temas las *Cartas Inéditas*, que Sergio Fernández Larrain publicara en Santiago de Chile en 1965 y que reeditara, en 1972 la editorial Rodas, y las que Carmen Zulueta publicó con el título *Miguel de Unamuno y Luis de Zulueta. Cartas* (1903-1933), Madrid, Edit. Aguilar, 1972. Otras cartas han aparecido en libros y revistas: *Cartas a Ricardo Palma*, dadas a conocer en *La Nación* de Buenos Aires (4 de junio de 1961) por Ciro Alegría, o las «Trece cartas inéditas de Miguel de Unamuno a Alberto Nin Frías», publicadas por Pedro Badanelli, en *La Mandrágora*, Buenos Aires, 1962. También hay cartas dirigidas a José Enrique Rodó y a Alcides Arguedas. Últimamente Laureano Robles ha recopilado unas mil doscientas cartas en *Epistolario Inédito* (1894-1936), publicado por la Universidad de Salamanca, y Guillermo de Torre, en el número homenaje de *Ínsula*, en 1964, con el motivo del centenario del nacimiento de Don Miguel, le dedicó un artículo de aproximación al tema de «Unamuno, escritor de cartas».

A un colombiano aficionado al estudio de las letras iberoamericanas le causa sorpresa el no aparecer el nombre de Colombia en ninguna parte, máxime al considerar que a principios de siglo, nuestro país mantenía una especie de hegemonía cultural en el Nuevo Mundo, y que su capital, Bogotá, era llamada Atenas de América, gracias a la preparación clásica inigualable de sus buenos escritores.

Sólo al revisar el índice de nombres propios encontramos ligeras referencias a Rufino José Cuervo, Max Grillo, Jorge Isaacs y José Asunción Silva, que pueden pasar casi desapercibidas para el lector ordinario. Es nuestro propósito hacer resaltar la correspondencia de uno de los miembros más destacados de la llamada generación del 98 en España, Miguel de Unamuno, con nuestros escritores como Tomás Carrasquilla, Max Grillo, Samuel López, Francisco de L. Rendón, Gabriel la Torre, Luis Tablanca, José Eustasio Rivera, Baldomero Sanín Cano, Santiago Pérez Triana, Julio Vives Guerra, José Asunción Silva, etc. También con políticos como Rafael Uribe Uribe y periodistas como Enrique Pérez de la revista londinense *Hispania.*

Don Miguel de Unamuno nunca llegó a pisar tierra americana, aunque tuviera la oportunidad de hacerlo en repetidas ocasiones, gracias a diversas invitaciones que tuvo que rehusar. Alfonso Reyes afirma que en una ocasión Unamuno exclamó «Si yo fuera joven, me iría a América». Y en una carta escrita a su compatriota Luis de Zulueta radicado en Colombia gracias a una invitación de Eduardo Santos, le comenta el 30 de marzo de 1915 lo siguiente:

> Ya sabrá usted que no se arregla lo de mi viaje a América, y estoy preparando la amplia explicación que voy a dar a mi público de allá y a la Federación de Estudiantes de Buenos Aires, que me esperaban. Será un acre comentario de las miserias de la politiquería y de esa repugnante razón de partido para la cual no hay dignidad humana. Quiero comentar también la doctrina inmoral del secreto de la confianza ministerial. Ahora es a la Argentina, pero le puedo asegurar que luego, hecha la paz, será ya a la Francia o acaso a los Estados Unidos.

Para españoles e hispanoamericanos trasterrarse constituye un rito. París para unos y América para éstos. Unamuno se pasó la vida soñando con los países hispanoamericanos, en los que tenía lectores y amigos –y aún pensó radicarse en Argentina–; Valle-Inclán que fue apasionado de México asimiló después de una breve estancia en este país, modos de vida, vocabulario vernáculo y diversos aspectos de la vida mexicana en general, de las cuales nos deja recuerdos al hablarnos de la Niña Chole, de Tirano Bande-

ras y de otras cosas más. Otro miembro de la generación del 98, Ramiro de Maeztu, vive en Cuba durante algún tiempo y aún el mismo Antonio Machado sólo por casualidad o por destino no se desplazó a Guatemala, pero sí lo hizo su hermano Joaquín. América seguía siendo exótica para los españoles de fines del siglo pasado.

No se puede negar que el profesor salmantino vivió atraído por las tierras americanas, sus habitantes y su cultura. Quizás como él quiere, esta predilección por lo americano la haya heredado de su padre, don Félix, que salió muy joven de su pueblo natal, Vergara, para irse a México, a Tepic, en busca de mejor fortuna. Esa misma atracción por América se nota en Ortega y Gasset, que quería que lo recordaran las generaciones futuras como Ortega, el americano.

El padre de Unamuno regresó a España y murió cuando don Miguel tenía seis años: más tarde dirá en sus recuerdos que fue lo que se llama «un indiano» y que en lugar de venir cargado de dinero, trajo una modesta biblioteca y era muy aficionado a relatar episodios de su vida en la capital azteca. Entre ellos conservan especial interés por el padre de la Reforma Mexicana, Benito Juárez, retrato que guardaba con esmero en el álbum de la familia, al lado de otros creadores de América como Abrahán Lincoln, como bien lo atestigua Alfonso Reyes. Don Félix también tenía su biblioteca hogareña, libros traídos en su mayor parte de México. Unamuno nos relata en su artículo «Mi visión primera de México», publicado en 1907 lo siguiente:

> En una traducción de la historia de México del P. Clavijero me ensayé en ir aprendiendo ciertos términos aztecas y en ir contemplando su calendario. Tradiciones mexicanas encendieron mi imaginación infantil.

Unamuno llegó a tener un buen conocimiento de la historia y literatura hispanoamericanas por ser un incansable lector de libros y revistas que le enviaban incluyéndole cartas solicitándole que les escribiera un prólogo, y no por una experiencia personal y directa. Nos atreveríamos a decir que no fue a los temas, sino que los temas vinieron a él, y esto con muy pocas excepciones (Sarmiento, Rodó, Martí se cuentan entre ellos). A través de estos libros descubre hechos, personas, cuyo enfoque posterior lleva a cabo a través de los datos que contiene en el libro leído.

En 1894 publica «Ensayo sobre Martín Fierro» en la *Revista Española* de Madrid, iniciando así sus trabajos como crítico de literatura hispanoameri-

cana. No volvió a escribir otros artículos críticos de libros americanos hasta cinco años después, cuando publica un estudio de otro libro gauchesco, *Nastacio* de Francisco Soto y Calvo en la *Ilustración española y americana*. Pasaron otros dos años, antes de que Unamuno se dedicara a una crítica seria y continua.

En el primer número de *La lectura* (enero de 1901), publicó su primer artículo titulado «De literatura hispanoamericana» y durante seis años mantuvo al día a los lectores de la revista con una regularidad sorprendente sobre el movimiento literario americano, ofreciéndole una crítica nutrida, que puede compartirse o no, pero conservando siempre una actitud interesante y respetable. Más tarde y gracias a su amistad con Rubén Darío, publica en las páginas del mayor diario bonaerense *La Nación*, donde trató aspectos de la vida americana, preferentemente temas políticos y culturales, según las sugestiones que de allá le llegaban.

Estas reseñas que sobrepasan los cincuenta libros, casi tres cuartas partes sobre temas argentinos, por ser los que mejor conoció y mejores ingresos le aportaron, tratan sobre temas diversos (poesía, historia, geografía, crónicas, estudios lingüísticos, etc.), buscando siempre en todos ellos esa huella española, esa semejanza, ese gran culto por todo lo vasco, que Unamuno obstinadamente cree encontrar en las regiones más tradicionalistas como la zona antioqueña, salpicada de arcaísmos y de antiguas costumbres de pura cepa española, bien sea a través de las costumbres, *folklore*, características dialectales (arcaísmos y refranes peninsulares). De esa literatura antioqueña que había leído a través de autores regionales en las obras de Francisco Rendón, de Tomás Carrasquilla, de Gabriel Latorre, de Max Grillo, que dice ser muy simpática y que devoraba con inmenso placer.

En un artículo publicado en 1906 en la revista madrileña La *Lectura*, hace el siguiente comentario:

> Varias veces un amigo mío colombiano me tiene hablando de la región montañesa de Antioquía, al pie de los Andes, pintándomela como la más típica e interesante de Colombia y como un país en que se conserva con rara fidelidad y gran casticismo el habla castellana y no pocas de las antiguas costumbres españolas.
>
> Parece ser que hay en ellas rancias familias, de viejo abolengo español, que poseen un exquisito cuidado en conservar la pureza de sangre, sin mezcla de indios ni de negros.

Unamuno era un buen lector de libros y revistas latinoamericanas y recibía correspondencia de los distintos rincones de América, y cuando obtuvo información sobre la literatura antioqueña, exclamó:

> Sí que es parte de nuestra literatura y nos suena a cosa nuestra y muy nuestra, [y el país entero Colombia, le parece] un país nuestro... hasta en el carácter de sus luchas civiles... con la diferencia de que... en Colombia, los liberales son los insurgentes y los del Gobierno son los carlistas.
>
> Debe ser un país encantador, con mucho carácter propio, lo cual se revela en la literatura que producen sus habitadores. ¡Quien no conoce en España la novela *María*, de Jorge Isaacs, que es acaso la novela americana que más ediciones ha alcanzado en nuestra patria!

No deja de sorprendernos los diferentes libros de autores antioqueños que cayeron en sus manos, lo que nos indica que el profesor vasco tenía grandes amistades en estas tierras, como bien lo declara en 1906:

> He leído yo tres autores antioqueños, D. Tomás Carrasquilla, D. Francisco de L. Rendon, autor de una novela, *Inocencia*, llena de colorido y de vida, y D. Gabriel Latorre, autor de *Kundry*. Y sabía del desarrollo que las letras alcanzan en Antioquía, aparte de las noticias de mi amigo el colombiano a que aludo al principio de esta nota, por lo que D. Juan de Uribe nos dice en el interesantísimo y largo prólogo de ciento treinta y siete páginas –que precede a las *Poesías originales y traducciones poéticas* de D. Antonio José Restrepo (Lausana, 1899) prólogo que encierra todo un cuadro de la historia de la cultura literaria en Colombia y que es, sin duda, muy superior a las poesías que prologa.

El rector de la universidad de Salamanca guardaba de los cuadros costumbristas escritos por los escritores antioqueños, el sabor a madre patria, a patios solariegos, a continuadores fieles de tradiciones ancestrales españolas:

> Para nosotros, los españoles, tiene además otro encanto, y es que leyendo los cuadros de costumbres de aquella «pobre tierruca montañosa, perdida entre las faldas abruptas de los Andes, a millares de leguas de toda civilización y de toda cultura» como dice de ellas el Sr. Latorre en su *Kundry*, nos parece estar leyendo cuadros de nuestras propias tierras montañosas. Al leer la *Inocencia* del Sr. de L. Rendón se recuerda, sin querer, a Pereda, y por lo menos, respira unos aires de campo y de una tierra real y efectiva, sintiéndose muy lejos de los artificios bulevarderos y de las tierras de ninguna parte, puramente fantásticas. Aquello sabe a tierra, sabe a lugar, sabe a tiempo y sabe a humanidad.
>
> Por eso me ha dejado cierto dejo de amargura la novela *Kundry* del Sr. Latorre, que he leído dos tirones, en un solo día y con interés creciente.
>
> El Sr. Latorre está, sin duda, influido por el Werther, de Goethe.

Unamuno, que nos había confesado antes que había leído a Carrasquilla y sin duda alguna sus famosas *Homilías* publicadas en la revista antioqueña *Alpha* se hace eco y comulga con las ideas del novelista antioqueño que hay que escribir sobre lo nuestro y no buscar paraísos artificiales ni princesas encantadas, ni japonerías exóticas, como era el motivo conductor de los llamados modernistas o decadentes de entonces. Y siguiendo la corriente descrita por estos antioqueños costumbristas que ha leído con delectación, comenta socarronamente:

> Si las muchachas antioqueñas son como las pintan Carrasquilla, Rendón y Latorre, uno de los mayores servicios que podríamos hacer a los tantos jóvenes que ahora emigran de nuestra Patria es dirigirles a Antioquía, pues es seguro que para merecerlas se pondrían a trabajar con honradez, con ahínco, repito, y va una vez más, que conozco poco más simpático que esta literatura Antioqueña, y ella sí que es parte de nuestra literatura y nos suena a cosa nuestra y muy nuestra.
>
> En todo nos parece Colombia un país nuestro, muy nuestro, un país que conocemos como se conoce aquel en que se nos ha criado.

Don Miguel de Unamuno llegó a tener conocimientos amplios sobre Colombia, su posición geográfica, sus conflictos políticos, sus guerras civiles, sus regiones predilectas a través de sus amigos colombianos y de las diferentes revistas que recibía de ellos. Por eso no nos sorprende que hable con conocimiento de los generales Rafael Uribe, Vargas Santos, Próspero Pinzón, este último que tanto le recordaba a su compatriota el general Lizárraga, por su fanatismo católico, y otro generalote colombiano que comparaba con el general carlista Elío. Por eso exclamaría ¡Pobre Colombia!

> ¡Pobre de esa llamada «República Cristiana», y donde todo un fray Nicolás, Obispo de Casanare, se escandaliza de que yo haya escrito que el Cristo fue un hombre, el hombre por excelencia. Verdad es que a este mismo buen señor Obispo le parece inaudito el que un hombre afirme que su alma no tiene edad, creyendo, como debe creer, en la inmortalidad del alma, cierto es que en la ortodoxísima Bogotá se cree obligado todo un señor Obispo a dar público testimonio de su fe... en un periódico diario. (Aquí de aquel dicharacho latino que se ha hecho ya proverbialmente cómico: O tempora ¡O mores!).

Unamuno se había enterado de los conflictos fratricidas que sacudieron al país a fines del siglo pasado y principios de éste, que hiciera decir al corifeo máximo del movimiento modernista, Rubén Darío, que «Colombia es una tierra de leones»; por eso lo evoca con amargura:

> ¡Pobre Colombia! País tan simpático, tan jugoso de carácter propio, tan lleno de fisonomía, con tantas raíces de tradición, de cultura y tan desgarrado por disensiones civiles. Y es lo triste que allí como aquí parece que no ha concluido la era de tales luchas, pues aún les falta conquistar la plena libertad civil, la libertad de conciencia, oprimida hoy en aquella desventurada república. Donde a nombre de una llamada Ley de Alta Policía nacional se confina al periodista que no agrada al Gobierno, a la Colonia Militar del Meta o a otra cualquiera en la hoya amazónica.

Esas dolorosas protestas, esas quejas suyas, a veces dirigidas contra compatriotas suyos, como el obispo vasco que mandaba en Casanare, fiel portador del fanatismo español en América van acompañadas por deseos fervientes y sinceros de que las cosas cambien:

> ¡Qué frutos nos dará para la literatura en ese país de Colombia cuando alcance la plenitud de su libertad civil! Aunque es muy fácil que los frutos que entonces le sean debidos a la opresión en la que hoy se halla el espíritu allí y al fermento de protesta y rebelión íntimas que esa opresión política tiene que provocar en los espíritus nobles.

Su colaboración en varios periódicos y revistas americanas le permitieron disfrutar de una estable tranquilidad económica, gracias a este maná americano, como bien se lo manifestara a don Luis de Zulueta en una carta fechada el 12 de diciembre de 1907, en Salamanca, donde le hace el siguiente comentario:

> Yo estoy bien, muy bien. Mi situación económica se ha resuelto gracias a los Americanos. Entre *La Nación* de Buenos Aires –mi tribuna de hoy–; *Caras y Caretas*, también de Buenos Aires, y el *Diario Ilustrado*, de Santiago de Chile, me han emancipado, ¡gracias a Dios! de la prensa española. Allí pagan triple que aquí y agradecen quíntuple y a pesar de que les digo a los criollos, que pasan por vanos y quisquillosos, todo género de amargas verdades, no me llaman por eso paradojista ni inquieto, ni me suponen mal enterado. Se conocen y son modestos.

Germán Bleiberg nos habla en uno de sus artículos literarios, sobre el papel importante que desempeña el dinero en la vida del escritor vasco:

> A su perspicacia no podrían hurtarse los acontecimientos culturales y políticos de Ultramar. Quizás, además, le haya llevado a su consideración algún interés positivo, económico. No debe olvidarse que Unamuno tuvo lo que llamó, el «sentido reverencial del dinero».

Fuera de la bonanza económica traída a su hogar, le atraía la popularidad obtenida en tierras de ultramar, y la correspondencia masiva que le llegaba desde distintos rincones de América, que lo llenaban de inmensa satisfacción. Él mismo lo confiesa en un artículo que escribiera para *La Nación* (abril 1907) donde comentaba:

> Una de las cosas que más animan y sostienen a un publicista es sentir la comunión con el público. Me he quejado en alguna ocasión de lo raro que es en España el que un escritor por mucho público que tenga, reciba cartas de lectores ignorados, apoyando o rechazando sus asertos, aplaudiéndole o censurándole. Algunas recibo aquí, aunque muy pocas y casi todas de catalanes. De ahí, de la América del Sur, muchas más. Y estas cartas de lectores desconocidos, unas firmadas, otras (las menos) anónimas, constituyen una de mis mayores satisfacciones y a la vez una de las más preciadas fuentes de información[1].

Federico de Onís afirma que Unamuno recibía cartas de todas partes y que contestaba todas las que recibía, de su puño y letra, «cosa que no solemos hacer los españoles»; por aquel entonces no había máquina de escribir, «escribía cartas largas y personales, mantenía contacto con toda la gente del mundo; escribía con gran fluidez y muy de prisa».

Sorprende la enorme cantidad de cartas, su «epistolomanía» de que hablan sus críticos, que a lo largo de su vida cultivara Unamuno, teniendo muy presente su trabajo de escritor prolífico, de conferenciante, de profesor universitario, de traductor del francés, portugués, etc. y, por si fuera poco, de periodista y de político. Nos da la sensación que pasó gran parte de su vida en su biblioteca, sentado en su escritorio inundando de cartas el mundo hispánico, como otra forma de duplicar su existencia, de engrosar su entidad humana, de dejar huella como prueba inequívoca de esa inmoralidad que él creía ver a través de sus libros y de sus hijos. Para el profesor salmantino vida y literatura se mezclaban, por eso su obra autobiográfica, por eso no hay fronteras entre sus textos destinados al lector anónimo de sus libros y el lector concreto de sus innumerables cartas, que enviara con placer a españoles, portugueses e hispanoamericanos.

La temática es la misma, reflejo de ese yo frenético y desencajado, ubicuo y poderoso. Estas cartas componen su autorretrato, con algo de misterio y mucho de vendaval, con su caracterizado monólogo que suena a sermón de predicador laico, donde se mezcla lo humano y lo divino, reflejo

[1] *Unamuno,* Mi vida y otros recuerdos personales (1889-1916), *Buenos Aires, Losada, 1959, p. 95.*

fiel de esas crisis espirituales que pasaron constantemente en su vida y que siempre lo atormentaron. A través de sus escritos epistolares notamos su eterna preocupación por el habla popular, su acendrada prevención contra la cultura francesa, su antimodernismo que le impidiera valorar los nuevos rumbos de las letras españolas renovadas por un grupo de escritores americanos, sus eternos problemas económicos, su pacifismo y constante antimilitarismo, sus preocupaciones pedagógicas y su vocación educadora, sus lecturas y proyectos, su permanente disponibilidad crítica para dar consejos o emitir juicios literarios apresurados, a través siempre de su yo dolorido y expósito.

Leyendo cuidadosamente su correspondencia epistolar y sus artículos y libros publicados desde su más temprana edad, captamos una información detallada y precisa sobre su mundo y su tiempo, especie de crónica cotidiana y personalizada, donde se refleja la historia de casi medio siglo de vida española, desde 1894 hasta 1936.

Toda su obra refleja al vasco castellanizado recio, de pensamiento y palabras radicales y paradójicas, un hombre de una energía incansable que luchó contra esto y aquello acosado en su vida por el hambre de inmortalidad y la angustia. Un verdadero profesor de energía, que odiaba al vulgo, a la multitud, como Flaubert, soberbio y solitario que luchó contra la paz y contra la muerte y hasta «contemplativo» como lo describiera Blanco Aguinaga. Uno de sus ensayos termina con un «¡oh, santa soledad!» con el que manifiesta la posibilidad de meterse en casa, a continuar sus incansables monólogos por medio de cartas, evitando así a solas, las tonterías de unos y de otros.

La crítica de los libros hispanoamericanos en la península estaba a cargo de tres personajes: Leopoldo Alas, más conocido con el pseudónimo de Clarín, que juzgaba con extrema severidad a los nuevos y a todo lo que no se publicaba en España; Juan Valera que tenía un criterio más imparcial y a veces hasta benévolo con nuestras publicaciones, y Marcelino Menéndez y Pelayo autor de una *Antología de Poetas Hispanoamericanos*, publicada entre 1893 y 1895, verdadero inquisidor de las letras españolas muy similar al fraile lego nuestro, Miguel Antonio Caro, que creía ver herejías en cualquier publicación que tuviera criterio amplio tanto en lo que respecta al lenguaje, ideas, contenido, etc., hasta las representaciones y grabados que adornaban las carátulas de los libros.

Unamuno tuvo tiempo para recoger información sobre la literatura hispanoamericana. En primer lugar le llegaban a su mesa las publicaciones de ultramar, muchas veces, porque dichas reseñas aparecidas en distintas publicaciones americanas le aportaban bienestar económico. Tercero, su

crítica no era del todo imparcial, diríamos que a veces era extremadamente benevolente con autores de segunda clase, que el profesor salmantino aplaudía y hasta recomendaba, por encontrarles parecido a sus compatriotas vascos o por tratar temas ancestrales muy semejantes a los de Pereda en sus novelas regionales. Fuera de ello tenía sus amigos personales, algunos como el guatemalteco Gómez Carrillo que tenía las llaves del *Mercure* de París y otros como Pérez Triana a quien elogió en grado extremo y cuya obra hoy nadie recuerda. Él mismo confesaba:

> Más de una vez me ha pesado el haberme metido a esa función de crítico respecto a la literatura de los países americanos de lengua española. Es una profesión dañosa para el que la ejerce. A menudo me trae a las mientes aquellas palabras del Evangelio: «No juzguéis, para no ser juzgados, pues con el juicio con que juzgaréis se os juzgará, y con la medida con que midáis, seréis, a vuestra vez medidos».
>
> Me voy convenciendo de que no sirvo para crítico, ya que el serlo exige no sólo dotes de inteligencia, cultura y gusto, sino además prendas de carácter, de que carezco. Ante todo, cierta imperturbabilidad y hasta dureza de corazón, si se ha de ser sincero siempre, ¡Cuesta tanto decir la verdad de lo que se siente y piense!

Unamuno se quejaba de la gran cantidad de «fárrago», de basura que le llegaba, de autores de segunda que esperaban una crítica «sincera» de sus obras, pero cuando él lo hacía imparcialmente, le llovían desdenes y falsas acusaciones. Además Unamuno descuidaba con ello sus lecturas preferidas por leer lo que le llegaba de América:

> Es lo seguro; pero a tal punto me ha traído la obligación que me he impuesto de leer todo lo que de la otra banda se me envía para que de cuenta de ello. Y esto es lo más terrible el tener que engullirme tanto fárrago, perdiendo un tiempo precioso. Es oficio tan doloroso y martirizante como el de examinador... Y en tanto languidecen y se dilatan mis lecturas favoritas, las de los libros que voy yo a buscar y no las de los que vienen a buscarme, de los libros que leo con pereza de intención, no para hablar de ellos. Y si es terrible decirles la verdad no lo es menos el callarse. Recibo un libro con expresiva dedicatoria y a las veces una carta con él, carta en que se me ruega que diga «franca y sinceramente», sin esguince ni rodeos, mi opinión sobre él, Y ¡ay de mí para con el pedigüeño si usa con él de sinceridad y de franqueza!

Y lo peor del caso ocurría cuando se trataba de autores novatos, que le exigían al profesor vasco lo mismo que al corifeo máximo del movimien-

to modernista en América, Rubén Darío, prólogos para sus recientes y desconocidas obras, especie de cartas de recomendación para un futuro público. Formaban colas de aduladores, de pseudointelectuales, de rastacueros, que abundaban en París, lo mismo que en Madrid, solicitando esta especie de favores literarios. De ellos hablaba Unamuno:

> Y esto se agrava cuando de jóvenes americanos se trata, porque allí el bombo mutuo ha hecho estragos y la vanidad literaria tiene aun más poderío –si es lo que esto es posible– que aquí en España. Conservo una carta de un joven venezolano en que me declara que he perdido a sus ojos y he caído del pedestal en que me tenía puesto, por una leve indicación que hice respecto a un libro suyo, una obra mediocre y sin valor. Entonces descubrió en mí al español, al español rudo y beocio, sin chispa de espíritu ático, que está oculto bajo las apariencias de europeo moderno. (*La Lectura*, año III, Tomo II, 1903 pp. 95-98).

Unamuno habla en una ocasión de una especie de sociedad de elogios mutuos, donde autores mediocres endiosaban a sus semejantes y viceversa; y en los anales de la poesía colombiana hay una poesía donde se ridiculiza a los imitadores intocables del modernismo literario «Sinfonía color de fresa con leche»; llamándolos «Rubendariacos». Don Miguel se refería a ellos cuando nos comenta:

> Una docena de libros americanos tengo leídos y anotados desde mi última nota; pero se hace un favor a los autores de los más de ellos con pasarles en silencio. Son obras de las que se lee sin enojo, pero que se les olvida tan luego como se ha cerrado sus páginas, obras sin nada saliente, ni en lo bueno ni en lo malo. (*La Lectura* Año II, Tomo III, 1902, p. 351).

El profesor vasco recuerda la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, cuando vinieron de diferentes lugares, de lejanos rincones americanos, estudiantes con sus respectivos estandartes y pabellones que depositaron en los claustros de la Universidad de Salamanca. Unamuno conversaba mucho: venían visitantes de todas partes y el «hablaba», los demás se callaban. «Era un monólogo perfecto» nos dice Onís. Alfonso Reyes le descubrió sus cualidades de pintor; Rubén Darío lo señaló como poeta auténtico cuando nadie lo había reconocido como tal y el vasco tuvo sus ídolos en América como Sarmiento a quien tributó un culto idolátrico. Gabriela Mistral recuerda que el profesor no gustaba de los indios americanos, como Sarmiento. Al decirle hasta ésta, que aún quedaban indios en nuestros países, él le respondió: «¡No importa! ¡Que desa-

parezcan!» a lo que Gabriela replicó «Ustedes mataron muchos, pero no los acabaron![2]

Conviene recordar que los años de más intenso interés unamuniano por la literatura hispanoamericana son los mismos en que el modernismo se adopta como expresión casi exclusiva en el ambiente literario hispánico. Y si tenemos en cuenta que el modernismo tiene raíces francesas y que todos los jóvenes intelectuales de América vuelven sus miradas, no a la madre patria, sino hacia *La Ciudad Luz*, comprenderemos entonces cómo don Miguel, que nunca pudo curarse de su «misologismo crónico» como él mismo lo dijera, se pasó la vida, gritando, vociferando, algunas veces con razón y otras sin ella, contra las nuevas formas literarias.

Unamuno admiraba la literatura colombiana, en parte por ser ésta castiza y por no mostrar influencia francesa. Pero, su «misogalismo» lo llevaba muy lejos, haciéndole criticar injusta e indebidamente a escritores famosos de la talla de Rubén Darío o, al otro extremo, ensalzar a escritores de bajo nivel artístico como, por ejemplo, el uruguayo Alberto Nin Frías, que hoy no recuerda ninguna antología.

Lo que detestaba don Miguel en los jóvenes decadentistas hispanoamericanos era que adoraban sin reservas, a despecho de valores y bellezas nacionales hispánicas, a París, sin que París les hiciese caso alguno. Según Unamuno el modernismo iba rebajando, destrozando, acabando el carácter nacional, hispánico de la literatura hispanoamericana y, de allí que siempre se quejara de estos nuevos poetas[3]. A Silva, uno de los iniciadores de este movimiento, le dedicó dos estudios, pero al discutir su poesía la encontró muy poco castiza y no muy representativa de su tierra. Sin embargo, al poeta colombiano valorado por el profesor de Salamanca quizás en grado superior a Darío, a quien veía más recargado de una fuerte dosis francesa, le reconocía que fue él quien «nos trajo las gallinas» y sin condenar las preocupaciones estilísticas del colombiano, le reconoció cuánto le debían muchos poetas, en una reseña escrita en 1908, el año en que se publicaron las *Poesías* de Silva. En un segundo artículo hace énfasis en la cualidad musical del lirida colombiano.

Unamuno colaboró en varias publicaciones colombianas: *El nuevo tiempo literario*, la revista *Trofeos*, *Alpha* (de Medellín), *Colombia*, *La Crónica Literaria*, *Arte* (de Ibagué), *Revista de las Indias*, *Revista Nueva Mani-*

[2] *Antonio Núñez Jiménez, «El Euro-Centrismo y el Encuentro de dos mundos», en* Cuadernos Americanos, *México, vol. 59, sept-oct. 1988, pp. 76 a 88.*

[3] *Rubén Darío, según el profesor salmantino, había cometido un «pecado» que no le podía perdonar: tenía un concepto moderno de la belleza.*

zales, etc. Y se sintió atraído por la región antioqueña, por su tradicionalismo que le recordaba épocas de un pasado español glorioso, no impregnado con doctrinas estéticas foráneas, sino de pura cepa española. De allí sus referencias a estos autores regionales, porque como bien se lo confesaba a Julio Vives Guerra, «es ya antigua mi debilidad por las cosas antioqueñas», decía en 1910. Y en el prólogo a Silva encontramos referencias concretas de escritores antioqueños:

> No ha mucho volvía yo a visitarlo en una novela de Tomás Carrasquilla y me parecía volver a la España campesina de hace unos siglos.
>
> Su lengua, el castellano que se habla y escribe en Colombia, es el que más dejos de casticismo tiene para nosotros, conserva ciertas voces y giros arcaicos que aquí van desapareciendo. Al leer novelas y relatos, sobre todo de la región antioqueña, en el corazón de los Andes, de Carrasquilla, de Latorre, de Rendón, me ha parecido verme transportado a rincones de una España que sólo fue o está yéndose.

Unamuno en su desmedida búsqueda de lo tradicionalista, llega a valorar erróneamente a escritores de segunda, como a Francisco Rendón, escritor columbrista autor de *El palacio de la felicidad*, publicado en la revista antioqueña *Alpha,* y Gabriel Latorre, traductor y poeta, colaborador asiduo de la misma revista, autor de una novela, *Kundry*, que hoy nadie recuerda. Federico de Onís comenta:

> Mucha más importancia para la consagración de Carrasquilla hubiera tenido el juicio de Unamuno, penetrante descubridor para España y América de valores americanos. Pero su juicio sobre Carrasquilla no logró la difusión y la eficacia que lograron los que hizo desde su juventud sobre el *Martín Fierro*, después sobre Martí y toda su vida sobre Sarmiento. Recuerdo haber leído algún artículo suyo sobre Carrasquilla y haberle oído hablar de él con elogio y simpatía; pero si éste prueba que Carrasquilla no pasó inadvertido para él, sus juicios pasaron inadvertidos para sus lectores[4].

Ya dijimos antes que don Miguel era un gran conversador, cosa muy notoria suya para cualquiera que lo haya conocido. Otra de sus características era que no elegía a las personas con quienes hablaba, lo mismo le daba hacerlo con una persona culta o con una inculta, con un español o con extranjero; a él le era completamente indiferente. Unamuno, nos dice Federico de Onís, «desde lejos y desde fuera, tenía una visión de los valores

[4] *Federico de Onís,* España en América, *Madrid-Caracas, Librería Villegas, 1955, pp. 637-638.*

americanos más certera a veces que la de los americanos mismo». En la primera entrevista que tuvo con Maximiliano Grillo en la ciudad de Salamanca, recuerda el colombiano:

> Hablamos de la literatura americana. Se expresó con gran elogio del prólogo de Juan de Dios Uribe a las poesías de A. J. Restrepo. En cambio, a los versos del autor *Ni Rey ni Roque* los calificó de soflamas. Para él, Guillermo Valencia era el mejor poeta francés que había escrito en castellano, y *Entrañas de niño*, de Carrasquilla, una novela que encantaba.

Unamuno y Maximiliano Grillo

Don Miguel era un español que sin moverse de la vieja ciudad castellana, entendía y sentía mejor a América. Fuera de recibir libros, revistas y cartas que de todas partes le llegaban, le visitaban todos los hispanoamericanos que iban a Salamanca muchas veces con la sola intención de conocerle, y los asuntos americanos eran siempre uno de los temas preferidos de su inagotable conversación, nos refiere su discípulo y amigo de infancia Federico de Onís. De esas visitas nos habla Max Grillo, quien sostuvo correspondencia epistolar durante treinta años con el rector de la universidad de Salamanca:

> Mi primera entrevista con don Miguel de Unamuno efectuose en Hendaya. Hallábase él en el destierro que le impuso Primo de Rivera, y como era tan de su solar y de su estirpe sentía hondamente la nostalgia de su España y acercábase a su frontera para dialogar, en tierra francesa, con los campesinos vascos, que no le parlaban de arquitrabes filosóficos o de humanidades salmantinas sino de sus encinares y de sus rebaños.

Max Grillo era un hombre culto, historiador y literato viajero incansable, había recorrido Europa y servido en el cuerpo diplomático en Bolivia. Con Baldomero Sanín Cano había dirigido la *Revista Contemporánea* y era amigo personal de Tomás Carrasquilla con quien sostuvo una polémica sobre el modernismo literario.

Unamuno estaba un poco resentido con él porque no le visitara en Salamanca, donde el maestro había conocido a tantos escritores americanos, adjudicándole las malas lenguas que había sido despedido de la rectoría de la Universidad de Salamanca, bajo el pretexto de haber concedido indebidamente validez académica a dos títulos hispanoamericanos.

Unamuno llegó a pensar en traer profesores americanos para que dictaran conferencias en el *Alma Mater* de su universidad, ofreciéndole dicha opor-

tunidad al mexicano Alfonso Reyes, y a muchos escritores americanos que lo visitaron en Salamanca les servía de guía, a través de los claustros y calles de la antigua ciudad.

Max Grillo hace referencia a una carta fechada en noviembre de 1904, donde el escritor vasco hace un juicio halagador de su obra:

> Hora es de que le escriba. No lo hacía esperando la noticia que hoy le doy y es que no hace aún cuatro días remití a Madrid, a la revista *La Lectura*, una larga nota referente a sus *Emociones de la Guerra*. Es una de las notas que he escrito más a mi gusto y con mayor espontaneidad. Como yo escribí una novela, *Paz en la Guerra*, cuyo fondo histórico es la última guerra española entre liberales y carlistas (1873 a 1876), hago en mi nota referencias a ella, porque no puede usted imaginarse analogías más profundas. Cuando usted dice del generalísimo Vargas Santos, de quien hizo usted un magnífico retrato, me recordaba a Elío, el general Pinzón está magistralmente mostrado...

Y como el colombiano hiciera descripciones hermosas de un escenario americano, Unamuno lo felicita animándolo para que continúe tratando temas vernáculos:

> Hace usted bien en cantar al río Magdalena. El infinito se llama ¡ahora! Hay que buscar lo grande en el propio país y en el propio tiempo. Lo mejor que tiene su libro sobre la guerra civil de los tres años es que se encontró usted con un tema digno de inspiración. Crea usted que se hacen cosas más personales contando o cantando lo que uno ha vivido, que no inventando el asunto del canto o del cuento. Cuando un novelista tiene fuerza bastante de imaginación para ello, en vez de escribir novelas, escribe historia. Dar vida a un personaje que existió realmente, sin faltar a la verdad histórica, exige más inspiración que crear un personaje. Si Michelet no hubiera tenido tan soberana y fuerte imaginación habría escrito novelas y no historia.

En otra carta dirigida al colombiano fechada el 25 de julio de 1905, se defiende don Miguel de la censura que le hace fray Nicolás, obispo de Casanare, en carta publicada en *El Nuevo Tiempo*, donde «el buen señor la emprende contra mí, demostrando su profunda ignorancia en teología católica»:

> Gracias, muchas gracias, por lo que me dice de mi prólogo a Silva. No sé, si usted dice, he adivinado al hombre, pero no es difícil ¡A través de sus versos se ve tanto en Silva que pasó a mí! Y a mí me libró de su fin el haberme casado a tiempo. Además, ese.

> Bogotá, tal y como a la distancia lo veo, se me parece algo como a mi Bilbao de hace treinta años, cuando yo tenía 24.
>
> No se si usted conocer otra cosa que dediqué a Silva en un artículo en *La Nación*, de Buenos Aires. Es que después de hecho el prólogo me quedaba qué decir.
>
> Tenga en cuenta que no conozco a Baudelaire, en quien me dijo en Bilbao un amigo está muy inspirado Silva. Aún así, Silva me parece que repensó, mejor que resistió, cuanto vio en otros.

Esta última carta que conocemos de Unamuno a Max Grillo nos parece muy reveladora, no sólo por lo que atañe a Silva, sino por la mención que hace sobre un posible suicidio del cual lo libró «el haberme casado a tiempo». Nosotros ya habíamos pensado en el tema del suicidio de Unamuno al leer su novela *San Manuel Bueno, Mártir*, especialmente en la figura del clérigo de Lucerna, cuando contempla el lago pensativo, queriendo quizás sumergirse en sus aguas para dejar de vivir esa vida hipócrita, defendiendo y predicando algo de lo que dudaba completamente.

Unamuno y Samuel López

Este escritor caldense, oriundo de Salamanca, había aprendido el griego por su propia cuenta, llegando a tal dominio del idioma helénico que podía traducirlo correctamente. Hizo una traducción de una obra del poeta portugués Eugenio de Castro. *El Anillo de Polícrates*, que mereció el elogio de varios escritores americanos como Rubén Darío, Vargas Vila, José Enrique Rodó y hasta del francés Remy de Gourmont, que lo felicitaron muy efusivamente.

Samuel López envió copias de su traducción a diversos escritores y conociendo el prestigio de Unamuno como catedrático griego en la Universidad de Salamanca, le envió un ejemplar. Don Miguel le respondió acusando recibo de su obra:

> Recibí su traducción de *El Anillo de Polícrates* de Eugenio de Castro, el exquisito poeta portugués y uno de mis mejores y más leales amigos personales. Espero verle pronto otra vez más.
>
> También yo he tenido propósito de traducir el para mi gusto el supremo poema de Castro pero mi traducción habría de ser en verso, en el mismo verso de endecasílabos libres, del original.

Me complace que haya por ahí quien se interese en literatura portuguesa. Le supongo conocedor de João de Deus, de Guerra Junqueiro, de Correa d'Oliveira, de As Claridades de Gómez Leal (lo demás suyo vale poco), de Teixeira de Pascoaes (cuyas obras le recomiendo, si no las conoce) y de otros. Es un pueblo desgraciado que ha dado exquisitos poetas y el único gran historiador artista de la Península Ibérica, Oliveira Martins. Su *Historia de Portugal* y su *Portugal Contemporáneo* son monumentos que honrarían a cualquier literatura[5].

Unamuno y Enrique Pérez

El colombiano Enrique Pérez, periodista colaborador de la revista *Hispania*, de Londres (n.º 4, abril de 1912), había propuesto un Congreso Internacional de Estudiantes hispanoparlantes como medio eficaz para realizar el ideal de fraternidad entre los pueblos de habla castellana.

Fueron muchos los escritores que acogieron esta iniciativa, entre ellos: Antonio Maura, Miguel de Unamuno, José Echegaray, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Carmen de Burgos, Ramiro de Maeztu, etc. Reproducimos a continuación la carta de Unamuno:

Tendré que dejar la primera parte de su artículo «América y España», porque es punto que daría mucho que decir. Desde luego abundo en su criterio y estimo más que parciales las aseveraciones del Sr. del Villar. Una cosa es lo que dicen los españoles que vuelven de América y que acaso allí no han tratado sino con plebe que es en todas partes xenófoba, y además depende de cómo se le trate, y otra cosa lo que yo, en años de asiduas lecturas de lo mejor de la intelectualidad hispanoamericana, he podido recoger de ellas. Y he visto que a medida que los americanos se estudian más y mejor a sí mismos, se acercan más a lo eterno español. Tendré que repetirlo que la sangre del espíritu es la lengua. Y hoy la América española necesita la lengua para unirse. Sabe que es una locura que del viejo castellano se hagan lenguas argentina, chilena, colombiana, mejicana etc.

Pero vamos a lo del Congreso de Estudiantes. Hace 20 años, en 1892, cuando yo empezaba mi profesorado, vinieron de América algunos estudiantes como motivo del Centenario de Colón, y aún recuerdo lo entusiasta de la acogida. En la capilla de esta Universidad de Salamanca se conser-

[5] *Rubén Darío en su libro* Los Raros *dedicó un extenso artículo a Eugenio de Castro, saludándolo como verdadero artista, como un discípulo de Verlaine, comparándolo con el cubano Julián del Casal, en una conferencia dada por el nicaragüense en Buenos Aires.*

van algunos de los estandartes que en una excursión a esta vieja matriz universitaria trajeron.

El proyecto de usted es magnífico. Aparte de estas ventajas, traería la de abrir los horizontes de nuestra clase escolar española, que parece querer sacudirse de un largo marasmo,

Yo hago cuanto puedo por despertar en ellos curiosidad siquiera hacia esa Hispania máxima, hacia los pueblos todos de habla española, hacia su historia, su literatura, sus ansias. He dado lectores a los grandes espíritus de la América española y este Congreso, me parece mejor, cien veces mejor, que un Congreso de profesores. Creo que lo que hay que juntar es la juventud[6].

El periodista colombiano buscaba un pacto de acercamiento entre los pueblos de habla castellana, que podría resumirse en la siguiente proposición:

El fomento, por todos los medios posibles, del intercambio de productos y del acercamiento intelectual y artístico con la Madre España, cuna de nuestros mayores, y a la cual nos une el inquebrantable vínculo que forma la sagrada trilogía del idioma, la religión y la raza (*Hispania,* abril 1 de 1912).

Uno de los primeros en responder con entusiasmo al manifiesto fue el profesor salmantino. Veamos su respuesta.

Siento tener que decir que el generoso manifiesto a los pueblos americanos transcrito en el número 3 de *Hispania*, no me parece sino una nobilísima aspiración hoy por hoy impracticable.

La constitución de las llamadas grandes Potencias de Europa en dos grupos distintos, no es sino la constitución de la plutocracia o capitalismo de todas ellas en un solo grupo para oprimir a las naciones débiles es decir pobres, y para oprimir a la vez y explotar al proletariado de todas partes. Su objeto principal es buscar mercados compulsivos con el fraude o con la violencia, con tratados y protectorados a cañonazos, para verter en ellos el sobrante de sus capitales que no encuentran empleo remunerativo en su propia tierra, y aquella parte de su población hecha sobrante por el régimen económico actual.

La paz armada no es más que una guerra civil de clases. La paz armada no va de unas naciones contra otras, sino del capitalismo de todas ellas contra el proletariado. La actual huelga de los mineros de carbón, de la Gran

[6] *En* Hispania, *N.º 5, mayo de 1912, pp. 115-140.*

Bretaña es una de las más grandes batallas que se han dado a esa paz armada que está acabando con la civilización cristiana. Y como los Estados Unidos de la América del Norte, el país de los grandes sindicatos y los grandes millonarios, está hoy en tal respecto más europeizado que Europa y es uno de los baluartes del capitalismo, paréceme locura esperar de él otra cosa que hipócritas promesas.

La declaración de Monroe en 1823, no significa hoy en la patria de este hombre una doctrina a favor de los pueblos americanos todos, sino a favor del capitalismo yanqui. El sistema político de Norte América es hoy esencialmente el mismo que el de las Potencias europeas aliadas, y la conquista de las Islas Filipinas por aquella gran república imperial, en nada se distingue de la conquista de Madagascar, Marruecos o Trípoli, si no es a favor de los europeos.

La debilidad de las Repúblicas americanas que no sean la colosal República Imperio, proviene de su debilidad económica, de que necesitan de capitales y de brazos de fuera para la explotación de sus riquezas naturales. Y así se convierten en el campo de acción del capitalismo yanqui, que los explotará respetando su independencia política, cuando así le sea más cómodo explotarlas, pero acudirá cuando los intereses de ese capitalismo lo exija, a desmembrar, a someterlas y hasta a corresponderlas.

Acudirá al embuste si es preciso y gritará después ¡remember! Provocará revoluciones y disturbios para tener pretextos de intervenir en ellos; alegará los supremos intereses de la cultura, y procederá unas veces hipócrita, y otros cínicamente. Y Monroe, o Washington, o quien sea, servirán de alcahuetes a Maquiavelo. Y si algún americano ha celebrado el salir bajo el dominio de una nación europea como España, para ir no a la independencia, sino a la sumisión, o lo que es peor, al protectorado de los Estados Unidos, es porque todo el mundo prefiere ser criado de un rico a serlo de un pobre. Ni más, ni menos.

No es pues el problema, a mi ver, un problema político, sino económico, y no se trata sino de perpetuar el régimen capitalista actual, destructor de la civilización de la norma cristiana. Y esos mismos Estados Unidos de la América del Norte que pregonaron la doctrina Monroe, y la repiten cuando a sus plutócratas les conviene, con el característico canto hipócrita heredado de los puritanos, reclamarán su parte en África, en Asia, en Australia, en Europa misma, como la cogieron en Filipinas, cuando a sus intereses de clase les convenga.

Hay que repetirlo una y mil veces, el problema es económico-social, y sólo han de resolverlo los que, como los mineros ingleses ahora, pelean contra el régimen que se apoya en la paz armada, en las colonias, en los protectorados, en los pactos secretos y en las alianzas vergonzosas de los poderosos de la fortuna.

El profesor de Salamanca aprovechó esta oportunidad para señalar, como lo hiciera el panfletista colombiano José María Vargas Vila, abiertamente, la política imperialista de los Estados Unidos, y en especial la hipócrita doctrina Monroe, que se vale de todos los medios a su alcance para intervenir en los negocios hispanoamericanos.

Unamuno y Luis Tablanca

Enrique Pardo Farelo, más conocido en los anales de la literatura colombiana como Luis Tablanca, nació en El Carmen, Norte de Santander, en 1883. Fue cuentista, novelista y poeta. También colaboró asiduamente en los suplementos literarios de *El Espectador, El Tiempo, El Gráfico, Cromos,* etc. En Madrid publicó en 1908 *Cuentos sencillos y cuentos fugaces.* En Barcelona en 1917, Tomás Carrasquilla coloca a Tablanca dentro de los mejores cuentistas de habla española.

Al publicar su primer libro de cuentos en 1908, el autor le envió un ejemplar con una carta a Miguel de Unamuno, y éste al acusar recibo del mismo, le respondió, en forma manuscrita esta bella esquela aleccionadora y optimista, fechada el 16 de diciembre de 1909:

> Entre los libros que he dejado sobre mi mesa de trabajo figuran, mi estimado señor, sus *Cuentos sencillos.* A ver cuándo tengo un respiro para hojearlo. De lo que no sé decirle es de eso de «mis veinticinco años, ya un poco fríos y demasiado vividos». Espero que se le calentarán y comprenderá algún día que no ha empezado a vivir.
>
> No creo en general en los desengaños prematuros. A los 25 años apenas si se tienen esperanzas. Las esperanzas se forman con recuerdos, y el que no ha dejado camino detrás de sí no tiene camino a la vida. El porvenir es una proyección del pasado. Dentro de dos años sentirá usted de otro modo y para entonces le emplaza su afectísimo[7].

Unamuno y José Eustasio Rivera

Rivera escribió para los juegos florales de Ibagué una *Oda a España* en 1910 y al tener conocimiento de ello, Unamuno le felicitó calurosamente.

[7] Magazine Dominical, El Espectador, *n.º 40 (diciembre 18 de 1983), «Centenario de Luis Tablanca», pp. 8-9.*

Reproducimos parte de la composición:

Cuando te miro, España, convencida
de que toda la época presente
algo te pide colosal, me lleno
de creciente fervor porque atrevida
clama una voz secreta que en tu seno
late un fecundo borbotar de vida.
¡Quién pudiera saber si aún no ha llegado
tu siglo, o si tu obra está cumplida
y tras de germinar en el pasado
se acerca al porvenir!
Una vislumbre
precursora de incógnita proeza
tiñe el futuro... y cuando aquella lumbre
se apaga, el mundo urgido le confiesa
a los ámbitos plenos, que eres una
potestad con hastío de grandeza!
Por tu noble panoplia pasa un vago
sueño de triunfo. El águila pujante
que revoló del Cántabro a Cartago,
me ve llegar y aquieta la cortante
garra temida que afiló el estrago;
entonces, para hundirme en tu memoria
tus éxitos invoco... y de la Historia
se abren al punto las sagradas puertas.
Penetro, y a la voz de mi entusiasmo
reviven todas las edades muertas.
Hago hablar a los héroes que impusieron
silencio al mundo. Lívido, a mi instancia,
Escipión me señala con su mano
el avérnico incendio de Numancia.
Otros de lo que fue tu soberano
poder, conmigo hablan. Cuando evoca
mi mente el brío de marcial contienda,
la grave sombra de tu Cid me toca
con su épico halo de leyenda;
y levantando oleadas en mi espanto,
me asaltan, humeantes todavía,
¡las heroicas galeras de Lepanto!
.....................................[8]

[8] *Tomado de* La Prensa, *Nueva York (martes, 2 de enero de 1945).*

Unamuno y Sanín Cano

El 15 de marzo de 1905, Baldomero Sanín Cano, en calidad de liberal y como primer suplente del general Rafael Uribe Uribe, forma parte en la asamblea Nacional convocada por el general Rafael Reyes luego de haber cerrado el Congreso. Cuando cayó Reyes, se vio obligado a trasladarse a Londres y allí trabajó como profesor de español para poder subsistir. Más tarde vuelve a tomar contacto con el periodismo y al lado de Santiago Pérez Triana, escribe artículos y ensayos en la revista *Hispania*, que lo colocan como uno de los críticos más agudos del continente; a partir de 1914 colabora con *La Nación* de Buenos Aires y en la *Revue Sud-Américane* dirigida por Leopoldo Lugones.

El comentarista de *Hispania* reseña libros de Rodó, Azorín, Lugones y otros escritores de habla española. En la *Sección de Libros Castellanos* saca una reseña del libro *Rosario de Sonetos Líricos,* publicado por Unamuno en 1911, y comentado por Sanín en *Hispania* (febrero 1, 1912). Más tarde Unamuno lee en las mismas páginas de esta revista un artículo del colombiano titulado «La race incomprise», trabajo discreto y sensato, pero al cual opone ciertas discrepancias. «No son fáciles de entender» dice de los españoles Sanín Cano. «Yo no creo que seamos difíciles de entender» contesta Unamuno, que aprovecha para hablar mal de los hispanistas franceses que «nos hacen muchísimo más daño que aquellos otros fantaseadores a que antes aludía».

«A más de eso –añade Sanín Cano– puede decirse que ellos los españoles comprenden la conformación espiritual de los otros pueblos. Sus guerras, sus desastres, la manera de como sostuvieron sus dominios sobre la mitad del Planeta, están pregonando que ellos no entendieron lo que significa históricamente la mitad del género humano».

Sanín le envía al director de *Hispania* su artículo «Respuesta a Unamuno» con el fin de aclarar ciertos conceptos. «El señor de Unamuno da a entender que en mi concepto, los españoles fueron vencidos en algunas batallas porque no tuvieron razón, y que haber sido derrotado es falta de comprensión por parte del vencido». Y continúa el comentario: «Si don Miguel de Unamuno supone que los españoles fueron vencidos por los hispanoamericanos a principios del siglo pasado no es sino que desean hacer un cumplimiento a los españoles del otro lado del Atlántico. Desde luego la guerra de emancipación fue una querella entre españoles. El gobierno de España, no el pueblo español, una vez obligado a retirar sus fuerzas del Continente, se negó a reconocer a los nuevos Estados y vivió haciendo

como si no supiera de su existencia, por decenas de años. Esto es una señal de incompetencia... Sin embargo, España no fue vencida ni expulsada. La cultura en Hispanoamérica es netamente española.

Donde la población blanca de origen español predomina, España no ha sido vencida. No gobiernan allí su nombre, pero gobiernan sus ideas: sirven de metas muchas de sus aspiraciones».

El crítico colombiano para limar esperanzas y un mal entendido con Unamuno, termina haciendo una apología de todo el término hispánico: «El día en que España dejara de existir, no sólo políticamente sino desde el punto de vista étnico, lo cual es posible y sería hondamente deplorable, porque sucumbirían en esa catástrofe grandes y hermosos complicados valores de cultura, quedaría del otro lado del Atlántico el alma española casi en su integridad. Si a más de desaparecer España como entidad étnica y política, desapareciera también en Europa la cultura que ella representa, podría reconstruirse todo el significado étnico y científico de esa cultura estudiando los actuales pueblos americanos, así como sería posible reconstruir el latín, si llegara a desaparecer, estudiando las siete u ocho lenguas que de él se han derivado» (*Hispania*, julio 1 de 1913).

La actitud de Sanín Cano es fraternal, muy en consonancia con el pensar de otros hispanoamericanos que se unieron alrededor de España, como Darío, Rodó y otros, al sufrir la península la desmembración final de sus últimas posesiones ultramarinas.

El interés de Unamuno por la literatura hispanoamericana era parte de una tendencia de acercamiento entre España y sus antiguas colonias, especialmente después de la pérdida de las últimas posesiones ultramarinas. Tanto el rector de la universidad salmantina como Leopoldo Alas eran enemigos acérrimos de la guerra contra Cuba, y tenían fama de ser antirreligiosos. Muchas veces denuncian los abusos, injusticias y matanzas, como lo hiciera también Ramiro de Maeztu. Clarín se alza con indignación contra esos obispos «que predican el exterminio del prójimo y se alegran de las matanzas», durante la guerra de Cuba.

Y en cuanto al modernismo literario, implantado por Rubén Darío en la península, el escritor asturiano, aunque nacido en Zamora, ha sido considerado como uno de los más importantes representantes de la reacción antimodernista, caracterizándose como Unamuno frente a los escritores jóvenes que tomaban esta influencia de América, con desconfianza y cierto intento de minimizar su valor. Tanto Unamuno como Clarín trataron desvalorativamente la obra de Darío. El asturiano decía en *Madrid Cómico* que el nicaragüense «no es más que un verificador sin jugo propio, como hay cientos» y en otro artículo decía «Rubén Darío no es un buen

poeta, es un poeta mediano, un medio poeta (...) poeta en Buenos Aires» y Unamuno en su afán de eclipsar o subvalorar al nicaragüense alabó con preferencia la obra de José Asunción Silva, quizás con el fin de restarle importancia al poeta que había conquistado en España adeptos entre sus mejores vates (los Machado, Juan Ramón Jiménez, Villaespesa, etc.), debido a que en la península existe una habitual costumbre de elogiar a un personaje para descalificarlo de su importancia, como bien lo constata don Miguel.

> Porque en España muchas veces en que se elogia a uno, y se le elogia debidamente y con justicia, cabe, sin embargo, preguntar: «y además ¿contra quién va ese elogio?[9].

En efecto en el prólogo que escribiera sobre Silva en 1908 hizo un elogio del lirida colombiano, afirmando que Silva, más que el mismo Darío, es el verdadero innovador y alma del movimiento modernista en América. Posteriormente le dedicó otro estudio en *El Cojo Ilustrado* de Caracas en 1908. Luego escribió otro sobre la obra del colombiano en *La Nación* de Buenos Aires, porque aún tenía algo que agregar al prólogo, como se lo confiesa en una carta enviada a Max Grillo, de fecha desconocida.

Y cuando el modernismo llega a su apogeo y empiezan a publicar los nuevos poetas obras como la de «tuércele el cuello al cisne», donde reniegan de sus predecesores, un colombiano, recibe un fastuoso reconocimiento de parte de Unamuno. Ramón de Zubiría comenta lo siguiente:

> Recomendamos igualmente la declaración formulada por don Miguel de Unamuno en una entrevista que le hicieron en San Juan de Luz, en 1929: «Luis Carlos López –dijo– en hoy por hoy el poeta más original de habla española».

Unamuno y Rafael Uribe Uribe

Don Miguel de Unamuno, que fuera socialista en su juventud y que llevara por su ascendencia vasca su constante rebeldía, al recibir unas cartas del prestigioso político liberal que representaba a Colombia exitosamente en Sudamérica, le escribe animándole para que continúe tan noble labor. Uribe Uribe fue periodista, hombre de letras y confidente de poetas y mecenas de Rubén Darío y José Asunción Silva. Reproducimos a continuación

[9] *Unamuno,* Mi vida y otros recuerdos personales 1889-1916, *Edit. Losada, p. 105.*

la carta enviada al político colombiano luchador en la guerra de los mil días, que fue cruelmente asesinado en las calles de la capital colombiana, y que lleva 18 de abril de 1910.

> Hace tiempo, amigo –todos los amantes de la libertad lo somos– deseaba escribirle. Recuerdo unas letras suyas que recibí de Brasil. Deseaba escribirle no más para tenderle a través del océano la mano de mi espíritu y decirle: muy bien adelante.
>
> Colombia es una de las patrias americanas que mejor puede comprender un español. Se parece tanto lo de ahí a lo de aquí. Es la misma lucha. Leyendo el relato que Max Grillo hizo de la última lucha civil de ahí me parecía estar leyendo el de nuestra última lucha civil, a que asistí de niño. La patria hay que hacerla, con la libertad, es decir, con la conciencia de la ley. Y con la cultura, día a día, la hora de la emancipación que comenzó, hace un siglo, Bolívar, al parecer nuestra unión espiritual –la de españoles y americanos– rompiendo la unidad política no ha concluido.
>
> Ustedes como nosotros tenemos todos que buscar en el fondo de la raza el cimiento de la libertad. Hacer libertad es hacer Patria.
>
> Para los griegos, los fundadores de la ciudad, los maestros del patriotismo, era preferible la muerte al destierro, a la pérdida de la ciudadanía. El desterrado es un siervo, dice Eurípides, no puede ser sincero, no puede decir lo que siente y puede obedecer a autoridades inferiores a él (para un griego, el bárbaro era el que no era como él, le era inferior).
>
> Y no cree Ud. mi querido general y patriota, que no puede ocurrir que no llegue a encontrarse extranjero, desterrado en su propia Patria –cosa terrible– si no puede decir en ella todo lo que siente, si no goza de sinceridades en ella.
>
> Lo primero, pues, para tener Patria, libertad de decir lo que se siente, es decir, libertad. Y porque Ud. hace Patria le tiendo con mi mano, mi palabra de conforte. Adelante. Y esta palabra le va de un español ahora cuando se va a celebrar la independencia y sellar con ella nuestra unión.
>
> Nos une la lengua sangre del espíritu. Mientras hablemos lo mismo, pensaremos y hasta sentiremos lo mismo pues con palabras no sólo se piensa sino se siente también. El gran Bolívar llevaba en sus venas sangre más que española, españolísima, pues era sangre vasca como su apellido, como los de Ud. y los míos, y llevaba en su alma sangre española, es decir ardiente y vibrante verbo castellano.
>
> Al celebrarse ahora la independencia, y al celebrarla los hijos de todos los que la hicieron, pues unos y otros, vencidos y vencedores la fraguaron, yo, un español, felicito a Ud., que pelea por perfeccionar y acabar la obra de independencia[10].

[10] Revista Manizales, *volumen XXII, n.º 278, p. 280.*

Unamuno y Julio Vives Guerra

El rector de la universidad de Salamanca, al cumplir sus cuarenta y seis años, le envió una colaboración a Julio Vives Guerra, director de la revista *Alpha*, publicada en Medellín, a principios de siglo. El poema iba acompañado de una carta (28 de septiembre de 1910), donde le confiesa su «debilidad por las cosas antioqueñas» y le acusa recibo de otros números de la misma revista que acostumbraba a «leerla».

Reproducimos la misiva:

> Su cuento «Como la serpiente» que acabo de leer en *Alpha* (revista que recibo normalmente) tiene, señor un defecto capital y es de no estar escrito en verso. Su contenido, su ambiente y su tono piden la poesía y no la prosa, por muy poética que ésta sea. Aunque está muy ceñido, el verso le hubiera a Ud. obligado a ceñirlo más aún. Intente Ud. hacer con él un poemita, pues lo merece. Sólo hay una cosa que no acaba de gustarme, y es aquello de «circundados de orejas de hastío».
>
> Como le digo, recibo con normalidad *Alpha* y suelo leerla. Es ya antigua mi debilidad por las cosas antioqueñas.
>
> Y ya que tengo la pluma en la mano quiero enviarle algo para esa Revista. Ahora me ha dado por los sonetos, los hago casi todos los días. Ahí va, para que lo publiquen si les gusta, el de hoy. Mañana, 29 de septiembre, cumplo mis cuarenta y seis años.

Al llegar a mis cuarenta y seis años
El 29 de Septiembre de 1910

Ahora que ya por fin gané la cumbre,
a mis ojos la niebla cubre el valle
y no distingo a dónde va la calle
de mi descenso. Con la pesadumbre

de los agüeros vuelvo hacia la lumbre
que mengua la mirada. Que se acalle
te pido esta mi ansión y que tu dalle
siegue al cabo, Señor, toda mi herrumbre.

Cuando puesto ya el sol contra mi frente
me amaguen de la noche las tinieblas,
Tú Señor de mis años, que clemente

mis esperanzas con recuerdos pueblas,
confórtame al bajar de la pendiente;
de las nieblas salí, vuelvo a las nieblas.

Miguel de Unamuno[11]

Unamuno y Santiago Pérez Triana

Pérez Triana fue un personaje importante de la vida política y cultural colombiana. Su padre, Santiago, encabezó el olimpo radical y fue presidente del país en una ocasión. Fue un periodista notable que dirigió *El Relator*. Durante el régimen dictatorial de Núñez y de Miguel Antonio Caro, fue desterrado por la oposición a la política de la regeneración a una edad muy avanzada; clausurado su periódico y obligado al exilio, muere en tierra extraña. Su hijo también fue desterrado y le tocó viajar por tierras inhóspitas para poder salir del país, luego de estar encarcelado en Honda; y de este viaje publica un libro, *De Bogotá al Atlántico*, por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco.

Pérez Triana se casó con la hija de un magnate y vivió en varios países dedicándose a los negocios y a la literatura. En compañía de su esposa actuó en una compañía teatral y escribió cuentos infantiles para niños *(Cuentos a Sonny);* representó al país en varias conferencias internacionales en Estados Unidos y en la Haya y tuvo amistad con distinguidos escritores de la época. Durante su permanencia en Londres dirigió la revista *Hispania* durante cuatro años y su casa sirvió de tertulia a personalidades y escritores de entonces, entre ellos Unamuno, gracias a su trato personal y a sus condiciones económicas. El profesor salmantino declara:

> Conozco y trato mucho al colombiano Sr. Pérez Triana, honrándome con su amistad, y vaya esto por delante. Y lo digo porque al leer los diferentes relatos que componen la primera serie de sus *Reminiscencias Tudescas*, encuentra el lector en quien se los relata a un amigo bondadoso y sencillo, algo socarrón a ratos y de una ironía bonachona y franca.

Unamuno buscaba siempre la huella española en las literaturas de ultramar, y a pesar de no gustar mucho de los conocidos americanismos, los prefería en lugar de tantos galicismos de la época por eso gritaba: «Me

[11] Revista Alpha: *Medellín, V. Nos. 59 y 60 (Noviembre y Diciembre, 1910). Damos la versión definitiva según* la Antología poética *(edición de José María de Cossío), Espasa-Calpe, Madrid, 1946.*

parece que los intelectuales americanos necesitan americanizarse». Admiraba al colombiano y elogiaba sus diferentes libros leídos con gusto por el vasco:

> Es el Sr. Pérez Triana un colombiano de la más pura cepa española, hijo de uno que ocupó en su patria los más altos cargos; educando en Alemania e Inglaterra, países que conoce admirablemente, y muy juicioso y discreto amador de España, porque una de las cosas que más debemos pedir los españoles de los extranjeros que quieren a nuestra patria es que la quieran con juicio y discreción.
>
> He dicho que me honro con la amistad de Pérez Triana y debo añadir ahora que uno de los mayores encantos que en cada viaje que hago a Madrid encuentro es el de conversar con este mi amigo y gozar de lo aplicable y gratísimo de su conversación. Me paso las horas muertas oyéndole contar, con su reposado decir, al que sazona aquel dulce dejo americano, cosas de su vida y de sus correrías, y de las cosas y los hombres que ha conocido en éstas.

Y al comentar la lectura de sus *Reminiscencias Tudescas* y de admirar «aquel dulce dejo americano» de su acento, no pierde ocasión para identificarle con los autores peninsulares:

> Está escrito en el castellano más puro, más castizo y parte por ser su autor colombiano, y ser Colombia una de las repúblicas hispanoamericanas en que se conserva más pura nuestra casta y en que con mayor pureza y corrección se habla y escribe la lengua española. Es ello debido a que las condiciones del suelo y la situación de aquella meseta –muy parecida, según me dicen, a la meseta castellana– han permanecido allí los descendientes de los españoles que la conquistaron y poblaron sin mezclarse apenas con el elemento indígena por una parte, y apartados de frecuente e íntima comunicación y comercio con los de otros países. Y es lo triste que les queda entre nuestras buenas cualidades también las malas, como lo prueba el ominoso absolutismo a que hoy viven sometidos y la falta de libertad de conciencia.

Y al hablar de la capital colombiana, la admira por lo que ella se asemeja a las antiguas ciudades castellanas relatadas en las diferentes crónicas y libros españoles, y cree don Miguel ver en Bogotá una prolongación de esa España tallada al modelo de las antiguas urbes peninsulares.

> Cuantas personas conozco que han visitado Bogotá me la pintan como antiguo ciudadón castellano, reposado, casi monacal, erizado de cúpulas de

conventos, y en que al caer la tarde invade el ámbito la melancolía de las campanas. Emilio Bobadilla, en una poesía muy llena de sentido y de vida, ha dado esa impresión de Bogotá con verdadera fuerza poética.

Todo esto lo aduzco a fin de que se vea que en Pérez Triana hemos de hallar un escritor que nos ha de parecer nuestro.

En 1910 fue nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Colombia en la Gran Bretaña. Al abandonar la diplomacia Pérez Triana dedicó toda su actividad a procurar la fundación de la revista *Hispania.* Se rodeó entonces de compatriotas como José María Núñez Uricoechea, Saturnino Restrepo, Tomás O. Eastman, Enrique Pérez Lleras etc., de amigos personales y admiradores españoles como Unamuno, Pérez de Ayala, Sánchez Rojas, y de conocidos hispanistas londinenses como Fitzmaurice-Kelly y Cunninghame Graham. Era muy aficionado a la música y excelente orador y hacía gala de buen conversador. El maestro Guillermo Valencia decía que «era un aventurero del ideal». Unamuno después de leer sus libros opinaba de *Reminiscencias Tudescas:*

> El libro de Pérez Triana nos ofrece una de las lecturas más sanas, más agradables y más apacibles que pueden darse.
>
> No hay en él nada de extravagante, ni de truculento, ni de enigmático, ni de abismático: todo es llano, sencillo, sentido y grato como la conversación de un hombre bueno, inteligente y culto que nos cuenta lo que ha visto y oído sin hacer ostentación de sí mismo ni procurar dejar turulato a nadie.
>
> El libro será para quien lo lea lo que su autor es para todo el que lo trata: buen amigo, legal y franco.

Varios colombianos que conocieron a don Miguel de Unamuno lo recuerdan con cariño e ilustran estos encuentros con un buen número de anécdotas, como la siguiente:

> Unamuno era monologuista clásico... comunicativo e impermeable, sociable y áspero, hablaba, oía sin escuchar, insensible al diálogo, medio para él de exponer sus opiniones, pero sin absorber la vida del mundo exterior... Unamuno que habla y escucha pero no oye. Implacable contra el contrario, lleno de una hombría hirsuta, intransigente en medio de su liberalismo, se nos aparece como una revelación en esta terrible época de nuestros días en que las dos Españas, la Blanca y la Negra, que han hablado durante siglos sin entenderse, sin encontrar su fórmula de convivencia.
>
> (Nik Bel, *Cromos,* febrero 20 de 1937)

Y doña María Antonia Cuervo de Yepes, que pasara una estadía en compañía de su esposo en la Universidad de Salamanca, dictando este último un

curso de derecho internacional, tiene agradables recuerdos del profesor salmantino a quien le hiciera un retrato pintado después de posar varias veces para su realización en 1934. Oigámosle:

> ¡Cuántas veces entre una y otra lección me paseé con él por los claustros de la universidad! ¡Cuántas veces en la sala de espera, sentados en amplios butacones, al pie de los retratos de los antiguos rectores de Salamanca, me mostró cartas, papeles y retratos de Rufino José Cuervo, de «aquel colombiano que sabía más castellano que el más sabio castellano nacido en el propio corazón de Castilla»! Su conversación que era casi un monólogo, era interesantísima; saltaba de un tema a otro con naturalidad y desenvoltura sorprendentes[12].

Doña María Antonia recuerda el empeño de Unamuno en buscar la etimología de las palabras y el correcto uso de las mismas. Recuerda sus opiniones a veces equivocadas para nosotros, como cuando «tronaba contra la enseñanza obligatoria». Recuerda que era partidario de la pena capital y que un artículo que escribió sobre este tema fue rechazado por la junta de censura de Madrid y devuelto a su autor: «La pena de muerte –decía Unamuno– debe existir; pero quien la decrete debe aplicarla y tener el valor de poner en práctica su idea y no la cobardía de ser instigador de un asesinato...». Dice también que Unamuno, «fue republicano y monarquista, demócrata y dictatorial, de derechas y de izquierdas, católico y librepensador. Siempre en los extremos como buen español, pasó la vida en la inquietud de sus ideas», este «Gran sembrador de inquietudes», que quiso ser el rector de Salamanca.

[12] *María Antonia Cuervo de Yepes: «Don Miguel de Unamuno o la paradoja. El Unamuno que yo conocí» en revista* Cromos, *Bogotá (marzo de 1937).*

¡Llegaron los americanos!
El 98 en la narrativa puertorriqueña

María Caballero

Como sucedió con el mítico y problemático 92, ahora, en la recta final del siglo, instituciones y escritores se aprestan a «conmemorar» la efemérides del 98; una efemérides que quizá no sea tan polémica como la que revivió la gesta colombina, pero que no cabe duda está resucitando todo un movimiento de opinión, generado a ambos lados del Atlántico con motivo de los sucesos que rodearon esta fecha. En la vieja España, adolescentes de todas las edades han estudiado esa generación del 98, un grupo de hombres a los que «les dolía España» y que transmutaron en arte literario los luctuosos acontecimientos políticos de la vieja metrópoli. La pérdida de las últimas colonias no fue sino el detonante de una certidumbre: la decadencia de los viejos ideales hispánicos frente a nuevos valores, como el pragmatismo norteamericano. Las incipientes naciones americanas que habían rechazado todo lo que les recordara su pasada dependencia colonial, con ocasión del IV Centenario del Descubrimiento pasan a cantar las loas de la madre patria dentro de una retórica decimonónica bastante alejada de la actual. En 1892 un Zorrilla de San Martín, por ejemplo, en su calidad de representante de los delegados hispanoamericanos, lanza en La Rábida un famoso discurso teñido de españolismo y casticismo, viejas añoranzas ante la aceleración histórica del fin de siglo y la inquietante hegemonía de los Estados Unidos, cuyo poderío económico y prepotencia política se dejaban sentir día a día. Un joven Rubén Darío en la misma ocasión y ante el mismo monumento cuajado de simbolismo, es más precavido. Habrán de pasar años, en su caso, antes de retornar al hispanismo ausente de la poética de *Prosas profanas* (1896). De hecho, el medievalismo que tiñe *Cosas del Cid y Dezires, layes y canciones* –dentro de los poemas añadidos en la edición de 1901 –suena más a moda provenzal que a decidido acercamiento a la vieja España. No será hasta *Cantos de vida y esperanza* (1907) y, en prosa, hasta su indignado escrito *El triunfo de Calibán* cuando el nicaragüense tome decididas cartas en el asunto.

No obstante, los sucesos del 98 tuvieron un gran impacto en lo que se ha denominado la generación hispanoamericana del 900 de la que Darío puede considerarse precursor. Es una generación formada en el modernismo, cuyo centro está en el famoso *Ariel* (1900), del uruguayo Rodó. Profesores como Antonio Lago Carballo han enmarcado al posible grupo entre el «hecho» generacional –según la conocida terminología de Petersen y Ortega –y el ascenso a la presidencia norteamericana de Roosevelt, quien formuló sin ambages la política del país: «Es nuestra creencia que la América del Sur será nuestro campo de expansión. No es práctico seguir tolerando que pueblos tan indolentes, tan reacios al progreso y tan incapaces de gobernarse como los latinos de Centro y Sur América, continúen ocupando tierras tan fértiles, tan ricas y productivas como las del continente suramericano».

En estas palabras quedaban sintetizados los términos del problema según van a ser recogidos por la mayor parte de los narradores puertorriqueños del siglo veinte. Ya escritores como René Marqués, de la generación del cincuenta, utilizan a personajes de su obra –en este caso, su novela *La mirada* (1959) –para hacer ver que el indolente Puerto Rico no podría sobrevivir sin *el mantengo*, sin esa limosna misericordiosa que es, al menos, el E.L.A. gestado por Muñoz Marín[1]. El asimilacionismo, bajo la forma política que fuere oportuna, será la solución propuesta por quienes son calificados desde el independentismo como «derrotistas y entreguistas». Esa «nación de rehenes» –como la definiera Manuel Zeno Gandía[2] sigue vertiendo tinta en busca de una identidad nunca alcanzada si nos atenemos a las conocidas tesis de José Luis González[3]. El mismo González ha reflejado el «entreguismo» de los suyos en un conocido texto narrativo, *La llegada*, que pone de manifiesto la pacífica y vergonzosa ocupación americana, sin pena ni gloria, a fines del siglo pasado.

[1] *Habría que convenir que no es necesario llegar a Roosevelt y su agresiva política imperialista para definir la indolencia y atraso de la isla. Un texto como el* Viaje a la Isla de Puerto Rico *(1810), de Ledrú –inaugural en la historia de la cultura puertorriqueña como ha señalado el profesor Aníbal González (cfr. «La mar inédita: el* Viaje a la Isla de Puerto Rico *de André Pierre Ledrú», en* Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña, *San Juan de Puerto Rico, abr.-sept. 1986, núms. 92-93, pp. 59-65) –plantea ya estas cuestiones.*

[2] *Cfr. Zeno Gandía, Manuel: «¿Qué somos? ¿Cómo somos?» (en* Indice, *13, jul. 1929, pp. 58-59. Hoy recogido en* Revista del Instituto de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, *San Juan de Puerto Rico, ene.-jun. 1992, pp. 42-43).*

[3] *Cfr.* El país de los cuatro pisos, *Río Piedras, Huracán, 1980. Al producirse una nueva invasión transculturadora sobre un entramado nacional en absoluto fundido, se originan el caos mental y la esquizofrenia que caracterizan los cuatro pisos de la isla –según este escritor recientemente fallecido–.*

Muchos otros escritores –y evidentemente los que ya pertenecen a una generación posterior, la del setenta, como Rodríguez Juliá o Rosario Ferré –tocan este asunto en sus textos. Ferré lo hace en *La casa de la laguna* [4], concretamente en su capítulo 2, en el que llega a la isla el español Buenaventura, creador de la futura saga familiar de los Mendizábal. Y llega justo a tiempo de presenciar como turista asombrado la famosa parada de 4 de julio del 17. Ferré utiliza el sumario para poner en antecedentes al lector sobre la historia de Puerto Rico desde el siglo XVIII. Su destino fue siempre unido al cubano y por ello ...«cuando España perdió a Cuba, dejó ir también a Puerto Rico. *¿Será una isla tan pobre que no vale la pena luchar por ella?* –se preguntaba Buenaventura. ¿O estaría España tan exhausta al final de la guerra hispanoamericana que no le fue posible seguir luchando?–» (p. 26). A través del monólogo interior indirecto y desde el asombro de la otredad, el narrador contrapone la lógica del emigrante extremeño a los hechos que se están produciendo en la isla, en ese momento isla de ciudadanos de ninguna parte, prisioneros de sus doscientos setenta kilómetros cuadrados y a los que la concesión de la ciudadanía norteamericana llevaba a celebraciones como la mítica parada que contempla Buenaventura –reflejada con cierta distancia irónica en el texto. Como fenómeno de masas, el espectáculo no tiene desperdicio y funciona con la falta de lógica habitual en estos casos:

> Una muchedumbre enorme se encontraba reunida sobre la acera para ver la parada. Una señora que llevaba una gorra blanca y almidonada sobre la cabeza, con una cruz roja cosida encima, se le acercó y le ofreció un banderín americano.
>
> –Agite el banderín cuando pase el gobernador Yager en su Studebaker descapotable, y grite: *God Bless America!*– le dijo con entusiasmo. Buenaventura aceptó el banderín, quitándose el sombrero cortésmente (p. 29).

Lo hace así, no sin recapacitar sobre «la ingenuidad refrescante, una confianza en el futuro y en la bondad del prójimo, que le resultaban asombrosas» (p. 30) acostumbrado como estaba al desengaño hispano. No obstante, al escribir esa misma noche al amigo extremeño, señalará con agudeza: «Aquí hay que estar dando pruebas de lealtad ciudadana a diestra y siniestra» (p. 32).

Dejemos por el momento *La casa de la laguna* para retornar a dos textos de un escritor de la misma generación que Ferré. Me refiero a Edgardo

[4] *La traducción al castellano (Barcelona, Emecé, 1996) siguió a la primera en inglés (1995).*

Rodríguez Juliá, que ha tocado el tema que nos ocupa, de manera más o menos extensa, al menos en dos obras: *Puertorriqueños (Álbum de la Sagrada Familia puertorriqueña a partir de 1898)*[5]; y *El cruce de la bahía de Guánica* [6]. En otro lugar [7] tuve ocasión de enmarcar ese género «crónica» en que destaca Juliá, tal vez como pariente de aquel otro Ramón Juliá Marín, compañero de trabajos del naturalista Zeno Gandía y «fiel cronista de una época volcada en la confusión y sacudida por el cambio» [8]; cuyo ojo «implacable y certero» (...) «destaca las contradicciones de una sociedad en proceso de transformación»; empeñado en «narrar el misterio de un mundo que muere, describir el asombro ante un engendro acabado de nacer» (p. 33). No cabe duda de que Edgardo retoma el testigo vocacional de su tío. Y tampoco cabe duda de que la recreación que mediante sumario hiciera Rosario Ferré de la famosa parada de 4 de julio del 17 corresponde a un tratamiento intertextual del capítulo IV de *Puertorriqueños...* que se titula: *¡Llegaron los americanos!* (pp. 19-33). Quiero dedicar unas líneas a glosar un poco este asunto, estudiando el desarrollo de Juliá, mucho más amplio y teñido por la ironía que caracteriza habitualmente sus textos. El capítulo se abre así:

> Y mientras tanto, ¿qué pasó en Puerto Rico? ¿Cómo cambió el *paisito* en ese salto de la hacienda Maricao al estilo californiano Miramar? Pues entre otras cosas, ¡llegaron los americanos! (p. 19).

El diminutivo apunta a uno de los signos del escritor, la ternura con la que contrarresta su ácida ironía, utilizada para diseccionar a sus compatriotas. Aquí desde esa ironía –que se manifiesta en el distanciamiento lingüístico del narrador –contrapone las dos versiones del 98: el trauma la oportunidad de modernizar y democratizar a Puerto Rico bajo el protectorado de ese gigante del Norte, modelo de Progreso, Democracia, Sanidad y Orden (p. 19). Y en la ficción, todo ello se realiza a partir del comentario de un supuesto álbum fotográfico de los antepasados y amigos; lo que permite realizar toda una indagación entre psicológica y sociológica de esos *tristes*

[5] *San Juan de Puerto Rico, Plaza Mayor, 1988. En adelante citaré por la tercera edición de 1992. Se trata de una serie de crónicas que salieron en* El Reportero de San Juan *hacia 1984.*

[6] El cruce de la Bahía de Guánica (cinco crónicas playeras y un ensayo). *Río Piedras, Cultural, 1989. Me interesa evidentemente la primera que da nombre a la recolección y que es la única de este libro que trata el 98.*

[7] *Cfr. Caballero, María: «Rodríguez Juliá: una ojeada sobre Puerto Rico entre la burla y la compasión» (en* Revista Iberoamericana. *Pittsburgh,58, abr.-jun. 1992, núm. 159, pp. 367-378).*

[8] *Rodríguez Juliá, Edgardo:* Puertorriqueños..., *op. cit., p. 31. En adelante citaré en el texto por esta tercera edición del 92.*

trópicos (p. 21) de los que hablaran tanto Lévi-Strauss como Clara Lair. Escritura voluntaria y obsesivamente intertextual, que se inserta en la tradición puertorriqueña de este siglo obsesionada por encontrar una identidad a la isla.

El capítulo está estructurado en dualidades: el civismo yanqui/la disposición gregaria del puertorriqueño; atraso hispano/sanidad yanqui: «había que sacar al país de la inmundicia en que nos dejaron los gallegos» (pp. 19-20) –dirá el texto, contraponiendo esa patética situación a la obsesión por la higiene propia de los estadounidenses y amparada por la bandera de una cruz roja omnipresente en las emblemáticas fotografías (p. 23); narcisismo y presunción del nuevo orden, al que el viejo orden colonial se pliega como las palmas de coco, fascinado por ese mito del progreso al alcance de la mano. El repaso de los personajes de la foto sirve al narrador para ejemplificar quiénes son los entreguistas entusiastas del momento:

> Policía montado, el poder público, señor de sombrero panamá, quizás el alcalde del pueblo, la pequeña burguesía acomodaticia, entonces, sólo entonces el mulataje, la negrada y los anémicos *jipatos* de la ruralía que se inician en el civismo yanqui (p. 24).

«La fotografía permanece como ruina de la personalidad y monumento del nuevo orden» (p. 20). Un pueblo cuasibobalicón y deseoso de cambios se entrega a un invasor cuyo instrumento de docilización será las paradas, eternas fiestas con que embriagar a su gente. Las *criollitas* detrás de las *banderitas* –y el diminutivo además de la ternura, implica la valoración de la isla y sus habitantes por parte del invasor –sólo pueden oponer el sudor tropical de un mundo que seduce y traga a los blondos alcoholizados para intentar combatirlo.

En la segunda parte del capítulo, Juliá compara las fotos de los soldados sobre el marco de la *Crónica de la Guerra Hispanoamericana*, de Ángel Rivero –de nuevo la intertextualidad-: el manco negro, orgulloso de la gesta en que perdió el brazo por defender la patria; el español, de mirada melancólica, cuyo modo de agarrar el Máuser premonitoriamente sugiere una suave decadencia; y el yanqui, agresivamente equipado para su tiempo, pero ¡paradojas del destino! «arropados con una lana insoportable en un clima que es mezcla de lluvia, calor y humedad» (p. 29). Todo una sociología de mundos que mostrarán su incomprensión hasta hoy y que habría que estudiar más despacio.

De cualquier forma, en esta recta final del siglo, las cosas no son como fueron. Tal vez sea lo que quiere advertir Rodríguez Juliá con ese texto

doble que es *El cruce de la bahía de Guánica*: commemoración del trauma para unos, fiesta-concurso yanqui en el aniversario de la invasión que –como es bien sabido –se realizó por este lugar geográfico. Los independentistas protestan con su pequeña movida; y el «carnaval colonial boricua» (p. 14), que arrastra ya sus 86 años, sigue impertérrito su destino. El narrador autobiográfico –trasunto del propio Juliá que, como todos los años se ha desplazado allí para realizar la travesía ritual de la bahía –se sitúa en esa «ardiente barriada de techumbres bajas» (p. 11), con una foto del 98 por delante, para comentar con el destinatario lo absurdo y antiheroico del desembarco americano y la circunstancia puertorriqueña. Y lo hace desde la broma, desde la ironía, para desdramatizar lo que ha constituido un trauma en la historia del siglo veinte isleño:

> El Gloucester fue el primero en violar la entrada a la bahía. Esperaba algún fuego. Los promontorios cercanos seguramente servirían para ocultar las baterías españolas. Pero sólo encontró un silencio onírico (...) Desembarcaron los marinos, se desplegaron las tropas para cubrir la playa; ni un solo proyector de máuser español perforó la lancha de desembarco, que venía defendida por un cañón Colt automático de seis milímetros. En la casa oficial del *cabo de Mar* fue izada la primera bandera norteamericana. *¡Esto es el colmo, hombre!...* (pp. 12-13).

Desde el hoy, el narrador interpreta lo incomprensible; es lógico que durante años el puertorriqueño medio haya sentido la necesidad de borrar la mancha, de cambiar radicalmente el rumbo de la historia. Eso es lo que hizo Luis López Nieves con su *Seva: historia de la primera invasión norteamericana de la isla de Puerto Rico ocurrida en mayo de 1898*[9], causando una revolución que llegó hasta Washington. Pero ésa es otra historia que habrá que relatar más despacio.

[9] *San Juan de Puerto Rico, Cordillera, 1995.*

Entre el regeneracionismo y el *Volksgeist*

El joven Belaúnde y la generación española del 98

Carlos Arroyo Reyes

Refiriéndonos a las lecturas que prácticamente marcan su temprana evolución intelectual y subyacen en los artículos que en 1912 publica en la revista *La Ilustración Peruana* y en su famoso discurso que después recoge en el libro *La crisis presente* (1914), Víctor Andrés Belaúnde (1883-1966), ya en el otoño de su vida, recuerda en sus escritos reunidos de manera póstuma en *Trayectoria y destino. Memorias* (1967): «Mi cultivo de la filosofía me había habilitado para contemplar los principales aspectos de la realidad peruana. Fue mi deseo comenzar por un estudio de la sicología nacional y así inicié ensayos sobre esta materia en *La Ilustración Peruana* (1912). Mi designación para el discurso de apertura el año 1914, me ofreció la ocasión de hacer un estudio integral de la crisis peruana, que se presentó precisamente el año 1913. Mi discurso tuvo una resonancia mayor de la que yo esperaba. Y ella me alentó a estudiar otros aspectos de la sociología nacional. Vieja era mi admiración por los ensayos que se basan en una visión realista de la tierra y que se inspiran al mismo tiempo en un elevado ideal político. Me he referido a la influencia que en mí ejercieron los libros de Sarmiento: *Fecundo* y *Recuerdos de Provincia*, las *Bases* de Alberdi y sus *Estudios Económicos*. Caí en esa época, también, bajo la seducción del admirable Joaquín Costa y del injustamente olvidado Macías Picavea. Hoy, en recuento de mis lecturas, debo referirme al entusiasmo que me inspiraban las páginas de Ganivet y de Unamuno, así como la pintura de la estepa castellana de Azorín. La visión realista de nuestro medio, doblado al mismo tiempo de un criterio filosófico, tuvo la inspiración de obras fundamentales: *Los orígenes de la Francia contemporánea* de Taine y *La Reforma espiritual y moral de la Francia* de Renan...»[1].

Por lo visto, dentro del conjunto de autores que atraen a Belaúnde y ejercen una gran influencia en sus primeras aproximaciones a la realidad peruana, los intelectuales españoles ocupan un lugar preponderante, tanto

[1] *Belaúnde, Víctor Andrés*: Trayectoria y destino. Memorias, *Lima, Ediciones de Ediventos, 1967, t. II, pp. 1020-1021.*

los que pertenecen al ciclo del regeneracionismo –Joaquín Costa (1846-1911) y Ricardo Macías Picavea (1847-1899), sobre todo– como los que forman parte de la generación del 98: Ángel Ganivet (1865-1898), José Martínez Ruiz (1863-1967), el popular Azorín, y, más que ningún otro, Miguel de Unamuno (1864-1936). ¿Cómo así, desde el primer momento que empieza a estudiar los problemas de su país estamos hablando de 1912 y 1914, o quizás de 1907, el año de su conferencia sobre «La Historia», el joven Belaúnde ya emplea gran parte del instrumental teórico del regeneracionismo y el noventayochismo españoles? La respuesta a esta interrogante se relaciona con un episodio breve pero fundamental en la biografía del joven Belaúnde, que algunos estudiosos de su obra, sin embargo, suelen pasar por alto[2]: la gran experiencia intelectual que, tanto para su cultura como para la propia definición de su personalidad, representa su estadía en la España de comienzos de siglo. Gracias a este periplo español, que hasta los últimos años de su vida evoca con mucho amor, el joven Belaúnde descubre o termina de conocer a autores como Costa, Macías Picavea y Unamuno que, por el mismo hecho de confrontarse con una realidad que ve muy parecida a la suya, van a influir decisivamente en sus primeros ejercicios de crítica sociológica.

La experiencia española del joven Belaúnde

A fines de 1904, con el encargo de buscar en diversos archivos la información que la defensa del Perú requiere en el juicio de límites que en ese entonces sostiene con Bolivia, el joven Belaúnde tiene la oportunidad de viajar a España, donde permanece hasta 1906. Durante los cerca de dos años que vive en la península ibérica, además de cumplir fiel y disciplinadamente con las labores asignadas por el Archivo de Límites de la cancillería de su país, puede familiarizarse con la cultura española del Novecientos y, de esta manera, llega a beber directamente de las fuentes de dos de las experiencias intelectuales que van a gravitar decisivamente en su obra juvenil: el regeneracionismo y el noventayochismo. Por esa misma época, también alcanza a presenciar el impacto que el desarrollo del modernismo aún suscita en los medios hispánicos, hecho que, más allá de las amistades y los buenos recuerdos, no tiene aparentemente una consecuencia directa e inmediata dentro e su evolución intelectual.

[2] *Ver, por ejemplo, «El joven Víctor Andrés (1905-1921)», en Planas, Pedro:* El 900. Balance y recuperación, *Lima, CITDEC, 1984, pp. 337-350.*

Cuando arriba a Madrid, todavía se sienten los ecos del ciclo del regeneracionismo, que tanto impacto llega a tener entre las nuevas promociones de intelectuales españoles, al extremo de que, con el correr de los años, Ramiro de Maeztu (1876-1936) reconoce a Joaquín Costa como uno de los precursores de la generación del 98[3]. El uso de las palabras «regeneración» y «regeneracionismo» se inicia en la retórica de la política decimonónica española, pero sólo aparecen como términos carismáticos en «toda esa bibliografía regeneradora» de la que habla Azorín, refiriéndose al tipo de libros que se empiezan a publicar tras el desastre militar del 98 y la pérdida de las últimas colonias españolas. Dentro de esta copiosa literatura, pueden destacarse *El problema nacional* (1899), de Ricardo Macías Picavea; *Los males de la patria y la futura revolución española* (1890), de Lucas Mallada; *La moral de la derrota* (1900), de Luis Morote; *Reconstitución y europeización de España* (1900) y *Oligarquía y caciquismo* (1901), de Joaquín Costa; y *Psicología del pueblo español* (1902), de Rafael Altamira. Obstinadamente fijados en términos médicos (enfermedad de España, necesidad de diagnósticos, posibles remedios quirúrgicos), la mayoría de los estudios del regeneracionismo, como dice José-Carlos Mainer, patrocinan soluciones tan simples como voluntaristas para el «problema nacional» español (reforestación de la península, construcción de embalses para el regadío, aplicación del impuesto único, mejora de la educación técnica, etc.) y, además, reflejan la propensión a la elaboración de «psicologías nacionales» del sociologismo positivista, cuyo catastrofismo, tras el terrible dictamen de Edmond Demoulins sobre la superioridad étnica de los anglosajones, invade en esas fechas muchos países latinos[4]. No debe olvidarse, por último, que muchos de los regeneracionistas, en su reacción contra el sistema político de la Restauración, confían en una dictadura momentánea como única medida posible ante la crisis; ni que el propio Costa, urgido por la gravedad de las circunstancias, llega a clamar por un «cirujano de hierro».

Desde la época en que estudia en la Universidad de San Marcos y es atraído por la ilusión cientificista y positivista, el joven Belaúnde lee algo sobre la obra de Costa y Macías Picavea, dos de los principales adalides del regeneracionismo español. A raíz de la investigación que realiza para presentar su tesis de bachiller en jurisprudencia, *La filosofía del derecho y el método positivo* (1904), estudia algunos de los primeros libros de Costa,

[3] *Shaw, Donald L.:* La generación del 98, *6.ª Edición, Madrid, Cátedra, 1989, p. 26.*
[4] *Mainer, José-Carlos:* Modernismo y 98, *Tomo VI de* Historia y crítica de la literatura española, *Barcelona, Editorial Crítica, 1980, p. 93.*

como *La vida del derecho* (1876), *Teoría del hecho jurídico, individual y social* (1880) o *Derecho municipal consuetudinario de España* (1885). Por esa época, parece que también lee *El problema nacional* (1899), de Macías Picavea. Pero es en España, sin ninguna duda, donde asimila lo medular del regeneracionismo y puede obtener las principales obras políticas de Costa, como *Reconstitución y europeización de España*(1900), *Oligarquía y caciquismo* (1901) y *Política Quirúrgica* (1903), que tanta resonancia van a tener en sus estudios sobre la realidad peruana. Como recuerda el propio Belaúnde: «Conocía las obras jurídicas de Joaquín Costa que me sirvieron para mi tesis sobre el método positivo y la filosofía del derecho y adquirí en España y leí con entusiasmo las otras obras políticas del sabio español. El P. Vélez me prestó el profundo libro *El problema nacional* de Macías Picavea, que reiteró en mí la visión directa de la realidad político-social»[5].

Otro de los acontecimientos de la cultura española de comienzos de siglo que impacta positivamente en su formación espiritual es el desarrollo de la llamada generación del 98. Herederos directos del regeneracionismo y contemporáneos del modernismo hispanoamericano –movimientos con los que a veces se confunde al noventayochismo–, los hombres del 98, como Unamuno, Azorín, Maeztu, Pío Baroja (1876-1956) o Ramón María del Valle-Inclán (1866-1936), ya se encuentran en plena actividad cuando el joven Belaúnde visita España. En un principio, los noventayochistas se muestran porosos a la europeización y el tipo de reformas que Costa y los regeneracionistas patrocinan, pero pronto, como señala Donald L. Shaw, renuncian a esos ideales en favor de un mito del *Volksgeist* en el que la regeneración debe provenir de dentro, desde el «alma española», operando a un nivel espiritual, o bien subordinando el ideal al mito[6]. Desde ese momento, los noventayochistas proceden a desentrañar su país, como si la consigna generacional fuese «conocer a España»: historia, naturaleza, gente, costumbres; pero, como lo que les angustia son los avatares del espíritu colectivo o el alma común, su interpretación de los problemas españoles asume términos «espirituales» y a veces se agota en la búsqueda de «ideas madres» o las fuerzas abstractas que supuestamente trabajan en la historia[7]. Gracias a que la mayoría de los noventayochistas son escritores memorables, acaban renovando el género que convierten en el principal instrumento de divul-

[5] *Belaúnde, Víctor Andrés:* Op. cit., *t. II, p. 458.*
[6] *Shaw, Donald L.:* Op. cit., *p. 26.*
[7] Ibid., *pp. 261 y 76-77.*

gación de sus ideas: el ensayo; y además, contribuyen decisivamente a la modernización de la técnica de la novelística española[8].

Entre los recuerdos del primer viaje de Belaúnde a España, salvo una que otra alusión a sus encuentros con Valle-Inclán, no hay referencias de que haya llegado a entablar amistad con Baroja, Maeztu, Azorín, Unamuno u otro miembro de la generación del 98. Sin embargo, existen algunos testimonios bastante interesantes sobre cómo el joven Belaúnde sigue de cerca la actuación pública de los hombres del 98, particularmente de Unamuno. Antes de dejar el Perú, Belaúnde ya conoce a Unamuno a través de su libro *En torno al casticismo* y algunos de sus artículos sobre literatura hispanoamericana que desde 1901 publica en *La Lectura* de Madrid. Llevado justamente por la gran admiración que siente por el maestro de Salamanca, el joven Belaúnde asiste a una de las conferencias que éste pronuncia contra la llamada Ley de Jurisdicciones, hecho que queda grabado en los meandros de su memoria: «Ante el desprestigio de los partidos históricos parecía pues dibujarse ya la influencia militar con su indeclinable lealtad al Rey. Esta situación del ejército explica la famosa ley llamada de jurisdicciones que extendía a la militar los delitos atentatorios de la institución armada. La referida ley suscitó un formidable movimiento de opinión. Se movilizó el propio Costa desde su retiro de Graus para informar ante la Comisión de las Cámaras. Melquíades Alvarez lucía una elocuencia castelariana y Unamuno fue invitado a dictar una conferencia en el Teatro de la Princesa. Conseguí asistir a ella llevado por mi admiración al paradójico don Miguel. Con su perfil aguileño, la barba corta y su vestimenta de pastor protestante, se extendió en disquisiciones lexicográficas sobre la palabra militarismo, con apuntes aquí y allá, intencionados, pero concluyó desgraciadamente, con asombro del público, con esa frase enigmática: «puede ser que el militarismo salve a España». Yo no podría decir si aquello era ironía o perfilaba ya la esperanza de que fracasadas las fuerzas vivas viniera la solución radical de la fuerza. Don Miguel era un inquietador, un removedor de ideas, y no podía exigírsele la lógica secuencia de una tesis verdadera. En algunos se produjo la impresión de que el Rector de Salamanca había querido esquivar el tema. Sábelo Dios»[9]. Belaúnde alude aquí a la conferencia que Unamuno pronuncia el 25 de febrero de 1906 en el teatro de la Zarzuela en Madrid.

Otro de los fenómenos culturales que puede observar durante su primera estancia en España es el impacto que en los predios literarios de ese país

[8] Ibid., *pp. 262-263.*

[9] *Belaúnde, Víctor Andrés*: Op. cit., *t. I pp. 312-313.*

todavía suscita el desarrollo del modernismo. Justo por la época en que llega a Madrid, Rubén Darío (1867-1916), el líder indiscutible del modernismo, ya ejerce una notable influencia tanto en Manuel Machado (1874-1947) y Francisco Villaespesa (1876-1936), como en las primeras obras de Valle-Inclán, Antonio Machado (1875-1939) y Juan Ramón Jiménez (1881-1958), aunque estos últimos se separarían de él antes o después. Frente a los escritores del 98, preocupados básicamente por el estudio del «alma española», los modernistas aparecen como cosmopolistas y torremarfilistas pues, al igual que Pater y Wilde en Gran Bretaña o los parnasianos en Francia, se dedican a un esteticismo consciente, al Arte como supremo absoluto, a la Belleza como máximo ideal, y a la radical renovación formal de la prosa y poesía, como medios para su consecución. También exaltan la imaginación creativa y la fantasía como opuestas a la observación realista y a los cánones aceptados por la literatura burguesa del siglo XIX[10]. Gracias a los estudios de Octavio Paz, hoy sabemos que el esteticismo de los modernistas fue algo más que un simple hedonismo: fue una rebelión contra la presión social y una crítica de la abyecta actualidad latinoamericana[11].

A través del poeta peruano José Santos Chocano (1875-1934), que por ese entonces también se encuentra de paso en Madrid, el joven Belaúnde puede conocer a Darío, trabar amistad con el modernista mexicano Amado Nervo (1870-1919) y relacionarse con el mundo literario español, particularmente con aquellos escritores que, como Valle-Inclán y sobre todo Villaespesa, acusan recibo del impacto del modernismo: «Alojado como Chocano en el Hotel Santa Cruz de la calle de Alcalá, durante mi primera estancia en Madrid tuve ocasión de vincularme con los literatos y poetas españoles, íntimos amigos y colegas del poeta peruano. Y así conocí yo a Rubén Darío, creándose entre el maestro y su oscuro admirador peruano un vínculo de simpatía que él reflejó en una significativa dedicatoria de *Prosas Profanas*. Uno de los rasgos geniales de Darío era su bondad y su carácter infantil en contraste con Gómez Carrillo, malicioso, chispeante y lleno de intención, diríase un granuja genial de las letras. Conocí también a Amado Nervo y me sedujo desde entonces su sentido místico y la dulzura de su trato, amistad que debería cultivar de nuevo en Montevideo hasta su muerte. En aquellos animados almuerzos del Hotel Santa Cruz oía a Rubén leer con voz pausada su cordial dedicatoria al nuevo libro de Chocano *Alma América...*»[12]. De esas inolvidables reuniones con Chocano, Darío, Nervo y los literatos espa-

[10] *Shaw, Donald L.:* Op. cit., p. 20.
[11] *Paz, Octavio:* Cuadrivio, *2.ª Edición, Barcelona, Seix Barral, 1991, p. 13.*
[12] *Belaúnde, Víctor Andrés;* Op. cit., *t. I, p. 317.*

ñoles en el Madrid de comienzos de siglo, Belaúnde recoge esta deliciosa anécdota que vale la pena citar aquí: «Chocano, entre broma y serio, hablaba de su futura candidatura a la presidencia de la República, a veces, de la restauración del Incario. En cierta ocasión le preguntó Rubén: ¿Qué me harás, José Santos, cuando seas Emperador? Te haré Virrey de Guatemala, le repuso Chocano»[13].

Por último, gracias a Darío, el joven Belaúnde conoce a Valle-Inclán desde la época de su primera estancia en España. Pero en realidad, la amistad entre estos dos escritores sólo cuaja en 1921, cuando Belaúnde, en compañía del historiador peruano Raúl Porras Barrenechea (1897-1960), encuentra a Valle-Inclán en México y permanecen una temporada en el Hotel San Regis: «Mi gran solaz en esos días fueron los diálogos en compañía de Raúl Porras, siempre cordial conmigo a pesar de las diferencias políticas, y con el insigne Valle-Inclán, el más destacado de los invitados intelectuales. Era yo su compañero de mesa en el hotel Regis. Esta circunstancia y mi admiración por el gran novelista, crearon entre nosotros una vinculación hecha de confianza y de simpatía. Valle-Inclán era un monologuista eximio. Nos hablaba de sus preferencias o amores literarios y su concepto del estilo. Irreverente e iconoclasta, no respetaba ni al propio Cervantes. 'Con más oído, Cervantes habría comenzado el Quijote no diciendo: En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme. Habría suprimido el horrible cuyo, poniendo con más elegancia. En un lugar de la Mancha, del nombre no quiero acordarme'...»[14]. En esa oportunidad, Valle-Inclán que ya anda acopiando semblanzas de personajes, detalles de la vida y locuciones que habría de utilizar luego en su *Tirano Banderas* (1926), propone a Belaúnde –cosa que el peruano no acepta– asociarse con él en una gira de conferencias por toda Latinoamérica, partiendo las utilidades[15].

La realidad peruana y el espejo español

¿Cuáles son las huellas que la estancia en la España de comienzos de siglo deja en la cultura y la personalidad de Belaúnde? ¿De qué manera los autores que descubre o termina de conocer durante su periplo español influyen en lo que son sus primeras aproximaciones a la realidad peruana: *La crisis*

[13] Ibid., *t. I, p. 317.*
[14] Ibid., *t. II, p. 649.*
[15] Ibid., *t. II, pp. 650-651.*

presente (1914) y la serie de artículos reunidos en *Meditaciones peruanas* (1907-1921), sobre todo? ¿Cuál es, en fin, la importancia que el regeneracionismo y el noventayochismo españoles tienen dentro de lo que César Pacheco Vélez llama la etapa del «reformismo demoliberal» de Belaúnde, vale decir, los años que corren entre 1904 y 1925?[16].

Porras Barrenechea se refiere a este problema en un discurso que pronuncia a comienzos de 1944, durante el homenaje que la Universidad de San Marcos y la Academia Peruana de la Lengua tributan a Belaúnde con motivo de sus 60 años. Al momento de hablar sobre lo que la estadía en la España de comienzos de siglo significa en el desarrollo intelectual y espiritual de Belaúnde, Porras Barrenechea incide tanto en las enseñanzas del análisis del alma española y la suerte de examen de conciencia de la generación del 98 como en el embrujo de los libros de los regeneracionistas Costa y Macías Picavea, que son los que le ayudan a hallar el camino de sus futuras reflexiones sobre el Perú: «En España recibisteis la influencia de los grandes maestros liberales de entonces –Posadas, Sales y Ferré, Salmerón y Giner de los Ríos–, quienes os dieron, sobre todo este último, no sólo nuevas ideas sino métodos más modernos de enseñanza y de investigación universitarias. En ella hicisteis también esa camaradería intelectual, tan cálida y fácil para vuestro espíritu comunicativo, gracias a esa insólita hermandad de vuestros brazos abiertos que os captan inmediatamente la simpatía y la familiaridad en todos los medios a que llegáis. Allí se inició vuestra íntima fraternidad con Amado Nervo y vuestra cordial relación con Darío, con los Machado, con Manuel Cossío, que os inició en la admiración espectral del Greco, bastante acorde con vuestra tendencia mística, con Valle-Inclán, a quien vimos más tarde en México, con Benavente y los formidables eruditos don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Ramón Menéndez Pidal. Vuestro aprendizaje esencial fue el del análisis del alma española y el aguzado examen de conciencia que la generación del 98 hizo de la historia y del espíritu de su pueblo en las obras de Ganivet, de Unamuno, de Macías Picavea y de Joaquín Costa. En ellas, principalmente en las obras de los dos últimos, en *El Problema nacional* de Macías Picavea y en los libros detonantes de Costa, *Oligarquía y caciquismo* y *Política Quirúrgica*, que os sugestionaron más que los otros, hallasteis el camino de

[16] *Pacheco Vélez, César: «Nota introductoria a las Obras Completas de Víctor Andrés Belaúnde», en Belaúnde, Víctor Andrés:* Obras Completas, *Tomo I, Lima, Edición de la Comisión Nacional del Centenario de Víctor Andrés Belaúnde, 1987, p. XI. El segundo período de la vida de Belaúnde, según el mismo Pacheco Vélez, es la etapa del «reformismo socialcristiano».*

vuestros futuros libros y meditaciones sobre el Perú. Costa, sobre todo, con su acento profético y su frase catilinaria, se os aparecía con toda la prestancia panfletaria de González Prada, pero sin su radicalismo y con un programa constructor»[17].

Más tarde, en *El sentido tradicional de la literatura peruana* (1945), Porras Barrenechea vuelve a ocuparse del asunto de la influencia que la generación española del 98 ejerce sobre el joven Belaúnde. Lo que ahora Porras Barrenechea destaca son las similitudes que existen, particularmente en el campo del estudio de los problemas nacionales, entre los miembros de la generación española de 1898 y los intelectuales peruanos de la generación del Novecientos, a la que, además de Belaúnde, también pertenecen José de la Riva-Agüero (1885-1944) y los hermanos Francisco (1883-1983) y Ventura García Calderón (1886-1969): «Siguiendo la huella abierta por el discurso universitario de Prado de 1894 sobre la época colonial, la generación novecentista volcó su espíritu de investigación sobre el reciente pasado republicano y sobre el presente del Perú, iniciando con el mismo espíritu inquieto y renovador de la generación española de 1898, el análisis del Perú, de los elementos formativos de su conciencia nacional, de sus instituciones, de sus hombres y de su proceso intelectual y social. A esta auscultación se debieron libros fundamentales para el derrotero de nuestra cultura como *El Perú contemporáneo* (1906), de Francisco García Calderón; *El carácter de la literatura del Perú independiente,* de José de la Riva Agüero (1906), revelador del proceso de nuestra historia literaria; *La historia del Perú,* del mismo Riva Agüero, poderosa revisión y crítica de nuestras fuentes y valores históricos, *Del romanticismo al modernismo*, de Ventura García Calderón, primera interpretación estética y creadora de nuestra literatura y como los libros posteriores de madurez de Víctor Andrés Belaúnde: *La crisis presente* (1914), *La realidad nacional* (1917), *Meditaciones peruanas* (1933) y *Peruanidad* (1934)»[18].

A partir de lo dicho por Porras Barrenechea, puede afirmarse que los regeneracionistas españoles, Costa sobre todo, ocupan un lugar privilegiado dentro de los autores que influyen en las primeras aproximaciones de Belaúnde al problema nacional peruano. El propio Belaúnde, como ya hemos visto, también reconoce que en su juventud cae «bajo la seducción del admirable Joaquín Costa y del injustamente olvidado Macías Pica-

[17] *Porras Barrenechea, Raúl: «Víctor Andrés Belaúnde, maestro de la peruanidad» [25 de enero de 1944], en Belaúnde, Victor Andrés:* Obras Completas, *t. I, p. XLV.*
[18] *Porras Barrenechea, Raúl:* El sentido tradicional de la literatura peruana *[1945], Lima, Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1969, pp. 85-86.*

vea»[19]; e incluso, en otra oportunidad, da a entender que su preferencia por estos autores se debe a la analogía que existe entre las estructuras socioeconómicas de España y el Perú: «Convencido de que los pueblos europeos de complicada estructura capitalista e industrial no guardaban analogía con el nuestro, y que sí la tenía España, me sustenté largamente con el olvidado Macías Picavea y el formidable Costa. *El problema nacional, Oligarquía y caciquismo, Política hidráulica, Europeización de España* fueron leídos ávidamente por mí»[20].

Tomando en cuenta estas coincidencias, Osmar Gonzales ha sugerido últimamente que podría resultar interesante establecer coordenadas entre las observaciones que Belaúnde formula a la clase política peruana con la crítica que Costa hace a las élites españolas[21]. Y es cierto: desde la década del diez, el joven Belaúnde es efectivamente el primero en denunciar, con fórmula tomada de Costa, el abismo que en el Perú separa al *país real* del *país oficial*, y es también el primero en formular un programa de reformas, tal como puede apreciarse en algunos de los ensayos que escribe por esa época, de 1907 a 1918, y que luego forman parte de su libro *Meditaciones peruanas* (1907-1921). Son páginas, como dice Pacheco Vélez, densas, fervorosas y urgidas, escritas en el fragor de la crítica contra aquello que el joven Belaúnde veía como los peores adversarios internos del Perú de ese entonces: la plutocracia costeña, el caciquismo serrano y la burocracia militar[22]. Lo mismo puede decirse del tipo de crítica contra el cesarismo burocrático peruano que posteriormente Belaúnde emprende en uno de los capítulos de *La realidad nacional* (1929-1931): «Aun antes de la tiranía entre nosotros el *país legal* no correspondía al *país real*, empleando la famosa frase de Costa. Por debajo de las etiquetas y denominaciones de los partidos en el Perú sólo ha habido tres fuerzas políticas la *plutocracia costeña*, la *burocracia militar* y el *caciquismo serrano*, que podríamos llamar también *caciquismo parlamentario*...»[23].

Pero, además del tipo de crítica a la clase política y la denuncia sobre el abismo que separa al país oficial del país real –tema que, en el caso peruano, puede remitirnos al Manuel González Prada (1844-1918) del «Discur-

[19] *Ver nota número uno.*

[20] *Belaúnde, Víctor Andrés:* La realidad nacional *[1929-1931].* Obras Completas, *t. III, p. 29.*

[21] *Gonzales, Omar:* Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano, *Lima, Ediciones Preal, 1996, p. 305.*

[22] *Pacheco Vélez, César: «Nota introductoria a las Obras Completas de Víctor Andrés Belaúnde», en Belaúnde, Víctor Andrés:* Obras Completas, *t. I, pp. XIII y XXIV-XX.*

[23] *Belaúnde, Víctor Andrés:* La realidad nacional *[1929-1933],* Obras Completas, *t. III, p. 135. Las cursivas son del propio autor.*

so en el Politeama» (1888)–[24], también existe otro punto de contacto entre los estudios de los regeneracionistas españoles y la crítica sociológica del joven Belaúnde: la propensión a la elaboración de «psicologías nacionales» de raigambre positivista. Eso es lo que hace Macías Picavea en *El problema nacional* (1899), cuando caracteriza a España como un pueblo enfermo y habla de sus vicios o caracteres (la idiocia, el psitacismo y la atrofia). El propio Costa, como recuerda E. Inman Fox, también cree en la necesidad de indagar en la psicología colectiva del pueblo español, y ahí es donde encuentra los grandes defectos de España (la incapacidad de organizar instituciones modernas de gobierno y administración, el atraso intelectual, la incultura, el analfabetismo, la carestía de subsistencias, etc.)[25]. El mismo temperamento se aprecia, por último, en el libro *Psicología del pueblo español* (1902), de Rafael Altamira, que el joven Belaúnde acaso también conoce. No tiene nada de raro, entonces, que él, que por ese entonces anda bastante influido por los trabajos sobre la psicología colectiva de los pueblos del regeneracionismo español, decida iniciar sus reflexiones sobre la realidad peruana precisamente con un estudio de psicología nacional, como ocurre con los seis artículos que en 1912, bajo el título de «Ensayos de Psicología Nacional», publica en la revista *La Ilustración Peruana*. En 1917 vuelve a ocuparse del mismo tema en un estudio que hasta por el título evidencia su talante regeneracionista: «Los factores psíquicos de la desviación nacional».

En su discurso anteriormente citado, Porras Barrenechea da también en el clavo cuando destaca que Unamuno es el miembro de la generación española del 98 que más influye en el joven Belaúnde, pues existen innumerables muestras de que ello efectivamente ocurre tanto en el plano de la filosofía como en la crítica sociológica. En su libro de memorias, el propio Belaúnde habla sobre cómo, en la década del diez, Unamuno contribuye a la superación de su inicial positivismo –del que hace gala en su tesis *La filosofía del derecho y el método positivo* (1904)– y a su temporal aproximación al vitalismo bergsoniano: «En mis vacaciones de ese año [1911-1912] leí *La Evolución Creadora*, de Bergson, que recomendaba don Miguel de Unamuno, llamándole libro inefable»[26]. Por 1915, cuando

[24] *Esto es lo que allí afirma González Prada: «No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera». Ver González Prada, Manuel:* Páginas libres/ Horas de lucha, *Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, pp. 45-46.*

[25] *Fox, Inman E.:* La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional, *Madrid, Cátedra, 1997, p. 61.*

[26] *Belaúnde, Víctor Andrés:* Trayectoria y destino. Memorias, *t. I, pp. 413-414.*

reanuda sus meditaciones sobre Pascal y Spinoza y siente la necesidad de reflexionar sobre la vida interior –estudios que en 1924 lo llevan al socialcristianismo–[27], Belaúnde termina de identificarse con Unamuno y lo considera como su preferido entre los muchos escritores españoles que habitualmente lee: «Es un imperativo que no podemos descuidar por venir no sólo de la inteligencia sino de la vida. Y constituye por lo mismo, en el pensar filosófico, una experiencia metafísica como la incertidumbre cartesiana de la propia existencia. Existimos en el ritmo de inquietud y serenidad; no existimos simple y puramente. No hay un existir en abstracto. Se comprende por lo anterior mi admiración por Unamuno y mi preferencia sobre los otros escritores hispánicos»[28].

Sin embargo, la gran influencia que Unamuno llega a ejercer sobre el joven Belaúnde gira alrededor de la búsqueda del *Volksgeist* y la tendencia al historicismo. Un poco regresando a Hegel por la vía de Hipólito Taine[29], Unamuno se refiere tempranamente a la cuestión del espíritu colectivo del pueblo, el alma común y el *Volksgeist* en una serie de artículos que publica en 1895 y después recoge en su libro *En torno al casticismo* (1902)[30], que es uno de los textos unamunianos que más influye en la generación del joven Belaúnde. En este libro, Unamuno habla también de las fuerzas abstractas que trabajan en la historia y cree que esta última ejerce un gran rol en la formación de la conciencia nacional[31]. Cuando escribe estas importantes líneas –que acaso pueden leerse como el testimonio de toda su generación, Belaúnde alude justamente a dichas enseñanzas unamunianas: «Sobre cualquier tema de investigación concreta debería yo preferir la exposición de mi punto de vista sobre la importancia de la historia en la formación de la conciencia nacional. Era el tema más importante dentro de las preocupaciones de mi generación. Bajo la influencia de Unamuno y de las corrientes filosóficas que hablaban del subconsciente individual y colectivo, traté de darle un giro de cierta originalidad; comencé, no sin cierta sorpresa de parte de mis confidentes y después del público, sosteniendo la tesis que la Historia era una liberación de aquellas fuerzas ocultas y sub-

[27] *Para una discusión de las diversas estaciones filosóficas (el positivismo, el bergsonismo, la meditación de Spinoza y Kant, la influencia pascaliana, San Agustín y el tomismo) por los que pasa Belaúnde,ver Salazar Bondy, Augusto:* Historia de las ideas en el Perú contemporáneo, *Lima, Francisco Moncloa Editores, 1965, t. I, pp. 202-213.*
[28] *Belaúnde, Víctor Andrés:* Op. cit., *t. II, p. 502.*
[29] *Shaw, Donald L.:* Op. cit., *p. 75. Sobre las influencias de Taine en el primer Unamuno, algo en lo que igualmente coinciden los novecentistas peruanos y el noventayochista español, ver también Fox, Inman E.,* Op. cit., *p. 121.*
[30] *Unamuno, Miguel de:* En torno al casticismo *[1902], Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 139.*
[31] *Shaw, Donald L.: Op. cit., pp. 76-77.*

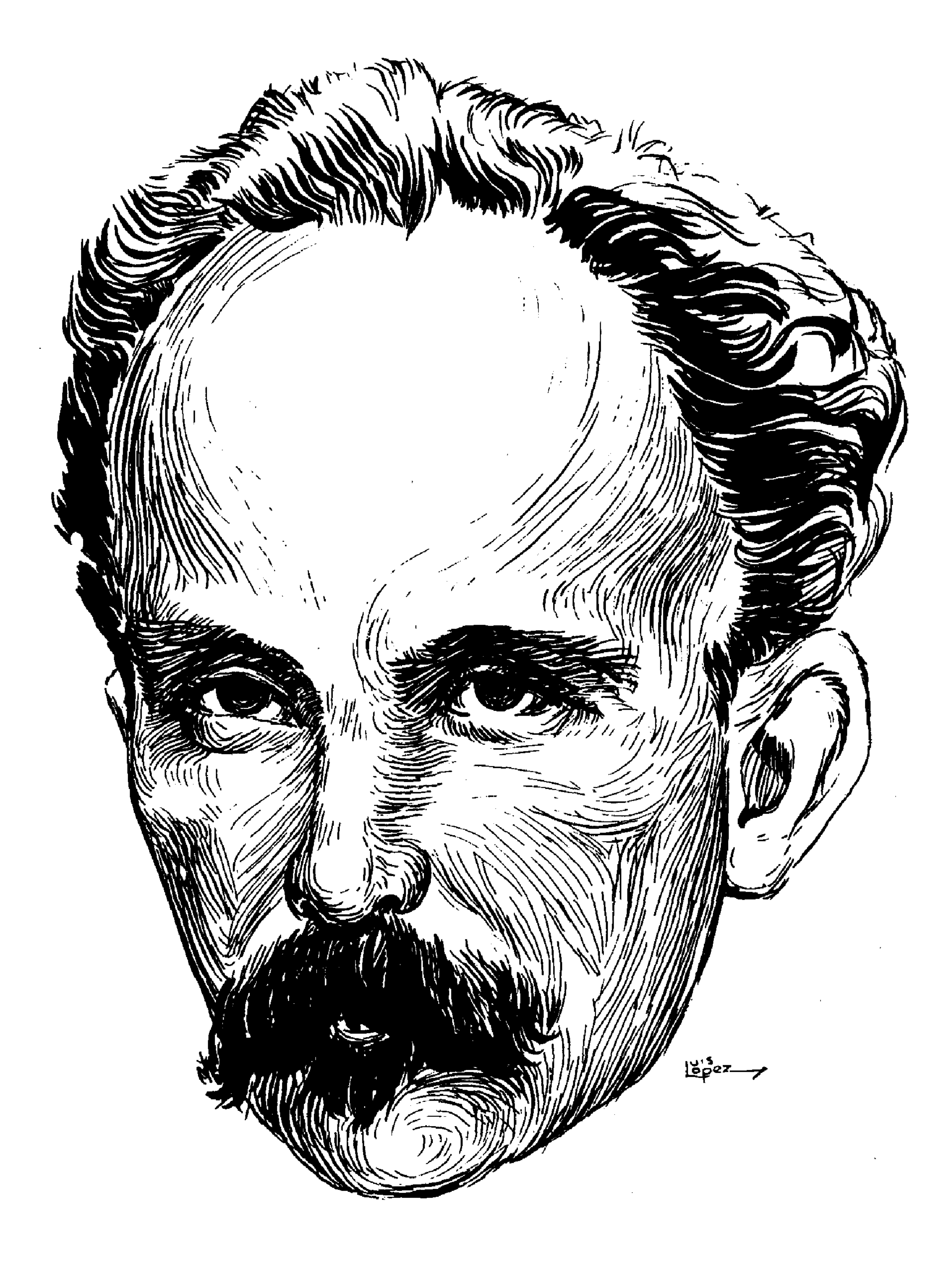
yacentes que detienen a los pueblos en su desenvolvimiento. La historia así, es no sólo la forjadora de la conciencia colectiva sino la depuradora de los factores subconscientes, instintos o impulsos hereditarios, contrarios a la evolución y al progreso»[32]. Belaúnde alude aquí a su discurso sobre «La Historia», que en 1907 pronuncia en el Instituto Histórico donde, recurriendo a sus lecturas unamunianas, ya habla del concepto de «alma nacional» y considera a la historia como una ciencia liberadora que ayuda a aflorar el pasado de los pueblos adormecidos en su subconsciente[33].

Finalmente, lo que no queda muy claro, o en todo caso merece discutirse un poco más, es lo que la presencia de Darío, Nervo o Valle-Inclán representa dentro de la formación intelectual y espiritual del joven Belaúnde. Nuestro autor, para comenzar, no llega a incursionar en la creación ni en la crítica literaria. Sus únicos trabajos que, en cierta forma, orillan estas cuestiones son *Hispanic American Culture* (1923), un ensayo panorámico sobre la evolución histórica y literaria hispanoamericana que escribe en la época en que trabaja como docente en diversas universidades norteamericanas; y, muy especialmente, la conferencia sobre Nervo que en 1919 pronuncia en Montevideo, a los pocos días del fallecimiento de este insigne poeta. Además, a diferencia de otros novecentistas peruanos como Riva-Agüero, el joven Belaúnde no es un antimodernista a ultranza; pero, como Ventura García Calderón, tampoco es un afrancesado convicto y confeso. Aunque hay testimonios de que durante sus años universitarios suele recitar versos de José Asunción Silva, de Manuel Gutiérrez Nájera y de Nervo[34] –lo que ya indica cierta propensión a la poesía modernista– o de que en 1907 piensa escribir un estudio crítico sobre la poesía de Unamuno –lo que no ocurre–[35], no existen evidencias concretas de que por ese entonces el joven Belaúnde haya compartido la estética del modernismo ni el tipo de cosmopolitismo que éste postulaba. En la discusión en torno al afrancesamiento de las letras hispanoamericanas, quizás pueda haber estado más cerca de Unamuno y Riva-Agüero que de Ventura García Calderón y los modernistas. No hay forma de saberlo ahora.

[32] *Belaúnde, Víctor Andrés:* Trayectoria y destino. Memorias, *t. I, p. 348.*
[33] *Ver Belaúnde, Víctor Andrés:* Meditaciones peruanas *[1907-1921],* Obras Completas, *t. II, pp. 21-37.*
[34] *Porras Barrenechea, Raúl: «Víctor Andrés Belaúnde, maestro de la peruanidad» [25 de enero de 1944], en Belaúnde, Víctor Andrés:* Obras Completas, *t. I, p. XXXIX.*
[35] *En una carta del 7 de noviembre de 1907, Riva-Agüero le comenta a Unamuno que Belaúnde es uno de sus más fervientes admiradores en el Perú y pronto piensa publicar un estudio sobre su obra poética. Citado en Chaves, Julio César:* Unamuno y América, *Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1964, p. 341.*

En cambio, lo que sí conocemos es que Belaúnde nunca deja de recordar con cariño y aprecio a Darío, Nervo o Valle-Inclán. Uno de sus discípulos más cercanos, César Pacheco Vélez, menciona que entre la serie de cosas que Belaúnde guardaba como verdaderas preseas, en el estudio de su casa, en San Isidro, figuraban el original de un poema de Darío, la mascarilla mortuoria de Nervo y unos dibujos de Valle-Inclán[36]. En todo esto debe haber jugado cierto rol el hecho de que Belaúnde, más allá de su predilección por el ensayo y la oratoria, siempre se mostró poroso ante la literatura y el arte en general. También puede ser que Darío, Nervo y Valle-Inclán eran parte esencial de las amistades y los recuerdos de una época de su vida –la de su estancia en la España de comienzos de siglo– que acaso era la que más añoraba.

[36] *Pacheco Vélez, César: «Estudio preliminar», en Belaúnde, Víctor Andrés:* Trayectoria y destino. Memorias, *t. I, p. XV.*



José Martí por Luis López

Colaboradores

TERESA ALFIERI: Investigadora argentina (Conicet, Buenos Aires).
CARLOS ARROYO REYES: Crítico y ensayista peruano (Upsala, Suecia).
HUGO BIAGINI: Historiador argentino (Universidad de Buenos Aires).
MARTA BIZCARRONDO: Historiadora española (Universidad Complutense, Madrid).
MARÍA CABALLERO: Profesora de literatura hispanoamericana (Universidad de Sevilla).
DINKO CVITANOVIC: Crítico y ensayista argentino (Universidad de Bahía Blanca).
RAÚL FIGUEROA ESQUER: Historiador mexicano (Instituto Tecnológico Autónomo de México).
IGNACIO GARCÍA: Historiador argentino (Universidad de Nueva Gales del Sur, Australia).
PUBLIO GONZÁLEZ RODAS: Crítico colombiano (Cali).
PABLO GUADARRAMA GONZÁLEZ: Historiador cubano (Universidad de Las Villas).
SARA ORTELLI: Historiadora mexicana (UNAM, México).
SALVADOR MORALES PÉREZ: Historiador mexicano (UNAM, México).
MARÍA EMILIA PÉREZ SANTARCIERI: Historiadora uruguaya (Montevideo).
JUAN CARLOS QUIRÓS: Historiador mexicano (UNAM, México).
AGUSTÍN SÁNCHEZ ANDRÉS: Historiador español (Madrid).
EMILIA DE ZULETA: Crítica y ensayista argentina (Universidad de Cuyo).
ENRIQUE ZULETA ÁLVAREZ: Historiador argentino (Universidad de Cuyo).

Boletín

INSTITUCIÓN LIBRE de ENSEÑANZA

Nos 28-29



LECCIONES DE UN FIN DE SIGLO (1898-1998)

Juan Marichal • José Manuel Sánchez Ron

Mercedes Cabrera • Elvira Ontañón

Salvador Giner • Josefina Gómez Mendoza

Alejandro Tiana • Leoncio López-Ocón

Número 28-29
España: 900 ptas.
Extranjero: 1.600 ptas.

Suscripción (*cuatro números*)
España: 2.500 ptas.
Extranjero: 4.500 ptas.

Edita:
Fundación Francisco Giner de los Ríos
Paseo del General Martínez Campos, 14
Teléfono 91 446 01 97 Fax 91 446 80 68
28010 Madrid

Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana



Revista Iberoamericana

Directora de Publicaciones
MABEL MORAÑA

Secretario Tesorero
BOBBY J. CHAMBERLAIN

Suscripción anual:

Socios	U$S 55.00
Socio Protector	U$S 80.00
Institución	U$S 70.00
Institución Protectora	U$S 80.00
Estudiante	U$S 30.00
Profesor Jubilado	U$S 30.00
Socio Latinoamérica	U$S 30.00
Institución Latinoamérica	U$S 35.00

Los socios del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana reciben la *Revista Iberoamericana* y toda la información referente a la organización de los congresos.

Los socios protectores del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana reciben la *Revista Iberoamericana*, todas las publicaciones y la información referente a la organización de los congresos.

Erika Braga
IILI - *Revista Iberoamericana*
1312 CL - University of Pittsburgh
Pittsburgh, PA 15260

Tel. (412) 624-5246 • Fax (412) 624-0829 • e-mail: iili+@pitt.edu





NUMERO 71

Primavera 1998

Suscripción anual:

España		2.800 ptas.
Europa	(correo ordinario)	3.700 ptas.
	(correo aéreo)	4.400 ptas.
América	(correo aéreo)	5.100 ptas.
Resto del Mundo	(correo aéreo)	9.000 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30, 2.° dcha.
Tel.: (91) 310 43 13 Fax: (91) 319 45 85
28010 Madrid

En Internet:
http://www.arce.es/Leviatán
e-mail: arce@infornet.es

LOS ÍNDICES DE «CUADERNOS HISPANOAMERICANOS» EN CD-ROM

Con motivo de cumplir cincuenta años de edición ininterrumpida, *Cuadernos Hispanoamericanos* ha editado sus índices en CD-ROM. A lo largo de este medio siglo la revista ha publicado cerca de cien mil páginas de texto que han dado lugar a unas catorce mil entradas. Por ellas, quien consulte el citado CD-ROM podrá acceder a los autores de los artículos, los mencionados en ellos, las materias que tratan y las fechas de publicación, con los cruces que prefiera efectuar durante la consulta.

Este CD-ROM es un instrumento indispensable para manejar la colección de la revista, cuyo volumen y diversidad temática resultan inaccesibles o de muy difícil acceso por otros medios. También es un precioso material de trabajo para los investigadores de las distintas disciplinas de las que se ha ocupado la revista entre 1948 y 1997.

Los índices así informatizados serán remitidos gratuitamente a los suscriptores y a quienes mantienen canje con *Cuadernos Hispanoamericanos*. También se podrán adquirir mediante cheque bancario a la orden de Admón. General de la AECI, remitido al administrador de la revista, en Reyes Católicos, 4. 28040 Madrid. El precio del CD-ROM es de mil pesetas dentro de España y diez dólares fuera de ella.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Boletín de suscripción

Don ....

con residencia en ....

calle de ...., núm. .... se suscribe a la

Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de ....

a partir del número ...., cuyo importe de .... se compromete

a pagar mediante talón bancario a nombre de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.

.... de .... de 199 ......

El suscriptor

Remítase la Revista a la siguiente dirección ....

....

Precios de suscripción

		Pesetas	
España	Un año (doce números)	8.500	
	Ejemplar suelto	800	
		Correo ordinario $ USA	*Correo aéreo $ USA*
Europa	Un año	100	140
	Ejemplar suelto	9	12
Iberoamérica	Un año	90	150
	Ejemplar suelto	8,5	4
USA	Un año	100	170
	Ejemplar suelto	9	15
Asia	Un año	105	200
	Ejemplar suelto	9,5	16

Pedidos y correspondencia:

Administración de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Instituto de Cooperación Iberoamericana

Avda. de los Reyes Católicos, 4. Ciudad Universitaria

28040 MADRID. España, Teléfono 583 83 96

Próximamente:

Dossier:
Narrativa española actual

Daniel Innerarity
Tiempos extraños

Ferran Soldevila
Horas inglesas

Entrevista con José-Carlos Mainer

Ilustraciones de Denis Long


MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES DE ESPAÑA

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL


COOPERACIÓN ESPAÑOLA